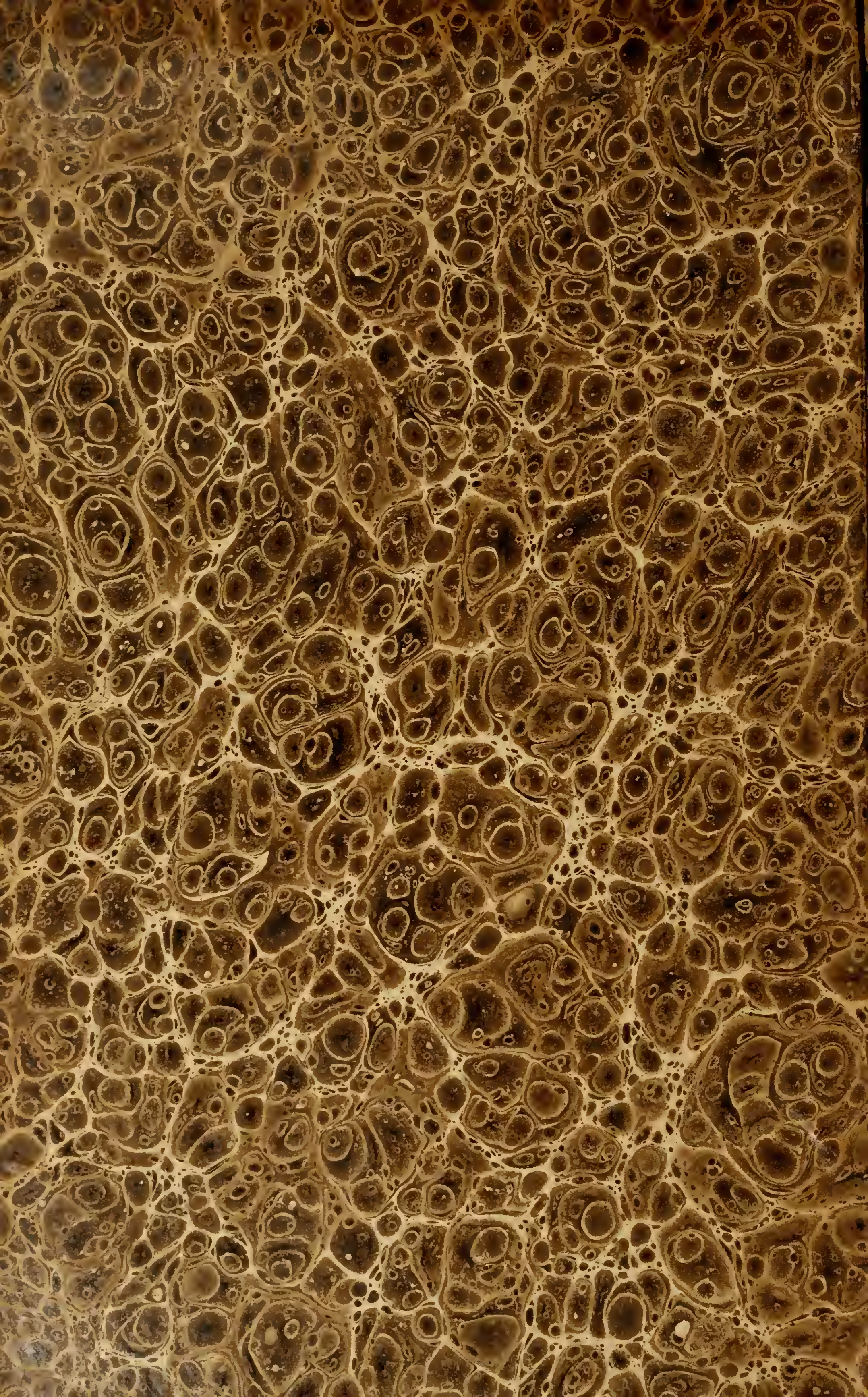
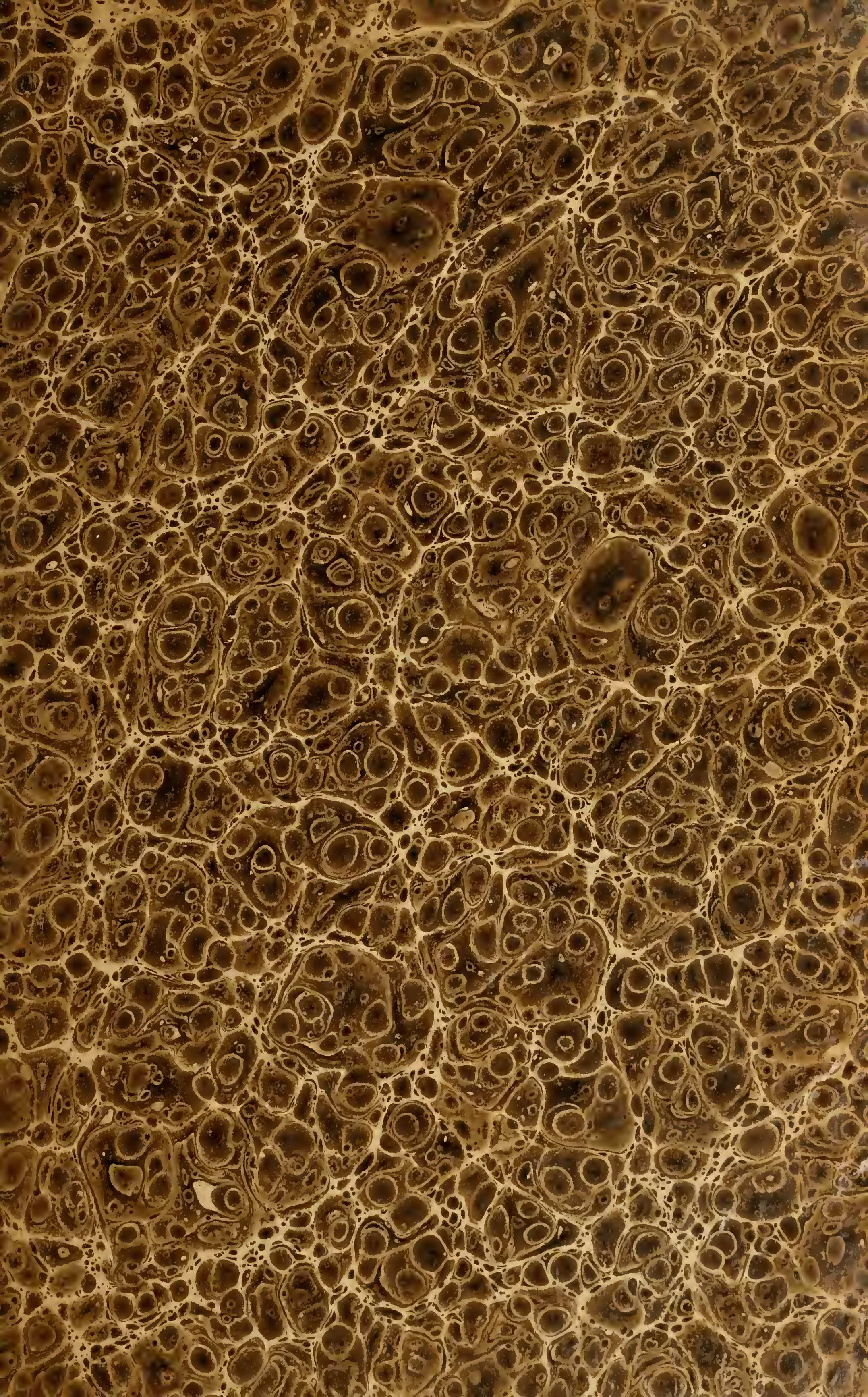




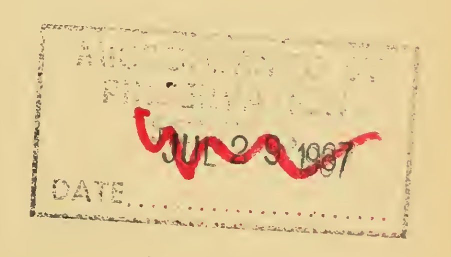


OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

VIII



Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores.

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo).*
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio).*

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado).*
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo).*

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Avila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

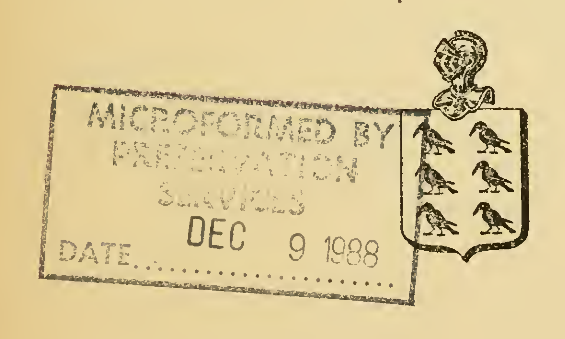
EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN
DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO VIII



MADRID
IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.
1908

QVARTA PARTE, DE LA INTRODVCTION DEL SYMBOLO DE LA FE: EN LA

qual (procediendo por lumbre de Fe) se trata del mysterio de nuestra redempcion: Para lo qual se traen todas las prophecias, que testifican ser Christo nuestro Saluador el Mesias prometido en la ley, donde tambien se declaran otros mysterios, y articulos de nuestra sancta Fe, contenidos en el Symbolo.

Compuesta por el R. P. Maestro F. Luys de Granada de la Orden de Sancto Domingo.

Scrutamini scripturas: quia vos putatis in ipsis vitam æternam habere. Et illæ sunt quæ testimonium perhibent de me. *Ioan. V.*



EN SALAMANCA,

Por los herederos de Mathias Gast.

M. D. LXXXIII.

AL CRISTIANO LECTOR

Era tan grande el celo de la salvación de los hombres que el Apóstol tenía, mayormente de aquéllos que según la carne eran sus hermanos, que hace un juramento solenne trayendo por testigo al Espíritu Sancto, en que declara la grandeza del dolor y la tristeza continua que padecía por la ceguedad dellos, y que tomara por partido ser él anatema de Cristo por que ellos se salvasen (1). Y con haberle ellos perseguido tan cruelmente, y azotádole cinco veces, sin hacerle gracia más que de un solo azote, él se ofrecía por ellos á lo dicho, y con esto hacía continua oración por ellos. Á cuya imitación no han faltado algunos graves doctores así antiguos como modernos, los cuales tocados de este mismo espíritu, y deseando la salvación destas ánimas, han escripto libros, donde muy de propósito pretenden probar ser el Mesías Cristo nuestro Salvador y Señor, y ser ya venido, y haber cesado las figuras y sombras de la ley, llegada la luz de la verdad. Y para probar esto, ponen en forma los argumentos y objecciones de los maestros dellos, para responderles, y impugnan las exposiciones violentas y torcidas con que ellos huyen de la luz de la verdad, mostrando claramente la falsedad dellas. Y porque este argumento está ya tratado por tan claros ingenios, no me quise yo entremeter en ello, sino antes procedo aquí llanamente, alegando las profecías que tratan de lo que había de obrar el Salvador cuando viniese al mundo, y las otras señales de su linaje y concepción y nacimiento, vida y muerte, con todas las circunstancias della, sin responder á las falsedades con que los rabinos falsifican estas profecías: solamente me detuve en la profecía de Esaías, del capítulo 53, que trata de la pasión de nuestro Redemptor (la cual ellos aplican á los trabajos que su pueblo padece en este tan largo captiverio) porque es tan falsa, que un niño verá que cuasi todas las cláusulas della manifiestamente contradicen á la tal exposición, para que por

(1) Rom. 9.

esto vea quien tuviere ojos, cómo ellos los cierran á la luz del medio día. Así que en sola esta profecía, y en otras dos ó tres que eran breves y fáciles de confutar, me detuve un poco. Las demás dejé á los doctores que (como dije) trataron de propósito este argumento. También las objecciones que ellos ponen para perseverar en su error, propuse simplemente por medio de un catecúmeno: las cuales él propone más por vía de preguntas para ser enseñado, que de argumentos para impugnar la verdad. Con esta llaneza y claridad quise tratar esta materia, porque la verdad simplemente propuesta, á veces tiene más fuerza por sí misma que con muchos argumentos. Y también, porque son tantas y tan claras las obras y las señales que el Espíritu Sancto nos dejó en la Sancta Escriptura para conocer al Salvador cuando viniese, que una sola parte dellas basta para que lo conozca quien no estuviere totalmente obstinado y ciego. Mas si para éstos no bastaren, bastarán para los que estuvieren más dóciles y capaces de doctrina, que no serán pocos, pues nuestro Señor desea que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad, como dice el Apóstol (1). Y por esta misma razón no me entremetí en confutar muchas maneras de errores que los que están ciegos, tienen, sino sólo toqué aquéllos que todo el mundo sabe. Porque no hay hombre tan rudo que no sepa que los judíos esperan por su Mesías, y creen que ha de ser un rey muy poderoso que ha de conquistar por armas el mundo, y que guardan el sábado y las otras ceremonias de la ley, y otras cosas tales. Porque como estas cosas se publican en todos los autos del Sancto Oficio, á que tanta gente acude, nadie ignora esas cosas. Así que no desayunamos aquí á nadie de errores que no sepa, pues éstos son tan notorios.

En el misterio de la Sanctísima Trinidad, que los que están obstinados niegan, tampoco me entremetí en tratarlo con razones (como hace Ricardo de S. Víctor) sino porque todo cristiano está obligado á creer explícitamente este misterio (como los otros artículos de la fe) convenía declarar lo que debemos creer, por que oyendo decir padre, y hijo, y engendrar, no concibiésemos alguna cosa corporal y indigna de tan grande Majestad. Lo demás deste capítulo se gasta en humillar y abatir el entendimiento humano, para que no piense que no puede ser lo que él no puede en-

(1) I Tim. 2.

tender, pues es cierto (como el Filósofo dice) que nuestro entendimiento es tan inhábil y tan ciego para entender las cosas altísimas de Dios, como los ojos de la lechuza para ver la lumbre del sol. Y pues no conoce la substancia del ánima que dentro de sí trae, ¿cómo conocerá el más alto secreto que está sobre todos los cielos? Y por esta causa no se nos manda que lo entendamos, sino que lo creamos, para que nuestra fe sea tanto más meritoria, cuanto más levantada está sobre toda razón humana.

Movíme á tratar esta materia para consolación y confirmación de todos los fieles en nuestra sancta fe, que es el principal intento deste libro, y señaladamente de los que ha traído nuestro Señor de cualquiera otra religión á la nuestra. Y digo de todos los fieles en general, porque las profecías que tratan de Cristo nuestro Señor, y el cumplimiento y verificación dellas, no sólo convertían á los que daban fe y crédito á las sanctas Escrituras, sino también á los gentiles, como parece por el capítulo 17 de los Actos de los Apóstoles, donde se escribe que disputando S. Pablo en la ciudad de Tesalónica, y probando por la Escriptura lo que toca al misterio de Cristo, gran número de gentiles y de mujeres nobles creyeron en él. Porque considerando por una parte las profecías antiguas, y viendo por otra en su tiempo el cumplimiento de muchas dellas, conocían que aquello no podía ser sino por virtud de Dios, el cual solo sabe las cosas advenideras que no penden de las estrellas, sino del libre albedrío del hombre. Y si esto bastaba en aquel tiempo para convencer los entendimientos de los gentiles, ¿cuánto más bastará agora, donde vemos el cumplimiento de otras profecías más universales y de cosas mucho mayores? Porque deste Señor estaba profetizado que había de desterrar la idolatría del mundo, que en todo él reinaba (1), y que había de traer los hombres al conocimiento del verdadero Dios, y que los ministros que habían de acabar estas dos cosas tan grandes, habían de salir de la ciudad de Hierusalén (2), y sobre todo esto, que esta ciudad con aquel famosísimo templo y república de Judea había de ser destruída en castigo de la muerte del Salvador, como lo profetizó Daniel con palabras más claras que la luz del medio día (3). Lo cual todo punto por punto vemos cumplido con el general destierro y captiverio de toda la gente

(1) Zach. 13. (2) Esai. 2. Psalm. 110. (3) Dan. 9.

deste reino, que está esparcida por todo el mundo, sin rey, sin templo, sin altar, sin sacerdote, sin sacrificio, sin figura ni orden de república, y sin tener una almena que sea suya, habiendo sido uno de los esclarecidos reinos del mundo, y más antiguo que el de los romanos (1). Pues quien ve cosas tan grandes tantos mil años antes profetizadas, y agora las ve tan perfectamente cumplidas, ¿cómo puede dudar que sea Dios quien pudo acabar cosas tan grandes, y profetizarlas tantos años antes que fuesen? Por lo cual con mucha razón decimos que esta doctrina generalmente aprovecha para confirmar en la fe á todos los fieles. Lo cual cuánto sea necesario en estos tristes tiempos, las tempestades que hoy día padece la fe, bastantemente lo declaran.

Mas particularmente aprovechará esto á los que de la ley antigua han pasado á la fe del Evangelio, que son muchos. Porque (como S. Hierónimo dice en el Epitafio de Nepociano) nuestro Señor con el título real de la cruz (que estaba escripto con letras latinas, griegas y hebreas) dedicó y diputó para sí las naciones de estas tres lenguas. Y uno de los grandes triunfos de Cristo es haberse recebido su Evangelio, no sólo en naciones de bárbaros, sino en estas tres tan principales naciones del mundo, que es, en Roma, donde estaba la silla del Imperio, y en Grecia, donde estaba la escuela de la sabiduría, y en Judea, donde estaba el conocimiento del verdadero Dios. Lo cual vimos luego en la primitiva Iglesia, donde en la ciudad de Hierusalén por una predicación de S. Pedro se convertieron tres mil ánimas, y por otra cinco mil, y cada día iba creciendo el número de los fieles, no sólo en esta ciudad, sino en todas las comarcas. Ca por eso iba S. Pablo antes de su conversión á la ciudad de Damasco con provisiones del sumo sacerdote para encarcelar y prender á todos los fieles que hallase en ella, hombres y mujeres. Y la vida destos nuevos fieles era (como escribe S. Lucas) perfectísima, porque todos dice que tenían un ánima y un corazón en Dios, y todos se desposeían de sus haciendas, y las ponían á los pies de los Apóstoles, para que por ellos se repartiesen á quien más necesidad tuviese. Y fué tal su sanctidad, que queriendo el Apóstol alabar á los fieles de Tesalónica, les dice que ellos habían sido imitadores de las iglesias de Dios que estaban en Judea, porque las mismas persecuciones

(1) Aug. 16 de Civitate Dei.

había padecido de sus naturales, que aquéllos de los suyos. Y en la Epístola á los mismos Hebreos los alaba diciendo que hal bían sufrido el robo y despojo de sus haciendas, no sólo con paciencia, sino también con alegría, acordándose que tenían en el cielo otra hacienda más segura.

Y en esta sinceridad de fe y religión perseveraron los fieles de aquella nación, aun después de la gran mortandád y destruición de Hierusalén, hasta los tiempos del emperador Adriano, que imperó después de Trajano. Y en todo este tiempo se cuentan quince sucesiones de obispos sanctísimos de esa misma nación, como lo escribe Eusebio en el 4.° libro de la Historia Eclesiástica, cap. I. Esto vimos en aquellos tiempos. Ni ha faltado la mano liberal de aquel Señor, que no es aceptador de personas, el cual (como dice S. Augustín) trae los hombres á sí por muchas maneras. Y así ordenó él que por industria y sancto celo de los Católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabel entrase en la red de S. Pedro un grande número de estos peces, confesando la fe de nuestro Redemptor y perseverando en ella tantos años ha, donde habemos visto entre ellos hombres señalados en fe, letras y virtud. Lo mismo vemos en estos reinos de Portugal, aunque más tarde, porque fué después en tiempos del rey Don Manuel, de gloriosa memoria, el cual movido con este mismo celo de la fe, usando de grande benignidad y magnificencia con los hombres de esta nación (que de Castilla habían aquí venido) acabó con ellos que recibiesen la fe de nuestro Señor y se baptizasen, esperando que el tiempo, y la doctrina, y la fuerza de la verdad acabaría con ellos que tomasen muy de corazón lo que entonces aceptaban por sus ruegos. Lo cual sucedió de la manera que el buen Rey pensaba, pues vemos de la manera que ha procedido y crecido la fe en este reino. Porque los que eran cizania, desampararon la tierra y se fueron á otras partes, mas el trigo se quedó en la era, que es, en la tierra de los fieles.

Pues concluyendo esta parte, digo que la doctrina de esta escriptura sirve generalmente para confirmar todos los fieles en la fe, y particularmente á los que de otra religión vinieron á la nuestra. Los cuales no dudo que recibirán grandísima consolación con esta escriptura, leyéndola con humildad y simplicidad, porque verán tan claros los fundamentos de la fe que profesan, por el testimonio de las sanctas Escripturas, que tendrán por qué

dar infinitas gracias al Señor por este sumo beneficio, que sirve no sólo para la salvación de sus ánimas, sino también para conservación de su hacienda, vida y honra, y de toda su posteridad, porque á los que tienen su fe y amor puesto en Dios, todas las cosas ordena él para su bien.

CUARTA PARTE
DE LA INTRODUCCIÓN
DEL SÍMBOLO DE LA FE

EN LA CUAL
PROCEDIENDO POR LUMBRE DE FE
SE TRATA
DEL MISTERIO DE NUESTRA REDEMPCIÓN

Va repartida esta parte en dos tratados:
en el primero se ponen las susodichas profecías y señales
para conocer la venida del Salvador,
y en el segundo se responde por vía de diálogo
á las preguntas y objecciones que deste misterio
se pueden hacer.

DE LA MANERA DEL PROCEDER EN ESTA CUARTA PARTE

CAPÍTULO I

Dos lumbres comunica nuestro Señor á todos los cristianos para que lo conozcan: la una es de razón y la otra de fe, la una es natural y la otra sobrenatural, la una humana y la otra divina, mas ambas son hijas de Dios, porque ambas proceden de un mismo principio (que es el mismo Dios) la una por vía de naturaleza, y la otra de gracia. La lumbre de fe se infunde en el entendimiento al punto que el hombre es baptizado, y no se pierde por cualquier pecado, si no es contrario á ella. El conocimiento desta lumbre es tan cierto, tan firme y tan infalible como el mismo Dios, porque se funda en su verdad y palabra, la cual es imposible faltar: mas con toda esa firmeza en esta vida es escuro, porque la claridad dél se guarda para la

otra. Mas el conocimiento de la lumbre natural de la razón, aunque ni es tan firme ni tan cierto como el de la fe, puede tener claridad, cuando lo que predica la fe de algunas verdades, testifica también la lumbre de la razón. Y desta manera se prueba la inmortalidad del ánima y la providencia que Dios tiene de todas las cosas. Es pues agora de saber que en el libro pasado, supuestos los principios de la fe, nos ayudamos de la lumbre de razón, declarando cómo todas las cosas que predica la fe acerca del misterio de nuestra redempción, no sólo no son contrarias á la razón, mas antes son grandemente conformes á ella. Mas en el presente procedemos por sola lumbre de fe, que es más perfecta, referiendo todos los testimonios de las Escripturas sanctas, y particularmente de los profetas, para declaración y confirmación del misterio de nuestra redempción y de la venida del Salvador al mundo, la cual suficientísimamente se prueba por las sanctas Escripturas.

DEL PRIMER PRINCIPIO Y CAUSA DE NUESTRA REDEMPCIÓN, QUE FUÉ LA INMENSA BONDAD DE NUESTRO CLEMENTÍSIMO, CRIADOR Y SEÑOR, Y DEL FIN PARA QUE CRIÓ AL HOMBRE

CAPÍTULO II

QUE sea Dios un abismo y un mar Océano de infinitas grandezas y perfecciones, no solamente la fe católica, mas también la filosofía humana y el consentimiento común de todas las gentes lo conoce. Porque todas confiesan ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor. Entre estas perfecciones suyas no hay una mayor ni menor que otra, porque á todas ellas comprehende y abraza la naturaleza simplicísima de su divinidad. Mas con todo esto (á nuestro modo de entender) la bondad es la más alabada y más gloriosa. Y digo á nuestro modo, porque si un hombre fuere extremado en muchas excelencias y artes, y no fuere virtuoso, no le llamamos bueno, y si solamente fuere virtuoso, aunque todo lo demás le falte, á boca llena le llamamos bueno. Pues por esta causa decimos que á nuestro modo de entender, la bondad tenemos en Dios por más gloriosa, de la cual nace la misericordia. Y ésta es de que él más se precia, y que más en todas sus obras declara, de las cuales siempre es la causa su bondad. La cual llama á las más virtudes y grandezas suyas (como son su infinito poder y saber) para la ejecución de estas obras. Por esta bondad crió el mundo, por ésta lo gobierna, por ésta sufre tantas ofensas como se cometen contra su sancto nombre. Por ésta sin cesar reparte sus beneficios al mundo, haciendo nacer su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre justos y pecadores. Por ésta finalmente tiene especial providencia de todas las criaturas, guiándolas por convenientes medios á los fines que por esta misma bondad les fueron señalados. Todas estas cosas tienen por principio y causa esta inmensa bondad del Criador. Y así todas ellas la testifican con la fábrica admirable de sus cuerpos y con la conveniencia de sus obras.

Pues como (según la doctrina de S. Dionisio) la naturaleza del bien sea ser comunicativo de sí mismo y de todos sus bienes

(como lo es el sol de su luz y de su virtud) síguese que el sumo Bien ha de ser sumamente comunicativo de sí mismo: y á esta comunicación pertenece hacer á todas las cosas, cada una en su grado, participantes de su bondad y felicidad. Pues ésta fué la causa de hacer este Señor tantos bienes á sus criaturas, y no alguna necesidad ó particular gloria que se pudiese añadir á la suya. Porque este Señor, antes que criase este mundo, estuvo millares de cuentos de siglos sin esta tan gran casa y familia del mundo, mas aunque solo, tan rico, tan glorioso y tan bienaventurado consigo mismo y con su unigénito Hijo, imagen de su gloria y hermosura, y con el Espíritu Sancto (lazo y amor infinito de ambos) como lo es agora con todo lo que está criado, sin que todo ello haya acrecentado en él cosa que no tuviese. Porque como concluyen hasta los mismos filósofos, y particularmente Aristóteles, él es acto puro: por lo cual significan que él es una substancia tan alta, tan pura y tan perfecta, que no sufre añadidura, ni puede ser más de lo que es, ni recebir más de lo que tiene, porque lo tiene todo, por ser infinitamente perfecto, rico, poderoso y lleno de todos los bienes.

Estando pues él en este riquísimo y felicísimo estado, sin tener de nadie necesidad, por su sola bondad y nobleza, no quiso ser solo él que fuese bienaventurado, sino criar algunas criaturas tan nobles, que fuesen participantes y compañeras de su misma gloria: esto es, que así como él ve su misma esencia y hermosura, y goza della, así ellas la viesen, amasen y gozasen, y así fuesen bienaventuradas como él lo es, y con lo que él lo es, aunque no tanto como él, porque no lo comprehenden como él se comprehende. Éste es un fin tan alto y una dignidad tan grande, que ninguna persona hay ni puede ser criada tan alta, á la cual por vía de naturaleza convenga tan grande gloria. Esta felicidad y gloria es la que hinche todo el seno y capacidad anchísima de nuestras ánimas, y así las hace bienaventuradas. Pues para este fin tan soberano plugo á aquella infinita Bondad criar no sólo los ángeles, sino también los hombres, no desdeñándose ni teniendo asco de que una tan baja criatura (que por una parte alinda con los brutos) se asentase á su mesa, y comiese de lo que él come, y gozase de lo que él goza. Bendita sea tal misericordia, tal nobleza, tal bondad y tal magnificencia, que tan copiosamente se quiso comunicar á criaturas tan bajas.

§ I

Mas porque las obras de Dios son muy bien ordenadas y proveídas, como crió al hombre para un fin tan alto, así le proveyó de habilidades y gracias sobrenaturales, con las cuales pudiese habilitarse para esta dignidad. Porque éste es el estilo general deste Señor, que cuando ordena una criatura para algún fin, la provee suficientísimamente de todas las facultades y habilidades que se requieren para conseguirlo.

Estas habilidades sobrenaturales fueron señaladamente dos, conviene saber, justicia original y gracia. La gracia hacía al hombre hermoso y grato á Dios y amigo suyo, y dábale también título y derecho para la gloria, como lo tiene el hijo, que por el mismo caso que lo es, tiene título y derecho á la hacienda de su padre. Item con la gracia se le daba la caridad, con que el hombre amaba á Dios más que á sí y que á todas las cosas, y con ella también se le daban todas las demás virtudes y dones del Espíritu Sancto, para poder con facilidad y suavidad hacer obras merecedoras de la gloria, para que así alcanzase por justicia aquello á que Dios lo había predestinado por gracia.

El segundo don era justicia original, que es una rectitud y orden con que el hombre estaba en paz con Dios y consigo mismo, y mediante esta rectitud y orden tenía señorío sobre sí mismo y sobre todos sus afectos y pasiones naturales: esto es, que porque en el hombre hay dos partes, una animal y otra racional, ordenó muy bien la Sabiduría divina que la parte animal estuviese subjecta á la racional, porque lo contrario fuera gran desorden. Y demás desto tenía también señorío universal sobre todos los animales (á los cuales puso sus proprios nombres) y asimismo lo tenía sobre la muerte y sobre todas las enfermedades que abren camino para ella.

Mas todo esto le dió con condición que siendo fiel y obediente á Dios, gozase de todos estos privilegios, así él como sus decendientes, y si no lo fuese, los perdiese para sí y para ellos. Esto es como si el rey hiciese merced á un caballero de alguna fortaleza con tal condición, que siendo él fiel y haciendo lo que debiese, la daría á todos sus decendientes, mas haciendo lo contrario,

la perdería él y todos ellos. Esta condición es justa en cualquier materia, pero mucho más en bienes de gracia, porque así como no hay obligación á darlos, así cuando se dan, los puede dar su dueño con las cláusulas y limitaciones que quisiere. Por dónde, como pudiera Dios criar al hombre sin estas habilidades y gracias, sin que nadie se quejara, así ya que se las quiso dar, pudo muy bien darlas con la condición que le plugo, y la condición fué la que está dicha.

Y para prueba y ejercicio desta fidelidad y obediencia, poniendo al hombre en el paraíso terrenal, y dándole licencia que pudiese comer de todos los árboles dél, mandóle so pena de muerte y perdimiento de todos los dones recebidos que no comiese de uno solo que le había entredicho.

§ II

Estando pues el hombre en este felicísimo estado, el demonio (que no dormía, sino ardía con envidia de que una criatura tan baja fuese sustituída en su lugar y lograse lo que él había perdido) vino en figura de serpiente, y acometió al hombre por la parte más flaca (que fué la mujer) y engañándola, hízola traspasar el mandamiento de Dios: y ella pervertida pervertió también á su marido, y así ambos traspasaron el mandamiento de Dios. Y luego se les abrieron los ojos, y vieron que estaban desnudos, y hubieron vergüenza de sí mismos, porque luego perdieron la inocencia, y comenzó á reinar en ellos la concupiscencia. Quedando ellos pues en este miserable estado, y perdido lo que habían recebido, tales cuales ellos estaban, engendraron á nosotros, desnudos á desnudos, pobres á pobres, ciegos á ciegos, miserables á miserables, y mortales á mortales. Porque el hijo sigue la condición de su padre, de manera que el noble engendra nobles, y el villano villanos, y así cual él quedó, tales nos engendró. Porque los hijos que él agora engendra, no son tales cual él era antes que pecase, sino tales cual él quedó cuando los engendró. Por dónde así como él quedó privado de los dones que había recebido, así nacemos todos con esta misma privación. De suerte que el primer hombre por el pecado que cometió, estragó en sí mismo

la naturaleza que tenía, y ésa misma traspasó en sus hijos por vía natural de la generación.

Vemos también que (según el fuero de las leyes humanas) cuando el padre noble que por alguna traición fué privado del mayorazgo que tenía, también lo pierden todos sus decendientes, por ser hijos suyos. Pues según esto, ¿qué maravilla es haber perdido los hijos de Adán el mayorazgo que él perdió por su traición y deslealtad? Mas este castigo en vida suya alcanzó á sus hijos, los cuales se fueron multiplicando de tal manera, que hincheron el mundo, y así la pérdida que cupo á aquéllos pocos, se derivó en todos los otros por la misma razón.

CUÁL HAYA QUEDADO EL HOMBRE POR EL PECADO

CAPÍTULO III

Agora será necesario declarar qué tal haya quedado el hombre y todo el género humano que dél procedía, para que vista claramente su caída y su dolencia, entendamos la necesidad que teníamos de remedio y medicina, y asimismo entendamos la proporción y correspondencia de la medicina con la dolencia, para que por aquí se vea más claro cuán excelente y cuán conveniente medio escogió la Sabiduría divina para curar este mal. Aunque no solo este fructo, sino otros muchos alcanzaremos por el conocimiento del estado y miseria en que el hombre quedó por el pecado, por cuya causa nos extenderemos algún tanto en esta materia.

Pues según lo dicho, como el hombre por aquel pecado perdió la divina gracia (cuyo oficio es hacer al hombre gracioso y hermoso en los ojos de Dios, y amigo suyo) quedó luego feo en esos ojos, y enemigo suyo, y hijo de ira, y tales nacemos todos, como dice el Apóstol (1). Asimismo, perdida la gracia (por la cual teníamos derecho á la gloria) perdimos este derecho, y quedamos excluídos della. De dónde nace que los niños que mueren sin agua de baptismo, van al limbo, porque no teniendo gracia, no se les da la gloria.

También, perdida la gracia, se pierde la caridad, con la cual el hombre amaba más á Dios que á sí y que á todas las cosas: y agora vuélvese el negocio al revés, porque perdida la caridad y con ella la justicia original, que enfrenaba la sensualidad, viene el hombre á amar más á sí que á Dios y que á todo lo al, y pone á sí en lugar de Dios, y atribuye á sí el amor que debía á solo Dios. Item, perdida la gracia, pierde todas las habilidades y dones que tenía para bien obrar, y así queda manco y inútil para todo merecimiento, puesto caso que la fe y la esperanza no se pierda por cualquier culpa. Mirad pues agora vos qué tal que-

(1) Ephes. 2.

daría una galera, si la quitásedes los remos, y los remadores, y el mástel, y las velas, y el gobernalle, con toda la otra jarcia. Quedando así, ¿cómo podría navegar? Pues tal quedó el hombre cuando perdió toda esta jarcia espiritual de dones y gracias, con que Dios lo había criado, para vivir vida merecedora de gloria eterna. De aquí nace la dificultad que tenemos para hacer obras merecedoras deste sumo bien, pues con tantas voces y clamores de predicadores y con tantas promesas y amenazas y beneficios y azotes de Dios hay tan pocos que enteramente se ofrezcan á su servicio.

También, perdida la justicia original (que era freno de los apetitos de nuestra carne) queda esta bestia fiera tan suelta y desordenada, que quitado el demonio aparte, no hay en el mundo cosa más furiosa, más desenfrenada y dañosa que ella. Y de aquí nace un enjambre de apetitos y pasiones tan vehementes, que á algunos parece que no les pueden resistir, y que son forzados á pecar, no siendo ello así, pues Dios crió al hombre con libre albedrío, y le dijo que debajo de su señorío tendría su apetito, aunque esto con su favor y gracia. Y sobre todos estos males quedó con una inclinación habitual de amar más á sí que á Dios, que es la mayor desorden y miseria de la vida humana, y es un manantial y seminario de todos los pecados del mundo. Esto alegaba David en el Psalmo 50 de su penitencia para algún descargo de su culpa, diciendo: Mirad, Señor, que soy concebido en pecados, y que en maldades me concibió mi madre, significando por estas palabras la flaqueza y malas inclinaciones que nos vinieron por el pecado original. El cual significó por nombre de pecados, porque (como los teólogos dicen) el pecado original es un solo pecado, mas es todos los pecados en potencia, porque de todos ellos es principio y causa.

Éste es pues el fundamento para entender el misterio de nuestra redempción, y uno de los principales artículos de nuestra fe, la cual confiesa que todos los hijos de Adán nacen con esta dolencia y verdadero pecado.

DE LA PRIMERA ESPERANZA DE SALUD QUE NOS FUÉ DADA DESPUÉS DEL PECADO

CAPÍTULO IV

Con ser tal la desgracia de nuestra concepción y nacimiento, plugo á la inmensa bondad y clemencia de nuestro Criador que no aguardase mucho tiempo á darnos la buena nueva de su determinación, sino luego en el flagrante delicto dió al hombre caído esperanza de remedio, cuando dijo á la serpiente (ó por mejor decir, al demonio que vino en aquella figura) estas palabras (1): Yo pondré enemistad entre ti y la mujer y entre su simiente y la tuya, y ésta te quebrará la cabeza, y tú andarás siempre acechando á sus calcañales, que es, armándole lazos en todos sus pasos y caminos. Esta sentencia de Dios pronunciada contra el demonio es de grande consideración, porque estaba el demonio muy ufano desta victoria, viendo que venciendo á aquel hombre en quien estaba todo el mundo, quedaba príncipe y vencedor del mundo. Gloriábase también de su potencia, viendo que había podido, á su parecer, más que Dios, pues había sido parte para impedir los intentos y consejos divinos. Gloriábase otrosí de ver cuán sabiamente había acabado aquel negocio, derribando lo fuerte con lo flaco, que es, pervertiendo al hombre por medio de la mujer, y haciéndose por ella señor de ambos. Dale pues Dios por estas palabras á entender que él le quitaría todas estas ufanías, quebrantándole la cabeza, que es, destruyendo su poder, y librando al hombre de su tiranía, y restituyéndolo en su dignidad y gracia, añadiendo que esta victoria alcanzaría dél, no por ángeles ni arcángeles (por los cuales ya una vez había sido vencido y derribado del cielo) sino por otra mujer y otro hombre. Como si dijera: ¿Gloríaste que por una mujer flaca triunfaste del mundo? Pues yo te quitaré esa gloria, porque el fructo de otra mujer flaca triunfará de ti, con lo cual perderás toda esa ufanía, porque mayor confusión tuya será

(1) Genes. 3.

que el fructo de una flaca mujer triunfe de un espíritu, que no un espíritu de una flaca mujer. Así que en estas palabras, usando Dios de justicia y misericordia (como suele en todas sus obras) castigó al hombre con justicia, y prometióle remedio con misericordia, y desta manera el hombre quedaba libre, y el demonio confundido, y Dios vencedor y señor de todo lo que había determinado.

Ésta fué, después de aquella general caída, la primera luz, la primera misericordia, la primera gracia, la primera prenda de esperanza que la divina Bondad dió al mundo, y señaladamente á aquéllos que primero fueron matadores de sus hijos que padres. Desta primera promesa no tenemos más de que había de ser hombre, y no ángel, el que nos había de dar remedio, pues también había sido hombre el causador de nuestro daño. Mas procediendo el tiempo, fué Dios declarando más en particular las circunstancias y cualidades deste nuevo hombre.

Pues para esto determinó escoger un pueblo particular en el mundo, de cuyo linaje este reparador naciese, y en el cual se denunciasen las profecías y señales por las cuales había de ser conocido cuando viniese. Para tratar desto notaremos tres cosas. La primera, que fué costumbre en los tiempos antiguos, antes de la ley y después de la ley, pedir los hombres señales sobrenaturales á Dios para certificarse más de sus promesas. Así pidió señal á Dios el patriarca Abrahán sobre la promesa que le hizo de la tierra de los cananeos (1). Así también la pidieron Gedeón, y Ezequías (2) y Zacarías, padre de S. Juan Baptista (3), para certificarse en otras promesas. Y el mismo Señor á veces las ofrecía sin que se las pidiesen, como lo hizo á Moisén, enviándolo por su embajador á Faraón (4). Desta manera también dió Samuel señales á Saúl para certificarle que Dios lo había elegido por rey de su pueblo, cosa que él mucho extrañaba, por ser del más pequeño tribu de Israel, y tan pobre, que á la sazón andaba en busca de las asnillas de su padre. Pues para vencer el Profeta esta incredulidad, dióle no una sola, sino tres señales por estas palabras (5): Para que creas que Dios te ha elegido por rey de su pueblo, doite primeramente por señal que partiéndote de mí, como llegares á la sepultura de Raquel, hallarás dos hombres

(1) Genes. 15. (2) Judic. 6. (3) Luc. 1. (4) Exod. 3. (5) I Reg. 10.

que te darán nuevas cómo las bestias que andabas buscando, parecieron ya, y que tu padre andaba agora muy solícito preguntando por ti. Y pasando adelante, y llegando á una encina que está en el monte Tabor, hallarás al pie della tres hombres que van á sacrificar á Dios á Betel: el uno de los cuales lleva tres tortas de pan en la mano, y el otro tres cabritos, y el otro un cántaro de vino, y convidarte han con dos panes, y tomarlos has de su mano. Y pasando más adelante, llegarás al collado que se llama de Dios, y hallarás ahí un coro de profetas que están profetizando, con muchos instrumentos de música que llevan delante de sí: y decendirá sobre ti el espíritu de Dios, y profetizarás también con ellos, y mudarte has en otro hombre. Pues cuando vieres cumplidas todas estas señales, entiende que esto que te he dicho del reino, es de parte de Dios, porque no pudiera yo darte estas señales sin especial lumbre suya. Pues así como proveyó Dios destas tres señales tan claras, para que este hombre conociese que era escogido de Dios para rey de su pueblo, así proveyó este mismo Señor, no de tres, sino de muchas más y más eficaces señales para conocer al verdadero Rey Mesías, cuando viniese al mundo, tanto más claras y más eficaces, cuanto el negocio era de mayor importancia: después de las cuales, no reconocer á este Señor es tanto mayor incredulidad cuanto las señales son mucho más en número y más claras.

Estas señales nos dieron los Profetas (que fueron hombres sanctísimos, enviados por Dios para reprehender los pecados de los hombres) los cuales llenos del espíritu de Dios profetizaron todas las cosas que pertenecían al misterio de la venida del Salvador. Y haber tenido ellos este espíritu profético, vese por el cumplimiento de las cosas que muchos tiempos antes profetizaron, así en las cosas que tocaban á su gente, como á otras gentes, según que lo hallamos escrito en las historias así sagradas como profanas, según parece en la profecía del reino de Ciro, que fué muchos años antes que él naciese, y en otras semejantes (1). Lo mismo también se ve por la manera de su vida, que fué pobre y humilde y tan ajena de cobdicia, que nada quisieron deste mundo. Por dó parece cuán lejos estaban de engañar los que ningún otro fructo temporal esperaban de su oficio sino destierros, perse-

(1) Esai. 44.

cuciones y muertes. Cuyos trabajos refiere el Apóstol diciendo que padecieron escarnios, azotes, prisiones y cárceles, y que fueron apedreados, aserrados, tentados y muertos á cuchillo, y que andaban por las sierras, y cuevas, y lugares desiertos, vestidos de pieles de ovejas ó de cabras, necesitados, angustiados y afligidos, de los cuales no era merecedor el mundo (1). Hasta aquí son palabras del Apóstol, las cuales bastantemente declaran cuán ajenos de todo interese estaban estos sanctos. Mas la causa desta persecución era la reprehensión de los pecados públicos, y la doctrina de la virtud, que no es menos molesta á los hombres viciosos, que la lumbre clara á los ojos enfermos.

Es también digna de reverencia su antigüedad, porque (como dice S. Augustín) fueron mucho antes que los filósofos del mundo, lo cual se entiende por la antigüedad del pueblo de los judíos. Porque de Sen, hijo de Noé, hasta Abrahán hubo nueve generaciones. Después del cual se siguió el cautiverio de Egipto, que duró cuatrocientos años. Los cuales acabados, salió todo el pueblo, y conquistó la tierra de promisión, que fué setecientos y diez y ocho años antes de la fundación de Roma (2). Y en todo este tiempo siempre hubo profetas de Dios en este pueblo, de los cuales no tenemos ahora más que diez y seis, cuatro mayores y doce menores, y todos ellos así como profetizaron con un mismo espíritu, así conciertan en las profecías que nos dejaron de Cristo como adelante mostraremos alegando sus testimonios.

La segunda cosa que habemos de notar es, que pues todas las obras de Dios son perfectísimas, tales señales nos había de dar para conocer este Señor, que clarísimamente lo conociésemos (si nuestra malicia y obstinación no lo impidiesen) pues este conocimiento era el principio y fundamento de todo nuestro remedio, sin el cual era imposible salvarnos. Y digo si nuestra malicia no lo impidiese, porque cuando ésta reina, no hay razón, ni milagro, ni cosa que baste, como lo vemos en Faraón, el cual después de otras muchas plagas y milagros, viendo abrirse los mares para hacer camino al pueblo de Israel, todavía perseveró en su obstinación.

(1) Hebr. 11. (2) Aug. de Civ. Dei, lib 18.

§ I

La certidumbre destas señales declaró el Señor á aquellos dos discípulos que iban al castillo de Emaús, desconfiados ya del remedio que esperaban, á los cuales reprehendió él con estas palabras (1): ¡Oh locos y tardíos de corazón para creer lo que dijeron los profetas! ¿No estaba claro que desta manera convenía que Cristo padeciese, y que así entrase en su gloria? Y comenzando dende Moisén y discurriendo por todos los profetas, declarábales las Escrituras que dél hablaban. Este modo de hablar del Salvador con esta vehemencia, descubre la claridad con que los profetas denunciaron este misterio. Y así confesaron después los discípulos que ardían sus corazones con especial calor y devoción, cuando el Señor les declaraba estas profecías (2). Y el mismo Señor, conociendo la eficacia dellas, hizo á sus mismos contrarios jueces de su causa, diciendo (3): Escudriñad las Escrituras, porque ellas son las que dan testimonio de mí.

Por esta causa los Apóstoles usaban deste testimonio para persuadir y fundar la fe de Cristo. Y así escribe S. Lucas en los Actos de los Apóstoles que viniendo S. Pablo á Tesalónica, y entrando en la sinagoga de los judíos, predicó en tres sábados este misterio, probando por las Escrituras que convenía que Cristo padeciese y resucitase de los muertos, y que éste era Jesús, á quien él predicaba (4). Y escribe luego S. Lucas que muchos de los judíos creyeron y se juntaron con el Apóstol, y gran muchedumbre de gentiles y muchas mujeres nobles. Y un poco más abajo escribe que unos hombres nobles desta misma ciudad recibieron la palabra de Dios con grande fervor y devoción, escudriñando cada día las Escrituras, para ver la concordia dellas con el misterio de Cristo. Y en el capítulo siguiente se escribe de un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, varón elocuente y muy diestro en las Escrituras, de quien hace mención S. Pablo en la Epístola á los Corintios, diciendo (5): Yo planté, y Apolo regó las plantas. El cual Apolo con gran fervor de espíritu enseñaba en la ciudad de Éfeso la fe de nuestro Salvador. Y venido

(1) Luc. 24. (2) Joan. 5. (3) Act. 17. (4) Act. 18. (5) I Cor. 3.

él á Corinto hizo gran fructo en los que habían creído, porque poderosamente convencía los judíos en público, mostrando por las Escrituras que Jesús era Cristo, que es el Rey Mesías prometido en la ley. Lo sobredicho son palabras de S. Lucas, lo cual todo sirve para que se entienda cómo por las Escrituras suficientísimamente se prueba el misterio de Cristo.

Y si esto bastaba para creer en aquel tiempo, agora tenemos muchas más causas para ello, porque entonces no estaban aún declaradas las hazañas que había de obrar el Salvador en el mundo, que eran la destruición de los ídolos, el conocimiento del verdadero Dios, la sanctificación de muchas ánimas, y el castigo famoso del pecado de los que le crucificaron, lo cual todo vemos agora cumplido. Y así por estas señales entendemos ser ya venido el que según el testimonio de los profetas había de obrar estas cosas tan señaladas y tan notorias en el mundo. En lo cual se ve cuánta sea la fuerza de las Escrituras para probar el misterio de Cristo, pues aun antes de estas obras tan principales bastaban para hacer que fuese creído. Y lo que más es, no sólo creído de los judíos, que daban crédito á las Escrituras, sino también de los gentiles, que no las habían recebido. Porque viendo cumplidas muchas otras cosas en la persona, vida y muerte de Cristo (que muchos años antes estaban profetizadas) entendían que la virtud de Dios entrevenía aquí, pues nadie podía saber lo que estaba por venir sino él.

Finalmente, son tan manifiestas y tan ciertas las profecías y señales que nos fueron dadas para conocer el Salvador, que pudieran los enemigos de nuestra religión decir que estas profecías habían sido invención de los cristianos para confirmar la fe de su religión. Mas porque esto no se pudiese decir, ordenó la divina Providencia que los mismos enemigos de nuestra fe confesasen la verdad destas Escrituras, que son las mismas que los cristianos tenemos. Y así ellos traen consigo el testimonio de su condenación y el de nuestra verdad y justificación. Y en este sentido declara S. Augustín las palabras de David (1), el cual pide á Dios en un psalmo que no mate los testigos desta verdad (que son los hebreos) por que no perezca juntamente con ellos el testimonio de las sanctas Escrituras.

(1) Aug. ubi supra.

Y no contento el Señor con el testimonio de los profetas, quiso que contestase con ellos el de las Sibilas, que testifican lo mismo (como adelante veremos) para que pues el Criador de todos venía para común salud y remedio de judíos y gentiles, en ambas gentes hubiese profetas que profetizasen sus obras y maravillas. Porque Sibila (según la interpretación de algunos) quiere decir profetisa, ó intérprete de los consejos de Dios.

La tercera cosa que se debe notar, es que pues Dios nos daba ciertas señales para conocer este reparador, no había de permitir que hubiese en el mundo persona en quien todas estas señales concurriesen. Porque decir otra cosa, sería poner falta en la infinita sabiduría de Dios, la cual nos daba señales defectuosas que pudiesen caber en otra alguna persona, que sería grande blasfemia. Y era también desculpar al hombre que por estas señales reconociese por Salvador al que no lo era, pues en él concurrían las señales dadas.

Presupuestos agora estos avisos, decimos que queriendo Dios criar un pueblo donde este reparador naciese, y donde fuese profetizado, escogió una cabeza y un común padre dél, que fué el patriarca Abrahán (1), y mandóle salir de su tierra, y venir á morar en la tierra de promisión, que había de dar á sus decendientes, diciéndole estas palabras: Sal de tu tierra, y de entre tus parientes, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré, y hacerte he padre de muchas gentes, y bendecirte he, y engrandeceré tu nombre, y serás bendito. Bendiciré á los que te bendijeren, y maldiciré á los que te maldijeren, y en ti serán benditos todos los linajes de la tierra. La cual promesa declaró Dios más perfectamente cuando después de aquel insigne sacrificio en que el sancto Patriarca estuvo aparejado para sacrificar su hijo, le confirmó Dios con un solene juramento la misma promesa por las mismas palabras (2), añadiendo que por un hijo que dél nacería, serían benditos todos los linajes de la tierra. Y ser así benditos es ser salvos y sanctificados y reconciliados con Dios, porque ésta es la verdadera bendición, sin la cual no hay cosa que este nombre merezca. Esta bendición declaró en su cántico Zacarías, padre del santo Baptista, cuando tratando del beneficio de la redempción, dijo que entonces cumplió Dios el

(1) Gen. 12. (2) Gen. 22.

juramento hecho á Abrahán, que era librarnos del temor de nuestros enemigos, para que así le serviésemos con sanctidad y justicia todos los días de nuestra vida (1). Porque ésta es la verdadera bendición que de tal Salvador se había de esperar, pues por el mérito de la sanctidad y justicia se da la bienaventuranza de la gloria, que es el último fin para que el hombre fué criado. Y es también aquí de notar que no dice que será por este Señor bendito un linaje de gente, sino todos los linajes de la tierra, para que por éste y por otros muchos testimonios que adelante notaremos, se vea que este Señor no vino á salvar una sola gente, sino todas las gentes que él había criado á su imagen y semejanza, y hecho capaces de su gloria. Ca de otra manera en vano las había criado con la capacidad de tan grande bien, si las excluyera deste remedio. Y esta misma promesa renovó al patriarca Jacob por las mismas palabras, cuando le mostró en sueños aquella escala que llegaba de la tierra al cielo, diciéndole que dél nacería un hijo en quien todas las gentes fuesen benditas (2).

Este patriarca Jacob, nieto de Abrahán, tuvo doce hijos varones, y ya entonces comenzó Dios á particularizar más el linaje de donde el Salvador había de nacer, que fué de uno de aquellos doce hijos, llamado Judas. Y así estando el sancto Patriarca para morir, diciendo á cada uno de sus hijos lo que le había de suceder, llegando á éste, dijo (3): No se quitará el sceptro de Judá y el príncipe que dél decendirá, hasta que venga el que ha de ser enviado, el cual será esperanza de las gentes, que es, el Rey Mesías, como la interpretación caldea declara.

Al fin deste capítulo advierto al cristiano lector que en las profecías que aquí alegaremos, no busque elegancia de palabras, porque no consiente la sinceridad de la verdad añadir una tilde á lo que en ella se denuncia, si no fuere alguna palabra que sirva para declarar la sentencia. Mas las otras autoridades podremos alegar con alguna más libertad, para que mejor se entiendan. También aviso que en las auctoridades de la Escritura que aquí se traen, no procuro declarar cada palabra, si no cuando es algo escura, porque lo contrario sería cosa muy prolija. Basta que sirvan al principal propósito para que se alegan.

(1) Luc. 1. (2) Genes. 28. (3) Genes. 49.

DE OTRAS MÁS PARTICULARES SEÑALES Y PROFECÍAS DEL SALVADOR

CAPÍTULO V

AGORA decendiremos á tratar más en particular de las profecías que precedieron la venida del Salvador, que son también señales por donde había de ser conocido. Destas señales unas son del linaje de que había de decendir, otras de su nacimiento, otras de su vida, otras de su muerte, otras de lo que se había de seguir después de la muerte, y otras (aún más claras) de lo que había de obrar en el mundo después de su muerte, y finalmente otras no menos evidentes del tiempo en que todo esto se había de cumplir. Pues de todas estas señales y profecías trataremos aquí brevemente.

Y cuanto á la primera (que es del linaje) no hay para qué alegar autoridades, porque todos confiesan que había de nacer del tribu de Judá y del linaje de David, que deste tribu decendía. Y por eso en las Escrituras de los profetas es llamado y prometido debajo del nombre de David, significando al hijo por el nombre de su padre. Esta condición de linaje se pudo muy bien averiguar al tiempo que el Salvador nació, cuando estaban las listas de los linajes y familias distinctas y conocidas, lo cual agora no pudiera ser, por estar confusas y derramadas por el mundo, mayormente habiendo mandado el emperador Vespasiano buscar y matar todos los del linaje de David, por que no tomasen los judíos ocasión desto para amotinarse y rebelar contra el imperio romano, como escribe Josefo.

Cuanto al nacimiento, primeramente consta que había de nacer en Betleén, como claramente lo testifica la profecía de Miqueas por estas palabras (1): Tú, Betleén, tierra de Judá, pequeñuela eres entre los otros millares de pueblos de Judá, mas de ti saldrá un caudillo que rija á mi pueblo de Israel. Otra señal hay tam-

(1) Michae. 5. Matth. 2. Joan. 7.

bién digna de tal Señor, conviene á saber, que nacería por virtud del Espíritu Sancto de una virgen: lo cual profetizó Esaías, diciendo á los hombres incrédulos que Dios daría una señal de sus promesas (1), y la señal sería que una virgen concibiría y pariría un hijo, cuyo nombre sería Emanuel, que que quiere decir, Dios con nosotros. Ni esta profecía se puede entender de otra manera, pues es dada con tanta majestad de palabras (como escribe Esaías) por señal de Dios: porque no siendo así, ¿qué señal era parir una doncella un hijo por la vía común de las otras mujeres? Ni es cosa nueva en la Escriptura dar señales de las cosas que están por venir para certificar las presentes, porque así lo hizo Dios con Moisén, cuando lo enviaba por su embajador á Faraón sobre la liberación de su pueblo, diciendo (2): Anda ve, que yo seré contigo, y esto tendrás por señal de haberte yo enviado, que cuando hubieres sacado á mi pueblo de Egipto, ofrecerme has sacrificio en este monte donde agora estás.

Esta misma concepción y parto virginal profetizó Hieremías, cuando dijo (3): Una cosa nueva ha obrado Dios sobre la tierra, y ésta es que una mujer ha de cercar un varón. Pues ¿qué novedad es ésta nunca jamás vista, sino que una bendita mujer por sola virtud de Dios encerraría en sus entrañas un varón, que es este Señor de que aquí tratamos? Porque esta tan gran novedad y gloria nunca vista en el mundo, ¿para quién estaba guardada, sino para quien venía á ser Salvador del mundo? Esto también nos declaró el profeta Ecequiel por sus figuras, describiendo la traza de aquel místico y maravilloso templo que Dios le mostró, donde entre otras cosas dice así (4): Mandóme el Señor volver por el camino que guiaba á la puerta del sanctuario exterior, que miraba hacia la parte de Oriente, la cual puerta estaba cerrada, y díjome el Señor: Esta puerta estará cerrada, y nunca se abrirá, y ningún hombre entrará por ella, porque el Señor Dios de Israel entró por ella. Pues ¿qué otro Dios de Israel entró por esta puerta, sino Cristo, Dios y hombre verdadero? Porque Dios, en aquella su eterna esencia y naturaleza, ni entra, ni sale, ni se mueve, pues él hinche cielos y tierra.

Esta misma concepción de virgen nos representa también aquella piedra cortada del monte sin manos, de la cual dice Da-

(1) Esai. 7. (2) Exod. 3. (3) Hierem. 31. (4) Ezech. 44

niel que destruyó la estatua de Nabucodonosor, y después creció tanto, que hinchió el mundo (1).

Por la cual piedra entienden todos los doctores católicos y hebreos el reino de Cristo (como adelante veremos) y decir que fué cortada de un monte sin manos, ¿qué otra cosa pudo representar más al proprio que la concepción deste nuevo rey, que fué por virtud del Espíritu Sancto, sin obra de varón?

Éste es aquel gran secreto que Salomón con toda su sabiduría dice que del todo punto no alcanzaba (2). Porque confesando que tres cosas le eran dificultosas de entender (que eran, el camino del águila por el aire, y el del navío por el agua, y el de la culebra por la piedra) añade el cuarto (que del todo le era encubierto) que era, el camino del varón en la doncella, ó (como traslada Pagnino) en la virgen, porque no sabía cómo este varón de quien habla, entró en la virgen, ni cómo salió de ella. Con estas comparaciones quiso declarar este gran sabio cuán incomprehensible era el misterio de este parto virginal. Porque claro está que nadie puede conocer el rastro del camino por do vuela el águila, ni el del navío por el agua, ni el de la culebra sobre la piedra. Pues diciendo este sabio que estos caminos le eran dificultosos de conocer (siendo á la verdad imposible) y que el cuarto camino del todo ignoraba, da á entender cuánto más incomprehensible es este camino que los otros, que es, el misterio de la concepción y nacimiento del Salvador, donde confesamos que la Virgen nuestra Señora, así después del parto como antes del parto, fué purísima virgen. Porque el que venía á sanar y restaurar todas las cosas quebradas, no había de menoscabar la integridad de su sanctísima madre. Y por eso el que salió del sepulcro, estando cerrado y sellado con la piedra que estaba sobre él, pudo también salir de las entrañas de la madre, salva la integridad de su pureza virginal. Y pues Salomón confiesa que no alcanzaba la entrada y salida de este camino, no es mucho que no la alcance la rudeza de nuestro entendimiento, porque como dice Eusebio Emiseno, muchas cosas puede Dios hacer, que nosotros no podemos entender.

Mas para creer esto tenemos un ejemplo muy proprio en un milagro que refiere Sant Augustín en el libro 22 de la Ciudad de

(1) Daniel. 2. (2) Prov. 30.

Dios, que en su tiempo acaeció. El cual cuenta él por estas palabras: En la ciudad de Cartago moraba una nobilísima señora por nombre Petronia, la cual padecía una grave enfermedad, á que los físicos no sabían dar remedio. Á esta señora dió por remedio un judío que hiciese un torzal de sus cabellos, y metiese dentro dél un anillo, y lo trajese ceñido á las carnes. Ella con el deseo de la salud, dando crédito á esto, lo hizo así. Y partiendo de Cartago una vez para visitar las reliquias de Sant Esteban, llegó á un río que corría junto á una heredad suya, donde reposó aquella noche. Y levantándose otro día para proseguir su camino, vió el anillo que traía ceñido, á sus pies, y maravillada de esto, tentó aquel torzal que traía ceñido, y vió que estaba muy bien atado con sus ñudos, como ella lo había ceñido. Entonces creyó que el anillo se había quebrado, y así podía haberse caído. Y tomándolo en la mano, vió que estaba entero y sano: y tomó este tan evidente milagro por prenda de la salud que deseaba, y luego echó en el río así el anillo como el torzal de los cabellos con que estaba atado. Este milagro alega Sant Augustín con mucha razón para convencer á los que no creen haber el Salvador resuscitado, estando cerrado y sellado el sancto sepulcro, ni salido de las entrañas de nuestra Señora, salva la entereza de su pureza virginal. Infórmense pues los incrédulos, dice este Sancto, de lo que á esta señora acaeció, noblemente nacida y noblemente casada, grande en su persona y grande en la ciudad donde moraba, y por este milagro tan semejante á los dichos crean que pudo hacer para gloria suya lo que hizo para la de su siervo Sant Esteban. Porque quien pudo sacar el anillo sin rotura de la cinta, pudo sacar su cuerpo glorioso cerrada la puerta del sepulcro, y sin menoscabo de la integridad de la Virgen.

Mas agora considere el discreto lector cuán conveniente cosa era que el Hijo de Dios, habiendo de tomar carne humana, no naciese por la ley común de los otros hombres, que ni carece de fealdad ni de pecado, sino que fuese concebido por otra más excelente y nueva manera, que es, de madre virgen, y virgen purísima, por sola virtud del Espíritu Sancto. Por lo cual con mucha razón se dice que si Dios había de nacer de mujer, había de ser de virgen, y si virgen había de parir, había de parir á Dios: y no era imposible al Todopoderoso obrar esta maravilla. Porque quien al principio del mundo crió la mujer del hombre,

ése mismo en el fin del mundo formó al hombre de la mujer.

Prosiguiendo pues las señales del nacimiento del Salvador, otra profecía dice que sería muerta á cuchillo en Betleén gran muchedumbre de niños por ocasión del nascimiento deste nuevo rey, lo cual profetizó Hieremías por estas palabras (1): Una voz fué oída en Rama de grandes llantos y aullidos, con los cuales Raquel lloraba á sus hijos, y no quiso admitir consolación por verlos muertos. Y entiende aquí el Profeta por el nombre de Raquel la tierra de Betleén, donde ella parió á Benjamín, y donde fué sepultada. Esta matanza y crueldad nunca vista fué por ocasión de haber venido aquellos sanctos Magos á Hierusalén, preguntando por el nuevo rey de los judíos, que era nacido (2). Por lo cual Herodes (que era rey extranjero, del linaje de idumeos) recelando que los judíos se levantarían contra él en favor de su rey natural, usó deste medio para que entre estos niños nacidos en el lugar de Betleem y su comarca matase también á éste que había nacido en la misma tierra. La cual matanza hallamos escripta en los libros de los gentiles, porque Macrobio en el segundo de los Saturnales cuenta que sabiendo el emperador César Augusto que Herodes entre los otros niños que mandara matar, también matara un hijo suyo, dijo: En casa de Herodes más vale ser puerco que hijo, notando que como los judíos no matan puercos, fuera mejor librado el mozo siendo puerco que siendo hijo.

Este dicho del Emperador sirve para que los infieles, que no creen á los Evangelistas, crean á sus historiadores, aunque sin este testimonio bastaba la razón, porque como esta matanza fuese tan pública y tan sonada en el mundo, no osara el Evangelista referir esta historia, porque no siendo verdadera, tuviera contra sí el testimonio de todo el mundo, con lo cual totalmente desacreditaba su Evangelio, y hacía que todos lo tuviesen por fábula.

Dónde es mucho también de notar la fama que en aquel tiempo por el mundo corría, diciéndose que de los oráculos divinos se sacaba que en aquel tiempo había de nacer un nuevo rey en el mundo, á quien habían de adorar los hombres, si quisiesen ser salvos. Y Josefo, insigne historiador, judío de na-

(1) Hier. 31. Matth. 2. (2) Matth. 2.

ción y profesión, escribe que en aquella edad fué hallada en los libros sagrados una profecía, la cual denunciaba que del linaje de los judíos había de nacer un rey que señorease el mundo.

Y Suetonio Tranquilo, escribiendo la vida de los emperadores Tito y Vespasiano, dice que esta misma fama corría por todo Oriente. Y Marco Tulio en el libro segundo de la Divinación dice que el intérprete de los versos de la Sibila testificaba lo mismo de parte de ellas, puesto caso que Tulio, como amigo de la república, aborrecía este nombre de rey.

Demás déstas hay otra profecía de una general paz que había de haber en el mundo, cuando el Salvador viniese á él. Y así profetizando Esaías la conversión de las gentes y diciendo cómo habían de venir á Sión á aprender la verdadera religión y culto de Dios, dice que en aquel tiempo fundirían los hombres las espadas en rejas para labrar la tierra, y las lanzas en azadones, y que no levantaría gente contra gente espada, ni se ejercitarían más en pelear (1). Esto hallamos ser así en el imperio de César Augusto, el cual acabadas las guerras civiles en Roma, y vencido su competidor Marco Antonio y Cleópatra, gobernó el Imperio cuarenta y seis años con la mayor paz y sosiego que nunca hasta aquel tiempo se había visto. Lo cual fué sapientísimamente ordenado por la divina Providencia, para que la predicación del Evangelio corriese libremente por todas las naciones del mundo, estando todas debajo de una sola cabeza, y hechas todas como un solo pueblo, porque á estar de la manera que agora están, debajo de diversos y contrarios señoríos, ¿cómo pudiera la fe correr por todo el mundo? Éstas pues son las profecías y señales del nacimiento de nuestro Salvador.

(1) Esai. 2.

DE LAS PROFECÍAS DE LA VIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

CAPÍTULO VI

Síguense las profecías de la vida del Salvador, de quien primeramente todos los profetas á una voz confiesan que sería sanctísima, y así por excelencia se llama en las Escripturas el Justo. Y David confiesa en el Psalmo 44 que fué ungido con más abundante gracia que todos los que participaron della, y Daniel lo llama el Sancto de los sanctos (1), como al más sancto y sanctificador de los sanctos. Mas porque toda la Escriptura á una voz predica la sanctidad y virtudes del Salvador, al presente no diré más que entre estas virtudes señaladamente es alabada su mansedumbre, que es la virtud que más amables hace á los hombres, como era razón que lo fuese el Salvador dellos. Désta dice el mismo Dios por Esaías (2): Veis aquí mi siervo escogido, que yo escogí, en quien mi ánima se agradó. No se desentonará en palabras con nadie, ni se oirá su voz en las plazas. La caña que estuviere cascada, no quebrará, y la torcida que estuviere humeando, no la acabará de apagar. Por estas palabras declara el profeta la mansedumbre del Señor, el cual, como dice Sant Pedro (3), cuando le maldecían, no maldecía, y cuando padecía, no amenazaba, mas antes se entregaba á quien injustamente le juzgaba. De la misma mansedumbre trata Esaías en el capítulo 53, como adelante veremos. Por razón desta virtud las Escripturas sanctas le llaman Cordero, y le figuran debajo de este nombre. Así lo llamó el sancto Baptista (4), y también el Evangelista, y antes de ellos Esaías, cuando dijo (5): Enviad, Señor, al Cordero que ha de enseñorear la tierra. Finalmente el mismo Señor ayuntó esta virtud con su hermana y compañera la humildad, y quiere que en estas virtudes le imitemos, cuando dice (6): Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Por lo cual todos los que desean que en sus costum-

---

(1) Dan. 7 (2) Esai. 40. (3) I Pet., 2. (4) Joan. 1. (5) Esai. 26. (6) Matth. 11.

bres y vida resplandezca la imagen de este Señor, procuren cuanto les sea posible imitarle en esta virtud.

Otra profecía testifica que este Señor sería grande predicador de la palabra de Dios. Lo cual dice Esaías por estas palabras (1): Verán tus ojos á tu maestro, y tus oídos oirán la voz del que te dirá: Éste es el camino para ir á Dios, caminad por él, y no os desviéis ni á la diestra ni á la siniestra. Lo mismo confiesa el profeta Joel, diciendo (2): Vosotros, hijos de Sión, alegraos en vuestro Señor Dios, porque os ha enviado un doctor y maestro que os enseñará doctrina de santidad y justicia. Y el mismo Señor en el Psalmo 39, hablando con el Padre, con muchas palabras declara la instancia con que se empleó en este oficio, diciendo: Anuncié tu justicia en la iglesia grande, y tú sabes que no cerré mis labios para desistir deste oficio. No escondí tu verdad y tu justicia en medio de mi corazón, sino prediqué tu ver dad y la salud que me mandaste denunciar al mundo.

Otra profecía trata de las obras maravillosas que había este Señor de obrar andando entre los hombres, que eran conformes á la dignidad de quien él era. Y éstas refiere Esaías, el cual acabando de profetizar la conversión de las gentes, añade luego estas palabras (3): Decid á los flacos de corazón: Esforzaos y no temáis, porque vuestro Dios vendrá á tomar venganza de vuestros enemigos: el mismo Dios vendrá, y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos. Entonces saltará el cojo como ciervo, y soltarse ha la lengua de los mudos. Las cuales señales escriben los sanctos Evangelistas, de cuya autoridad trataremos en su proprio lugar.

Otra profecía de Zacarías confiesa que este Señor sería pobre, y como pobre entraría en Hierusalén, por estas palabras (4): Alégrate mucho, hija de Sión, y alaba á Dios con fervor, hija de Hierusalén, y mira que tu Rey viene para ti justo y salvador. Y él viene pobre, asentado sobre una asnilla, y un hijuelo della. Lo mismo confiesa el profeta Hieremías (hablando con este mismo Señor) por estas palabras (5): Esperanza de Israel, y Salvador suyo en el tiempo de la tribulación, ¿por qué habéis de andar como peregrino en la tierra, y como caminante que busca donde haya de reposar? ¿Por qué habéis de ser como

(1) Esai. 3. (2) Joel. 2. (3) Esai. 35 (4) Zachar. 9, Matth. 21. (5) Hierem. 14.

hombre que anda de un lugar á otro, y como fuerte que no puede salvar? Estas palabras no son de rico y poderoso, sino de pobre y flaco. Y desta manera convenía que viniese el Salvador, pues su venida era para enseñar el camino de la verdadera felicidad y sanctidad, la cual consiste, no en la posesión, sino en el menosprecio de los bienes del mundo y en el tesoro y gusto de los bienes del cielo. Éstas pues son las señales principales de su vida.

DE LAS PROFECÍAS DE LA MUERTE DEL SALVADOR, Y DE TODAS LAS COSAS QUE ENTREVINIERON EN SU SACRATÍSIMA PASIÓN

CAPTULO VII

Como el Espíritu Sancto sabía muy bien el escándalo y tropiezo que el mundo había de hallar en la pasión de Cristo, tuvo especial cuidado que los profetas escribiesen muy particularmente así la manera de su muerte como muchas otras circunstancias que entrevinieron en ellas, de las cuales contaremos aquí once. Porque primeramente, que él hubiese de ser muerto con violencia (que es lo que los infieles niegan) dícelo clarísimamente el profeta Daniel en aquella maravillosa visión (1) que todos los doctores nuestros y hebreos confiesan ser de Cristo, de quien dice abiertamente que en medio de aquella hebdómada que él allí escribe, había de ser muerto Cristo, y que no había de ser su pueblo el que lo había de negar. Lo mismo dice Esaías en el capítulo 53, donde pone cuasi toda la historia y circunstancias de la sagrada Pasión, entre las cuales dice que este Señor entregó su vida á la muerte. Lo mismo dice Hieremías en sus Lamentaciones por estas palabras (2): El espíritu de nuestra boca, Cristo nuestro Señor, fué muerto por nuestros pecados, á quien dijimos que debajo de su sombra viviríamos entre las gentes.

II. El linaje de muerte escribe el profeta David en el Psalmo 21, el cual todo clarísimamente trata de la sagrada Pasión, donde hablando el Hijo con su Eterno Padre dice: Enclavaron mis pies y mis manos, y contaron uno á uno todos mis huesos, declarando en esta postrera palabra cuán estirado estuvo aquel sacratísimo cuerpo en el madero de la cruz, pues le pudieran contar todos los huesos. Lo mismo confiesa el profeta Zacarías por estas palabras (3): Preguntarle han: ¿Qué quieren decir estas llagas que

(1) Daniel, 9. (2) Thren. 4. (3) Zach. 13.

tienes en medio de tus manos? Y él responderá: Estas llagas recebí en casa de aquéllos que me amaban.

III. Ni calló este profeta la herida de la lanza, porque hablando en persona de Dios dice así: Yo derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Hierusalén espíritu de gracia y de oración, y pondrán los ojos en mí, á quien atravesaron con una herida, y harán tan grande llanto sobre mí como el que suelen hacer los padres sobre un solo hijo que se les muere,

IV. Otra circunstancia de la sagrada Pasión fué crucificar al Señor desnudo y echar suerte sobre sus vestidos. Lo cual refiere el mismo Salvador en el Psalmo sobredicho, que todo trata deste misterio, por estas palabras (1): Partieron los que me crucificaron mis ropas entre sí, y echaron suertes sobre mi vestidura.

V. Y en el mismo Psalmo cuenta los vituperios y escarnios que hacían dél, por estas palabras: Todos los que me vieron, hicieron escarnio de mí, y meneando sus cabezas decían: Pues él tiene esperanza en Dios, líbrelo del tormento que padece, y hágalo salvo, pues le ama.

VI. En el mismo Psalmo declara este mismo profeta cuán abatido y despreciado había de estar este Señor. Y así hablando en su persona, dice: Yo soy gusano y no hombre, oprobrio de los hombres y desecho del mundo.

VII. Otra profecía dice que entre otras crueldades que contra este Señor se habían de cometer, una era, que le habían de dar á comer hiel y á beber vinagre. Lo cual profetizó David en el Psalmo 68.

Y el profeta Esaías en el capítulo 50 representa en su propria persona las maneras de injurias y bofetadas que había de padecer, por estas palabras: El Señor me abrió las orejas, y yo no le contradigo, ni volví atrás de su mandamiento. Mi cuerpo entregué á los que lo herían, y mis mejillas á los que me arrancaban las barbas. No aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupían. El Señor Dios es mi ayudador, y por eso no seré confundido. Estas palabras no pertenecen á Esaías, pues tales injurias no padeció él en su persona (mas antes era muy honrado y tenido en grande veneración) sino á la persona de Cristo que él representaba.

---

(1) Psalm. 21.

VIII. Entre estas angustias no calló el profeta Zacarías el desamparo de sus discípulos al tiempo de la Pasión. Y así hablando en persona de Dios, dice (1): Espada, levántate contra mi pastor y contra el varón que está conjuncto conmigo, dice el Señor de los ejércitos. Heriré yo al pastor, y derramarse han las ovejas de la manada.

IX. Mas porque destas ovejas una se había de convertir en lobo y había de entregar el Cordero á otros tales lobos como él, no lo calló el profeta David, cuando en nombre del mismo Señor dijo (2): El hombre pacífico y amigo mío, en quien yo tenía confianza, y que comía pan á mi mesa, ése se levantó contra mí.

X. Y el precio por que había de ser vendido, profetizó Zacarías, el cual hablando en persona del mismo Señor dice (3): Pesaron el precio que se había de dar por mí (que fueron treinta reales de plata) y díjome el Señor: Arroja ese dinero en casa del fundidor. Donoso precio ése, con que fuí apreciado por ellos.

XI. Y que por causa deste extremado abatimiento suyo no había de ser conocido, profetizólo claramente Esaías diciendo que su rostro estaba como escondido y despreciado, y que por eso no fué conocido: antes dice que fué tenido por leproso y por hombre azotado de Dios y humillado. Lo cual fué ocasión de la ceguedad de los que no le recibieron, por el escándalo que concibieron de su Pasión.

Otras particulares circunstancias hay de la sagrada Pasión, las cuales profetizó Esaías con tanta claridad, que más parece escribir historia de cosa pasada que profecía de cosa venidera, por lo cual muchos con razón le llaman quinto Evangelista. Será pues muy justo referir aquí palabra por palabra lo que él dice, no sólo para testimonio de la verdad, sino también para despertar con sus devotísimas palabras la devoción y compasión del piadoso lector.

(1) Zach. 13. (2) Psalm. 54. (3) Zach. 11. Matt. 27.

Profecía de Esaías de la pasión de Cristo.

§ I

Comienza pues el profeta Esaías diciendo así (1): Señor, ¿quién da crédito á las palabras que os oímos? Y el brazo del Señor ¿á quién ha sido descubierto? Y luego comienza á declarar la dolorosa figura y trabajos del Salvador, diciendo así: No tiene hermosura ni belleza en su parecer. Pusimos los ojos en él, y vímosle desfigurado, y deseamos verle despreciado y el más abatido de los hombres, varón de dolores y que sabe de enfermedades (esto es, de fatigas y trabajos) y su rostro estaba como escondido, por lo cual no conocimos quién él era. Verdaderamente él tomó sobre sí nuestras enfermedades, y llevó la carga de nuestros dolores, y nosotros le tuvimos cuasi por leproso, y azotado de Dios, y humillado. Mas él fué herido por nuestros pecados, y quebrantado por nuestras maldades. La disciplina causadora de nuestra paz cargó sobre él, y con sus llagas fuimos curados. Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas desmandadas, cada uno se desvió por su camino, mas el Señor puso sobre él las maldades de todos nosotros. Ofrecióse á la muerte, porque él se quiso por su voluntad ofrecer á ella, sin abrir su boca. Así como oveja será llevado á la muerte, y como cordero delante del que lo tresquila, enmudecerá y no abrirá su boca. Y luego un poco más abajo vuelve el profeta á decir que por las maldades del pueblo fué herido de Dios, porque nunca él cometió maldad, ni se halló engaño en su boca. Y finalmente concluye el profeta este capítulo, hablando en persona de Dios, por estas palabras: Con su sabiduría justificará este justo muchos siervos míos, y él tomará sobre sí la carga de los pecados dellos. Por tanto le entregaré el señorío de muchos, y él repartirá el despojo de los fuertes, por haber entregado su vida á la muerte, y haber sido tenido por uno de los malos. Y en cabo dice el profeta que este Señor hizo oración por sus mismos perseguidores, por que no pereciesen.

(1) Esaí. 53.

§ II

Toda esta profecía trata tan claramente de la pasión de Cristo, y de la dignidad y excelencia de su persona, que (como dijimos) más parece historia de lo pasado que profecía de lo venidero, porque todas estas cosas vemos referidas por los sanctos Evangelistas. Y que su testimonio sea verdadero, demás de la fe, conócese por esta notable razón. Sabemos que es precepto de los oradores y aun de todos los que pretenden persuadir alguna cosa, que disimulen y callen todo lo que puede prejudicar á su causa, y digan solamente aquello que la favorece. Mas los sanctos Evangelistas, sabiendo que la cosa que más escandalizaba al mundo y retraía á los hombres mundanos de la fe de Cristo, eran las ignominias y vituperios de su pasión y muerte de cruz (la cual en aquel tiempo era tenida por más abatida y deshonrada que lo es agora la horca) si ellos escribieran con espíritu humano y con intento de engañar, callaran las injurias de la pasión (que eran impedimento de la fe) ó tocáran sola la substancia dellas brevemente, y escribieran solamente los milagros que servían para ella. Pero no lo hicieron así, porque todos ellos fueron más diligentes en escribir los vituperios de la pasión que la gloria de los milagros, porque muchos milagros dejaron de escribir, ó notáronlos brevemente, y las injurias de la pasión escribieron muy por menudo. En lo cual se ve que no escribieron (según dijimos) con espíritu humano, sino divino, ni pretendían engañar el mundo, sino dar testimonio de la verdad. Porque aunque esta historia era escándalo para los infieles, era un grandísimo estímulo de amor y fuego vivo para abrasar los corazones en amor de quien tantas cosas por ellos padeció.

El cumplimiento y verificación desta historia tantos años antes profetizada es tan grande argumento y confirmación de nuestra fe, que por ella señaladamente se convirtió aquel tesorero mayor de la reina de Etiopía, declarándole S. Filipe Diácono el misterio desta profecía (1). Mas con ser esto así, aquéllos (cuyos ojos ha cegado el príncipe de las tinieblas) viendo que

(1) Act. 8.

esta profecía tan claramente los convencía, inventaron una tal interpretación della, que no hay hombre, por rudo que sea, que no vea claramente su falsedad, porque dicen que las lástimas y vituperios y abatimiento que aquí el profeta refiere, no se entienden de Cristo, sino del pueblo de Israel, que después de la destruición de Hierusalem anda descarriado, maltratado y abatido en el mundo. Contra la cual interpretación militan todas las palabras y tildes desta profecía. Porque toda ella va declarando cómo es inocente el que padece, y el pueblo es por cuyos pecados padece, como lo muestran abiertamente aquellas palabras que el Señor dice: Por los pecados de mi pueblo lo herí. Y aquéllas donde el profeta en su nombre y de su pueblo dice: Todos nosotros como ovejas anduvimos descarriados, y el Señor puso sobre él la carga de todas nuestras maldades. En lo cual se ve que no es aquí el pueblo el que padece, sino otro que por los pecados dél padece. Item dice el profeta que por las llagas déste que padece, fuimos todos curados. Pues ¿cómo se puede verificar que por lo que este pueblo padece somos todos curados? Item, deste Señor se dice que nunca cometió pecado, ni se halló engaño en su boca. Pues ¿cómo se puede decir esto de este pueblo, en el cual hay pecados y engaños y tratos ilícitos como en los otros pecadores? Item, de este Señor que padece, se dice que él por su propria voluntad se ofreció á la muerte, y la sufrió con tanta mansedumbre como la oveja que llevan al matadero. Lo cual ¿cómo se puede verificar deste pueblo, que tan lejos está de querer voluntariamente padecer y ofrecerse á la muerte? Dice también el profeta que desearon ver á éste que padece, despreciado y el más abatido de los hombres, varón de dolores y que sabe de enfermedades. Lo cual en ninguna manera conviene á este pueblo, pues ninguna cosa más desea que verse honrado y ensalzado sobre todos los hombres. Finalmente dice que éste que así padece, rogó por sus perseguidores. Lo cual mucho menos conviene á este pueblo, el cual tiene por estilo echar grandes maldiciones cada día en sus ayuntamientos á todos los que no son de su secta.

Pues siendo esto así, y reclamando todas las palabras de esta profecía á tan falsa interpretación, ¿quién no ve cuán poderosamente ciega el demonio á los que están obstinados en su incredulidad? ¿Cómo ellos mismos no temen el remordimiento de su

consciencia? ¿Cómo no se corren y avergüenzan de decir una falsedad tan manifiesta y tan desvergonzada? Mas cuando el ánimo está ciego y obstinado, no solamente palabras ni razones, mas ni milagros bastan para curallo.

Después de toda esta profecía declara el profeta el fructo grande que destos trabajos se había de seguir, y la abundancia de gracia que por Cristo se había de dar al mundo, y así dice: Si pusiere él su vida por los pecados, verá sus hijos y simiente que durará por largos tiempos, y la voluntad del Señor se encaminará y ejecutará prósperamente por medio dél. Y por cuantos trabajos su ánima padeció, verá y hartarse ha. Quiere decir: Verá el cumplimiento de lo que tanto deseó (que es la salvación de los hombres) y á quien obligaron á tan grande abundancia de trabajos, darle han abundancia de gracia para sus hijos. Y pues tanta hambre tuvo de la salud de los hombres el que por tales medios la procuró, dársele ha hartura de lo que tanto deseó.

Y añade más el profeta, que no sería éste solo el premio de sus trabajos, sino que también la ignominia de la cruz y la sepultura que se le dió en el lugar de los malhechores, sería honrada y glorificada en el mundo. Lo cual el profeta significó diciendo que su sepultura sería gloriosa: por la cual entiende no sólo la sepultura, sino también la muerte y la cruz, que es adorada y glorificada en el mundo, pues de las espaldas de los malhechores pasó á las frentes y coronas de los emperadores.

DE LAS PROFECÍAS QUE SE CUMPLIERON DESPUÉS DE LA MUERTE Y SEPULTURA DEL SALVADOR

CAPÍTULO VIII

Ni callaron los profetas lo que se había de seguir después de la muerte y sepultura del Salvador, porque primeramente David en el Psalmo 15 profetizó su resurrección, donde hablando con Dios en persona de Cristo, dice: Ponía yo al Señor siempre ante mis ojos, porque él anda siempre á mi lado derecho para que no pueda yo ser movido: esto es, para ampararme y defenderme. Por esto se gozó mi corazón, y se alegró mi lengua, y mi carne descansará con esperanza, porque no dejarás, Señor, mi ánima en el infierno, ni consentirás que tu sancto vea la corrupción. Las cuales palabras, como declara S. Pedro apóstol (1), en ninguna manera convienen á David, pues su cuerpo después de sepultado fué subjecto á esta corrupción, y hecho polvo, como el de los otros patriarcas. Y no sólo la resurrección, mas también la gloria de la ascensión profetizó David con palabras de grande alegría, diciendo (2): Todas las gentes dad palmas de regocijo, y cantad loores á Dios con voces de alegría. La causa por que esto pide, es por la conversión de las gentes y por la subida deste triunfador al cielo, la cual significó diciendo: Sube Dios á lo alto con voces de alegría y con sonido de trompeta. Y en el Psalmo 67, que trata de este mismo argumento y del triunfo de Cristo, junto con el misterio de la ascensión, ayuntó la gracia y dones del Espíritu Sancto, que había de enviar este Señor al mundo después de subido al cielo. Y así hablando con él dice: Subiste, Señor, á lo alto, y llevaste contigo tus prisioneros (librándolos del cautiverio en que estaban detenidos) y recibiste dones para repartir con los hombres. Después de la subida al cielo se sigue la dignidad y gloria de Cristo, y el

(1) Act. 2. (2) Psalm. 46.

asiento á la diestra del Padre, el cual profetizó el mismo David abiertamente por estas palabras (1): Dijo el Señor á mi Señor: Asiéntate á mi diestra hasta que pongas á tus enemigos por escabelo de tus pies. Las cuales palabras á ninguna pura criatura pueden convenir, sino al Hijo de Dios, como en otro lugar diremos.

Después de la subida al cielo profetizó Joel la venida del Espíritu Sancto (2). El cual después de haber dicho que nos alegrásemos en el Señor por habernos dado un doctor y maestro que nos enseñase la doctrina de la justicia (3), hablando en persona de Dios, dice así: Después desto sucederá que derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros viejos soñarán sueños, y vuestros mancebos verán visiones. Y en estos días derramaré mi espíritu sobre mis siervos y siervas. Lo cual acaeció en la fiesta de Pentecostés, viniendo el Espíritu Sancto en forma visible de lenguas de fuego para inflamar los discípulos con fuego de caridad, y darles don de todas las lenguas del mundo, para que en todo él predicasen la gracia del Evangelio. Porque de otra manera, siendo cuasi tantas las lenguas de las gentes cuantas eran las naciones y provincias, ¿cómo pudieran los que no sabían más que la lengua de su tierra, predicar la fe en todas las naciones del mundo?

Y que esta historia de la venida del Espíritu Sancto en esta forma sea verdadera, demás de la fe, lo confirma esta clarísima razón. Porque S. Lucas (que la escribe) dice que cuando esto acaeció, moraban en Jerusalén judíos y religiosos y honradores de Dios, de todas las naciones que hay debajo del cielo (4), y dice que todos ellos quedaron atónitos desta tan grande maravilla, así del modo con que el Espíritu Sancto vino, como de la variedad de las lenguas. Pues si esto no pasara así en hecho de verdad, ¿cómo tuviera corazón el Evangelista para escribir una cosa que si no fuera verdadera, tuviera contra sí tantos testigos que lo desmintieran, con lo cual desacreditaba y infamaba toda su escritura?

Y que este mismo Espíritu se había de infundir en los corazones de los fieles, profetizó también con clarísimas y divinísimas palabras el profeta Hieremías, el cual hablando en nombre

(1) Psalm. 109. (2) Joelis 2. (3) Act. 2. (4) Act. 2.

de Dios, dice así (1): Mirad que vendrán días en que haré otro nuevo pacto y asiento con la casa de Israel, no como aquél que hice con vuestros padres, cuando los saqué de la tierra de Egipto, el cual ellos quebrantaron, y yo me enseñoreé dellos: mas el concierto que con ellos hará, será éste: Pondré mis leyes en sus entrañas, y escribirlas he en su corazón, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Escribir Dios su ley, no en tablas de piedra, como en el tiempo pasado, sino en los corazones de los hombres, es decir que morará el Espíritu Sancto en ellos, y no sólo les enseñará la ley divina, sino (lo que mucho más importa) los inclinará y moverá á la guarda della. Lo cual nos representó en haber querido venir en forma de viento, cuya propriedad es mover todas las cosas, pues con él se mueven los navíos hasta el cabo del mundo. Y este divino movimiento nos era más necesario que el conocimiento, porque no pecan tanto los hombres por ignorancia del entendimiento, cuanto por falta y desgana de la voluntad. Lo mismo promete Dios en el profeta Ecequiel por estas divinas palabras (2): Derramaré sobre vosotros una agua limpia, con la cual os alimpiaré de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros pecados, y daros he corazón nuevo, y pondré en medio de vosotros un espíritu nuevo, y quitaros he el corazón que teníades de piedra, y daros he corazón de carne, y pondré mi espíritu en medio de vosotros, para que andéis por el camino de mis mandamientos, y guardéis mis juicios (que son mis leyes) y las pongáis por obra: y vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. Quiere decir: Vosotros haréis oficio de fieles siervos, y yo lo haré de fidelísimo y liberalísimo Dios y Señor. No parece que se podía profetizar con más claras palabras la virtud y oficios del Espíritu Sancto, que con éstas. Pues esta tan grande abundancia de gracia ¿en qué tiempo y por cúyo medio se había de dar á los hombres, sino cuando el Salvador prometido al mundo viniese á él, y nos la mereciese con el sacrificio de su pasión? Y no carece de misterio que así como el verdadero Cordero, que es Cristo, fué sacrificado el mismo día que el cordero pascual (que era figura dél) se sacrificaba, para que en un un mismo día concurriese la figura con lo figurado, así el Espíritu Sancto (que es el autor de la ley de gracia) viniese el mismo

(1) Hierem. 31. (2) Ezech. 36.

día que fué dada la ley de escritura (que era el día de Pentecostés) porque en el mismo día que se dió la una ley, se diese la otra, para que con esto supliese la gracia lo que faltaba á la ley. En lo cual se ve la maravillosa correspondencia de los misterios del Testamento Viejo con el Nuevo, no sólo en el cumplimiento de las cosas prometidas, sino también en el tiempo que se cumplían.

DE LAS GRANDES Y MARAVILLOSAS HAZAÑAS QUE EL SALVADOR HABÍA DE OBRAR DESPUÉS DE SU VENIDA AL MUNDO.

CAPÍTULO IX

Todas estas profecías susodichas y señales para conocer á Cristo, son particulares de su persona, que son, linaje, nacimiento, vida, muerte, resurrección, subida al cielo y venida del Espíritu Sancto. Otras hay no menos ciertas que las pasadas, pero más claras para el conocimiento de su venida, por ser más universales y más notorias al mundo. Y éstas son las hazañas y obras admirables que había de obrar en él.

Y antes que comencemos á referir los testimonios destas profecías, será necesario advertir al estudioso lector que los profetas, y señaladamente Esaías (que es el primero y más elegante dellos y el que más claramente habló destas maravillas) unas veces las representa por palabras proprias y claras, y otras veces por comparaciones y metáforas de árboles silvestres y fructuosos, de bestias fieras y mansas, de tierras desiertas ó cultivadas. Por palabras proprias y claras lo representa cuando introduce el Padre Eterno hablando con su unigénito Hijo en cuanto hombre, diciéndole así (1): Poco es que seas mi siervo, para resucitar los tribus de Jacob, y convertir el restante de los hijos de Israel. Porque yo te he dado para que seas luz de las gentes y salud mía hasta los fines de la tierra. No se podía explicar con más claras y proprias palabras la conversión del mundo, que con éstas. Mas por metáforas y comparaciones elegantísimas significa lo mismo. Del cual lenguaje usa por dos razones: la una, por no repetir una misma sentencia muchas veces por las mismas palabras (que causaría hastío en los lectores) y la otra y más principal, por engrandecer las cosas que profetiza, vistiéndolas y declarándolas con vocablos de cosas grandes. Porque cuando dice Dios por Esaías que le glorificarán las bestias del campo y los

(1) Esai. 49.

dragones y avestruces, engrandece la virtud de la divina gracia, que fué poderosa para que los hombres fieros y soberbios y ponzoñosos (cuales eran los gentiles) fuesen predicadores de la gloria de Dios y imitadores de la pureza de los ángeles. Y para más engrandecer los profetas estas obras, entendiendo con la lumbre que tenían la magnificencia dellas, arrebatados en espíritu, las representan de tal manera, que despiertan á los hombres á alabar á Dios por este beneficio, y convocan todas las criaturas, hasta las insensibles, para esto, como se ve en el Psalmo 97, que adelante alegaremos.

§ I

Pues comenzando á tratar de las obras maravillosas que después de la venida del Salvador se habían de obrar en el mundo, éstas decimos que señaladamente habían de ser cinco. La primera es la destruición de la idolatría. La segunda es introducir en el mundo el conocimiento del verdadero Dios, que era el Dios de Abrahán y de Jacob. La tercera es extirpar los vicios que se siguían de esa misma idolatría, y reformar las costumbres de los hombres. La cuarta es la subjección del Imperio romano á la fe y conocimiento de Cristo (figurada en aquella estatua que vió Nabucodonosor) la cual se cumplió en tiempo del grande emperador Constantino. La quinta es el castigo de los que procuraron la muerte del Salvador con la destruición de la ciudad de Hierusalén y del sancto templo. Entre estas cinco obras tan notables las tres primeras significan los doctores por un solo nombre, que es la vocación ó conversión de las gentes. La cual por ser una obra de las más grandes y magníficas de Dios, y la suma de todo el Evangelio, está denunciada por todos los profetas, mayormente por Esaías, como lo escribió S. Ambrosio á S. Augustín (1). Y por ser ésta una de las obras más admirables de la bondad y omnipotencia de Dios, y uno de los principales efectos de la venida del Salvador al mundo, y una de las cosas que más abiertamente confirman la verdad de nuestra fe, y más alegran y suspenden las ánimas religiosas (viendo el cumplimiento dellas) re-

(1) Lib. 9 Confess., cap. 5

feriremos aquí algunas destas profecías, de muchas que así este profeta como los demás profetizaron desta vocación.

Y en el capítulo 42 introduce al Padre Eterno hablando con su Hijo humanado por estas tan magníficas palabras (1): Esto dice el Señor Dios que crió los cielos y los extendió, y fundó la tierra con todas las cosas que ella produce. Yo soy el verdadero Señor, te llamé en justicia (quiere decir, para que por ti se vea que soy justo y verdadero en mis promesas) y te tomé por la mano (dándote mi favor y ayuda) y te guardé, y te puse para que fueras reconciliador del pueblo y luz de las gentes, y para que abrieses los ojos de los ciegos, y sacases á los presos de la cárcel donde vivían en tinieblas. Yo soy Dios, y no daré mi gloria á otro, ni mi alabanza á los ídolos. Las cosas que al principio prometí, ya son cumplidas, y agora denuncio otras cosas nuevas antes que vengan. Cantad al Señor cantar nuevo, y su alabanza suene en los fines de la tierra. Y un poco más abajo repite cuasi la misma sentencia por estas palabras: Yo guiaré á los ciegos por el camino que no saben, y haré que anden por los caminos que no conocen. Convertiré delante dellos las tinieblas en luz, y los caminos ásperos y torcidos en caminos derechos y llanos. Por todas estas palabras tan magníficas promete Dios á los gentiles, que vivían en las tinieblas y noche escura de su infidelidad, la luz del Evangelio y la virtud de la gracia, para reconciliarlos consigo, y hacer llano y suave el camino de la virtud, que es á la carne dificultoso y áspero.

Y el mismo Señor parece que no se hartaba de repetir esta promesa tan gloriosa, engrandeciéndola como ella lo merecía, con muy ilustres palabras y metáforas. Y así en el capítulo siguiente 43 dice: No os acordéis de las cosas primeras que ya se cumplieron, ni pongáis los ojos en las cosas antiguas. Porque yo haré agora cosas nuevas que presto saldrán á luz, y vosotros las veréis cumplidas. Haré que en el desierto haya camino, y ríos de agua en la tierra que nunca fué hollada, y glorificarme han las bestias del campo, los dragones y avestruces, porque hice brotar aguas en el desierto, y ríos en la tierra sin camino, para dar de beber al pueblo mío y escogido mío. Este pueblo formé para mí, y él predicará mis alabanzas. Qué es lo que el profeta entienda

(1) Esai. 42.

por dragones y bestias fieras, ya está declarado. Mas por ríos y fuentes de agua entiende siempre la virtud de la gracia, porque así como el agua alimpia, refresca y apaga la sed, y hace fructificar la tierra, así la gracia óbra estos mismos efectos espiritualmente en las ánimas. Y destas aguas habló él cuando dijo (1): Cogeréis aguas de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día: Alabad al Señor, y invocad su sancto nombre. Pues para encarecer el Señor este beneficio de la gracia (mediante la cual todos los hombres que silbaban como fieros dragones, habían de mudar este silbo en alabanzas divinas) dice que no se acuerden los hombres ni pongan los ojos en todos los otros beneficios ya pasados (como fueron la liberación del cautiverio de Egipto y la conquista de la tierra de promisión, y otros tales) porque aunque estos beneficios por sí sean dignos de perpetua recordación, pero son pequeños en comparación de la gracia del Evangelio y del sacrificio de Cristo, por quien ella se mereció.

Lo susodicho es de Esaías, el cual luego en el capítulo siguiente repite la misma vocación con palabras claras, y también con sus metáforas acostumbradas, diciendo así: Derramaré aguas sobre la tierra sedienta, y ríos de agua sobre la tierra seca. Y porque no entendiésemos que hablaba aquí de tierra y agua material, declárase luego él mismo diciendo: Derramaré mi espíritu sobre tus hijos, y mi bendición sobre tus decendientes, y crecerán y fructificarán entre las yerbas como los sauces par de las corrientes de las aguas. Uno dirá: Yo soy del Señor, y otro invocará el nombre del Dios de Jacob, y éste escribirá con su mano al Señor, y en el nombre de Israel será comparado. Quiere decir, gloriarse ha de ser siervo del verdadero Dios, y dél tomará nombre de verdadero fiel. Y el invocar en el nombre del Dios de Jacob quiere decir que no invocará más en el nombre de Júpiter ni de los otros falsos dioses, sino del verdadero Dios, que fué y es de Jacob. Y para dar á entender el mismo profeta que en esta vocación de las gentes había de ser mayor número de los gentiles que se convertirían, usando de sus acostumbradas metáforas en el capítulo 54 dice así: Alaba á Dios, mujer que no pares, y canta sus alabanzas la que no parías, porque mayor número de hijos tendrá esta mujer desamparada, que la que tenía

(1) Esai. 12.

marido, dice el Señor. En estas palabras propone el profeta debajo de la metáfora de dos mujeres, una estéril y desamparada, y otra casada con su marido, dos repúblicas, una de gentiles y otra de judíos: y de la primera, que es la desamparada, dice que nacerán más hijos que de la segunda, porque mayor fué el número de los fieles que recibieron á Cristo de la república de los gentiles (que se extendía por todo el mundo) que de la de los judíos, que era una pequeña parte dél.

§ II

Cansado estará por ventura el lector de oir tantas veces esta misma promesa: mas no se cansaba Dios de repetirla, porque la verificación y cumplimiento della (que todos agora vemos) es un gravísimo argumento y confirmación de nuestra fe. Y así hablando él por Esaías (1), y convidando á beber á los que tienen sed en sus ánimas del agua de la gracia, promete luego á Cristo, autor della, hablando primero con los hombres, y después con él. Á los hombres dice: Mirad que lo he enviado por testigo á los pueblos, y por guía y doctor de las gentes. Y al Hijo dice: Mira que llamarás á la gente que no conocías, y las gentes que no te conocían correrán á ti por amor de su Señor Dios y por el Sancto de Israel que te ha glorificado. Quiere decir: Porque te ha hecho en cuanto hombre reparador y salvador del mundo. Y llamólo testigo, como lo llamó S. Juan en el Apocalisi (2), porque nos testificó y declaró fielmente la voluntad de su Padre, enseñándonos perfectamente cómo le habíamos de agradar.

Mas en el capítulo 60 repite la misma promesa con grande magnificencia de palabras. Porque enderezando el profeta las palabras á la ciudad de Hierusalén, dice así: Levántate, Hierusalén, para que seas alumbrada, porque es venida ya tu lumbre, y la gloria del Señor amaneció sobre ti. Mira que las tinieblas cubrirán la tierra, y la escuridad á los pueblos, mas sobre ti amanecerá el Señor, y su gloria se verá en ti. Y para que no pensemos que sólo para aquel pueblo venía este Señor, añade luego: Y andarán las gentes con tu lumbre, y los reyes de la tierra con

(1) Esai. 55. (2) Apoc. 1.

el resplandor que nacerá en ti. Levanta los ojos al derredor de ti, y verás que todos éstos se ayuntaron y vinieron á ti. Entonces verás, y alegrarte has, y maravillarse ha y dilatarse ha tu corazón, cuando se convirtiere á ti la muchedumbre de la mar, y la fortaleza de las gentes viniere á ti.

Y porque abiertamente conociésemos que todas estas profecías debajo de sus metáforas profetizaban la conversión de las gentes, al cabo de todas ellas (que es en el postrer capítulo) puso la llave de la inteligencia de lo que acerca de esta vocación había profetizado, diciendo así: Enviaré de aquéllos que fueron salvos, á las gentes, á la mar, á África, á los moradores de Lidia que usan de flechas y saetas, y á Italia, y á Grecia, y á las islas muy apartadas, y á los que no me conocen ni vieron mi gloria, y predicarla han á las gentes. En las cuales palabras sin metáfora alguna declara esta vocación de la gentilidad al conocimiento y servicio del verdadero Dios, de que aquí habemos tratado. Y con estar esta vocación muchas veces prometida y repetida en este profeta y en los demás, apenas podía ser creída de los fieles circuncidados en tiempo de los Apóstoles. Porque predicando S. Pedro á toda la familia de Cornelio centurión (que era de gentiles) súbitamente descendió el Espíritu Sancto sobre ellos (1). Y dice S. Lucas que quedaron atónitos los fieles de la circuncisión que habían venido con S. Pedro, viendo que la gracia del Espíritu Sancto se comunicaba también á las naciones de los gentiles, porque los oían hablar en diversas lenguas y magnificar á Dios como á los mismos Apóstoles. Mas no es solo Esaías el que profetizó esta vocación, porque también la profetizaron otros profetas, mayormente David. El cual en el segundo Psalmo representa al Padre Eterno hablando con su Hijo, diciéndole así: Pídeme, y darte he las gentes por heredad tuya, y por posesión tuya los fines de la tierra. Y en el Psalmo 109, hablando el mismo Padre con su Hijo, dice que se asiente á su mano derecha hasta que le ponga debajo de los pies todos sus enemigos, y le dé señorío sobre ellos. Y llama aquí enemigos á todos los hombres, así judíos como gentiles, que contradecían á su reino y imperio. Mas en el Psalmo 98, arrebatado este profeta con grande fervor de espíritu, considerando la grandeza de este universal beneficio,

(1) Act. 10.

convida á todas las criaturas, así sensibles como insensibles, á que den gracias y se alegren y hagan fiesta por esta tan grande misericordia. Porque acabando de decir, vieron los términos de la tierra la salud de nuestro Dios, endereza sus palabras á las criaturas, sin dejar tierra, ni mares, ni montes, ni árboles, ni ríos que no convide á cantar alabanzas á Dios. Y la causa desta tan grande fiesta es porque viene el Señor á juzgar la tierra, esto es, á regirla y gobernarla, porque esto significa aquí esta palabra de juzgar, como en otros lugares de la Escritura. Y al principio deste Psalmo nos convida á cantar á Dios cantar nuevo, dando á entender que la novedad de este beneficio tan diferente de los pasados pide nuevo cantar, esto es, nuevas alabanzas, nueva devoción, nuevo amor y nuevo agradecimiento por tan grande y tan general misericordia.

Pues el profeta Oseas representa á Dios prometiendo esta misma gracia, por estas palabras (1): Tendré misericordia de la que era sin misericordia, y diré á quien no era mi pueblo: Tú eres mi pueblo, y él dirá: Tú eres mi Dios. Pues ¿á quién competen estas palabras sino á la gentilidad, la cual no habiendo sido pueblo de Dios, vino por la gracia de Cristo y predicación de su Evangelio á ser pueblo suyo? Y no es menos claro el testimonio de Miqueas, cuyas palabras son éstas (2): En los postreros días estará aparejado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y levantarse ha sobre los collados, y correrán á él los pueblos, y darse han priesa muchas gentes, diciendo unas á otras: Venid, y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha sus caminos, y andaremos por sus sendas, porque de Sión saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalén. En las cuales palabras el profeta no sólo profetiza la conversión de las gentes, mas también de dónde había de salir la palabra de Dios y la doctrina que les había de convertir, que es, de la ciudad de Hierusalén, pues nos consta que della salieron los discípulos de Cristo, que desterraron la idolatría del mundo, y plantaron el conocimiento del verdadero Dios de Jacob. Y esta misma profecía de Miqueas hallamos escrita palabra por palabra en el capítulo 2 de Esaías, y asimismo esta circunstancia del

(1) Ose. 1. (2) Mich. 4.

lugar de donde había de salir la predicación del Evangelio, que era de Sión. Y como ambos profetas profetizaron con el mismo espíritu, así escribieron la misma profecía con las mismas palabras. Esto baste de las profecías que denunciaron la conversión de las gentes.

DE LA PRIMERA HAZAÑA QUE SE SIGUIÓ DE LA VENIDA DEL SALVADOR AL MUNDO, QUE FUÉ DESTERRAR DÉL LA BLASFEMIA DE LA IDOLATRÍA, QUE CUASI POR TODO ÉL ESTABA RECEBIDA

CAPÍTULO X

Dijimos en el capítulo pasado que la vocación de las gentes incluía en sí tres maravillosas obras que el Salvador había de obrar en el mundo, que eran, destruir la idolatría, y plantar en la tierra el conocimiento y culto del verdadero Dios, y reformar las costumbres y vida de muchos hombres. Agora será razón tratar en particular de cada una destas obras, alegando en cada una las profecías que primero la denunciaron muchos años antes, y declarando luego la grandeza y dificultad que hubo en cada una dellas, para que se vea cómo en cada cosa déstas entrevino el brazo de la omnipotencia de Dios.

Pues comenzando por la idolatría, ésta fué una de las mayores hazañas que el Salvador obró en este mundo. La cual claramente denunció Dios por el profeta Zacarías, diciendo (1): Destruiré los nombres de los ídolos de la tierra, y no habrá más memoria dellos. Y Sofonías otrosí dice (2): Espantable es el Señor, el cual desterrará todos los ídolos de la tierra, y adorarlo ha el hombre en su lugar, y todas las islas de las gentes. Y el profeta Nahún, hablando en persona de Dios, dice (3): Desterraré todos los dioses fundidos y esculpidos de metal, y serán ligeros sobre los montes los pies del que evangeliza y predica la paz. Esaías también dice (4): En aquel día arrojará el hombre los ídolos de plata y de oro que había fabricado para adorarlos. Y en otro lugar (5): Profanarás, dice él, las planchas de plata, de que formaste tus ídolos, y derramarás como cosa sucia las vestiduras de oro con que los cubrías, y echarlas has de tu casa. Y hasta el santo Tobías, estando para morir, con espíritu profético dijo que las gentes dejarían sus ídolos y adorarían el Dios de Israel (6).

---

(1) Zach. 13. (2) Sophon. 2. (3) Nahun 1. (4) Esai. 31. (5) Esai 30. (6) Tob. 14.

Esta hazaña tan gloriosa está claro que se guardaba para la venida del Mesías. Porque como en él habían de ser benditas todas las gentes (según fué prometido á los padres antiguos) ¿qué bendición podía haber reinando la idolatría cuasi en todo el mundo, y juntamente con ella la universidad de todas las abominaciones y pecados que della procedían? Lo cual parece claro por la misma obra, pues de la compañía deste soberano Emperador salieron los capitanes (que fueron los Apóstoles) los cuales con su sangre, milagros y doctrina acometieron esta empresa tan gloriosa.

Agora será necesario declarar cuán grande beneficio haya sido desterrar esta mortal pestilencia de mundo, para que así veamos lo que debemos á este Señor que de tan grande mal nos libró. Porque cónstanos por cosa cierta que después de la caída del primer hombre el mayor mal de cuantos ha habido en el mundo, fué la idolatría. Porque della procedían tantos males y tan abominables pecados, deshonestidades y crueldades, que no hay palabras que basten para los explicar. Y porque no se puede bien conocer la excelencia y eficacia de la medicina, sino conocida primero la gravedad de la dolencia, será necesario declarar aquí los grandes males desta pestilencia, para que veamos (como dije) lo que debemos á aquel médico del cielo que la curó. Mas confieso que son cosas al parecer tan increíbles las que en esto hubo, que si no estuvieran los libros de innumerables auctores llenos dellas, ningún hombre cuerdo ni las osara escribir, ni las pudiera creer. Y demás desto son ellas tan feas y deshonestas, que me será necesario pedir licencia á los oídos castos para referirlas. Mas conviene que se digan, porque ésta es una de las cosas que más debe mover nuestros corazones al amor de la Religión cristiana (que de tantos males está libre) y al servicio de nuestro potentísimo Salvador, que tales monstruos desterró del mundo. Mas todavía será creíble lo que dijéremos, presuponiendo que los hombres en aquel tiempo se habían entregado al demonio que los gobernaba, y siendo tal el gobernador (que es la fuente de toda maldad) se podrá entender qué tales serían los gobernados por él.

Es pues agora de saber que los hombres por natural instincto creen que hay en este mundo alguna soberana deidad, y así nacen con una inclinación á reverenciarla y honrarla. Lo cual

se ve en todas las naciones del mundo, por bárbaras que sean, donde siempre se halla algún culto y veneración de Dios. Y no creyendo ellos por la rudeza de sus entendimientos que había otras cosas más que las que se conocían por los sentidos corporales, atribuyeron divinidad á las criaturas más hermosas del mundo, y de que más provecho temporal para uso de la vida recebían, como eran sol, y luna, y planetas, y estrellas del cielo, y á éstas honraban y adoraban por sus dioses. Y habiendo de tomar de aquí motivos para conocer la hermosura y providencia del Criador, y darle gracias por el misterio de tales criaturas, tomáronlo para negarlo y servir más á la criatura que al Criador. Cuán grande haya sido este pecado, véase por este ejemplo. ¿Cuál sería la maldad de una reina que dejase de poner los ojos en el rey su marido, y los pusiese en alguno de los caballeros que trae consigo, por parecerle muy bien dispuesto? Pues tal fué el adulterio y deslealtad del mundo, cuando desampararon al Criador por su criatura. Y si para esto los engañó la hermosura de las criaturas, por ellas, como dice el Sabio (1), pudieran conjecturar cuánto más hermoso era el Señor que tan hermosas cosas crió.

Y lo que es cosa más fea, entre estos sus dioses ponían machos y hembras, y casamientos, y incestos con hermanos, y disensiones, y parcialidades, y celos, y adulterios como acá entre los malos hombres. Y así escriben que el dios Vulcano, marido de la diosa Venus, hizo una subtilísima red, en que comprehendió al dios Marte envuelto con su Venus, y los trajo desta manera á la vergüenza por todo el cielo, haciendo fiesta á los dioses con este tan hermoso espectáculo. Y al mismo príncipe de sus dioses atribuían todas estas deshonestidades que dijimos, añadiendo que para engañar y forzar doncellas, unas veces tomaba figura de toro, otras de águila, otras de cisne, otras de oro. ¡Ved qué tal dios sería éste, y cómo podían los hombres tener asco destos vicios, viendo que en ellos imitaban al mayor de sus dioses!

(1) Sap. 3.

§ I

No paró aquí el engaño del demonio y la ceguedad de los hombres. Porque por el grande amor que tenían á sí mismos, hacían dioses á todos aquéllos que inventaban alguna cosa para uso de la vida humana. Y así hicieron dios á Esculapio, porque inventó la medicina, y á Baco, porque halló el uso del vino, y á Ceres, por el uso del pan, y á un muchacho, porque mostró el arado, y á un rey llamado Estercen, porque enseñó á estercolar los campos para que diesen más fructo, como escribe S. Augustín (1), y á Hércules, porque con su valentía limpió la tierra de muchos monstruos que la maltrataban.

Y continuándose por los tiempos esta blasfemia, vinieron los emperadores también á intitularse y adorarse por dioses, como lo hicieron Domiciano, y Cómodo, y el crudelísimo y deshonestísimo Nerón, y Diocleciano, grande perseguidor de la Iglesia, el cual no daba á besar la mano como los otros emperadores, sino el pie: y lo mismo hizo aquella espantosa bestia de Cayo Calígula, nacido para que en su manera de vida se viese á dónde podía llegar la prodigalidad y gula de los hombres, y cuánto podía el vicio acompañado con poder y auctoridad. Éste pues (como refiere Eusebio Cesariense) se mandó intitular el nuevo Júpiter, nobilísimo dios Cayo. Y en todas las tierras del Imperio romano estaban las imágines y los altares dedicados á él, excepto en las sinagogas de los judíos, que no admitieron esto.

Pues ¿qué diré de Alexandre Magno, el cual después de habida la victoria contra Darío, en tanto grado se ensoberbeció, que se mandó llamar y adorar por dios? Y porque un gravísimo filósofo que traía en su compañía, llamado Calístenes, de la escuela de Aristótiles, resistió á esta incomportable locura, le impuso crimen de conjurado, y le mandó cortar las orejas y las narices y los labios de la boca, y encerrar en una jaula de hierro con un perro dentro della: y al fin de todas estas crueldades lo mató. Con lo cual este tirano escureció la gloria de todas sus

(1) August lib. 18 de Civitate Dei, cap. 15.

hazañas pasadas, como largamente refiere Séneca, lamentando la muerte de tan gran filósofo.

Mas aun sobre esto pasa la maldad y locura del emperador Adriano, el cual sintió tanto la muerte de un rapacillo (de que mal usaba) llamado Antinoo, que para consuelo desta tristeza lo hizo adorar por dios, y le edificó templo, y diputó sacerdotes, y señalóle sacrificios y fiestas que se celebrasen en honra suya. Y esto ordenó un hombre (como refiere S. Hierónimo) criado en estudios y doctrinas de filosofía.

Mas juzguemos agora si iguala con esta blasfemia la del Senado romano, el cual consagró por diosa una mujer pública llamada Flora, porque cuando murió, le hizo heredero de una gran hacienda que había ganado en aquel oficio tan honrado. De lo cual dan testimonio Plutarco y Ovidio, y de los nuestros Lactancio Firmiano en el primer libro de sus Instituciones, y S. Augustín en el segundo *de Civitate Dei*. Y no contento el Senado con hacer tal diosa, celebraba cada año á veinte y nueve de junio la fiesta della. Mas ¿qué tal era la fiesta? Las mujeres públicas, como ella lo había sido (cosa cierto fea para decir) se desnudaban en presencia de todo el pueblo, hablando palabras deshonestísimas, y bailando de esta manera en presencia de su diosa. Pues ¿quién pudiera imaginar una cosa tan fea como ésta? Y ¿quién la creyera agora, si tan graves autores no la escribieran? Y ¿quién no entenderá qué tal estaba el mundo que tal consentía y aprobaba y festejaba? Y ¿quién leyendo esto, no hincará las rodillas y alabará á Cristo, que por medio de sus discípulos tan horrible pestilencia desterró del mundo? Pues no se acaban aquí las invenciones de Satanás, otras cosas quedan aún peores. Porque á Venus y Cupido (que eran madre y hijo) hacían dioses de las deshonestidades y torpezas. De modo que el oficio que los cristianos atribuímos al demonio, que llamamos espíritu de fornicación, atribuían ellos á estos dos tan excelentes dioses. Y así pintaban á su dios Cupido con flechas y arco en la mano, por razón del oficio que tenía de herir los corazones con amores profanos. Pues ¿qué diré del dios que ellos llamaban Priapo, cuya historia de pura vergüenza no osara referir, si la Escritura divina no la contara? En la cual se escribe que el rey Asa, como católico y virtuoso, hizo que la honrada viuda de su madre no fuese princesa en la cofradía deste dios tan sucio, ni

anduviese danzando con sus tocas largas con las otras matronas en las fiestas deste abominable dios (1). Y el sancto Rey hizo pedazos este ídolo (cuya figura era deshonestísima) y mandólo echar en el arroyo de los Cedros. ¿Puede ser cosa igual á ésta? No amplifico nada, ni encarezco nada, sino en suma refiero lo que en esto hallo escripto.

Mas pregunto: ¿en qué predicamento pondremos á los que adoraban los brutos animales, las cabras, y los bueyes, y los crocodilos, y las cigüeñas, y los dragones (de que hace mención Daniel) y las serpientes, que refiere S. Pablo? Y más particularmente (como refiere Teodoreto) entre estos animales adoraban al cabrón, por ser más lascivo y sucio que los otros animales. Espántanos esto cierto, pero mucho más espanta lo que diré. Y porque no me tengan por mentiroso, alegaré á M. Antonio Sabélico en su libro de Ejemplos, el cual dice que los egipcios llegaron á tan grande extremo de locura, que adoraban los ajos y las cebollas por dioses. Por lo cual dijo, no sin donaire, un poeta: dichosos pueblos, en cuyas huertas nacen tales dioses.

De los sacrificios abominables que los gentiles ofrecían á sus dioses.

§ II

No quiero cansar más al cristiano lector, ni ensuciar el aire con historias tan torpes. Mas no puedo ni debo callar las maneras de sacrificios que á honra destos dioses se ofrecían, y las fiestas que se les hacían, puesto caso que por la cualidad de tales dioses se podrá entender cuáles serían sus sacrificios. Porque los unos eran conformes á la condición de sus dioses, y los otros al apetito de los hombres. Y según esto había entre ellos dos géneros de sacrificios: unos cruelísimos, en que sacrificaban hombres, y otros deshonestísimos, en que entrevenían grandes deshonestidades. De los primeros hacen mención las sanctas Escripturas. Porque hasta los judíos (como refieren los profetas y Psalmos y historias sagradas) sacrificaban sus hijos y hijas á los

(1) III Reg. 15.

demonios, y derramaban la sangre inocente de éstos en servicio de los ídolos.

Esta tan cruel ceremonia tomaron los judíos de los gentiles, entre los cuales se usaba este linaje de sacrificio. Porque los moradores de Rodas, mediado el mes de octubre, sacrificaban un hombre á Saturno. Y en la ciudad de Heliópoli (que es en Egipto) se sacrificaban cada día tres hombres. Asimismo los lacedemonios sacrificaban un hombre al dios Marte, y lo mismo hacían en Laodicea y en Cartago. Y los griegos también, con ser gente de más entendimiento, cuando iban á las guerras, sacrificaban sangre humana. Escribe también Filón historiador que el rey Aristómenes sacrificó en un día trecientos hombres á honra del dios Júpiter. Pues ¿qué cosa más inhumana, más cruel y más furiosa que tal sacrificio? Y porque se vea claro ser capitales enemigos del linaje humano los dioses que tales sacrificios pedían, hasta hoy en día en las Indias Orientales se sacrifican hombres á sus malvados dioses, y en las Occidentales (antes que llegase la luz del Evangelio) se usaba esta misma carnicería procurada por aquél de quien el Salvador dice que dende el principio del mundo fué homicida y derramador de sangre (1). Porque en ciertas fiestas que estos indios hacían, tenían por estilo abrir un niño de los más hermosos por los pechos, y sacándole el corazón, untaban con él la cara de su ídolo.

Éstos eran los sacrificios de crueldad. Mas de los sacrificios deshonestos algo dije hablando de la diosa Flora, y no eran menos deshonestos los que se ofrecían á la deshonestísima diosa Venus. Porque como ella se preciaba del oficio de mala mujer, había muchos (cosa cierto indignísima de pensar) que por tenerla favorable para semejantes oficios, le hacían un servicio muy agradable, que era poner en plaza la honestidad de sus hijas vírgines. ¿Quién pudiera creer esto, si no lo escribieran hombres de grande autoridad? Tuvo esta diosa por enamorado un hermoso mozo llamado Adonis, por cuya muerte hizo ella grandes lamentaciones. Y entre las abominaciones que Dios mostró al profeta Ecequiel que se cometían en su templo, una dellas era estar una compañía de mujeres hebreas haciendo llanto por la muerte deste mozo, compadeciéndose de aquella diosa por haber perdido

(1) Joan. 8.

aquel su enamorado (1). Mas lo que resta por decir es tal, que la vergüenza natural no me da licencia para poderlo decir, por no ofender los oídos limpios con cosas tan feas. Mas quien las quisiere saber, lea á Teodoreto en el tercero y séptimo libro contra los Griegos. Y quien quisiere saber la torpeza abominable de la vida destos honradores y imitadores de sus dioses, lea la sexta sátira de Juvenal.

Éstos eran los sacrificios, y éstos los dioses á quien la mar y la tierra servía, á quien adoraban reyes y emperadores y cuasi todas las naciones del mundo. Y el emperador romano que entraba en Roma triunfando, acompañado de tantos prisioneros y riquezas, la primera jornada que hacía era al templo de su dios, á adorarlo y darle gracias por las victorias alcanzadas. Pues la vida y las costumbres de los que tales dioses adoraban, ¿cuáles serían? Tales cierto cuales eran las de los dioses que adoraban. Porque ¿qué culpa podían poner á un mal hombre, si excusaba sus maleficios con el ejemplo de sus dioses, pues quedaban ya los vicios deificados y canonizados con la autoridad dellos? De aquí vino á decir el Sabio que esta malvada superstición era causa, principio y fin de todos los pecados del mundo (2). Porque como sea verdad que la religión y el temor de Dios sean freno y cuchillo de todos los pecados, siendo tal aquella religión, que no sólo no atajaba ni afeaba los pecados, sino antes los hermoseaba y autorizaba con el ejemplo de sus dioses, ¿qué remedio podían tener los males?

§ III

Pues por aquí se ve lo que el mundo debe al Salvador, que de tan general pestilencia lo libró. Y por la grandeza deste mal se entenderá que hasta hoy ningún hombre ha habido en el mundo, que tan grande beneficio le hiciese, como lo fué éste. Él pues nos libró desta tan cruel tiranía, él apagó esta tan grande llama, él curó esta tan grande llaga, y de tal manera la curó, que apenas quedó en el mundo rastro della. Porque si no fuera por permanecer agora libros de gentiles que estas cosas escribieron, no su-

(1) Ezech. 8. (2) Sap. 14.

piéramos qué cosa era Júpiter, ni Juno, ni Venus, ni Cupido, ni Marte, ni Vulcano, ni otros semejantes monstruos y demonios que eran adorados en el mundo. Por dónde podemos espantarnos con el profeta y decir (1): ¿Cómo han sido destruídos y asolados estos enemigos? Súbitamente perecieron y se perdieron por sus maldades. Fueron así como un sueño de que no se acuerda el que se levanta de la cama. Tú, Señor, destruirás y desharás en tu ciudad la imagen dellos, para que no quede dellos rastro ni memoria.

Pues ¿qué resta agora sino dar gracias de todo corazón á este Señor que de tantos males nos libró, y decir que bendita sea su venida, y bendito el que lo envió, y bendita la bandera de su cruz, debajo de la cual pelearon aquellos esforzados guerreros, que fueron los Apóstoles y mártires, con todos estos monstruos tan horribles, y muriendo los mataron, y cayendo los derribaron, y desterrados los desterraron, juzgados los condenaron, y vencidos los vencieron? Porque ¿qué fuera de nosotros, si el mundo corriera hasta agora de la manera que entonces corrió, si Cristo no quebrara la cabeza de la antigua serpiente con el báculo de su cruz, y si no derribara de su silla al príncipe deste mundo? ¿Qué fuera, digo, de nosotros? ¿Qué habíamos de hacer sino (en lugar del verdadero Dios y Señor de todo lo criado) adorar piedras, y palos, y dragones, y serpientes, y estar zabullidos en el cieno de todos los vicios y maldades? Sea pues otra vez y mil veces bendita la cruz, benditos los clavos, y los azotes, y las espinas, y todos los otros trabajos del Salvador, cuyos ejemplos y merecimientos esforzaron estos caballeros en esta conquista, y nos libraron de tanto mal.

---

(1) Psalm. 72.

DE LA SEGUNDA HAZAÑA QUE EL SALVADOR HABÍA DE OBRAR EN EL MUNDO, QUE ERA TRAER LOS HOMBRES AL CONOCIMIENTO DEL VERDADERO DIOS

CAPÍTULO XI

La segunda hazaña, no menos admirable, que el Salvador había de obrar en el mundo, era que después de arrancadas las pestilenciales plantas de los falsos dioses, plantaría en la tierra el conocimiento del verdadero Dios, que era el Dios de los judíos. Lo cual testifican á cada paso todos los profetas. Y el mismo Señor de los profetas afirma esto con juramento por uno dellos, diciendo así (1): Por mí mismo he jurado que de mi boca saldrá palabra de justicia, y no saldrá en vano, porque á mí se inclinarán todas las rodillas, y por mí jurarán todas las lenguas, y él dirá: Mías son las justicias, y mío es el imperio: y á él vendrán las gentes, y serán confundidos todos los que le contradijeren. Y el profeta David hablando con Dios en el Psalmo 85 dice así: Todas las gentes que, Señor, heciste, vendrán, y adorarte han, y glorificarán tu nombre, porque tú eres grande, y haces maravillas, y tú solo eres Dios. Esto significó brevemente el mismo profeta en el Psalmo 46 cuando dijo que los príncipes de los pueblos se habían ayuntado con el Dios de Abrahán. Pero con más palabras profetizó esto en el Psalmo 21, diciendo: Acordarse han, y convertirse han al Señor todos los fines de la tierra, y adorarle han todas las familias de las gentes, porque el reino es del Señor, y él se enseñoreará de las gentes. Y el mismo Señor por Esaías dice (2): Buscáronme los que antes no preguntaban por mí, y halláronme los que no me buscaban. Yo dije: Veisme aquí, veisme aquí, á la gente que no invocaba mi nombre. Pues ¿qué gente es ésta que ni preguntaba por Dios, ni lo buscaba, ni lo invocaba, sino la gentilidad? La cual sin buscar á Dios, lo halló, porque él benigna y misericordiosamente la buscó,

(1) Esai 45. (2) Esai. 65.

y se le ofreció Lo cual demás de esto testifican todas aquellas profecías que alegamos, tratando de la vocación de las gentes.

Mas agora será razón declarar cuán grande haya sido el beneficio que en esto se hizo al mundo, y cuán dificultoso de acabar. No hay hombre tan bárbaro que no entienda ser el conocimiento de Dios principio y fundamento de todos los bienes, sin el cual el hombre más se puede contar por bestia, que por hombre. Y cuando este conocimiento trae consigo amor y temor de Dios, ya no sólo es principio y fundamento, sino suma de todos los bienes. Y desta manera de conocimiento dice Dios por Hieremías (1): No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el rico en su riqueza, ni el esforzado en su fortaleza. Mas en esto se gloríe el que se quisiere gloriar, que es tener conocimiento de mí. Conforme á lo cual dice Sant Augustín hablando con Dios (2): Bienaventurado es, Señor, el que te conoce, aunque no conozca más que á ti, y miserable es el que todas las otras cosas sabe, si no sabe á ti. Y si todas las otras cosas sabe, y á ti también con ellas, no es bienaventurado por lo que sabe de ellas, sino por lo que sabe y conoce de ti.

Pues desterrada la idolatria del mundo, pudieran los hombres seguir las sectas y opiniones de los filósofos acerca del conocimiento y culto de Dios. Y así se desvanecieran como ellos, y se escurecería su corazón, como dice el Apóstol (3). Pues siendo este conocimiento un bien tan soberano, ¿qué tan grande beneficio fué dar esta nueva luz al mundo para que con ella reconociese y venerase su Criador? Mas esta obra no fué menos dificultosa de acabar que grande, porque para esto era necesario que los hombres, después de hollados sus antiguos dioses, adorasen y reverenciasen al Dios de los judíos, los cuales eran tenidos por la gente más supersticiosa del mundo, y así eran aborrecidos y despreciados de los gentiles. Pero mucho mayor era el aborrecimiento que ellos tenían á esos gentiles, pues tenían por gran pecado entrar en sus casas, y mucho más comer con ellos, como lo mostraron los que habían creído de la circuncisión contra S. Pedro, porque había entrado en casa de hombres no circuncidados, y comido y bebido con ellos (4). Este aborrecimiento de ambas naciones llama el Apóstol pared ó muro de división que

---

(1) Hierem. 9. (2) Aug. Confess. lib. 5, cap. 4. (3) Rom. 1. (4) Act. 11.

había entre estos dos linajes de gente (1), que era un grande impedimento para venirse á concordar en una misma fe y creencia. Y este muro dice él que derribó Cristo, el cual deshizo estas enemistades con el mérito de su pasión, quitando de por medio las cerimonias de la ley, que los gentiles extrañaban grandemente, como parece por lo que refiere Marco Tulio en la oración que hizo en el Senado en favor de Flaco, en la cual dice así (2): Siempre fué cosa ajena del resplandor de nuestro imperio, y de los estatutos de nuestros mayores, y de la gravedad del nombre romano, admitir la superstición bárbara de los judíos. Esto dice Tulio, constando por otra parte que los romanos recibieron los dioses y sacrificios abominables de los griegos y de otras naciones. Y Numa Pompilio, segundo rey que fué de los romanos, juntó cuantos dioses pudo con los suyos, pareciéndole que tanto estaría Roma más segura, cuanto más llena destos dioses. Y Quintiliano, tratando de los linajes de hombres aborrecibles, dice (3). Tenemos odio á los autores de los males, y son infames los fundadores de las ciudades que instituyeron alguna gente perniciosa, como fué el primer autor de la superstición de los judíos, entendiendo por estas palabras á Moisén, que dió ley á este pueblo Pues siendo esto así, ¿cuán grande hazaña fué que esta gente, despreciados y acoceados sus antiguos dioses, adorados de todas las gentes, recibiese y adorase como á verdadero Dios al que gente tenida por tan bárbara y supersticiosa (como ellos la reputaban) adoraba y reverenciaba?

Mas porque nos importa mucho conocer la dificultad de esta obra para glorificar á Dios por ella, y entender la virtud de la gracia, me será necesario usar de un ejemplo por donde esto mejor se entienda. Claro está que como la lumbre de la fe, que procede del Espíritu Sancto, nos certifica que en la hostia consagrada está nuestro Señor, así el espíritu malo, aunque en diferente manera, persuadía á los gentiles que el ídolo de Júpiter ó de Baal era su Dios. Y muchas veces hablaba el demonio en el ídolo algunas cosas, para confirmarlos en esta falsedad. Y con ser esto así, pudo tanto la divina gracia y la predicación del Evangelio, que acabó con estos hombres que pisasen y acoceasen estos falsos dioses que adoraban tantos mil años había, y en lugar dellos

(1) Ephes. 2. (2) Cicero pro Flacco. (3) Quint. lib. 3, cap. 9.

asentasen la cruz en que murió el Salvador, y la adorasen. Pues para que se vea la dificultad de esta obra, pregunto agora: ¿quién podría acabar con un cristiano que hiciese con la hostia consagrada lo que el gentil hizo convertido con sus dioses, que fué pisarlos y acocearlos? Pues por este ejemplo entenderá el piadoso lector cuán arduo negocio haya sido acabar con los gentiles lo susodicho. Mas aun sin este ejemplo basta para prueba de esta dificultad la muchedumbre innumerable de mártires que por más de docientos años por esta causa fueron despedazados, abrasados y atormentados con tormentos nunca vistos, ni leídos, ni imaginados, de los cuales usaban los tiranos en defensa de sus dioses, pareciéndoles que no los podían aplastar ni tener propicios, así para la conservación de sus imperios como para la prosperidad de los temporales, sino con la sangre de los mártires. Y con ser esto así, pudo tanto la virtud de Dios que obraba en sus mártires, que acabaron con los emperadores cristianos que arrastrasen y pisasen estos dioses tan adorados y defendidos, y en lugar de ellos adorasen como á verdadero Dios al de los judíos, que tan aborrecidos eran dellos. Pues ¿qué cosa más admirable? Mas de esta materia ya tratamos en lo pasado, y por eso no añadiremos aquí más.

De otra hazaña que estaba reservada para la venida de Cristo, que era subjectar á su religión y imperio la cabeza del mundo, que era la ciudad de Roma con su emperador.

§ I

Debajo de esta segunda hazaña de Cristo se comprehende otra que sirve mucho para el conocimiento de su venida, que es haber traído á su religión y imperio la cabeza del mundo, que era la ciudad de Roma con su emperador. Lo cual nos representa el misterio de aquella estatua que vió en sueños Nabucodonosor (como refiere Daniel) la cual tenía la cabeza de oro, y los pechos y brazos de plata, y el vientre y los muslos de acero, y las piernas de hierro, y los pies eran parte de hierro y parte de barro. Y añade más, que vió el rey en este sueño una piedra cortada de un monte sin manos, la cual dió en los pies de hierro y de

barro de la estatua, y los hizo pedazos, y toda la estatua quedó del todo deshecha, y aquella piedra vino á hacerse un monte tan grande, que hinchió toda la tierra. Ésta fué la visión, por la cual todos los doctores así católicos como hebreos entienden la sucesión de los cuatro reinos y monarquías del mundo, y la prosperidad del reino de Cristo. Porque el primer reino (entendido por la cabeza de oro) fué de los asirios. El segundo fué de los persas (entendido por los pechos y brazos de plata) los cuales sojuzgaron á los asirios. El tercero fué de los griegos, imperando Alejandro Magno (significado por los muslos de acero) el cual subjectó á los persas después de vencido Darío. El cuarto fué el de los romanos (significado por las piernas de hierro) que sojuzgó á los griegos y á los otros reinos del mundo: el cual convenientemente es significado por el hierro, que doma todos los otros metales, lo cual fué proprio deste reino, que subjectó cuasi todo el mundo, puesto caso que se dice que en parte tenía pies de barro, por las grandes quiebras y disensiones y guerras civiles que en él hubo. Mas la piedra cortada del monte sin manos, que dió en los pies de la estatua, y los hizo pedazos, y creció tanto que hinchió el mundo, significa el reino de Cristo, á quien se había de subjectar el reino de los romanos. Pues desta profecía se colige claramente ser ya venido Cristo, porque según ella aquél que había de subjectar el reino de los romanos, era Cristo. Esto vemos cumplido en tiempo del emperador Constantino, el cual siendo emperador de los romanos, se subjectó á Cristo, y lo reconoció y adoró por su verdadero Dios, y como á tal lo sirvió, edificando y amplificando sus iglesias y reverenciando sus ministros. El cual con la gloriosa señal de la sancta cruz puesta en todos sus estandartes triunfó gloriosamente de tres emperadores tiranos y de todos sus enemigos.

DE LA TERCERA OBRA MARAVILLOSA QUE SE HABÍA DE OBRAR EN EL MUNDO DESPUÉS DE LA VENIDA DEL SALVADOR, QUE ERA LA REFORMACIÓN DE LAS COSTUMBRES DE LOS HOMBRES

CAPÍTULO XII

La tercera obra admirable que el Salvador había de obrar en el mundo, era la sanctificación de muchos hombres mundanales, los cuales estando sumidos y atollados en todas las abominaciones y pecados que la blasfemia de la idolatría trae consigo, se habían de mudar en hombres celestiales y divinos por virtud de la gracia que por los méritos deste Señor se les había de dar. Esto profetizó David en el Psalmo 71 (que todo habla del reino de Cristo) donde dice que en sus días nacería la justicia y la abundancia de la paz (que es fruto de la justicia) y duraría en el mundo mientra durase la luna, que es para siempre. Y esto mismo dice Esaías en el capítulo 10 por estas breves palabras: La consumación abreviada será causa de que haya en el mundo abundancia de justicia. Y por aquella consumación abreviada se entiende el cumplimiento de todo lo que muchos años antes estaba profetizado; lo cual todo cumplió Cristo brevemente en su venida, y esto fué causa de multiplicarse en el mundo la sanctidad y justicia por virtud de su gracia. Lo cual el mismo profeta significó por sus acostumbradas metáforas, diciendo así (1): Derramáronse las aguas por el desierto, y los arroyos por la soledad, y la tierra seca se mudó en un estanque, y la tierra sedienta en fuentes de aguas. Y en las cuevas donde antes moraban dragones, nacerán cañaverales y juncos, y habrá allí senda y camino, y llamarse ha camino sancto, y ningún león ni otra mala bestia andará por él, ni se hallará en él. En las cuales palabras debajo destas metáforas entiende por las aguas la abundancia de gracia (como ya declaramos) y por las bestias fieras los hombres fieros y desaforados, y por los cañave-

---

(1) Esai. 35.

rales y juncos la verdura y frescura deste jardín espiritual de la Iglesia. Y en ella dice que se hallará camino seguro y libre de las malas bestias (que son demonios y pecados) para caminar á la vida eterna. Y en el capítulo 55 repite la misma sentencia, declarando el alegría y devoción que los fieles recibirán, y las gracias que darán al Señor por esta tan maravillosa mudanza. Y así dice: Los montes y los collados cantarán delante de vosotros mis alabanzas, y todos los árboles de la región darán palmas con las manos, porque en lugar de la zarza nacerá el abieto (que es un árbol hermoso) y en lugar de la ortiga crecerá el arrayán, y será el Señor nombrado en señal eterna, que nunca será quitada. Quiere decir que el Señor eternalmente será alabado por esta singular mudanza, que es hacer de los malos buenos, porque esto significa la mudanza destos arbolillos estériles y viles en árboles grandes y hermosos.

Esta mudanza de vida que en estas autoridades alegadas representa el profeta por estas metáforas y comparaciones de sequedales en fuentes de aguas, y de árboles estériles y silvestres en árboles fructuosos y hermosos, representa él mismo por otras no menos hermosas metáforas de animales fieros y ponzoñosos en otros mansos y benignos. Y así habiendo tractado de la sanctidad y gracia del Salvador, declara luego la maravillosa mudanza que se había de hacer en los hombres después de su venida, por estas hermosísimas y suavísimas metáforas, diciendo así (1): Morará el lobo con el cordero, y el león pardo con el cabrito. El becerro y el león y la oveja morarán juntos, y un mochacho pequeño los amenazará: y el becerro y el oso pascerán juntos, y los cachorrillos de ellos descansarán en uno, y el león á manera de buey comerá paja. Y el niño de teta se alegrará en el agujero de la serpiente, y el que estuviere destetado, meterá su mano en la cueva del basilisco. Todas estas fieras (dice el Señor) no harán mal ni matarán en todo mi sancto monte, porque la tierra estará tan llena del conocimiento de Dios, como la mar cuando crece y se esplaya por sus riberas. Pues que por estas palabras y por estos animales fieros y mansos se hayan de entender los hombres buenos y malos, la razón y el fin á que el Salvador había de venir, lo dice, y la causa que el

(1) Esai. 11.

profeta alega desta mudanza, lo declara, que es, estar la tierra llena del conocimiento de Dios, el cual no hace al propósito de la mudanza destos animales fieros en mansos, mas hace á la de muchos hombres que por virtud de la gracia de Cristo, de fieros y soberbios y crueles como leones y lobos, se hicieron mansos como ovejas y corderos, y los que eran altivos y presumptuosos, no desdeñaron la compañía de los pequeñuelos y humildes, mas antes obedecieron y se subjectaron á unos pobres pescadores. Lo cual aún significa más claramente, diciendo el Señor que todas estas bestias fieras no matarán ni harán daño en su sancto monte, que es su Iglesia, la cual se llama monte por la alteza de la vida que profesa.

Esta misma mudanza de las bestias fieras en mansas (por la cual entendemos la mudanza de los corazones soberbios en humildes y mansos) profetizó también la sibila Cumea, como adelante veremos, añadiendo que en la venida del Salvador resuscitaría la edad dorada, porque se levantaría en el mundo una gente de oro, esto es, de purísima y sanctísima vida.

§ I

Mas cuán grande haya sido esta obra y esta mudanza de las vidas de los hombres, verse ha claramente considerando las costumbres perversas en que ellos vivían antes de la predicación del Evangelio. Lo cual aunque se puede entender por las comparaciones y metáforas del profeta, que habemos alegado, y por lo que dijimos de los pecados que andaban en compañía de la idolatría, pero mucho más á la clara se entiende por lo que el Apóstol sin estas figuras y comparaciones escribe en la Epístola á los Romanos, donde dice que en pena del pecado de la idolatría entregó Dios á los hombres á la tiranía de todos sus apetitos y carnalidades, para que sin ningún freno ni resistencia se entregasen á todos los vicios. Y porque usaron tan mal de la inclinación que él imprimió en las ánimas (que nos inclinaba á adorar y reverenciar al verdadero Dios, empleándola en adorar los falsos dioses) que también perdiese todas las otras dotes y beneficios de naturaleza, y así ni hubiese en ellos verdad, ni fe, ni afición con padres, ni madres, ni amigos, ni bienhechores, ni compasión de

los necesitados, ni otro oficio de humanidad, que tan propria es del hombre. Asimismo permitió (como dice el Apóstol) que así los hombres como las mujeres, dejado el uso natural que la naturaleza instituyó para la conservación de la especie humana, usasen de otras invenciones contrarias á la común ley y oficio de naturaleza, recibiendo con esto en sí mismos el pago que su maldad y idolatría merecía. Y porque no tuvieron el conocimiento que debieran tener de Dios, permitió él que viniesen á caer en ceguedad de entendimiento, para que como ciegos y desatinados se despeñasen en todos los pecados de malicia, de fornicación, de avaricia, de astucia, de invidia, de homicidios, contenciones, engaños, malignidades, y así también fuesen escarnecedores, infamadores de vidas ajenas, aborrecibles á Dios, injuriadores de otros, soberbios, altivos, inventores de males, rebeldes á sus padres, ajenos de toda razón, descompuestos, sin afección, sin lealtad y sin misericordia. Todo esto dice el Apóstol. Éstos pues y otros tales pecados se siguieron de la idolatría. Éstos son los fructos que produjo aquel árbol de muerte. Esto lo que obró aquella antigua serpiente, la cual (como dice S. Juan en su Apocalisi) traía engañado todo el universo mundo, y envuelto en todas estas maldades.

Para confirmación de lo dicho añadiré aquí una cosa que refiere Isidoro Clario tratando de la corrupción del mundo antes que Cristo viniese á él, y declarando aquel paso del Evangelio que comienza: Vosotros sois sal de la tierra, sobre el cual dice que en las historias antiguas de cierta nación que él allí nombra, se hallaba escripto que se celebraban públicamente casamientos de hombres con hombres. Y de Nerón escribe Suetonio que desta manera públicamente se casó con un mozo. Por lo cual vistas sus maldades y crueldades, muchos decían: Pluguiera á Dios que su padre de Nerón tuviera tal mujer como ésta. Y Sant Hierónimo en los Comentarios de Esaías, sobre aquella palabra del capítulo 2, que dice: Allegáronse á los mozuelos ajenos, dice así: Fueron tan dados al vicio nefando en aquel tiempo los griegos y los romanos, que clarísimos filósofos en Grecia públicamente tenían sus concubinos. Y en los lugares públicos de las malas mujeres había también mozos que ganaban como ellas. Y duró esta abominación hasta el tiempo del emperador Constantino, en el cual resplandeciendo la luz del Evangelio, fué extirpada junto con la infidelidad

la torpeza abominable de las gentes. Hasta aquí son palabras de S. Hierónimo, las cuales sin que pasemos adelante, bastan para declarar la corrupción de aquellos miserables tiempos y para que se vea cuán grande obra y maravilla de Dios haya sido hacer de tales monstruos ángeles en la pureza de la vida. Y lo mismo nos representa aquel lienzo que vió S. Pedro en visión (1), lleno de serpientes y de todo género de animales brutos. Y diciendo Dios al Apóstol que matase aquellos animales y comiese, y respondiendo él que nunca había comido cosa inmunda y defendida por la ley, le dijo el Señor: Lo que Dios sanctificó, no llames tú cosa sucia. Y dicho esto, subióse el lienzo al cielo, de donde había venido. Y esto dice la Escritura que acaeció en la misma visión tres veces. Por la cual quiso el Espíritu Sancto representarnos las costumbres y condiciones de los hombres que adoraban los ídolos: los cuales por la gracia de Cristo de tal manera fueron mudados, que destruídas estas tan horribles figuras, representasen en su vida la pureza y imagen de su Criador, y así mereciesen subir al cielo con él.

Y para que se entienda cuán grande haya sido esta obra, y cuánto quiere el Señor ser por ella conocido y glorificado, dice por Esaías estas palabras (2): Haré que nazcan ríos en los collados altos, y en medio de los campos brotarán fuentes. Haré que en el desierto haya estanques de aguas, y ríos en la tierra por donde nadie caminaba. Haré que en la soledad nazca el cedro, y la espina, y el arrayán, y la oliva. Y por la espina se entiende aquí un árbol incorruptible llamado por otro nombre setín, de que el Arca del Testamento fué fabricada. Y añade luego: Plantaré en el desierto el álamo, la haya y el boj juntamente con ellos, para que los hombres vean, y sepan, y piensen, y entiendan que la mano del Señor hizo estas cosas, y el Sancto de Israel las obró. Aquí ruego al piadoso lector que pondere la repetición destas cuatro palabras, vean, sepan, piensen y entiendan, que significan lo mismo, que es cosa de mucha consideración. Por la cual manera de hablar quiso el Señor declarar la grandeza desta obra, y quiso que pensasen y repensasen los hombres, no una sino muchas y muchas veces, la excelencia della. Dónde claramente da á entender que no habla aquí de árboles materiales, sino espiri-

(1) Act 11. (2) Esai. 41.

tuales, plantados par de las corrientes de las aguas de la gracia. Y tal obra como ésta era digna de la bondad y omnipotencia de Dios, que es hacer de árboles silvestres (que llevaban manjar de puercos) árboles fructuales, que llevasen fructos de vida eterna, ó por hablar más claro, de hombres semejantes en sus costumbres á los demonios, otros nuevos hombres, semejantes en la pureza de la vida á Dios y á sus sanctos ángeles.

§ II

Pues para entender esta obra que tanto nos encomienda Dios que pensemos y repensemos, será necesario declarar qué tan grande bien sea la sanctificación de las ánimas, y cuán grande sea el número de los que fueron desta manera sanctificados por el misterio de la venida del Salvador.

Para lo primero pongamos los ojos en una ánima que domados todos sus apetitos y pasiones, y vueltas las espaldas á todas las cosas mundanas, todo su amor y esperanza, todos sus cuidados, pensamientos y deseos tiene puestos en solo Dios, entregándose toda á su servicio, la cual viviendo en este mundo con el cuerpo, conversa con el espíritu en el cielo, y morando en la carne, vive como si estuviese fuera della. Pues ¿qué cosa se puede pintar más hermosa que ésta? Platón decía que si se pudiese ver la hermosura de una ánima virtuosa con los ojos del cuerpo, encendería en su amor todos los corazones de los hombres. Pues si la hermosura destas tan imperfectas virtudes tanta parte sería para robar los corazones, ¿qué haría la hermosura de una ánima llena de las verdaderas y cristianas virtudes, y adornada con las riquezas de la gracia y con los dones del Espíritu Sancto? ¿Paréceos pues que habrá comparación desta hermosura con aquélla? No por cierto. Porque siendo tanta la ventaja de Criador á criatura, y de Dios á hombre, ¿qué comparación puede haber entre lo que hace Dios por su propria mano, con lo que hace el hombre por la suya? Es tan grande la belleza de la tal ánima, que ni la hermosura ni frescura de los campos, ni el resplandor del oro y piedras preciosas, ni la claridad del sol, ni de la luna, ni de las estrellas vienen á cuenta con ella. Mostró Dios á Santa Catarina de Sena la hermosura de un ánima que estaba en gra-

cia, y maravillándose la virgen de cosa tan bella, díjole el Señor: Mira si fué bien empleado lo que yo padecí por hermosear las ánimas de esta manera.

Pues verdaderamente así lo hizo, y así lo testifica el Apóstol, diciendo (1): Los que sois casados, amad vuestras mujeres como Cristo amó la Iglesia, por la cual se ofreció á la muerte, para que por el mérito deste sacrificio la hermosease de tal manera que no se hallase en ella mácula ni ruga de pecado. Pues por adornar las ánimas con esta tan grande hermosura, no dubdó él ofrecerse á todos los tormentos de su pasión, para que á costa de las fealdades de su sacratísimo cuerpo hermosease las ánimas con esta tan grande gracia. Y esto nos significó aquel grande amor que Jacob tuvo á su querida Raquel, por la cual le pidieron siete años de servicio (2). Y dice la Escritura que le pareció poco todo este tiempo por la grandeza del amor. Pues ¿á qué propósito ordenó el Espíritu Sancto (que es el autor de la Escritura) que se escribiesen estos amores, si no nos quisiera representar por éstos otros más puros y más divinos, que es el amor inestimable que el verdadero Jacob tiene á su esposa la Iglesia y á cada una de las ánimas que están en gracia? El cual es tan grande, que (como dice S. Crisóstomo) ninguno de los enamorados deste siglo, aunque sea de aquéllos que andan como locos por las personas que aman, arde tanto en este amor, como este celestial Esposo en el de las tales ánimas, por cuya hermosura (como otro Jacob) le parecía poco todo lo que padecía.

Vista pues la hermosura de un ánima y el amor grande que aquel Esposo celestial le tiene, pongámonos á contar cuántos millares de ánimas fueron de esta manera hermoseadas y sanctificadas por los méritos de la pasión de Cristo. Mas éstas, ¿quién las podrá contar, sino quien cuenta las estrellas del cielo, que es solo Dios? Así es por cierto, y así lo confiesa un fidelísimo testigo de vista, que es S. Juan (3), el cual habiendo dicho que de los doce tribus de Israel estaban señalados en la frente ciento y cuarenta y cuatro mil escogidos, añade luego estas palabras: Después desto vi una compañía de escogidos de todas las gentes, y linajes, y pueblos, y lenguas diversas, que estaban ante el trono de Dios, vestidos de ropas blancas y con palmas en las

(1) Ephes. 5. (2) Genes. 24. (3) Apoc. 7.

manos, la cual muchedumbre era tan grande, que nadie la pudiera contar. Y todos estos escogidos á grandes voces decían: Salud sea á nuestro Dios, que está asentado sobre el trono, y á su Cordero. Esto es, sea Dios glorificado junto con su amantísimo Cordero, por los cuales alcanzamos esta salud, que para siempre durará. Desta manera en esta revelación dice el Evangelista ser el número de los escogidos tan grande que sobrepuja todo número y cuenta de hombres. Porque todos cuantos justos ha habido en el mundo, dende el inocente Abel hasta el postrero que en él ha de nacer, deben su predestinación y sanctificación á los méritos del Cordero de Dios, que fué sacrificado en la cruz, por el cual, aun antes que padeciese, fueron *ab æterno* escogidos, y predestinados, y sanctificados.

Y quien quisiere entender esto más en particular, sepa que en esta edad salieron á luz ocho volúmenes de vidas de sanctos, que recopiló de diversos libros el varón esclarecido Aloisio Lipomano, en los cuales se hallan innumerables vidas de mártires, de pontífices sanctísimos, de confesores, de vírgines y de grandes compañías de monjes, los cuales viviendo en la tierra, tenían su trato y conversación en el cielo, y debajo de figura de hombres mortales imitaban la pureza y sanctidad de las sustancias inmortales, y procuraban que en sus costumbres y manera de vida resplandeciese tanto la imagen de Cristo, que pudiesen con el Apóstol decir (1): Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. Pues confieso agora que una de las cosas que más palpablemente me ha declarado el beneficio de la redempción de Cristo, es considerar que todas estas tan grandes riquezas de virtudes y gracias y maravillas que hallamos en las vidas de los sanctos (las cuales ponen en admiración á quienquiera que las lee) son fructos del árbol de la Cruz, son efectos de este divino sacrificio, son hermosísimos pimpollos que procedieron de la raíz de Jesé.

(1) Galat. 2.

De la excelente sanctidad y vida de los monjes de Egipto y de otros muchos lugares.

§ III

Una de las materias que más sirven para declarar la eficacia de la redempción y sangre de Cristo, es la singular vida de aquellos sanctos monjes de Egipto, y no menos sirve para edificación y admiración de los fieles. Por tanto, referiremos aquí lo que deste argumento hallamos escrito en los libros de los sanctos Padres. Primeramente S. Augustín en el libro de las Costumbres de la Iglesia, disputando contra los maniqueos, dice así: Agora mirad, maniqueos, la alteza de los perfectos cristianos, su pureza, y sus ordenadas costumbres, y su continencia singular. Mas lo que yo os contaré, vosotros también lo sabéis. Porque ¿á quién es escondido cuánta muchedumbre hay de cristianos derramada por todo el mundo, de extremada religión, mayormente en Oriente y en Egipto? Callo por agora los que moran en la soledad de los yermos, mas hablo de aquéllos dignos de admiración y de loores, que despreciados los halagos del mundo, emplean su vida en sanctos ejercicios y oraciones, ayuntados en los monesterios &c. Hasta aquí son palabras de S. Augustín. Esta tan excelente manera de vida principalmente floreció en Egipto, en la cual se ve lo que dijo el Apóstol (1): Donde abundó el delicto, sobreabundó la gracia: porque (como ya dijimos) los historiadores llaman á esta tierra madre de la idolatría, pues llegó á tan grande ceguedad, que adoraba los ajos y las cebollas, como ya declaramos. Y no menos reinó aquí la vanidad, porque en Egipto se hicieron aquellas pirámides de increíble grandeza, que se cuentan entre los siete milagros del mundo. Y de una déstas, que se edificó junto á la ciudad de Menfis, escribe Plinio que andaban en la obra trecientos mil hombres, y que duró la fábrica de ella por espacio de veinte años. Y refiriendo los nombres de los autores que destas pirámides hacen mención, dice que no consta entre ellos quiénes hayan sido los reyes que

(1) Rom. 5.

mandaron hacer estas obras, y dice él que fué muy acertado no estar averiguado esto, por que no se supiese en el mundo quién fuesen los autores de tan grande vanidad. Esto dice Plinio. Á lo cual añado yo haber sido castigo y providencia de Dios que estuviesen en olvido estos reyes, para que se entendiese cuán poco les aprovechó esta invención, de que quisieron usar para perpetuar sus nombres.

Pues tornando al propósito, en tierra de tanta vanidad y superstición floreció en tanto grado la religión y sanctidad, que (como dice S. Hierónimo) había tanta muchedumbre de religiosos, principalmente en Siria y Egipto, que así como de las colmenas sale gran muchedumbre de abejas, que llaman enjambre, y camina como ejército de gente que sigue su proprio capitán, ó como pueblos que van á buscar nuevas moradas, así salían de aquí compañías de monjes, que llamaban enjambres, por su gran multitud y por su ayuntamiento y ordenanza, siguiendo sus caudillos. Y tantos eran que (como refiere este Sancto) cuasi cinco mil moraban en Nitria, en un mismo sitio, apartadas las celdas. Y asimismo había en otros muchos lugares. Por la cual causa no solamente Juliano Apóstata, mas aun el emperador Valente, aunque cristiano (mas según parece, no enteramente católico) fué inducido á mandar que todos los monjes fuesen forzados á venir á la guerra: y sobre este negocio muchos dellos fueron azotados. Mas presto el Emperador pagó la pena de tan grande maldad.

La sanctidad y vida destos monjes describe el mismo S. Hierónimo en la epístola que escribió á la virgen Eustoquio sobre la guarda de la virginidad, por estas palabras: Entre la diversidad de los monjes los más aprobados son los que moran en los monesterios, de que hay mayor número, que tienen vida y morada común, y su principal propósito es obedecer á los mayores, y hacer cuanto ellos mandaren. Están divididos de ciento en ciento y de diez en diez, de tal manera que á nueve monjes gobierna el deceno, y cada diez destos prelados tienen un superior. Están apartados unos de otros, mas las celdas tienen juntas. Hasta la hora de nona tienen estatuto que ninguno visite á otro, salvo sus prelados, para que si alguno es fatigado de pensamientos, con su comunicación sea consolado. Después de nona todos vienen á comunidad, cantan psalmos, leen la sagrada Escritura según su costumbre, y acabada la oración, sentados to-

dos, el que llaman padre, sentado en medio, comienza á platicar, y hablando éste, los otros tienen tanto sosiego, que ninguno osa toser ni mirar uno á otro. Después desto danles licencia, y cada compañía de diez va con su padre á comer. Á la mesa sirven á veces por semanas, ningún estruendo se hace mientras comen, ninguno habla á la mesa, su mantenimiento es pan y legumbres y hortaliza cocida solamente con sal. Vino beben solos los viejos, á los cuales y á los pequeñuelos muchas veces dan á cenar, porque la edad cansada de los unos se recree, y la reciente de los otros no se quebrante. De aquí se levantan juntamente, y dadas gracias á Dios, van á sus chozuelas, donde hasta la tarde habla cada uno con los de su compañía, y dice: ¿Vistes aquél y aquél, cuánta religión tiene, cuánto silencio guarda, cuán bien anda compuesto? Si entre ellos hay algún flaco, esfuérzanle: á quien ven fervoroso en el amor de Dios, anímanle para que más trabaje. Y porque de noche después de las oraciones comunes vela cada uno en su retrete, cercan los prelados las celdas de todos, y escuchan diligentemente lo que hacen. Al que hallan negligente no reprehenden luego, sino disimulando lo que saben, visitanle más á menudo. Y al principio á los nuevos amonestan que oren, mas no los costriñen. Tienen cierta tarea de obra para cada día, la cual acabada llevan á su prelado, y él la da al procurador, el cual en cada mes da cuenta de las obras con gran reverencia al Padre de todos. Éste tiene cargo de mirar cuándo está aderezado de comer. Y porque á nadie es lícito decir: No tengo túnica ó capa, ni zarzos de junco sobre qué dormir, este procurador los provee de tal manera, que á ninguno falte ni tenga necesidad de pedir. Cuando alguno enferma, pásanle á otra cámara más ancha, y recréanle los viejos con tanto cuidado, que no le hace falta el regalo de su madre, ni los deleites de las ciudades. En los días de domingo solamente entienden en oraciones y lecciones, y en los otros días, cumplidas sus tareas, hacen el mismo ejercicio: cada día aprenden algo de la Escritura sagrada. El ayuno por todo el año es igual á todos, salvo en la cuaresma, en que es lícito tener más estrechura. Dende la fiesta del Espíritu Sancto las cenas de la tarde mudan á la hora de la comida, para satisfacer á la ordenación de la Iglesia, y no cargar el estómago con comer dos veces. Semejantes á éstos fueron los esenos, como parece por testimonio de Filón, imitador de la elocuencia de Pla-

tón, y por Josefo en la Historia de la segunda captividad de los judíos. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo.

Oyamos agora lo que dice Sant Basilio, el cual engrandeciendo el estado y vida destos sanctos monjes, dice así: ¿Qué se puede comparar á este tan grande bien, donde el padre es uno á imitación del Padre soberano, y los hijos muchos, que con amorosa contienda se esfuerzan á vencer unos á otros en amor y concordia? ¿Cúya virtud remedan los tales? Por cierto no de hombres, sino de ángeles. Contra tales guerreros, que tan esforzadamente pelean, ninguna cosa podrá el diablo, porque ninguno dellos da causa ni ocasión á sus tentaciones. De éstos dice David: ¡Oh cuán buena y cuán alegre cosa es morar los hermanos en uno! Bueno por cierto y muy aprobado, que hace su vida perfecta y alegre, porque la concordia y unidad á todos es causa de alegría. Hasta aquí son palabras de S. Basilio.

Mas no es razón que entre los testimonios destos autores callemos el de S. Crisóstomo, el cual en muchas partes de su escritura trata de las grandes virtudes destos sanctos varones, y particularmente en la Homilía 59 del quinto tomo, donde haciendo comparación de los legos á los monjes, dice que éstos viven en bonanza y grande seguridad, y que dende allí como dende el cielo miran los que dan al través, porque ellos han escogido la conversación celestial, con que se hacen semejantes á los ángeles, remedando su vida en la tierra, donde ninguno se afrenta de la pobreza, ninguno es más honrado por la riqueza, porque de aquel lugar está desterrado lo que todas las cosas trastorna, mío y tuyo. Todas las cosas tienen comunes, la casa, la mesa, el vestido, y lo que más es de maravillar, todos tienen un corazón: todos son nobles de una misma nobleza, y siervos de una servidumbre, y libres de una libertad. Unas son las riquezas de todos, las verdaderas, una gloria de todos, la verdadera, porque los bienes que poseen, no tienen solo nombre de bienes, mas en la verdad lo son. Todos tienen un deleite, un regocijo, unos mismos placeres, un deseo, una esperanza. Allí todas las cosas están proporcionadas como por peso y medida, donde hay maravilloso concierto, ninguna desigualdad, mas el gobierno y templanza prudente conserva entre sí perpetua concordia, que les es causa de continua alegría, porque todos hacen y padecen unas mismas cosas, de donde sucede que juntamente se alegran ó entristecen,

y menospreciando las cosas presentes, gozan de la bienaventuranza, esperando los bienes celestiales. Cuantas cosas acaecen á cada uno, ó tristes, ó alegres, todos las tienen por suyas. Y desta manera la tristeza se siente menos, porque todos juntamente, cada uno con sus fuerzas lleva la carga, y las causas de su alegría no tienen cuento, porque se huelgan no sólo de sus proprias cosas, mas de las de todos. Y si los que acá moramos, remedásemos su vida, iría mejor á las cosas humanas, que de día en día más se corrompen. Hasta aquí son palabras de S. Crisóstomo. Y no es menos claro testimonio el de Sozomeno en la Historia Tripartita, el cual después de haber referido la sanctidad de muchos insignes prelados que hubo en tiempo del grande emperador Constantino, desciende á hacer en particular una hermosa y devotísima descrición de la vida y costumbres destos sanctos monjes por estas palabras.

§ IV

Allende de los sobredichos prelados y sacerdotes, y otros muchos que callamos, ennoblecían en aquel tiempo la Iglesia y dilataban la doctrina católica los varones esclarecidos en vida y virtudes que á la sazón vivían en soledad por los desiertos. Porque verdaderamente su manera de vivir descendió del cielo para remedio y ejemplo de los hombres: de la cual será provechoso hacer alguna relación de algunos de los que en ella se señalaron. Esta sagrada filosofía menosprecia la gloria mundana, resistiendo varonilmente á las pasiones del ánima, y aun á las necesidades naturales no se subjectan, ni desmayan por flaqueza ó enfermedades corporales. Y teniendo su entendimiento siempre puesto en Dios, de día y de noche contemplan y loan en sus espíritus á su Criador, aplacándole con oraciones y devotos cantares, y con pureza de ánimas y ejercicios de buenas obras se disponen para los oficios divinos y cerimonias sagradas. Para lo cual desdeñan los lavatorios y alimpiamientos de la ley antigua, mas solamente procuran lavar sus ánimas del pecado, al cual solo tienen por mancilla. Vencen con su virtud cualesquier infortunios que de fuera les vengan, y gloriosamente triunfan de todo lo temporal. No se afloja su intención por pasiones, ni casos mudables, ni aflic-

ciones que padezcan, ni se vengan recibiendo agravios, ni se enflaquecen por falta del necesario mantenimiento, mas antes éstas son las empresas que toman, y en que se glorían. Por toda su vida se ensayan y ejercitan en paciencia, mansedumbre y humildad, y en hacerse vecinos por contemplación á la divina Majestad, cuanto es posible á espíritus vestidos de carne. Usan de las cosas presentes como en venta, sin detenerse ni cebarse en la posesión dellas, ni tienen solicitud de proveerse en lo venidero más de para la sustentación, sin la cual no podrían vivir. Y después de tan trabajosos ejercicios son recreados con el gusto de la eterna bienaventuranza, á la cual se apresuran con muy gran diligencia y viveza de espíritu. Siempre gimen dolorosamente con el temor del juicio divino, huyen de las vanas y dañosas parlerías, no queriendo pronunciar con sus labios los vocablos de las cosas y obras contrarias á su intento, y generalmente recogen estrechamente el uso de sus sentidos y las necesidades naturales, y fuerzan á sus cuerpos con la costumbre á que con poco se contenten, y así subjectan á la castidad los malos movimientos, y á la justicia las inclinaciones perversas contra los prójimos, y á la verdad los fingimientos y mentirosos afeites. Viven por orden y concierto en todas sus cosas, como por peso y medida: comunican unos con otros en los provechos y en los daños, en los placeres y en los pesares, proveen según su posibilidad á los vecinos y á los extraños, las cosas concedidas á su particular uso hacen comunes con los necesitados, siempre procuran la utilidad de todos, á los tristes y afligidos procuran consolaciones y sanctamente los abrigan. Con los alegres y prósperos guardan más grave mesura, pero sin importunidad y pesadumbre. Y no solamente están puestos por dechado de los otros hombres por sus virtuosas obras, mas los que dellos han más aprovechado y seguido el camino de la perfección, enseñan á muchos que los vienen á oir, con sanctas predicaciones y sabios consejos, quitados todos los afeites y flores de los razonamientos retóricos, mas como prudentes médicos aplican las medicinas conforme á las enfermedades de sus conciencias. Y ellos entre sí platican y tratan su sabiduría con toda mansedumbre y acatamiento unos de otros, dejadas todas alteraciones y porfiadas rencillas, porque la razón, que libremente señorea su ánima, refrena todos los movimientos y pasiones que se levantan así en los sentidos del ánima como de

la carne. Desta sagrada filosofía fueron descubridores y adalides (según dicen algunos) Elías profeta y S. Juan Baptista. Filón, filósofo pitagórico, refiere que en su tiempo muchos principales de los judíos se apartaban á vida solitaria cerca de una laguna llamada Marián, cuya conversación y costumbres eran semejantes á las que agora guardan éstos de quien contamos, según arriba está largamente relatado: de dónde sospecho que de aquel estado de hombres tuvo origen la manera de vivir de los nuestros. Otros creen que la causa desta vida apartada del común de los pueblos fueron las persecuciones que en diversos tiempos padecieron los cristianos por defensa de su fe, y como muchos huían dellas y se escondían en los montes y valles, estando allí, poco á poco se acostumbraron á esta manera de vivir. Pero agora hayan dado principio á esta conversación los judíos, agora otros más antiguos, á lo menos esto se tiene por averiguado acerca de todos, que el excelente monje Antonio la puso en orden y en la cumbre de su perfección con su maravillosa doctrina y sanctísimos ejemplos. Hasta aquí son palabras de Sozomeno en la Historia Tripartita.

Sumario de la historia de la peregrinación de siete varones religiosos de Palestina, los cuales dan testimonio de los monesterios y Padres sanctísimos de Egipto que ellos vieron en su peregrinación.

§ V

Para entender mejor este soberano beneficio de la renovación y sanctificación de los hombres por el misterio de Cristo, me pareció referir aquí la suma de una peregrinación que hicieron siete Religiosos de Palestina, los cuales caminando á pie y descalzos, fueron á visitar los monesterios y sanctos varones que vivían en la tierra de Egipto. Entre los cuales uno era Paladio, que después fué obispo de Capadocia, el cual escribió en lengua griega lo que vió en esta peregrinación, y otro de la compañía de estos siete, que no se quiso nombrar, la escribió en latín. Es esta historia de grande autoridad, porque contexta el un historiador con el otro, y demás desto no era posible que tales varo-

nes escribiesen cosa que no fuese verdadera, mayormente siendo siete los testigos de vista de lo que se cuenta. Mas yo sumariamente referiré algo de lo mucho que ellos escriben, y primero contaré una historia maravillosa de lo que vieron en una ciudad vecina de Tebas. Venimos á una ciudad de Tebas llamada Oxirinco, en la cual hallamos tanta religión y sanctidad, cuanta nadie podrá dignamente explicar. Porque dentro y fuera della estaba cercada de monjes, y las casas públicas del tiempo de los gentiles y los templos de los ídolos eran morada de monjes, y dentro de la ciudad parecía haber más monesterios que casas. Hay en esta ciudad, que es muy grande y populosa (demás de los monesterios, que son particulares casas de oración) doce iglesias, donde se junta el pueblo. Y ni las puertas de la ciudad, ni las torres y rincones della carecen de moradas de monjes, los cuales cantando día y noche himnos y alabanzas de Dios, hacen de toda la ciudad una iglesia. En esta ciudad no hay hereje ni pagano, todos son católicos, de modo que no se hace diferencia si el obispo manda hacer oración en la iglesia ó en la plaza. Y demás desto los magistrados y gobernadores de esta ciudad tienen puestas guardas por todas las puertas della para que si vieren entrar algún pobre ó peregrino, lo lleve á su casa el que primero lo hallare, y lo provea de lo necesario. Mas ¿quién podrá declarar lo que este pueblo hizo con nosotros, viéndonos pasar por su ciudad, y recibiéndonos y honrándonos como ángeles? Y ¿quién declarará el tratamiento que nos hicieron los monjes y las vírgines innumerables deste lugar? Porque fuimos informados del sancto Obispo que la regía, que había en ella veinte mil vírgines y diez mil monjes. Y querer explicar la afección, la honra y las entrañas de caridad con que nos recibieron, y cómo nos rasgaban las vestiduras por llevarnos cada uno á su casa, ni las palabras lo pueden significar, ni la vergüenza lo permite decir. Vimos en esta sancta ciudad muchos varones dotados de diversas gracias, unos en hablar de Dios, otros en abstinencia singular, y otros en hacer milagros. Esto es lo que se cuenta desta noble y cristianísima ciudad. Pues ¿quién leyendo esto no alaba á Dios? ¿Quién no se espanta cuando oye decir que en sola una ciudad con sus alderredores, demás de lo dicho, tenía veinte mil vírgines consagradas á Dios? ¿Qué cosa más nueva se pudiera denunciar al mundo? ¿Qué cosa más poderosa para gloria de la religión cristiana? ¿Qué tierra de bendición es ésta, que tales

fructos lleva? ¿Quién pudo hacer esta mudanza en personas de carne y sangre sino Dios, mayormente en la tierra de Egipto, á la cual los historiadores llaman madre de idolatrías prodigiosas? En lo cual se ve cumplido lo que dijo el Apóstol, que donde abundó el delicto, sobreabundó la gracia. Común sentencia es de teólogos que la más furiosa y desaforada pasión que nos vino por el pecado original, es ésta, por la cual este mismo pecado se deriva de unas personas á otras. Pues ¿quién era poderoso para poner freno á una bestia tan desenfrenada sino sola la divina gracia, pues el Sabio dice que nadie puede ser continente y casto sino por especial don de Dios? Y porque esta virtud es como una gran señora, que no puede estar sola sino muy acompañada de otras muchas virtudes que á pesar de la corrupción de la naturaleza la sustenten y conserven, necesariamente habemos de confesar que donde tanto florecía la pureza de la virginidad, habían también de andar juntas con ella sus familiares compañeras, que son la abstinencia, la oración, la lección, las sagradas vigilias, el encerramiento, el recatamiento, el silencio y el apartamiento y entredicho de todas las ocasiones con que esta flor hermosísima se puede marchitar. Y si es verdad que en el cielo no hay casamientos, porque vivirán los sanctos como los ángeles de Dios (1), ¿qué podremos decir de tal vida sino ser ella un traslado de la vida celestial? Y si la sibila Cumea profetizó que en la venida del Salvador nacería una edad de oro, ¿qué edad más dorada que ésta, donde tal pureza florecía? ¡Cuán diferente tiempo era éste de aquél donde los hombres eran tan carnales, que por tener propicia á la diosa Venus para sus deshonestidades, le hacían servicio de ofrecer sus hijas vírgines á toda deshonestidad, como arriba dijimos! Pues ¿quién era poderoso para hacer esta mudanza de un tan grande extremo á otro tan distante y tan diferente, sino aquel espíritu amador de toda sanctidad y pureza?

Mas no pára aquí la historia destos sanctos peregrinos, sino pasa adelante, refiriendo otras cosas no menos admirables, porque luego en el capítulo siguiente dicen así: Vimos al sancto sacerdote Serapión en la región llamada Asmoite, padre de muchos monesterios, debajo de cuya disciplina militaban cuasi diez mil monjes, los cuales todos vivían del trabajo de sus manos, el

(1) Marci 12.

cual principalmente ejercitaban en tiempo de la segada, llevando buena parte de lo que les daban por su trabajo al sobredicho Padre para que lo repartiese por pobres. Y ésta era costumbre no solamente de éstos, mas de todos los monjes que vivían en Egipto, que á este tiempo de la segada trabajaban en ella, y cada uno alcanzaba por su trabajo ciertas medidas de trigo, y gran parte desto ofrecían á los pobres, no sólo de la región donde moraban, sino también enviaban navíos cargados de trigo á Alejandría, para repartir por los encarcelados, peregrinos y otros necesitados. Porque no hay en Egipto tanta abundancia de pobres, que baste para agotar y consumir las limosnas y beneficios destos sanctos varones.

Mas no tome de aquí nadie ocasión para notar á los Religiosos de nuestra edad porque no trabajan desta manera, porque aquéllos no tenían otro oficio más que vacar á Dios, y tenían por instituto de su orden el trabajo corporal: mas los de agora, demás de los oficios divinos con que han de servir á la devoción del pueblo, han de doctrinarlo, predicando y confesando, para lo cual es necesario estudio de letras, con el cual no se compadece ganar de comer con el trabajo de sus manos. Mas volviendo á la historia, vimos, dicen, allí en la región de la ciudad de Menfis y de Babilonia innumerable muchedumbre de monjes que resplandecían con diversas gracias y dones del Espíritu Sancto. Y éste era el lugar donde dicen que el patriarca Josef recogió el trigo para los siete años de hambre. Y procediendo en la misma historia, añaden otra cosa notable por estas palabras: Venimos al famosísimo lugar de todos los monesterios de Egipto, que se llama Nitria, el cual dista por espacio de cuarenta millas de Alejandría. En este lugar vimos cuasi quinientos monesterios vecinos entre sí, en los cuales muchos moran juntos, en otros pocos, y en otros habitan monjes solitarios, repartidos en quince barrios, mas ayuntados con lazos de caridad, y hechos entre sí un ánima y un corazón. Pues como llegásemos á este lugar, después que sintieron venir Religiosos peregrinos, á la hora todos como un enjambre de abejas corrían de sus celdas con grande priesa y alegría, trayéndonos pan y vasos de agua. Pues ¿qué diré yo agora de la humanidad y blandura dellos, y de los oficios que con nosotros hicieron, y de la caridad con la cual todos ardían, deseando llevarnos á sus celdas, y no sólo proveer-

nos de lo necesario para el hospedaje, sino también darnos parte de las riquezas que ellos poseían, que eran su humanidad y mansedumbre y otras semejantes virtudes que en ellos resplandecían como en gente apartada del mundo, y que de una misma fuente de doctrina cogían diversas gracias? En ninguna parte vimos florecer tanto la caridad, y hervir tanto las obras de misericordia, ni el ejercicio de la honestidad.

Después deste lugar hay otro en el desierto más adentro, que dista por diez millas de éste: el cual lugar se llama Celia, por la muchedumbre de celdas que hay en él. Mas á este lugar no van los monjes sino después de ejercitados en la vida monástica y quieren hacer vida solitaria. Este yermo es muy grande, y las celdas están tan apartadas, que ni se pueden ver, ni oir las voces de unas á otras. Cada uno está en su celda por sí. Hay entre ellos gran quietud y silencio. Solamente el día del sábado y domingo se juntan en una iglesia, y ahí se ven como gente que viene del cielo. Y si alguno falta, entienden que será por alguna enfermedad, y vanle luego á visitar, no todos juntos, sino cada uno por sí en diversos tiempos, llevando cada cual lo que tiene para la cura del enfermo. Fuera desta ocasión ninguno se atreve á perturbar el silencio de su prójimo, si no es alguno que pueda con palabras instruirlos y esforzarlos, como á soldados puestos en medio de la batalla. Muchos dellos moran en celdas que distan tres y cuatro millas de la iglesia donde se juntan, y con tener las celdas tan apartadas, es tan grande la unión de la caridad que tienen entre sí y para con sus prójimos, que á todos son materia de admiración y ejemplo. Y de aquí es que si alguno quiere morar entre ellos, cada uno voluntariamente le ofrece su celda.

§ VI

Después desto refieren los dichos Religiosos haber visto junto á la ciudad de Tebas un famosísimo monesterio que ocupaba grande espacio de tierra (y estaba cercado de un muro) en el cual habitaban mil Religiosos, donde había muchos pozos, y muchas huertas de regadío, y muchas diferencias de árboles fructales, y provisión de todo lo necesario para que ningún monje de los que allí moraban, tuviese ocasión de salir fuera. Era portero

deste monesterio un varón anciano y de los principales dél, el cual con esta condición permitía entrar á los que venían de fuera, que no habían de volver más á salir. Mas lo que es de admiración, no los tenía encerrados la obligación de la ley, sino el amor de la perfección y de aquella vida bienaventurada. Este Padre tenía junto á la portería un aposento, donde recibía los huéspedes y los trataba con toda humanidad. Y como llegásemos á él, no nos dió licencia para entrar, mas diónos relación de la manera de vida que allí se vivía. Díjonos que solos los Padres ancianos tenían facultad para salir á buscar lo necesario, mas todos los demás vivían en silencio y quietud y ejercicios religiosos, y eran personas de tanta sanctidad, que todos hacían milagros. Y lo que es sobre todo más admirable, ninguno dellos enfermaba, mas llegando el término de la vida conocían el día de su tránsito por revelación de Dios, y dando cuenta dello á sus hermanos, y despidiéndose dellos enviaba con alegría su espíritu al Criador.

Refiere más haber visto junto á la sobredicha ciudad de Tebas un sanctísimo varón llamado Amón, padre cuasi de tres mil monjes, que se llamaban tabenenses, varones de grande abstinencia, los cuales tienen por estilo cuando se asientan á la mesa cubrir de tal manera las cabezas con la cogulla, que ninguno vea la abstinencia del otro. Tienen sumo silencio en este lugar, y con ser tantos, viven en la compañía tan recogidos como si estuviesen en la soledad. Están asentados á la mesa tocando más el manjar que recibiéndolo, de manera que ni faltan á la mesa, ni satisfacen al vientre, conociendo ser mayor virtud tener los manjares ante los ojos, y abstenerse dellos.

Todo lo que hasta aquí habemos referido, recopilé de la peregrinación susodicha de aquellos siete sanctos Religiosos, dejando otras cosas muchas que cuentan de Padres sanctísimos que en esta peregrinación vieron.

Mas no sólo en estas regiones, mas también en otras partes del mundo, y señaladamente en Grecia, florecía esta disciplina y manera de vida celestial. Y no sólo en los hombres, sino también en las mujeres, como refiere Teodoreto (que floreció quinientos y cincuenta años después del Salvador, en tiempo del emperador Marciano) el cual después de haber escrito las vidas de unos sanctos monjes que hacían vida solitaria fuera de la compañía de los hombres, sin tener casa, ni ermita, ni otro lugar de abrigo,

sufriendo los ardores del sol y las lluvias y nieves y fríos del invierno sin alguna cubierta (cuales fueron Jacob, Juliano, Eusebio, Macedonio, Pedro, Zenón, Romano, Simeón el de la coluna y otros cuyas vidas él allí escribe, muchos de los cuales él conoció y trató familiarmente) al fin de esta historia escribe también la vida de unas vírgines sanctísimas, y en cabo dellas dice así: Muchas otras vírgines hay imitadoras destas sanctas, de las cuales unas abrazan la vida solitaria, y otras escogieron vivir en compañía, y están á veces docientas y cincuenta juntas, otras veces más, y otras menos: las cuales tienen de estatuto dormir sobre unas esteras y comer un mismo manjar, ocupando las manos en la lana y las lenguas en las alabanzas divinas. Y hay innumerables monesterios déstos, no sólo en nuestra región, sino también en todo el Oriente, y de ellas está lleno Palestina, y Egipto, y Asia, y Ponto, y Cilicia, y Siria, y la tierra que está entre los dos ríos, y la parte del mundo que se llama Europa. Porque después que el Salvador nació de madre virgen, luego se multiplicaron los frescos prados de la virginidad, que llevan estas hermosísimas flores, que nunca se marchitan. Todas éstas son palabras de Teodoreto, el cual (demás de ser la persona que era, de tanta sanctidad y autoridad) no podía en cosa tan notoria decir lo que no era, porque luego todo el mundo lo desmintiera. Ni tampoco en Italia faltaron muchos sanctos varones, cuyas vidas y milagros escribe Sant Gregorio en los cuatro libros de sus Diálogos, el cual fué muchos años después de Teodoreto. En lo cual todo vemos cuánto floreció la sanctidad en todas las partes del mundo, el cual antes de la venida de este Señor era un muladar sucísimo y una sima de todos los vicios y carnalidades que se pueden imaginar.

§ VII

Pues concluyendo esta materia, digo que siendo la hermosura de un ánima justificada tan admirable (como habemos declarado) y siendo tan grande el número de las ánimas que por la sangre del Cordero fueron hermoseadas, y siendo tan admirable la mudanza de una vida fiera y bestial en esta celestial y divina, se ve claro cuán grande maravilla haya sido hacerse esta tan gran mudanza en el mundo, y cuán bien empleado fué todo lo que el

Hijo de Dios por esta causa padeció. Porque claramente nos consta que él padeció por hermosear tantas ánimas, por sanctificar su Iglesia, por fundar este reino de virtudes, por criar esta nueva república en el mundo, por ordenar este coro de cantores y cantoras (que perpetuamente alabasen á su Criador) por poblar aquellas sillas desiertas del cielo, y juntar una capilla de ángeles y hombres angélicos que con unas mismas voces alabasen al común Señor, y finalmente por declarar por este medio la omnipotencia de su gracia, que fué poderosa para hacer de la tierra cielo, y de la carne espíritu, y de las serpientes ángeles. ¿Quién pues no tendrá por bien empleada la muerte de aquel grano de trigo que cayó en la tierra, del cual han brotado tantos y tan hermosos pimpollos de sanctos y sanctas, cuantos ha habido en el mundo, y que un solo día de trabajo, en que el Salvador padeció, fuese causa de poblarse toda la eternidad de tan gran número de sanctos? Ciertamente ninguna mayor gloria podemos dar á la inmensa bondad de Dios, que haber sido ella causadora de tan grandes bienes. Y aunque fuera menor el número de los escogidos, era muy conforme á la inmensidad de esa bondad hacer por los pocos lo que hizo por los muchos. Porque no se estiman las cosas por el número, sino por el precio y valor y dignidad de ellas, pues vemos cuánto más vale un poco de oro fino, que mucho de otros más bajos metales, y una piedra preciosa, que muchas de las otras comunes.

Mas no piense nadie que en solas estas tierras susodichas florecía desta manera la sanctidad, porque en todas las tierras y naciones del mundo obraba lo mismo la virtud de la sangre de Cristo, aunque en diferente manera. De lo cual es argumento clarísimo la muchedumbre de mártires que en todas las tierras del Imperio romano (que ocupaba casi todo el mundo) padecían. Los cuales no pudieran sufrir tantas crueldades y invenciones de tormentos con tan admirable constancia, si no estuvieran muy fundados en fe y caridad y en toda virtud, como arriba dijimos.

Pues por esta historia y por otras semejantes entenderemos con cuánta razón dijo el Apóstol que venía á predicar al mundo las inestimables riquezas de Cristo (1), para significar la magni-

(1) Ephes. 3.

ficencia de Dios y la superabundante gracia que se dió á los hombres por el mérito de aquel sumo sacrificio que se ofreció en la cruz, por el cual en tiempo de los Apóstoles se daba tan barato el Espíritu Sancto á los fieles, que con poner las manos encima de ellos, hablaban en diversas lenguas y profetizaban. Y por esta tan extraña mudanza que el mundo hizo después de la venida del Salvador, se entienden aquellas profecías de Esaías, que arriba alegamos: en las cuales dice que en este tiempo los montes bravos y tierras estériles se mudarían en verjeles deleitables, y los árboles silvestres en fructuosos, y que las bestias fieras se amansarían, y los dragones y avestruces glorificarían á Dios, y que en los páramos y sequedales nacerían ríos y fuentes de agua que los harían fértiles y fructuosos, declarando por estas metáforas la abundancia de la gracia y la mudanza que el mundo hizo en la venida de Cristo, como arriba se dice.

Algunos rastros y memoria de esta antigua religión se hallan agora en tierras de bárbaros. Para lo cual no dejaré de contar aquí lo que refiere el Conde del Carpio en favor de las religiones, escribiendo contra los que las abaten.

Dice pues él que llegando una flota del rey de Portugal á las gargantas del seno de Arabia, un monje anciano, padre de más de tres mil monjes, que á la sazón estaba en aquella costa, viendo la señal de la cruz en lo alto de las gavias, y entendiendo que aquella flota era de cristianos, hízoles señal, significándoles que les quería hablar, y después de muchas palabras y muchas lágrimas que él derramó por ver gente cristiana, dióles un libro de oraciones que traía consigo, para que lo ofreciesen al sumo pastor y vicario de Cristo. El cual libro fué enviado á Roma, y entregado al embajador de Portugal, que era entonces Don Miguel de Silva, para que él lo presentase á Su Sanctidad. El cual libro tuve yo en mis manos, y revolví sus hojas.

Esta historia refiere el autor susodicho: por lo cual se ve que hasta nuestra edad, aun entre gente bárbara se hallan rastros de aquella antigua manera de religión que floreció en muchas partes del mundo, especialmente en Egipto, Palestina, Grecia y en otras semejantes, de que están llenos los libros de muchos graves autores. Y aun en los tiempos de Sant Gregorio Papa, que son más vecinos á los nuestros, florecieron muchos sanctos varones en esta misma manera de vida, cuyas virtudes y milagros escri-

be el mismo S. Gregorio en los cuatro libros de los Diálogos que escribió de los sanctos varones de Italia.

Y en nuestros tiempos (donde como el Salvador profetizó, está la caridad tan resfriada) no faltan en todas las partes de la Cristiandad, así en las religiones como fuera dellas, así en el estado de los casados como de los continentes, muchas personas las cuales viven con gran pureza y simplicidad, empleando todos sus cuidados y pensamientos y todos sus propósitos y deseos en el amor y temor de su Criador y en la guarda de sus sanctos mandamientos. Esto baste para declaración de la tercera hazaña que el Salvador había de obrar en el mundo, el cual no siendo antes conocido ni servido más que en solo aquel rincón de Judea, dilató este conocimiento y reformó las costumbres bárbaras y bestiales de los hombres en todas las partes del mundo.

DE LA CUARTA HAZAÑA QUE SE HABÍA DE SEGUIR DESPUÉS DE LA MUERTE DEL SALVADOR, QUE FUÉ EL CASTIGO FAMOSO DE LOS QUE SE LA PROCURARON

CAPÍTULO XIII

La cuarta hazaña muy pública que se había de seguir después de la muerte del Salvador, es el castigo y la venganza famosa que se había de tomar de los que procuraron su muerte, la cual así como fué por el mayor pecado que se cometió en el mundo, así fué la mayor y más universal de cuantas se han visto después que Dios crió el mundo, porque fué asolar y destruir totalmente aquella república tan señalada y reino tan antiguo, que comenzó setecientos y diez y ocho años antes que Roma se fundase, como escribe S. Augustín (1). La cual república con su templo tan famoso y tan celebrado entre las gentes, y con su reino y sacerdocio, nunca más hasta hoy fué restituído. Esto profetizó con palabras clarísimas Daniel (2), el cual acabando de decir que después de sesenta y dos semanas (que son semanas de años, como luego declararemos) sería muerto Cristo, añade luego la pena deste pecado diciendo: Y la ciudad y el sanctuario destruirá el ejército con el capitán que vendrá sobre ella, y después del fin de la batalla será la ciudad destruída y asolada, y esta destruición durará hasta el fin, que es perpetuamente.

La misma destruición por la misma culpa profetizó y vió en espíritu Esaías, el cual después de aquella tan magnífica visión (en la cual vió á Dios asentado en un trono muy alto, acompañado y alabado de serafines) dice que le mandó Dios ir á denunciar á su pueblo que se había de cegar su corazón, y cerrarse sus oídos, y escurecerse sus ojos, y que así no se había de convertir á Dios ni ser oído dél. Y lastimado el profeta con esta tan triste embajada, preguntó á Dios (3): ¿Hasta cuándo, Señor, ha de durar esa ceguedad? Respóndele Dios: Hasta que sean asoladas

---

(1) Aug. lib. 18 de Civitate Dei. (2) Daniel, 9. (3) Esai. 6.

las ciudades, y queden sin sus moradores, y las casas sin hombres, y la tierra quede desierta. Hasta aquí son palabras del profeta. Y que esta destruición había de ser perpetua, como agora lo es, declarólo más adelante, en el capítulo 25, donde hablando con Dios dice así: Señor, tú eres mi Dios, ensalzarte he, y alabaré tu nombre, porque has hecho maravillas, y puesto por obra lo que mucho antes tenías acordado. Porque heciste de la ciudad una sepultura de muertos, y la ciudad fuerte quisiste que fuese casa de extranjeros, y que eternalmente nunca más fuese reedificada. Por esto te alabará el pueblo fuerte, y la ciudad de gentes robustas te temerá. Por las cuales gentes el profeta entiende el pueblo de la gentilidad, que después de esta venganza vendría al conocimiento del verdadero Dios.

La misma destruición profetizó también en pocas palabras David en el Psalmo 68, donde entre otras calamidades que habían de suceder á este pueblo, dice: Sea su habitación desierta, y no haya quien habite en sus moradas.

Y aunque estas profecías den claro testimonio de esta destruición, pero muy más claro es el de nuestro Salvador, el cual como verdadero Dios (á quien solo pertenece saber las cosas que están por venir) profetizó con piadosísimas lágrimas la extrema calamidad de la ciudad de Hierusalén.

Vistas las profecías que denunciaron el castigo de la muerte del Salvador, síguese que tratemos de la cualidad y grandeza deste castigo.

Servirá esta materia para cuatro cosas. La primera, para gloria de Cristo, porque tanto es mayor su gloria, cuanto el desacato cometido contra su Majestad fué castigado con mayor pena. La segunda, para que los que aún están ciegos (si del todo no estuvieren obstinados) abran los ojos, y por la grandeza de la pena conozcan la gravedad de la culpa. La tercera, para que aquéllos á quien nuestro Señor tuvo por bien traer al conocimiento de la verdad, y encorporar en su Iglesia, y hacerlos participantes de la gracia del Evangelio, se confirmen más en la fe, y reconozcan y agradezcan al dador de todos los bienes este sumo beneficio. Y cuanto esta historia fuere más triste, tanto les será materia de mayor alegría, porque en ella tendrán (demás de lo dicho hasta aquí) otra nueva confirmación y testimonio de la verdad de la fe, la cual cuanto más crece, tanto crece más la paz y

alegría de la buena consciencia, que son compañeras de la viva y perfecta fe. Y lo cuarto, por aquí conocerá el discreto lector cuánta sea la severidad de la divina Justicia, y con cuánta razón dijo el Apóstol que es cosa terrible caer en las manos de Dios vivo (1).

Y porque la lición de esta historia sea más fructuosa al cristiano lector, doile este aviso, que cuando fuere espantándose de tantas y tan extrañas calamidades como aquí verá, vaya también espantándose de la severidad de la Justicia divina contra los pecados, no sólo contra el que se cometió en la muerte del Salvador, sino también contra aquéllos que (como dice el Apóstol) lo vuelven cada día á crucificar con sus pecados, sabiendo contra quién pecan. Porque aquellos miserables y ciegos que crucificaron al Salvador, no conocían quién era, porque (según dice el Apóstol) si este conocimiento tuvieran, nunca crucificaran al Señor de la gloria. Mas nosotros conociéndolo y adorándolo, y habiendo visto la gloria de sus triunfos, y siéndole en tan grande cargo por el beneficio inestimable de nuestra redempción, nunca cesamos de crucificarle cada día con nuestros pecados. Por lo cual nosotros también tenemos razón para temer el rigor desta justicia, porque aunque no crucificamos á este Señor con clavos, crucificámosle con nuestras malas obras y con impedir el fructo de su redempción con el ejemplo de nuestras malas vidas. Éstos son los fructos que se han de sacar desta lición. Pero el más principal es confirmación de la verdad de nuestra fe. Porque realmente, después del testimonio de las profecías y de los milagros, uno de los mayores argumentos desta verdad es este tan extraño y tan espantoso castigo, y más en un pueblo tan escogido de Dios, tan favorecido y tan amado, y sobre todo, durar las reliquias deste castigo hasta el día de hoy. Pues como el fructo desta lectura sea tan grande, no me extrañará nadie haberme alargado algún tanto en esta materia, porque nuestro Señor sabe que ésta sola ha sido la causa.

Para tratar este argumento, de que estos cuatro bienes resultan, primeramente se ha de presuponer que todas las calamidades que en este mundo suceden á los mortales, no vienen acaso, sino encaminadas por la providencia de Dios, que gobierna con

(1) Hebr. 10.

suma igualdad y justicia todo lo criado. Y así dice él por Esaías (1): Yo soy el Señor que formé la luz y crié las tinieblas, que hago la paz y crío el mal, yo soy el Señor que hago todo esto. Y el profeta Amós dice que no hay mal en la ciudad que no venga por mano de Dios (2). Entiéndese mal de pena, no de culpa, porque déste no es Dios autor. Y dice en la ciudad, para comprehender los males comunes de ciudades y reinos, porque éstos siempre vienen por pecados. Mas los particulares (como fué la ceguedad de Tobías y los trabajos de Job) no fueron por pecados, sino para materia y muestra de su virtud. Conforme á esto también leemos en el libro de Job que ninguna cosa se hace en el mundo sin causa, y que no nace el dolor de la tierra (3), esto es, de solas cosas humanas, porque de todo es principio la causa primera. Quien de estos azotes enviados por pecados quisiere ver mucho, lea el capítulo 28 del Deuteronomio, y verá ahí castigos que le pongan admiración. Éste sea el primer presupuesto.

El segundo es que como Dios sea la misma rectitud y justicia, siempre proporciona el castigo con el pecado cometido, de modo que por los grandes pecados da grandes castigos, y pequeños por los pequeños, guardando él la ley que puso á los hombres cuando mandó que conforme á la medida del delicto fuese la del castigo (4). Desto (entre otros muchos ejemplos) tenemos dos en dos entradas que hicieron dos reyes en Hierusalén con mano armada. El uno fué Sesac, rey de Egipto, al cual no consintió Dios hacer mucho estrago en la ciudad, porque (como dice el texto) había muchos buenos en aquel reino, y no estaba muy estragada la religión. El otro fué Nabucodonosor, rey de Babilonia, en tiempo que totalmente estaba apagado el culto divino, y reinaba la idolatría con todas las abominaciones que andan en su compañía. Porque en este tiempo ordenó la divina Justicia que viniese este rey contra la ciudad, y que así como no había en ella cosa sana, así no dejase en ella cosa entera, sino que toda ella fuese arrasada y puesta por tierra. Y así conforme á la grandeza de la culpa vino á ser el castigo della. Presupuestos estos dos principios, comencemos á tratar de las grandes calamidades que la ciudad de Hierusalén con toda su provincia y gente padeció después de la muerte del Salvador. Y para que

(1) Esai. 45. (2) Amos 3. (3) Job 5. (4) Deut. 25.

esta historia mejor se entienda, repartirla hemos en tres partes. En la primera trataremos de las calamidades que precedieron la destruición de Hierusalem, y en la segunda, de la destruición della, en la tercera, de las que después de ella se han seguido.

Mas las calamidades que entrevinieron así antes de la destruición de Hierusalén como en ella y después de ella, fueron tales y tan increíbles, que si no fuera el historiador de tanta autoridad, y más testigo de vista, que á todo se halló presente, no se pudieran creer. Este historiador fué Josefo, de nación y profesión judío, y fué uno de los más raros hombres de su edad en elocuencia, en prudencia, en sciencia de las Escripturas, y sobre todo esto fué un muy valeroso capitán, pues siendo gobernador de la provincia de Galilea, defendió la ciudad de Jotapata á todo el poder de los romanos por espacio de cuarenta y siete días, después de cuya destruición, muertos todos los hombres de valor, fué solo él guardado por una maravillosa providencia de Dios para que escribiese esta historia, porque nadie la pudiera escribir ni con más verdad, ni con más elocuencia, ni más sin sospecha que él. Porque si el autor fuera cristiano, pudieran algunos sospechar que en favor y venganza de la muerte de Cristo encarecía ó fingía algo de lo que escrebía: mas no lo era, porque él mismo se da á conocer en el principio de su escriptura por estas palabras: Josefo, hijo de Matías, ciudadano y sacerdote de Hierusalén, que en la primera conquista peleé contra los romanos, y en la segunda también, á más no poder, me hallé presente. Hállase también que el dicho varón no solamente fué señalado entre sus naturales, mas también entre los romanos fué en mucho tenido. Porque por corona de sus letras le pusieron su estatua en la ciudad de Roma, y mandaron poner sus escripturas en la librería pública, las cuales fueron muchas y de grande autoridad.

Mas al principio será necesario avisar al lector que el que quisiere saber esta materia de raíz, recorra á los siete libros que este historiador escribió della, porque yo aquí no haré más que apuntar brevísimamente lo que él trata muy por extenso como ello pasó, sin añadir palabra, como se verá en la fuente de donde esto manó.

DE LAS CALAMIDADES

QUE PRECEDIERON LA DESTRUCCIÓN DE HIERUSALEM

CAPÍTULO XIV

Las calamidades que precedieron la destrucción de Hierusalén, comenzaron dende el tiempo de Pilato, que fué juez en la muerte del Redemptor. Porque no quiso la divina Justicia que se dilatase mucho el castigo deste pecado, sino que luego comenzase y que poco á poco procediese aquella república de mal en peor por sus pasos contados. Pues este Pilato, determinando traer agua á la ciudad de un largo trecho (que era de trecientos estadios) quiso aprovecharse del sagrado tesoro del templo. Por lo cual se levantó un grande alboroto entre la gente, la cual con grandes quejas y clamores pretendía estorbar este agravio. Mas el juez, entendiendo lo que había de ser, mandó á sus soldados que se metiesen entre la gente del pueblo, disimulando sus personas con hábito popular, llevando juntamente con las armas palos debajo de la ropa, y que cuando él hiciese señal, hiriesen con los palos á cuantos pudiesen: y desta manera los soldados mataron á palos á muchos, y otros huyendo y apretándose unos á otros, y cayendo unos sobre otros, fueron miserablemente ahogados y muertos.

Tras desta calamidad se siguió otra no menor. Porque muerto el emperador Tiberio, sucedió Cayo, el cual de tal manera se desvaneció con la prosperidad de la nueva dignidad, que se mandó intitular dios y poner sus estatuas en todos los templos del imperio romano entre los otros dioses. Y sabiendo que solos los judíos no habían querido admitir en su templo la estatua dél, envió á Petronio con tres legiones de soldados y muchos otros de Siria á que por fuerza de armas pusiese su estatua en el templo de Hierusalén, y matase á todos cuantos le contradijesen, y captivase á los demás. Pasáronse en esta recuesta entre el capitán y el pueblo que resistía, cincuenta días, siendo tiempo de la sementera, sin hacer los hombres nada, sino insistir y resistir á aquella blasfema petición. Finalmente, despues de muchos cla-

mores y alteraciones dijeron los judíos que ellos ofrecían cada día sacrificios por la salud de César, pero si él quería introducir su imagen en el templo, primero había de sacrificar á ellos y á sus mujeres y hijos, antes que tal consintiesen. Viendo esta determinación el capitán, movido á compasión volvióse con su ejército, no sin temor de perder él la vida por perdonar á la de los otros. Mas atajólo Dios con la muerte de Cayo, el cual primero que supiese el caso, murió, habiendo este nuevo dios imperado solos tres años.

Siguióse luego otra calamidad en tiempo del emperador Claudio, que sucedió á Cayo, y fué, que habiendo venido gran número de gente á Hierusalén á celebrar la Pascua, y siendo costumbre asistir allí estos días los soldados para acudir á cualquier ruido que entre tanta gente se levantase, un soldado desvergonzado, vueltas las espaldas al pueblo, levantó deshonestamente las faldas, diciendo palabras conforme á esta desvergüenza. Viendo esto algunos mancebos del pueblo, comenzaron á alborotarse y tirar piedras á los soldados, y recelando el presidente, por nombre Cumano, que todo aquel ímpetu y furor del pueblo podía cargar sobre su persona, mandó acudir mucha gente armada. Lo cual viendo los del pueblo, comenzaron á huir con tanta priesa por diversas partes, que apretándose unos á otros y cayendo unos sobre otros, vinieron á morir diez mil hombres: con cuya muerte el alegría de la fiesta se volvió en llanto, porque en cada casa había lágrimas y gemidos por sus muertos. Esta misma calamidad cuenta Eusebio en la Historia Eclesiástica.

No faltaron otras maneras de calamidades levantadas por malicia de hombres engañadores, los cuales so color de religión intentaban novedades, y juntando consigo el vulgo liviano, sacáronlo al campo, haciéndole creer que Dios les daría señales de libertad. Y porque esto era como un seminario de rebelión, el presidente de Judea, llamado Félix, envió contra ellos gente de pie y de caballo, con que los destruyó. Pero mayor engaño fué el de un egipcio nigromántico que decía ser profeta, el cual juntó consigo treinta mil hombres, y sacándolos también al campo, pretendía entrar por fuerza en la ciudad, y hacerse señor della: el cual también fué desbaratado por los romanos, y presos muchos de los que le seguían, y los otros huídos.

Ni faltaron entre estas calamidades ladrones y robadores que so color de libertad corrían toda la tierra, robando las casas de los ricos y poderosos, y pegando fuego á muchos lugares, y alborotando toda la tierra de Judea.

Después déstos se levantó otra tempestad en Cesarea sobre cúya sería aquella ciudad, porque ella antiguamente era de gentiles, mas habíala reedificado Herodes. Y esta cuestión fué de tal manera creciendo, que procedió hasta las armas: por dónde hubo muchos recuentros y muchos muertos de parte á parte. Mas el presidente ya dicho echó fuera de la ciudad los rebeldes, y mató muchos de los que no le quisieron obedecer.

§ I

Y porque ningún linaje de calamidad faltase á aquella miserable gente, permitió la divina Justicia que los presidentes que habían de gobernar la república y mantenerla en paz y justicia, fuesen los más crueles tiranos y robadores de toda la tierra. Uno de los cuales fué Albino, en el cual ninguna especie de malignidad faltó, porque todo su estudio ponía en robos y cohechos y imposiciones de muchos tributos, vendiendo la justicia por dinero, de modo que solo el que lo tenía era inocente, y solo el que dél carecía era culpado. Y conociendo algunos de los poderosos de Hierusalén que querían alterar el estado de la república y intentar novedades, que este juez por todas las cosas pasaría á trueque de dinero, untáronle muy bien las manos para que cuando ellos alterasen el estado de la república, él disimulase y los dejase pasar adelante. Los cuales con esta seguridad andando por la ciudad acompañados con sus aliados, entendían en robar las haciendas de los que menos podían, y los tristes de los robados callaban, porque más no podían, y los que no lo eran, de miedo daban dineros á los que merecían crueles castigos. Á lo cual todo disimulaba el bueno del presidente, porque el dinero le había cegado los ojos, y enmudecido la lengua, y atado las manos, para que ni viese, ni hablase, ni hiciese lo que era obligado.

Á este presidente sucedió Gestio Floro, el cual sobrepujó tanto en las tiranías y maldades á su antecesor, que le hizo parecer bueno en comparación suya. Porque el antecesor secretamente y

con engaños robaba, mas éste públicamente y gloriándose dello hacía lo mismo: el cual ningún género de robo ni de crueldad dejó de ejecutar en la gente miserable, siendo con los pobres y afligidos cruelísimo, y con los deshonestos y torpes desvergonzadísimo. Porque no hubo hombre que más impugnase la verdad con falsedades, ni que más artes inventase para dañar. Y parecíale poco repartir los robos y cohechos por cabezas, si no robase públicamente las ciudades y provincias. De modo que no le faltaba más que dar pública licencia por palabras que todos robasen, con tal que partiesen parte del robo con él. Finalmente, tal fué su avaricia, qne los moradores de la provincia desampararon sus tierras, y se fueron á morar á otras.

Mas porque referir en particular todas las tiranías, injusticias, engaños, robos, crueldades y matanzas deste cruelísimo carnicero (que la divina Justicia permitió tener señorío en aquella tierra) será cosa muy prolija, solamente diré que entendiendo este tirano que si fuese acusado ante el emperador por sus robos, sería gravemente castigado, tomó por medio hacer tantos y tales desafueros y agravios al pueblo, y derramar sin propósito tanta sangre de inocentes y de nobles, que el pueblo irritado con tantas maneras de injurias viniese á rebelar contra el imperio romano, pareciéndole que con este color quitaría de sí la envidia y odio de su culpa, haciendo creer que sus agravios habían sido castigos de aquella rebelión. Desta manera la divina Providencia (á quien todas las cosas sirven, sin saber que le sirven) permitió que se diese principio á la rebelión de los judíos contra los romanos, la cual fué causa de asolarse todo aquel reino en venganza de la muerte del Salvador, según estaba profetizado.

Y sobre todos estos agravios y crueldades hizo dos entradas en la ciudad de Hierusalén, que tenía á su cargo, y no como pastor sino como lobo robador entró con gente de guerra, y dió licencia á los soldados que robasen cuanto había en la plaza, y matasen á cuantos encontrasen. Habida esta licencia, no se contentaron los soldados con lo concedido, sino pasaron adelante robando todas las casas de las personas ricas y poderosas, y prendiendo muchos de los nobles que tenían privilegio de ciudadanos romanos, los presentaron á Floro, el cual contra este privilegio no solamente los azotó, mas también con furor de bestia fiera los mandó crucificar. Y el número que aquel día fueron muertos con

sus mujeres y hijos (porque ni aun á los niños de teta perdonaban) fueron seiscientos y treinta.

Otra entrada hizo no menos cruel que ésta, usando de un grande engaño, con que pretendía provocar los ciudadanos á algún ruido, para que con este achaque sus soldados diesen en ellos. Con esto murieron muchos, y otros queriendo escapar de aquel peligro, huían con tanta priesa por unas puertas estrechas, que unos á otros se ahogaban y mataban, y los muertos quedaban de tal manera disfigurados, que no los conocían sus parientes cuando los buscaban para enterrar.

Estas matanzas y crueldades dieron principio á la rebelión de la gente contra los romanos, y no sólo á esto, sino también á guerras civiles más crueles y sangrientas que las de los mismos romanos. Porque los mancebos atrevidos y revoltosos fueron los que primero tomaron las armas contra los romanos, mas el pueblo y la gente noble, viendo el peligro en que se ponía la república, contradecían á estos alborotadores con cuanta fuerza podían. Y así se revolvió entre unos y otros una civil batalla que duró por espacio de siete días, en la cual murieron muchos de los unos y de los otros, cuyo número no se cuenta. Y pidiendo unos soldados romanos (que ayudaban la parte del pueblo) á los revoltosos que les dejasen salir en paz, ellos les otorgaron esto con solene juramento, mas al tiempo de la salida lo quebraron, matándolos cruelmente, y esto en día de sábado, en que los judíos aun de las buenas obras cesan. Por el cual pecado, dice Josefo que más era ya para temer la venganza divina que la guerra de los romanos.

Ya de aquí adelante, comenzado el levantamiento, síguense crueldades sobre crueldades, robos sobre robos, muertes sobre muertes, incendios sobre incendios, y tantas maneras de calamidades, que si no fuera tan abonado el coronista que las escribe, parecieran increíbles, mas no lo serán á quien conociere la causa de ellas, que fué la venganza de la muerte indignísima del Salvador. Porque pecado tan grande y tan extraordinario no podía dejar de ser castigado con penas extraordinarias y nunca vistas. Porque en el mismo día (dice Josefo) y en la misma hora que los revoltosos quebrantaron la fe dada á los soldados romanos, en día de sábado, se levantó en Cesaria una tempestad tan cruel contra los judíos que moraban en aquella ciudad, que fueron

muertos á hierro por los de Cesaria sobre veinte mil hombres: de modo que la ciudad quedó vacía de todos los judíos que en ella moraban. Y como llegase la fama desta matanza á las ciudades de Judea, juntóse gran muchedumbre desta provincia, y corrieron por toda la tierra de Siria matando y abrasando cuantas villas y lugares pudieron. Por dónde los moradores de Siria ayuntados en ejército resistían poderosamente á los acometedores, y mataban y despedazaban muchos dellos, no sólo por el antiguo odio que tenían á la nación de los judíos, sino también por escapar del peligro que por parte dellos les venía. Porque ninguno otro remedio de salud hallaban sino prevenirse unos á otros, y matarlos, por no venir á manos dellos. De manera que el día se gastaba en derramar sangre, y las noches ocupaba el temor del día siguiente.

Después desta matanza de la ciudad de Cesaria se siguió otra de los moradores de la ciudad de Escitópoli, los cuales por arte y engaño aseguraron á los judíos, y sobre seguro los acometieron de noche, estando ellos durmiendo, donde mataron trece mil hombres, y robaron todos sus bienes.

De allí adelante otras ciudades, viendo los judíos rebelados contra los romanos, mataban todos cuantos moraban en ellas. Porque los moradores de Ascalón mataron dos mil y quinientos de ellos, y los de la ciudad de Ptolemaida otros dos mil, y los moradores de Tiro despedazaron á muchos, y muchos más prendieron y encarcelaron, cuyo número no se cuenta: y desta manera todas las otras ciudades de gentiles, donde también habitaban muchos de los judíos, parte con temor y parte con odio, se movían contra ellos y les hacían todo el daño que podían.

Mas á todas estas calamidades hace gran ventaja la de Alejandría, en la cual moraba gran número de judíos en cierta parte de la ciudad apartada de los gentiles. Pues un día, permitiéndolo así la divina Justicia, levantóse un alejandrino dando voces y diciendo que los judíos eran enemigos, los cuales volviendo por sí, se revolvieron con los alejandrinos. Y acudiendo el presidente de la ciudad á despartirlos y poner paz, como no hubiese medio para quitarlos, envió dos legiones de soldados romanos, con otros cinco mil que habían venido de Libia, mandándoles con toda fuerza que matasen, saqueasen y quemasen las casas de los judíos. Los cuales hicieron tan grande riza y estrago

en ellos, que se hallaron muertos cincuenta mil de ellos, sin perdonar á niños ni viejos, pasándolos todos á cuchillo, y haciendo nadar toda aquella ciudad en sangre de muertos.

¿Qué más diré? Los moradores también de Damasco, vistos los alborotos de los judíos y la rebelión contra los romanos, acordaron entre sí de matar todos los que moraban en aquella ciudad, y esto con grande secreto, por amor de sus mujeres que judaizaban. Y tomándolos desarmados y desapercebidos, y sin sospecha de algún peligro, degollaron en una hora diez mil dellos. Éstos eran los preludios y como víspera de los grandes males que sobre éstos habían de venir. Porque como Esaías dice (1), con todas estas calamidades no cesó el furor de la ira divina, sino todavía pasó adelante.

Á estas desventuras se ayuntó otra. Porque Gestio Galo, gobernador de la provincia de Siria, donde cae Judea, sabido el levantamiento de los judíos, juntó un ejército poderoso, y tomó á la ciudad de Zabulón, y la mandó saquear, y pegó fuego á todas las casas della, que eran muy hermosas. Y de ahí envió parte del ejército á tomar á Jafa, y cercándola por mar y por tierra, fácilmente la tomó. Donde los soldados mataron los moradores della, y saquearon sus casas, y pegaron fuego á la ciudad. El número de los muertos fué ocho mil y cuatrocientos. Y de la misma manera mataron, robaron y abrasaron todos los moradores de otra ciudad de Judea, vecina de Samaria.

Esta matanza y estrago hizo el presidente de Siria Gestio en estos lugares. Mas otra no menor hizo otro capitán romano, por nombre Antonio, que estaba con gente de guarnición en la ciudad de Ascalón, á la cual el pueblo de los judíos tuvo siempre antiguo odio. Por esto los levantados, que ya andaban por las tierras enemigas haciendo daño, ayuntaron un grueso ejército para dar sobre esta ciudad. Mas el capitán Antonio se dió tan buena maña con gente que tenía de pie y de caballo, que mató diez mil de éstos, y hizo huir los demás. Pero ni con esta herida se enflaqueció el espíritu y ánimo de los judíos. Porque otra vez volvieron con mayor ejército, y fueron otra vez por el mismo capitán romano vencidos y desbaratados, y muertos ocho mil dellos, siendo muy pequeño el número de los romanos, porque

(1) Esai. 5.

Dios los había tomado por ministros de la justicia y venganza que quería hacer en aquel pueblo. Éstas son las calamidades y desventuras que unas después de otras se fueron siguiendo después de la muerte del Salvador, ordenando la divina Justicia que luego tras del pecado sucediese el castigo. Síguense tras estas otras mucho mayores, después de la venida del emperador Vespasiano con su hijo Tito, que acudió al levantamiento del pueblo. Porque éstas fueron particulares calamidades de particulares ciudades, mas las que se siguen fueron de todo aquel reino y de todas las ciudades dél, y de la principal de ellas, que fué la muy nombrada ciudad de Hierusalén.

DE LAS GRANDES CALAMIDADES QUE SE SIGUIERON DESPUÉS DE LA VENIDA DEL EMPERADOR VESPASIANO EN LA CONQUISTA DE LAS PROVINCIAS DE GALILEA Y JUDEA.

CAPÍTULO XV

QUERER declarar en particular los trabajos y tribulaciones que los judíos padecieron después de la venida del ejército romano á aquella tierra, es cosa que sobrepuja toda elocuencia humana y todos los ejemplos de cuantas tragedias tristísimas ha habido en el mundo. Porque el emperador ya dicho, antes que comenzase el cerco de Hierusalén, acordó de conquistar todas las ciudades de aquella provincia, y cada una destas ciudades fué una calamidad por sí, porque cuanto era mayor la resistencia de los moradores, tanto era mayor, después de conquistada, la matanza, los sacos y cautiverios y incendios della. Y porque mi intento no es escribir historia, sino declarar la grandeza de este castigo, para que por él se conozca (como tengo dicho) la severidad de la Justicia divina y la graveza del pecado por que fué ejecutada, no haré más que apuntar el número de los muertos en algunos destos lugares, y algunos desastres particulares que acaecieron en ellos.

Vino pues este emperador con un ejército muy poderoso. Y primero determinó conquistar la provincia de Galilea, de que Josefo, escritor desta historia, era gobernador. Y la primera ciudad que tomó, fué Gadara, donde sacados los mochachos, mató todos los demás, sin tener respecto ni compasión de nadie, y pegó fuego á la ciudad y á cuantas aldeas había al derredor della.

De ahí puso cerco á la muy fuerte ciudad de Jotapata, la cual defendía el sobredicho Josefo. Y después de grandes recuentros y baterías que duraron por espacio de cuarenta y siete días, finalmente la entró por fuerza de armas, donde sacadas las mujeres y niños, á ninguna edad perdonó. Los cautivos en esta entrada fueron mil y docientos, pero los muertos así en el tiempo del cerco como en la entrada de la ciudad llegaron á cuarenta mil.

Al tiempo que esta ciudad estaba cercada, puso también cerco sobre Jafa, en la cual después que por fuerza la entró, tampoco perdonó á edad alguna de mozos ni de viejos, excepto mujeres y niños, que llevó cautivos. Y los muertos fueron quince mil, y los cautivos dos mil y ochocientos. Y porque pocos días después desta matanza muchos de los levantados se acogieron á esta misma ciudad y se hicieron fuertes en ella, otra vez el ejército romano los cercó por mar y por tierra, y peleando con ellos por ambas partes, de tal manera los desbarató, que no solamente la tierra, mas también la mar estaba llena de sangre y de cuerpos muertos. Y muchos hubo que por no venir á manos de los romanos, se mataron, y no se pone aquí el número de los muertos.

De ahí pasó á otra grande y fuerte ciudad llamada Taroqueas, y después de muchos trances pasados en el cerco, finalmente la entró, y mandó matar todos los hombres viejos y flacos que en ella había, mas guardó seis mil mozos bien dispuestos para enviar de presente al emperador Nero: y toda la demás gente, que fueron treinta mil y cuatrocientos, vendió, y otros muchos dió de gracia al rey Agripa, cuya era la ciudad rebelada, para que hiciese dellos lo que quisiese, mas él también los vendió.

Ni se debe aquí callar la nueva manera de calamidad que acaeció á otros del número de los que habían rebelado, los cuales se habían acogido á un fuerte castillo, mas no les valió la fuerza del lugar. Por dónde viendo después de mucha defensa que ninguna esperanza de salud les quedaba, y conociendo que los romanos á nadie perdonaban, acordaron de hacer ellos contra sí el oficio de sus enemigos, y prevenir las armas dellos. Y asentado esto, abrazándose los padres con sus hijos, y los maridos con sus mujeres, y derramando en esta postrera despedida muchas lágrimas, les metían las espadas por los cuerpos y las mataban. Y para esta carnicería escogieron diez hombres de los más esforzados. Los cuales después de muertos los otros, mataron también á sí mismos: y el postrero que quedó, hizo lo mismo, derribándose sobre los montones de los otros muertos. Y de toda esta gente no quedaron sino dos mujeres que por dicha escaparon, y éstas dieron cuenta á los romanos de lo que había pasado.

Preguntará alguno cuál haya sido la causa por que los empe-

radores Vespasiano y su hijo Tito, siendo ambos muy buenos emperadores y muy clementes, mandaban hacer tanta matanza después de la victoria en los vencidos, mayormente no siendo los romanos crueles en sus victorias, como lo eran otras naciones bárbaras y fieras. Á lo cual respondemos que así como Dios tomó á Nabucodonosor por instrumento para castigar su pueblo por sus grandes pecados, y especialmente por el de la idolatría, así tomó estos emperadores para castigo de otro mayor pecado, que fué la muerte del Salvador. Para lo cual traeré por argumento una cosa admirable que sucedió á estos emperadores en la conquista de una ciudad llamada Giscala, en cuya conquista corrió gran peligro así el ejército romano como la vida de su emperador Vespasiano. Porque después de entrada la ciudad, acogiéronse los defensores de ella á un fortísimo castillo, que estaba situado en un alto risco, cercado de muchos peñascos, y insistiendo los romanos en la tomada dél, eran tantas las piedras y saetas que de lo alto tiraban contra ellos, que recibían muy notable daño, sin poderlo hacer los romanos á sus contrarios por la altura del lugar. En este conflicto tan porfiado, dice Josefo que por la divina Providencia á deshora se levantó un tan grande viento y torbellino contra los cercados, que hacía declinar las saetas que tiraban, á un lado, sin herir á los romanos, y las de los romanos llevaba derechas y con más fuerza á los cercados. Este milagro que aquí Josefo refiere, hizo nuestro Señor en favor del religiosísimo emperador Teodosio, peleando contra el ejército de un tirano. Por dónde con mucha razón exclamó el poeta Claudiano, diciendo: ¡Oh muy amado emperador de Dios, para cuyo socorro sacó él de las cuevas de la tierra inviernos armados, para quien militó el cielo, y los vientos conjurados vinieron á la batalla! Pues por esta maravilla declaró Dios que él era el principal capitán de los romanos, pues él hacía la guerra con el ministerio de sus vientos. La conclusión desta victoria fué, que más crueles fueron contra sí los cercados que los cercadores, porque éstos mataron cuatro mil hombres, pero los que quedaron vivos se despeñaron de aquellos riscos (por no morir á manos de los romanos) que fueron cinco mil.

Tras desta calamidad sucedió la de la ciudad de Gadara, la cual se entregó libremente á Vespasiano: mas todos los mancebos y hombres revoltosos huyeron de la ciudad, y hallando en

otro lugar una gran cuadrilla de otros tales como ellos, juntaron un ejército de unos y de otros, contra el cual vino el ejército romano talando y robando y abrasando toda aquella tierra, por donde los seguían hasta llegarlos al río Jordán, el cual no podía entonces vadearse por ir muy crecido. Por dónde á los fugitivos fué forzado pelear. En la cual pelea fueron muertos trece mil hombres de los que huían, y dos mil y docientos captivos. Y otros muchos se echaron en el río y se ahogaron, y así era infinito el número de los muertos. Esta calamidad fué mayor que las pasadas, no sólo por el grande estrago y matanza que el ejército hizo en todo el camino por do iba, sino también porque estaba detenida la corriente del río Jordán con la muchedumbre de los muertos, y así también lo estaba el lago llamado Asfaltides, que confinaba con él: los cuales cuerpos pasaban adelante, y corrían también por otros ríos. Pues ¿quién habrá que leyendo esto, y conociendo que todo esto se encaminaba por la Providencia divina, no quede espantado y no exclame: ¡Oh justicia de Dios! ¡Oh castigos de Dios! ¡Oh venganza de Dios! ¿Quién nunca vió hechas represas en los ríos, y grandes ríos, con cuerpos de hombres muertos? ¡Oh con cuánta razón dijo el Apóstol que era cosa horrible caer en las manos de Dios vivo (1), y con cuánta lo llamó David Dios de venganzas (2), por razón de la severidad con que castiga los pecados! Mas tornando al propósito, acababa esta victoria, el ejército pasó adelante conquistando todos los lugares y castillos que halló, de modo que toda la tierra que está allende el río Jordán, quedó en poder de los romanos.

---

(1) Hebr. 10. (2) Psalm. 93.

DEL CERCO DE HIERUSALÉN, Y DE LAS CALAMIDADES Y DISENSIONES Y HAMBRES QUE EN ÉL SE PASARON

CAPÍTULO XVI

DECLARADAS las calamidades y mortandades que precedieron el cerco de Hierusalén (que es la primera parte de la división que hecimos) trataremos agora de la segunda, que es de otras mucho mayores que entrevinieron en el cerco y conquista desa misma ciudad. Pues el emperador Tito (á quien quedaba encargada la guerra por la ausencia de su padre) conquistadas ya todas las ciudades de la provincia de Galilea, con algunas otras, determinó volver las armas contra Hierusalén, y dar fin á esta contienda, poniendo cerco sobre ella, que era la cabeza del reino. Y primeramente ofreció paz y perdón á los moradores della, como lo había hecho con todas las ciudades conquistadas, si dejasen las armas. Mas como la divina Justicia quería tomar venganza de la sangre del Justo y de los otros siervos suyos que habían sido muertos en Hierusalén (como fueron S. Estéban, Sanctiago el mayor, y también el menor, y S. Matías) permitió que se cegasen de tal manera, que ni aceptasen la paz, fielmente ofrecida, ni considerasen la grandeza del ejército de que estaban cercados, ni la prosperidad y valentía de las armas de los romanos, que habían señoreado el mundo y vencido naciones populosísimas y belicosísimas, ni echasen de ver cómo todas las ciudades de su reino habían sido entradas, saqueadas y quemadas y hechas sepulturas de muertos. Nada desto miraron, sino cegándolos su pecado, quisieron más la guerra que la paz, el peligro que la seguridad, y los trabajos y pérdidas que el descanso y posesión de todos sus bienes.

Las calamidades que sucedieron en este cerco de Hierusalén escribe Josefo en los cuatro postreros libros desta guerra. Mas yo no haré más que referir aquí alguna pequeña parte dellos, y declarar cómo Dios fué el principal capitán de esta guerra, como ya dije. Y para esto primeramente presupongo que Hierusalén en aquel tiempo era una de las mayores, más ricas, más afama-

das y más fortalecidas ciudades, y de más hermosos edificios que había en el mundo. Tenía en torno cuasi legua y media: estaba cercada no de uno, sino de tres fortísimos muros, con sus baluartes y torres altísimas y macizas. El tercero de los cuales muros, que estaba más dentro, tenía novecientas torres. Y en el muro más antiguo edificó Herodes tres torres en memoria de tres personas muy amadas, conviene á saber, de un grande amigo suyo llamado Hípicos, y de un su hermano llamado Faselón, y de su mujer llamada Mariamnes, y así se llamaban también las mismas torres. La altura dellas era admirable, porque una dellas se levantaba noventa codos en alto. Pero más admirable era la grandeza y hermosura de las piedras de que estaban edificadas, que eran de mármol muy blanco, y cada una tenía veinte codos en largo, y diez en ancho, y cinco de grueso, y tan artificiosamente juntas las piedras unas con otras, que no se parecían las junturas: y el templo era edificado destas mismas piedras riquísimamente labradas. Por dónde los discípulos dijeron al Señor estando en el templo (1): Maestro, mira qué piedras y qué labores éstas. El cual templo de tal manera estaba fortificado, que él era el más fuerte castillo de la ciudad: mas la divina Providencia encaminó las cosas de tal manera, que este templo vino á ser castillo de ladrones, los cuales robaban y mataban noche y día los tristes moradores de la ciudad, y se guarecían y fortificaban en él. Otras cosas muchas pudiera referir de las fortificaciones y provisiones y abundancia de cisternas desta ciudad para no faltarles agua en tiempo de guerra: mas éstas dejé, para declarar cuán vanas sean las fuerzas y las esperanzas de los hombres, con todas sus armas y presidios, cuando por otra parte hay pecados. Porque habiendo éstos, todas estas fuerzas y municiones para el brazo de Dios son telas de arañas, como lo muestran Babilonia, Roma, Cartago y la desventurada Hierusalén. Finalmente el mismo emperador Tito, cuando conquistada ya la ciudad, vió las fortificaciones della, dijo: Dios es el que ayudó á los romanos, porque de otra manera ¿qué máquinas bastaran contra tales fuerzas?

La manera en que esta ciudad fué destruída, no fué menos digna de Dios que todas las otras obras suyas. Porque la princi-

(1) Marci 13.

pal parte de la guerra le hizo con sus mismos naturales. Por dónde el emperador Vespasiano dilató por algunos días la guerra, viendo lo que los mismos moradores divididos en tres bandos hacían, consumiéndose cada día unos á otros, y haciendo mucho mayores males que los enemigos les pudieran hacer, aunque fueran muy crueles. Por lo cual dijo el Emperador que Dios hacía la guerra por los romanos, pues todo lo que ellos habían de hacer, hacían los moradores de la ciudad contra sí.

El principio desto fué, que unos hombres malvados, revoltosos y cobdiciosos, pareciéndoles que á río revuelto podrían medrar algo, tomaron la voz por la patria, diciendo que celaban la libertad y la honra de ella: por la cual causa se llamaban celotas, como si dijéramos, celadores del bien común. Éstos discurrían en cuadrillas armados por la ciudad, y levantando falsos testimonios á las personas nobles y ricas, diciendo que tenían trato secreto con los romanos para les entregar la ciudad, sin más figura de juicio ni lugar de defensa los mataban y robaban, dando á entender al pueblo rudo que esto hacían como celadores de la libertad de la patria, siendo los destruidores della.

En esta sazón Anano, pontífice venerable y amador de sus ciudadanos, vistos los estragos y crueldades destos hombres perversos, ayuntó á sí el pueblo, y armándolo contra ellos, púsolos en grande aprieto. Habíase juntado secretamente con ellos un hombre llamado Juan, astutísimo y perversísimo, el cual persuadió á los celotas que llamasen para su socorro á los idumeos sus vecinos, informándolos falsamente que el pontífice Anano tenía tratos secretos con los romanos, y que por esto los tenía puestos en aprieto, por ser ellos defensores de la libertad. Lo cual denunciado por dos astutísimos embajadores que para esto escogieron, los idumeos, sin más examen de la causa, creyéndose de ligero, juntaron veinte mil hombres, y vinieron en socorro de su metrópoli, que era Hierusalén. Mas la divina Justicia, que peleaba contra aquel pueblo, ordenó que la noche que los idumeos llegaron á la ciudad, se levantase una grande tempestad de vientos y aguas y fríos, la cual redundó en mucho daño del triste pueblo. Porque el pontífice Anano, entendiendo la traición de los celotas, mandó cerrar las puertas de la ciudad. Lo cual indignó tanto más á los idumeos, cuanto más trabajo pasaron aquella noche con la tempestad levantada y con ver que se les cerraban las puertas

de la ciudad, que para ellos como á hermanos estaban siempre abiertas. Á la media noche las guardas de las puertas se adormecieron, y entonces los celotas, que no dormían, acudieron á las puertas, y con las limas y sierras que sacaron del templo, limaron los cerrojos dellas sin ser sentidos, porque el ruido de la tempestad fué causa que nada se sintiese. Y de esta manera abiertas las puertas, entraron los idumeos, y juntos con los celotas, á manera de perros rabiosos mataban á todos cuantos encontraban. Los gritos, y los llantos, y los gemidos, y las voces desta noche así de las mujeres como de los hombres, ¿quién los contará, pues el templo, que solía valer á los miserables que á él se acogían, nadaba todo en sangre? De modo que cuando amaneció se hallaron muertos ocho mil y quinientas personas por las calles, y tras de esto se siguió el robar y saquear todas las casas. Mas su principal furor era contra el pontífice Anano, que les había cerrado las puertas de la ciudad, y contra otros sacerdotes, á los cuales mataron, y mandaron que no se les diese sepultura, sino que quedasen sus cuerpos en las calles para ser comidos de perros, siendo costumbre entre los judíos no negar sepultura ni aun á los que mueren por justicia. La muerte destos tan señalados varones, y particularmente la deste venerable pontífice, dice Josefo que la misma virtud gimió y lloró, viendo cuánto los vicios habían podido contra ella.

Mas con toda esta carnicería no quedaron contentos aquellos corazones crueles, sino pareciéndoles pequeño el estrago de la noche pasada, acudieron otro día á hacer otro mayor. Porque á toda la gente vulgar y plebeya mataban, y á los nobles encarcelaban, para ver si dilatándoles la muerte, vendrían á juntarse con ellos y seguir su bando: y no lo queriendo hacer, los mataban, después de muy cruelmente azotados. Y era tan grande el pavor y miedo que el pueblo había concebido de ellos, que ni gemir ni llorar osaban por sus parientes muertos, porque sintiendo esto los enemigos, hacían de los vivos lo que habían hecho de los muertos. Algunos había que de noche á escondidas cubrían los cuerpos de los suyos con un poco de tierra, y algunos más atrevidos lo hacían de día. Este castigo fué tan grande y tan sangriento, que dél remanecieron doce mil hombres muertos. Desta manera los idumeos, hartos de matar y de robar, se volvieron á su tierra.

§ I

Mas este Juan (de que poco ha hecimos mención) no se contentaba ya con ser uno de los celotas, porque aspiraba á cosas mayores, y quería hacer bando por sí. Para lo cual con artificio y maña juntó consigo cuantos hombres perdidos y malvados halló, con cuyo favor esperaba tiranizar la república, que estaba sin rey, y hacerse señor della. Y á veces peleaba con los celotas: y el premio de la guerra era el triste pueblo y las casas de los nobles y ricos que robaban los unos y los otros, alegando que todos los que no eran de su parte, tenían trato con los romanos.

En este mismo tiempo se levantó fuera de la ciudad otro tirano por nombre Simón, juntando consigo todos los fugitivos y revoltosos que pudo hallar, y pregonando libertad á los esclavos. Y con esto juntó un ejército no pequeño, con el cual andaba fuera de la ciudad haciendo saltos, matando y robando cuanto podía. Desta manera ni dentro ni fuera de la ciudad había seguridad, porque fuera robaba y mataba Simón, y dentro los celotas y este sobredicho Juan.

Y por que no faltase ningún linaje de miseria á la triste ciudad, viendo los moradores della el estrago y robos que Juan hacía y cómo no le podían resistir, acrecentaron un mal mayor para remediar otro menor, porque para prevalecer contra un tirano, recogieron otro, abriendo las puertas de la ciudad á Simón, y levantándolo por su capitán para resistir á Juan Desta manera estaba la ciudad dividida entre tiranos, porque los celotas tomando por su capitán á Eleázaro, se apoderaron del templo y de todas las vituallas y armas que en él hallaron, el cual les servía de un muy fuerte castillo. Simón ayudábase de los suyos y del pueblo, que lo había recogido y elegido por su capitán. Juan también tenía sus cuadrillas, y con todas sus fuerzas combatía á los celotas, que tenían (como dije) ocupado el templo, arrojando gran muchedumbre de saetas y lanzas contra ellos, con las cuales herían á muchos de los sacerdotes que allí estaban, y á los que venían á sacrificar. Y eran tantos los que desta manera morían, que el sacratísimo templo, venerado de todas las naciones del mundo, estaba violado, profanado y hecho una laguna de sangre de sus

mismos naturales. ¡Cuánto menos fuera, oh miserable ciudad (dice Josefo) lo que padecieras de los romanos, que lo que padeciste de los tuyos! Los cuales vendrán agora á purgar tus maldades con llamas de fuego, porque ya no eras lugar de religión, sino sepultura de los tuyos y castillo de ladrones.

Síguese tras désta otra guerra entre Simón y Juan, en la cual si Juan vencía, entraba por todas las casas de la parte de Simón, destruyendo cuanto hallaba (muchas de las cuales estaban llenas de trigo y de otras provisiones que les dieran la vida para remedio de la grandísima hambre que padecieron en aquel cerco) que fué la principal causa de su ruina. Y por el contrario, si vencía Simón, hacía el mismo estrago en las casas de la parte de Juan, cortando con esto los niervos de la guerra, y haciendo todo aquello que el ejército romano pudiera desear. Desta manera peleaban entre sí estos dos tiranos, cada cual con la ambición de reinar. Los cuales siendo capitales enemigos en todas las cosas, en una sola eran concordes, que era en privar de la vida á los que eran merecedores della. Y habiendo tantas causas para gemir y llorar, nadie lo osaba hacer en público por el gran temor que habían concebido de la crueldad destos tiranos, mas entre sí callando reprimían sus lágrimas y gemidos. Porque el negocio había llegado á términos que ni á los vivos tenían respecto, ni cuidado de dar sepultura á los muertos. Todos los que no se juntaban con las cuadrillas déstos, vivían desconfiados de la vida, entendiendo que luego habían de morir: mas los revoltosos teniendo puestos los pies sobre los montones de los muertos, peleaban unos con otros, y cobrando nueva osadía de los que pisaban, siempre andaban urdiendo mayores males, sin dejar de ejercitar todo género de crueldades contra los miserables. Hasta aquí duró la guerra más que civil entre los mismos ciudadanos.

§ II

Estando la ciudad en este estado, llegó el emperador Tito con su ejército á acabar lo que los ciudadanos habían comenzado. Porque ya pedía la divina Justicia que en el mismo lugar donde se ejecutó la muerte injustísima del Salvador, se ejecutase la principal venganza della, y que con el lugar concordase también el tiempo, que era la Pascua del Cordero. Porque para esta fiesta, que no se podía celebrar fuera de Hierusalén, concurrieron los moradores de todas las partes de Judea, como traídos invisiblemente por la mano de la muerte, que los ayuntaba para que juntos recibiesen la sentencia de su castigo: cuyo número dice Josefo que fué tres cuentos de hombres. Y por justo juicio de Dios fué escogido este tiempo, para que pues en estos días de Pascua con manos sangrientas y voces blasfemas condenaron á su Salvador, en los mismos fuese tanta muchedumbre dellos metida como en nasa, para que allí recibiesen la pena merecida por tal pecado. Dejo de contar aquí los que fueron muertos á cuchillo y con otros linajes de tormentos (porque esto sería cosa muy larga) solamente contaré la terrible miseria que padecieron por hambre, con las palabras del mismo coronista Josefo. Dónde verán los que esto leyeren, cuán detestable cosa sea ensoberbecerse el hombre contra la gloria de Cristo, y con cuán graves penas se castiga el crimen *læsæ majestatis divinæ*. La cruel hambre (dice Josefo) á los ricos era causa de gran tribulación, los cuales por igual mal tenían quedar en la ciudad que morir. Porque los que quedaban por cobdicia de sus riquezas, eran acusados que concertaban salirse, y por esto eran condenados á muerte. Y la necesidad de la hambre encendía la rabia de los malhechores, y juntamente les crecía la hambre y la crueldad. Nunca en las alhóndigas ni otros lugares públicos parecía trigo, pero los robadores calaban las casas, y donde hallaban algún grano, muy caro costaba á su dueño, que porque lo había escondido, era sentenciado. Y si no lo hallaban, todavía los atormentaban, diciendo que lo tenían cautelosamente escondido. Porque para creer que tenían provisión encerrada, no querían otra prueba sino ver que aún vivían, porque si no la tuvieran, ya hubieran expirado. Á

los que encontraban por las calles marchitos de hambre, dejaban, teniendo por demasiado emplear su espada en los que poco después habían de caer muertos de hambre. Muchos hubo que escondidamente toda su hacienda dieron por una medida de trigo, si era gruesa la hacienda, ó de cebada, si era pobre, y encerrándose en lo más secreto de su casa, la comían. Algunos había que comían los granos sin esperar á hacer pan dellos: otros (cuanto les permitía la necesidad y el miedo) esperaban á cocerlo. Pero ninguno esperaba á poner mesa, mas del fuego lo sacaban hirviendo, y su proprio pan arrebataban como si fuera hurtado. Y era cosa miserable de ver que los que más podían, comían lo que hallaban, y á los pobres y miserables no quedaba sino gemir y derramar lágrimas. Y dado que la hambre por sí sola sobrepuje todas las angustias, pero el mayor mal que cáusa, es que del todo hace perder la vergüenza. Porque cuanto en el tiempo de abundancia se tiene por deshonesto, en tiempo de hambre no se tiene por vergonzoso. De aquí acaecía que las mujeres no se empachaban de arrebatar el manjar de las manos de sus maridos, ni los hijos de la mano de sus padres, y (lo que más era miserable) las madres lo sacaban de las bocas de sus hijos. Y viendo á sus amados hijos en sus brazos morir de hambre, no por eso dejaban de quitarles de los dientes un poquito que les quedaba de mantenimiento. Pero aun deso poco que con miserables maneras alcanzaban, no podían gozar seguros, porque súbitamente entraba alguno de los robadores, que en viendo alguna puerta cerrada, barruntaba que había dentro algo de comer, y desquiciadas las puertas entraba furiosamente, y sacaba el manjar que habían comido (á manera de decir) exprimiéndolo de las gargantas. Azotaban á los viejos, si sabían que habían escondido algún mantenimiento, arrastraban las mujeres por los cabellos, si algo les hallaban en el regazo que quisiesen encubrir. Ningún respecto se tenía á los ancianos, ni compasión á los niños. Antes á los chiquitos que por ventura tiraban de su pan, y asidos se colgaban dél, abarraban á las paredes. Y si alguno se daba más priesa á comer que los robadores á quitárselo, más agramente era atormentado. Porque contra éstos inventaban crueles penas, ca les cerraban las salidas naturales de la digestión, á otros metían palos agudos por las mesmas partes (tiemblo en contar tal tormento) para sacar un pan ó un celemín de harina. Y fuera cosa

más sufridera, si esto hicieran los malvados constreñidos por hambre: mas ellos estaban hartos, y no querían sino ó tener para después mantenimiento guardado, ó para que con el ejercicio de su crueldad creciese su fiereza. É si alguno á hurto pasaba entre las estancias de los perseguidores á coger por ventura algunas yerbas para comer, salíanle al encuentro, y quitábanle lo que traía. Y dado que les suplicaba y ponía delante el nombre terrible de Dios, para que siquiera de lo que había buscado con peligro de su vida, le dejasen un poquito, no era oído, mas tenía por gran beneficio dejarle con la vida. Y como quier que les era imposible dejar la ciudad, no les quedaba esperanza de remedio, porque la hambre crecía tanto que asolaba las casas enteras y barrios y finalmente toda la ciudad, tanto, que vieras dentro de las casas y por las calles montones de hombres muertos, de mujeres y de niños y desventurados viejos consumidos de hambre más que de vejez. Los mozos de edad más fuerte andaban vagabundos por las calles y puertas de la ciudad como almas en pena, en sola la armadura, que parecían más estatuas que hombres. Y á cada paso los viérades caer en cualquier lugar que les apretase la hambre. La muchedumbre de los muertos y la flaqueza de los que quedaban, no daba lugar á enterrar los cuerpos de los muy amigos y deudos, mayormente teniendo cada uno harto que llorar en sus proprios duelos: y algunos hubo que enterrando algún difunto, cayeron juntamente con él, y muchos llevando á otros á enterrar, ante que á la sepultura llegasen, expiraban. Ningún defunto lloraban, ni por alguno se hacían las endechas acostumbradas, porque todo el tiempo y cuidados ocupaba la hambre: ni aun les quedaba substancia para llorar, porque la sequedad causada por la hambre les había enjugado el humor de los ojos. En toda la ciudad había continuo silencio, y toda estaba cubierta de sombra de muerte. Y sobre todos los males era la fiereza de los robadores, que no tenían por ilícito abrir los sepulcros y despojar las cadaveras, no tanto por cobdicia de robar lo que hallasen, como por su pasatiempo y por escarnio de los defuntos, y para probar los filos de su espada en las carnes sin ánima. Algunas veces probaban las espadas en los que ya estaban expirando, lo cual otros que en semejante paso estaban, tenían por gran beneficio, y lo pedían juntas las manos, para librarse de la rabia de la hambre: pero ellos, con extraña crueldad, á unos por su pla-

cer daban la muerte, á otros que la pedían, la negaban. Muchos con angustiosos sospiros al tiempo de la muerte volvían los ojos al templo, no tanto por el dolor proprio, cuanto por ver que sus perseguidores quedaban sin castigo. Al principio habían ordenado que á costa de la ciudad se enterrasen los muertos, por el hedor ponzoñoso: pero después que la muchedumbre de los cuerpos sobrepujaba los proprios de la ciudad, despeñábanlos por el muro en la cava. Y como el emperador Tito, paseándose un día al derredor de la ciudad, viese las cavas llenas de cadaveras y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con gran voz, y puso á Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Por lo cual tengo averiguado que aunque las armas de los romanos cesaran contra los malos ciudadanos, no por eso dejara la ciudad de perecer, ó se abriera la tierra y se hundiera, ó otro diluvio la anegara, ó rayos de fuego decendieran del cielo y la abrasaran como á Sodoma. Todo esto dice Josefo en el quinto libro de su Historia, y en el sexto repite cuasi lo mismo, y añade lo que se sigue.

La necesidad de la hambre todas las cosas hacía comederas, aun aquéllas que los brutos animales desechan, tanto, que tenían por conveniente manjar las riendas de los caballos y sus cintas y sus zapatos, y los cueros en que estaban aforradas las puertas, quitaban y los comían, y tales había que comían las pajas secas y boñigas de bueyes, y de cualquier estiércol que hallasen se vendía un pequeño peso por cuatro monedas. Mas ¿para qué me detengo en declarar tan por menudo la gravedad de aquella angustia, pues una sola cosa basta para hacerla estimar? Porque en aquella sazón acaeció una hazaña cual nunca entre las gentes bárbaras se vió, espantosa de decir y increíble de oir. Y por cierto de buena gana callara historia tan extraña, por no ser tenido por relator de monstruosas novedades, si no permanecieran aún hasta nuestra edad muchos testigos de vista, varones dignos de fe. Ni pienso que serviría á mi patria en callar los infortunios que de hecho padeció.

De una espantable hazaña de una mujer que comió su proprio hijo, y del remate de los trabajos de los judíos, y cómo Cristo lo había profetizado.

§ III

Una mujer de las que moraban allende el río Jordán, llamada María, hija de Eleázaro, de la aldea de Beuzob, noble de linaje y riquezas, que con otra mucha gente había venido á Hierusalén, y se halló presente á padecer con los muchos la común desventura, ya le habían tomado todas sus joyas y posesiones los tiranos, y si algunas pobres alhajas ó provisión le había quedado para pasar su vida, cada hora y cada momento entraban los robadores, y poco á poco la despojaban. Por lo cual la mujer con sobrada tristeza, con ruegos y con injurias provocaba á los malvados que la matasen. Pero como nadie cumpliese su deseo ni por ira ni por compasión, y ya no le quedase ni pudiese hallar cosa para sustentarse, y la hambre le escarbase en las entrañas y la sacase fuera de sí, tomó el remedio que la rabia y la angustia le mostraron, contra todo derecho de naturaleza. Tenía un hijo que mamaba á sus pechos, al cual puesto ante sus ojos dijo: Oh más desdichado hijo de la desdichada madre, muerta yo, ¿á quién te dejaré, cuando la ciudad es cercada y robada, y todos sus moradores consumidos de hambre, á que mueras peleando, ó á que seas despojo de los enemigos? Ca cierto es que aunque nos quedase alguna esperaza de vida, nos queda de padecer el yugo de servidumbre de los romanos, cuanto más que ni aun para ser captivados nos consiente el hambre vivir, y los robadores más pestilenciales que todos los infortunios nos asuelan. Pues ven, hijo mío, y serás manjar de tu madre (materia de crueldad á los malos hombres, y historia que se cuente por todo el mundo) que solo este desastre faltaba á la desventura de los judíos. Y diciendo esto, degolló á su hijo, y sin tardanza le puso sobre el fuego, y le asó: y la mitad comió luego, y la otra mitad guardó escondida. En esto súbitamente entraron los robadores, que sintieron el olor de la carne quemada, y amenazaron á la mujer con la

muerte si luego no les descubría el manjar que habían sentido. Ella dijo: Sí haré por cierto, que para vosotros guardé la mejor parte. Y diciendo esto, descubrió los miembros del niño que habían quedado. De lo cual súbitamente se espantaron los robadores, y sus corazones se enflaquecieron, aunque feroces, y enmudecieron, que palabra no pudieron hablar. Pero ella con sereno semblante, y más cruel que los mismos homicidas, les dijo: Mi hijo es éste que veis, yo le parí, y yo le maté, comed de él, que yo he comido ya mi parte: no queráis ser más piadosos que su madre, ni más tiernos de corazón que una mujer. Y si á vosotros vence la humanidad, y aborrecéis tal comida, yo que ya he perdido el miedo, acabaré lo comenzado. Oído esto, atónitos y espantados la dejaron, buscando y no hallando otra vianda en su casa. Luego por toda la ciudad se divulgó tan extraña hazaña, y cada uno representaba delante de sus ojos hecho tan abominable, y como si él mismo hubiera sido su autor, se estremecía y se le espeluznaban los cabellos, y todos los que lo oían, tenían por bienaventurados los muertos que no oyeron tal desventura, y ellos deseaban antes la sepultura que esperar á oir otra semejante. Hasta aquí dice Josefo.

Sobre este hecho arriba relatado viene bien á propósito el dicho del Salvador, que amenazando á los judíos los males que les estaban aparejados, les dijo (1): ¡Ay de las mujeres preñadas, y de las que trajeren hijos á los pechos en aquellos días! Rogad á Dios que no os venga la persecución en día de fiesta, porque será aquella tribulación mayor que alguna ha sido dende el principio del mundo. Recogiendo pues el sobredicho historiador la suma de los que comprehendió la desventura, dice que de hambre y á cuchillo murieron un cuento y cien mil hombres, y los robadores y homicidas que por la ciudad andaban robando y matando, después se mataron unos á otros. Algunos mancebos hermosos y bien dispuestos se guardaron para llevar aherrojados á Roma, para gloria y pompa del triunfo, y todos los demás que se hallaron de diez y siete años arriba, fueron llevados atraillados á las minas de metal por Egipto. Otros fueron derramados por diversas provincias, unos para ser muertos á cuchillo, otros para ser echados á las fieras en las crueles fiestas y juegos que acostum-

(1) Marci 13.

braban hacer á sus dioses, y los menores de diez y siete años fueron vendidos para ser perpetuamente captivos por diversas partes del mundo, cuyo número llegó hasta noventa mil. Verdaderamente sola esta calamidad (aunque ningún otro argumento hubiera) bastaba para ablandar y convencer corazones más duros que peñas. Porque díganme si alguno de los nacidos, dende que Dios crió el mundo hasta el día presente, oyó ó leyó que en solo el cerco de una ciudad, ó de una sola batalla, hubiese tan gran número de muertos como en ésta. Y no digo tanto, sino alguna de todas las batallas que ha habido en el mundo, ¿llegó á la mitad de los muertos de ésta? Vuelvan y revuelvan y trastornen todas cuantas historias están escritas de fieles ó de infieles, de látinos ó de bárbaros, y díganme si hubo en el mundo batalla que llegase, como digo, á la mitad de los muertos que hubo en solo este cerco de Hierusalén. Y no cuento aquí el número de los captivos, ni cuento los muertos y captivos que hubo en todas las otras ciudades del reino, ni alego el fin desastrado de aquella tan antigua y tan noble república, que nunca más ha sido restituída. Pues si está claro para quien tiene lumbre de fe, que esta tan espantosa calamidad vino por especial dispensación de aquel Juez soberano, ¿qué otra cosa se puede creer sino que la mayor de todas las calamidades del mundo vino por el mayor de los pecados dél? Y ¿cuál otro podía ser éste, sino la muerte indignísima del Hijo de Dios y Señor de todo el mundo? Pues ¿qué corazón habrá tan incrédulo que no se rinda á esta razón? Todo esto acaeció en el segundo año del imperio de Vespasiano, conforme á lo que el Señor y Salvador nuestro había profetizado, como quien tenía todas las cosas presentes, cuando según el Evangelista refiere (1), viendo la ciudad de Hierusalén, lloró sobre ella, profetizando su perdición.

Sobre todas estas calamidades refiere otra el mismo historiador, que le parece (y con mucha razón) ser la mayor de cuantas en aquel cerco entrevinieron: porque algunos de los cercados determinando pasarse á los romanos por la gran hambre de la ciudad, tragaban el oro que tenían, para que después, descargando el vientre, lo cobrasen y se ayudasen á vivir con él. Vinieron pues á entender esto los soldados de Arabia y de Siria y algunos

(1) Luc. 19.

de los romanos, y en una noche abrieron los vientres de dos mil destos miserables, para buscar dentro de las tripas el oro que traían escondido. Y con extrañar esto el Emperador grandemente, y poner graves penas á quien tal hiciese, ni por eso se dejaba de hacer secretamente, y muchas veces sin hallar nada en los vientres de los tristes: tanto puede la malicia humana y la cobdicia del dinero. Véase pues con cuánta verdad dijo el Salvador que la tribulación destos días sobrepujaría á todas las tribulaciones pasadas y venideras (1). Porque ¿cuándo se vieron jamás tales crueldades junto con las ya referidas?

De las muestras y visiones espantables que anunciaron la destruición de Hierusalén antes que viniese.

§ IV

Pero no será fuera de propósito añadir á lo dicho las cosas en que se mostró la piedad y clemencia divina aun con los desagradecidos. Lo primero, cuarenta años continuos los esperó después del pecado cometido. En los cuales todos los Apóstoles, especialmente Santiago, pariente del Señor (que fué constituído obispo de Hierusalén) los amonestaban cada día para traerlos á penitencia, si por ventura pudieran derramar tantas lágrimas que apagaran la llama de la saña del Juez poderoso. El cual con tan larga espera les mostraba claramente que deseaba su remedio, porque no ama Dios tanto la muerte del pecador, cuanto que se convierta y viva. Allende desto procuró la divina clemencia ablandar la dureza de sus corazones, mostrándoles señales y apariciones en el cielo, esgrimiendo la espada en su mano derecha, amenazándolos y perdonándolos. De lo cual tenemos relación del mismo historiador en el sexto libro, donde escribe así: Al desdichado pueblo engañaban hombres perversísimos y mentirosos profetas, haciendo que no creyese las señales de la indignación de Dios, por las cuales á menudo les mostraba el per-

(1) Matth. 24.

dimiento venidero así de su ciudad como de su generación. Y por sus lisonjas, como atónitos y locos, sin ojos y sin entendimiento, menospreciaban las celestiales revelaciones. Porque todos sabemos que en todo un año fué vista una estrella resplandeciente, á manera de espada, estar amenazando sobre la ciudad, donde asimismo fué vista una cometa que echaba de sí llamas significadoras del encendimiento venidero.

Demás desto, á veinte y uno del mes Artemisio (que llamamos Mayo) apareció una visión espantable que apenas puede ser creída, y pudiéramos pensar que había sido fantasma, si después no viéramos cumplida la destruición que significaba. Cerca de la puesta del sol parecieron en toda la comarca corriendo por los aires carros de batallas y gente armada y ejércitos que venían de las nubes, y súbitamente cercaban las ciudades. Allende desto en la fiesta siguiente de Pentecostés, entrando de noche los sacerdotes en el templo á hacer sus oficios, primero sintieron estruendo como de movimiento de hombres, y luego oyeron voces que apresuradamente decían: Partamos de aquí. Primero que esto había acaecido otra cosa más terrible, cuatro años antes de la guerra, cuando seguramente gozaba el pueblo de su reposo. Un mancebo, hijo de Ananías, llamado Jesús, hombre rústico y de los comunes del pueblo, en el día de la fiesta de las Cabañuelas dió grandes voces súbitamente, diciendo: Voz de Oriente, voz de Occidente, voz de todos cuatro vientos, voz sobre Hierusalén y sobre el templo, voz sobre los casados y sobre las casadas, voz sobre el pueblo. Y diciendo esto sin cesar, rondaba la ciudad por todas las calles y plazas, hasta que algunos principales del pueblo, enojados por tan crueles amenazas, asieron al hombre, y le azotaron terriblemente. Pero él sin alegar cosa por sí, ni siquiera rogar á los circunstantes le valiesen, perseveraba en la misma porfía y palabras. Entonces los principales entendiendo lo que era verdad, que forzado por Dios hablaba, lleváronle al presidente romano, delante del cual fué azotado hasta que le descubrieron los huesos, sin echar una lágrima.

Pues tornando al propósito principal, después de rotos los tres muros que dijimos, y entrada y saqueada la ciudad, y muertos y captivos todos los que hallaron en ella, mandó el Emperador arrasar todos los muros y edificios della, que eran en gran manera hermosos: de modo que como el Salvador había profetiza-

do, no quedó en ella piedra sobre piedra (1). Éste fué el desastrado fin de aquella tan antigua y famosa ciudad, conocida y celebrada por todo el mundo: el cual le vino dos mil y ciento y setenta años después de su primera fundación, que fué por el rey Melquisedec, y mil y ciento y setenta y nueve años después que la reedificó y ennobleció el rey David. Mas ni la antigüedad della, ni la grandeza, ni la fortaleza, ni las grandes riquezas, ni la gloria de la religión fueron parte para dejar de ser asolada en la forma que está dicho.

Éste fué el pago que recibieron los que desechando el benignísimo reino de Cristo, dijeron: No tenemos otro rey sino á César. Pues este César que ellos eligieron, les dió este galardón.

(1) Marci 13.

DE OTRAS CALAMIDADES QUE PADESCIÓ Y PADESCE HASTA HOY LA PARTE DE LOS JUDÍOS QUE PERMANECE EN SU INCREDULIDAD

CAPÍTULO XVII

DECLARADAS ya las calamidades que se padecieron en el cerco y conquista de Hierusalén, síguese que tratemos de las que después desto ha padecido y padece hasta hoy aquella parte del pueblo que todavía permanece en las tinieblas de su incredulidad, que es la tercera parte de la división que arriba pusimos, para que pues el Señor dice por Esaías que la vejación de las tribulaciones abre los ojos del entendimiento (1), podrá ser que por esta vía los que los tienen cerrados, los abran, viendo un tan gran diluvio de calamidades, unas sobre otras, nunca vistas en el mundo, cargar sobre ellos. Y demás desto conviene que sepamos que nuestro Señor Dios en todas las cosas es Dios: quiero decir, en todas grande, en todas admirable, grande en galardonar y grande en castigar, grande en galardonar los servicios (pues por un hijo que le quiso ofrecer el patriarca Abrahán, le prometió tantos hijos como estrellas hay en el cielo) y grande en castigar los pecados, pues un pecado mortal castiga con pena perdurable, como parece en el castigo de los ángeles que pecaron. Con lo uno declara la grandeza de su bondad, y con lo otro la severidad de su justicia, con lo uno nos mueve á su amor y con lo otro á su temor, que son las dos joyas más ricas que hay en el mundo. Y á quienquiera que desea encender en su ánima estos dos tan nobles afectos, ruego yo aquí que lea el capítulo 26 del Levítico y el 28 del Deuteronomio, y ahí verá cuán largo y magnífico es Dios en el galardonar, y cuán terrible y espantoso en el castigar, con lo cual podrá atear más y más estos dos afectos sobredichos. Ahí también conocerá el estilo que Dios tiene con los que no se emiendan con los azotes

(1) Esai. 28.

de su justicia, que es, con acrecentar otros nuevos azotes, para que siquiera con los postreros abran los ojos los que no quisieron abrirlos con los primeros. Y si todavía porfiaren en su dureza, ha de porfiar también él en su castigo. Y porque nadie piense que ésta es invención mía, pondré aquí las palabras del mismo Dios en el sobredicho capítulo del Levítico, donde después de las primeras amenazas contra los desobedientes, que son de enfermedades y hambre y persecuciones de enemigos, dice así: Y si azotados con todas estas plagas no os convirtiéredes á mí, acrecentaré ótras siete veces mayores que las pasadas, y con ellas quebrantaré la dureza de vuestra cerviz. Y amenazando otras nuevas plagas sobre las ya dichas, vuelve luego á decir: Y si con todo esto no os emendáredes, y porfiáredes á serme contrarios y desobedientes, yo también os seré contrario, y castigaros he siete veces por vuestros pecados, y enviaré contra vosotros la espada vengadora del quebrantamiento de la paz y amistad que asentastes comigo. Y amenazando tras destas palabras otras nuevas calamidades, torna á repetir la misma sentencia, diciendo: Y si aun con todo esto no diéredes oídos á mis palabras, sino todavía me fuéredes contrarios, yo también os seré contrario, usando con vosotros de mi furor, y castigándoos con siete plagas por vuestros pecados, y esto en tanto grado, que vengáis á comer las carnes de vuestros hijos y de vuestras hijas: y abominaros ha mi ánima de tal manera que asolaré y pondré por tierra vuestras ciudades, y haré que vuestros sanctuarios queden desamparados, y no recebiré el olor de vuestros enciensos. Y á vosotros derramaré por todas las gentes, y desenvainaré mi espada contra vosotros, y vuestra tierra quedará desierta, y destruídas vuestras ciudades. Todas éstas son palabras de Dios en el sobredicho capítulo, las cuales habiendo sido dichas más de tres mil años ha (por aquel Señor á quien todas las cosas venideras están presentes) vemos agora punto por punto cumplidas. Lo cual debía bastar para abrir los ojos de aquella parte del pueblo que con todo esto aún persevera en su ceguedad: de lo cual trataremos adelante más por extenso.

Mas he traído este lugar para que por él se entienda esta porfía que Dios tiene en castigar á los que con este linaje de medicina pretende curar, como él mismo lo significó hablando con su pueblo, por estas palabras: Vivo yo, dice el Señor, que con mano

fuerte y brazo extendido y con furor derramado reinaré sobre vosotros. Pues conforme al estilo de Dios declarado en este capítulo, así como usó de grande misericordia con los que deste pueblo se convertieron, dándoles tanta abundancia de gracia, que (como dice Sozomeno en la Tripartita) fueron los primeros autores y inventores de la vida de aquellos clarísimos padres de Egipto, así con los que no quisieron reconocer su Salvador, ni con los testimonios de los profetas, ni con aquella tan espantosa ruina de Hierusalén, ejercita su justicia, añadiendo plagas sobre plagas y calamidades sobre calamidades. Lo cual declararé agora sumariamente, por no gastar mucho tiempo en tan tristes tragedias.

Pues conforme á lo dicho, queriendo nuestro Señor visitar con otro azote á los que todavía perseveraban en su incredulidad, permitió que los judíos que moraban en Egipto, Cirene y Alejandría, rebelasen contra el imperio romano en tiempo del emperador Trajano, por el cual fueron otra vez destruídos, y muerta infinita gente dellos. Y porque ni aun con este azote se volvieron á Dios, envióles otro mucho mayor. Porque rebelando ellos otra vez contra los mismos romanos en tiempo del emperador Adriano (inducidos por un grande engañador que decía ser una gran lumbrera del mundo) fueron otra vez destruídos por este emperador, y toda su nación desterrada de Hierusalén y de toda su comarca. Y de ahí adelante la ciudad se pobló de nuevos moradores, y también perdió el nombre antiguo de Hierusalén y fué llamada Elia Adria, por respecto del emperador Elio Adriano, para que mudando el apellido, mudase juntamente con él las costumbres antiguas. En esta guerra dice Dión Coceyo que fueron muertos cincuenta mil hombres de guerra, sin la otra muchedumbre de gente desarmada, y fueron allanados por tierra cincuenta castillos muy fuertes, y novecientos y ochenta y cinco lugares y aldeas que estaban pobladas. De modo que después de la vendimia que hizo Vespasiano, volvió el azote de Dios por la rebusca que había quedado, en tiempo de Trajano y Adriano. Y perseverando ellos todavía en su ceguedad sin embargo destas calamidades, perseveró también el azote de Dios contra ellos, según él lo había amenazado. Porque en tiempo del emperador Valente, hereje arriano, saliendo ellos de la ciudad de Diocesarea, juntaron un ejército, y con él andaban haciendo

guerra y daño por toda la comarca, contra los cuales vino Galo César (que á la sazón estaba en Antioquía) y los venció y desbarató, y destruyó aquella ciudad. Después hubo un alboroto tramado por ellos en Alejandría, donde habitaba gran número dellos. En el cual tiempo fueron echados de la ciudad, y derribadas sus sinagogas, y robadas sus casas, y así quedó aquella gran ciudad por esta causa muy despoblada. En lo cual se ve que en todos estos tiempos ninguna cosa tentaron que les sucediese bien, habiéndoles Dios prometido que guardando su ley, todas las cosas en que pusiesen las manos, les sucederían prósperamente. Á estas calamidades se añadió otra desta manera. Un judío engañador, de la isla de Creta, fingió que era Moisén, y que era enviado del cielo para llevar por el mar á los judíos moradores de aquella isla, así como en otro tiempo había llevado á los que salieron de Egipto por el mar Bermejo sin mojarse los pies. Y dando ellos crédito á sus palabras, y cebados con sus promesas, menospreciaban sus ejercicios y desamparaban sus haciendas por seguirle. Finalmente llegado el día aplazado, el engañador caminaba delante, y todos le seguían con sus mujeres y hijos. A los cuales llevó á un risco que cae sobre el mar, y mandóles que como pescado se zabullesen en el agua, que sin dubda pasarían sin lesión: y así lo cumplieron los que primero llegaron, y todos se despeñaron y ahogaron. Mas en la cabeza déstos escarmentaron los otros, y escaparon del peligro. Y todos reprehendían su necedad, porque tan de ligero habían creído. Y queriendo matar á su engañador, no le pudieron asir, porque súbitamente desapareció. De dónde sospecharon muchos que era algún falso demonio en figura humana. Éste fué justo juicio de Dios, como el Salvador lo había profetizado, cuando dijo: Yo vine en nombre de mi Padre, y no me quisieron creer: otro vendrá en su proprio nombre, y creerle han (1).

Ni piense nadie que en solos los tiempos pasados visitó nuestro Señor á los que todavía estaban incrédulos, para que la vejación (como dijimos) les abriese el entendimiento. Porque también en nuestros tiempos habemos visto otras calamidades que les han sobrevenido. Porque no fué pequeño azote el que padecieron los que no quisieron recebir nuestra sancta fe en tiempo de los

(1) Joan. 5.

Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, cuando por ellos fueron desterrados de España. En el cual destierro pasaron grandes trabajos, así en la navegación para otras nuevas tierras, como en los malos tratamientos que padecieron entre las naciones bárbaras y crueles donde moran, llegando este destierro hasta las partes de Oriente.

Mas en este lugar la caridad cristiana y el celo de la salvación de las ánimas me obliga á avisar á muchos falsamente celosos de la fe, los cuales tienen creído que no pecan haciendo mal y daño á los que están fuera della, ora sean moros, ó judíos, ó herejes, ó gentiles. Engáñanse éstos grandemente, porque también éstos son prójimos como los fieles, según se colige de aquella parábola del Salvador, que trata de la piedad y socorro del Samaritano con el herido (1). Y dado caso que nuestro Señor quiera castigar al infiel por sus pecados, y dipute ministros por quien ejecute su ira, pero no menos pecan estos ejecutores de la justicia divina que si no lo fuesen, porque instrumento fué de Dios el rey de Babilonia para castigar su pueblo y destruir su templo por los pecados de la gente, y así lo llama Dios por Esaías vara de su furor y báculo de su indignación (2), mas porque él no hacía esto por castigar las ofensas de Dios, sino por tiranizar la tierra, fué castigado con extrañas calamidades y azotes y con perdimiento de la vida y de aquel grande reino. Lo cual prosigue muy á la larga Hieremías en los capítulos 50 y 51, que son los mayores capítulos de su profecía, declarando que toda aquella tan grande tempestad le venía en venganza de haber destruído la heredad de Dios y su sancto templo. Asimismo el profeta Esaías profetizó este grande azote de Babilonia por estas palabras (3): Todos cuantos se hallaren en Babilonia, morirán á hierro: los niños barrarán los soldados por las paredes en presencia de sus padres, sus casas serán robadas, y sus mujeres violadas. Yo (dice Dios) levantaré contra ellos á los medos, los cuales ni querrán oro ni plata, sino tirar saetas á los niños sin tener compasión de los que estuvieren mamando á los pechos de sus madres. Y será aquella gloriosa Babilonia asolada, así como lo fué Sodoma y Gomorra. Finalmente tales fueron las plagas de Babilonia por este pecado, que cuando el profeta Esaías las vió en espíritu,

(1) Luc. 10. (2) Esai. 10. (3) Esai. 13.

dice que padeció tan grandes angustias como la mujer cuando pare, y que cayó en tierra, cuando las oyó, y que se le secó el corazón, y se le cubrió de tinieblas, y quedó pasmado. Tal pues es el castigo de los que agravian á sus prójimos, aunque la divina Justicia se sirva dellos para castigo de los pecados, como á veces también se sirve para esto de los mismos demonios. Por lo cual dice muy bien Sant Augustín que más provecho nos hacen los que nos injurian, que los que nos lisonjean, mas tú, Señor, no miras á lo que por medio dellos haces, sino á lo que la mala voluntad dellos quiere hacer (1). He dicho esto tan por extenso, para que se entienda que aunque Dios permita las vejaciones y opresiones de los incrédulos y infieles que permanecen en su error, no menos pecan los que los maltratan y vejan que los que maltratan á sus prójimos. Antes pecan más gravemente, porque los escandalizan y hacen que tengan igual aborrecimiento á la ley que á los profesores della. Porque este odio es la causa principal que los tiene obstinados en su engaño. De modo que aquella pared de división y de odio que había entre fieles y infieles (la cual Cristo derribó para amigarlos y encorporarlos en su Iglesia) muchos con sus malas obras y ejemplos la tornan á edificar, y así el nombre de Dios (como dice la Escritura) es blasfemado por ellos entre las gentes.

De lo dicho pues se infiere que la manera que se debía tener para la conversión de los infieles, es la que el Apóstol (singular oficial deste oficio) muestra que tenía, cuando escribiendo una carta á los de Tesalónica dice: Hecímonos como pequeñuelos en medio de vosotros, y como una ama que cría y regala sus hijos, teniéndoos tan grande amor, que os quisiéramos dar no sólo el Evangelio, sino también nuestras ánimas por la grandeza deste amor (2).

Palabras son éstas de grande consideración y que declaran muy bien las entrañas de caridad que este divino Apóstol tenía con aquéllos que de nuevo habían venido á la fe. Pero mucho más declaran esto las que escribe en la Epístola á los Romanos (3), las cuales ponen espanto y admiración á quienquiera que las lee, donde con un solenne juramento dice así: Verdad digo en Cristo Jesú, no miento, dándome testimonio de esto mi consciencia, de la

(1) Aug. Confes. lib. 9, cap. 8. (2) I Thess. 2. (3) Rom. 9.

cual es testigo el Espíritu Sancto, que padezco una gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseaba yo mismo ser anatema de Cristo por la salud de mis hermanos, que son los hijos de Israel, deudos míos según la carne: cuya era la adopción de hijos, y la gloria, y el testamento, y la ley, y el servicio, y las promesas divinas: de cuyos padres nació Cristo según la carne, el cual es Dios bendito en todos los siglos. Hasta aquí son palabras del Apóstol, el cual sentía tanto el perdimiento de sus hermanos, que se ofrecía á carecer de la gloria que esperaba de Cristo (aunque no de su amor y gracia) porque sus hermanos gozasen della. Pues con esta caridad, con este celo, con estas entrañas de piedad convertieron los Apóstoles el mundo. Éste es el juicio y sentimiento que en esta parte tienen los que de todo corazón desean la salvación de las ánimas, y sienten el perdimiento dellas, como lo sentía nuestro glorioso Padre Santo Domingo, de quien se escribe que ardía como una hacha encendida por el celo de las ánimas que perecían. Y su hija Santa Catalina pedía á Dios que tapase con ella la boca del infierno para que ninguna de sus criaturas entrase allá. Pues volviendo á nuestro propósito, todas estas maneras de calamidades permite Dios que padezca la parte desta gente que aun está ciega, para que esta vejación les abra el entendimiento y les dé á conocer el desamparo de Dios, y así se vuelvan á él y á su unigénito Hijo nuestro Salvador.

DEL DESTIERRO GENERAL QUE PADECE HASTA HOY LA PARTE DESTE PUEBLO QUE PERMANECE EN SU INFIDELIDAD

CAPÍTULO XVIII

Mas dejadas aparte estas calamidades que fueron de particulares tierras y ciudades, será bien tratar de este general destierro y derramamiento que hasta hoy padece aquella parte del pueblo que todavía permanece en su incredulidad, y inquirir la causa dél. Y primeramente cónstanos por todas las sanctas Escripturas que todas las calamidades públicas y generales del mundo vienen por pecados (como al principio propusimos) y que cuanto son mayores los pecados, tanto lo son los azotes y castigos que Dios envía por ellos, y cuanto son mayores estos castigos, tanto son argumentos y indicios de mayores pecados, pues la divina Justicia es rectísima, y así proporciona la cuantidad del castigo con la del delicto. Consideremos pues agora prudentemente cuál sea este destierro de que hablamos. Si miramos el tiempo dél, pasa de mil y quinientos años que dura. Si miramos el lugar, no hay lugar cierto en que toda esta gente more y haga por sí cuerpo de república, sino andan derramados por todo el mundo, ya en tierras de moros, ya de turcos, ya de paganos, ya de cristianos. Si miramos las cualidades deste destierro, hallaremos que viven los más fatigados, opresos y humillados hombres del mundo, cumpliéndose en ellos aquella profecía del Psalmo 68, el cual hablando dellos dice: Escurézcanse sus ojos para que no vean, y anden siempre avasallados y abatidos. Y es cosa de admiración que con ser tantas las diferencias de naciones y sectas que hay en el mundo, y tan enemigas entre sí, y tan discordes en todas las cosas, así en las que pertenecen á la religión como á la policía humana, en una sola cosa son concordes, que es, en despreciar, maltratar y vejar esta pobre gente. De modo que el nombre de judío, que era muy claro y ilustre en el mundo (cuando florecía en aquel pueblo la religión) agora es nombre de ignominia, de tal manera que ninguna injuria se tiene por mayor que llamar á un hombre con este apellido.

Pues siendo este destierro y derramamiento tan ignominioso y tan antiguo, y habiendo venido sobre todas las calamidades arriba contadas, ¿no será razón inquirir por qué causa aquel justísimo Juez (el cual en los tiempos antiguos tuvo siempre tan particular providencia de este pueblo) lo deja agora andar tan descarriado y vejado en todas las naciones del mundo, y esto no por espacio de ciento ni de docientos, sino de mil y quinientos años? Porque si pusiéremos los ojos en los tiempos antiguos, hallaremos que nunca jamás este pueblo se convertió de todo corazón á Dios, y le llamó en sus afliciones y opresiones, que no fuese socorrido y librado por él. Porque muchas veces por diversos pecados, y especialmente por el de la idolatría, fué por sentencia de Dios oprimido y sojuzgado por los madianitas, moabitas, amonistas y filisteos. Y hallarse ha por cierto que nunca en todas estas calamidades se volvieron á Dios, y le pidieron favor de todo corazón, que no fuesen librados de captiverio, ó enviándoles Dios capitanes, ó profetas, ó ángeles que les socorriesen: y así estando cercados por el Rey de los asirios, envió Dios un ángel por la oración del rey Ecequías, el cual mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres (1), y así los libró. Dejo de decir de los admirables socorros que les envió por aquellas famosas y santas mujeres Ester, Judit y Délbora, y otras muchas que sería largo de contar.

Pues siendo ésta la costumbre antigua de Dios para con este pueblo, pregunto agora: ¿cómo haciendo él tantas oraciones, y acompañándolas con la guarda de las ceremonias de la ley, á cabo de tantos años nunca han sido oídos ni socorridos? ¿Por ventura ha Dios mudado con el tiempo y con los muchos años la condición ó naturaleza que tenía, pues nunca entonces fué llamado que no acudiese al llamamiento, y agora siendo tantas mil veces llamado, no responde? ¿Quién dirá tal blasfemia? No es Dios (dijo Balaán) como el hombre, para que falte su palabra, ni como el hijo del hombre, para que se haya de mudar (2). Antes es tan proprio de Dios ser inmudable, que una de las diferencias que hay entre él y sus criaturas, es que ninguna hay en el cielo ni en la tierra que no esté subjecta á alguna mudanza corporal ó espiritual, mas en solo Dios no la puede haber, por razón de su eter-

---

(1) IV Reg. 19. (2) Num. 23.

nidad, la cual es tan propria suya, que sola esta razón movió á Aristóteles á decir que el mundo había sido *ab aeterno*, por no poner mudanza en Dios, queriendo en un tiempo lo que en otro no quiso. Del cual engaño no es deste lugar tratar de propósito. Pues siendo esta inmutabilidad tan propria de aquella soberana eternidad, respóndanme cuál sea la causa por la cual no hallándose en toda la sancta Escriptura una sola vez que fuese Dios de todo corazón llamado, que no acudiese á este llamamiento, ¿cómo agora siendo tantas veces llamado, ningún linaje de consolación ni de socorro envía á los que lo llaman, y más guardando su ley, según ellos piensan? ¿Hay quien pueda responder á esta pregunta?

Pues mucho menos podrán responder á la que tras ésta se sigue. Después que Moisén declaró al pueblo las grandes calamidades que le habían de venir, si no guardase la ley de Dios, añadió estas palabras (1): Si después que te vieres afligido con estos trabajos, te arrepintieres y volvieres á Dios de todo corazón, él te enviará socorro, y habrá misericordia de ti, y te librará de tu captiverio, aunque estés desterrado en los últimos términos del mundo. Esto mismo profetizó también Azarías, el cual (volviendo el rey Asá de una gran victoria dada por mano de Dios contra los reyes de Etiopía) lleno del espíritu de Dios dijo así (2): Óyeme, rey Asá, y tú, pueblo de Judá, y Benjamín. Dios estuvo con vosotros, porque vosotros estuvistes con él. Si buscáredes á Dios, hallarlo heis, mas si lo desampáráredes, desampararos ha. Y sabed que se pasarán muchos días en Israel sin el Dios verdadero, y sin sacerdote que enseñe al pueblo, y sin ley de Dios. Y si en este tiempo apretados los hombres con sus angustias se volvieren al Señor Dios de Israel, y le buscaren, hallarlo han. Ésta es promesa de Dios, confirmada en todas las sanctas Escripturas en favor de los verdaderos penitentes. Pues ¿qué se puede responder aquí? ¿No es Dios la misma verdad? ¿No es tan imposible faltar la palabra de Dios como dejar él de ser Dios? ¿No es cierto que el cielo y la tierra pueden faltar (3), mas la palabra de Dios nunca faltará? ¿Qué otras cosas engrandecen más todos los Psalmos, que la verdad de Dios? Por esta razón le llama David Dios de la verdad (4). Y para significar

(1) Deut. 30. (2) II Paral. 15. (3) Luc. 21. (4) Psalm. 30.

la certidumbre y constancia della, dice que la tiene afijada y escripta en los cielos (1), que son incorruptibles, para dar á entender que nunca esta verdad faltará. Pues defiéndanme agora aquí la verdad desta promesa divina. Porque si esta gente dice que de verdad está convertida á Dios y guarda fielmente su ley, ¿cómo aquella infalible Verdad no cumple en tantos años la palabra desta promesa? ¿Quién podrá responder á esta pregunta?

Á ésta añado la que se sigue. Quien leyere las sanctas Escripturas, hallará que una de las principales partes de ella es prometer Dios mil maneras de favores y regalos á los guardadores de su ley. Esto nos declaran aquellas palabras del Psalmo 33, que dicen así: Los ojos del Señor están puestos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos. Llamaron los justos al Señor, y él los oyó y libró de todas sus tribulaciones. Cerca está el Señor de todos los atribulados de corazón, y hará salvos á todos los de espíritu humilde. Muchas son las tribulaciones de los justos, mas de todas ellas los librará el Señor. El Señor tiene cuidado de guardar todos sus huesos, y ni uno solo de ellos se quebrará. Todas éstas son palabras de Dios por este profeta. Y conforme á esto en el Psalmo 36, entre otros muchos favores que promete al justo, añade esta manera de regalo, diciendo que cuando cayere, no se lastimará, porque el Señor pondrá su mano debajo, para que no se lastime. Pues ¿qué cosa más tierna y más amorosa se pudiera prometer que ésta? Y porque la más propria condición de los fieles amigos es acudir al tiempo de la tribulación, acaba el Profeta este Psalmo con estas palabras: La salud de los justos procede del Señor, y él es su protector en el tiempo de la tribulación, y ayudarlos ha el Señor, y defenderlos ha, y librarlos ha de los pecadores, porque esperaron en él. Pues ¿qué otra cosa contiene el Psalmo 90, que comienza, *Qui habitat*, sino favores y regalos de los justos en el tiempo de sus trabajos? ¡Qué palabras aquéllas de tan gran favor: Con sus espaldas te hará sombra, y debajo de sus alas tendrás segura esperanza. La verdad de su palabra te cubrirá como con un escudo, y no tendrás por qué temer los peligros de la noche ni las saetas que vuelan de día! Y más abajo dice: A los ángeles tiene Dios mandado que te traigan en las palmas de las manos, por que no tropiecen tus pies en una

(1) Psalm. 88

piedra, y andarás sobre serpientes y basiliscos, y hollarás leones y dragones. Quiere decir que no habrá peligro ni fuerza tan grande que te pueda perjudicar ó dañar Y finalmente concluye Dios este Psalmo diciendo: Llamóme el justo, y yo le oí, con él estoy en medio de su tribulación, librarlo he, y glorificarlo he. Juntemos con éstas las palabras y promesas del Psalmo 124, en el cual promete Dios á sus siervos tan gran seguridad y firmeza como la del monte de Sión, que jamás podrá ser movido. Y añade que el mismo Señor estará en torno de su pueblo, y esto no por tiempo determinado, sino en los siglos de los siglos.

§ I

Pues si esta gente tanto se precia de servir á Dios y guardar su ley, ¿cómo este Señor no les acude? ¿Cómo no les socorre? ¿Cómo no les cumple todas estas promesas y palabras? ¿Cómo ha tantos años que los deja andar tan maltratados y descarriados entre todas las naciones del mundo? ¿Cómo se compadece esta tan grande y tan antigua calamidad con aquellas palabras del Eclesiástico que dicen (1): Mirad, hijos, todas las naciones del mundo, y sabed que nadie esperó en el Señor, que le saliesen en blanco sus esperanzas? Porque ¿quién jamás perseveró en la guarda de sus mandamientos, que fuese dél desamparado, y quién lo llamó, que fuese dél menospreciado? Porque el Señor es piadoso y misericordioso, el cual perdona los pecados en el día de la tribulación, y es amparo y defensión de todos los que lo buscan de verdad. Todas éstas son palabras del Eclesiástico. Juntad con esto el testimonio que desta paternal providencia de Dios da el profeta David en el Psalmo 120, donde entre otras cosas dice así: No permitirá el Señor que desvaríen tus pies, ni dormirá el que tiene cargo de ti. Mira que no dormitará ni dormirá el que es guarda de Israel. De día no te quemará el sol, ni la luna de noche. El Señor es tu guarda, el Señor es el que anda á tu mano derecha para defenderte. No acabaríamos de referir en mucha escriptura todas las otras autoridades que testifican esto mismo. Y para prueba de todo lo dicho no quiero otro argumento sino el tratamiento

(1) Eccli. 2.

que Dios hizo á este pueblo todo el tiempo que anduvo debajo de su amparo. ¡Qué de maravillas obró para sacarlos de Egipto y llevarlos á la tierra de promisión! Abrió los mares por do pasasen, ahogó en ellos todos sus perseguidores, envióles mana del cielo, dióles agua de una peña, guiábalos de día con una columna de nube, y de noche con otra de fuego, señalábales el lugar donde habían de asentar sus tiendas, detuvo las corrientes del río Jordán, peleó por ellos contra todos sus enemigos, y hízolos señores de toda aquella tierra prometida, y finalmente de tal manera se hubo con ellos en todo este camino, que les dijo Moisén que los había Dios traído por todo aquel camino con el cuidado y regalo que traería un padre á un hijo chiquito (1). Y el mismo Señor les dijo que los había traído sobre sus alas, como hacen las águilas á sus hijuelos (2). Después de esta jornada, ¿cuándo les faltó este Señor en todas sus necesidades? ¿Cuántos profetas les enviaba á cada paso para que los enseñasen, amonestasen y avisasen del castigo que les había de enviar, si no se enmendaban?

Pues veamos agora, ¿qué se hizo toda esta providencia y cuidado paternal de Dios? ¿Dónde están sus misericordias antiguas? ¿Cómo se ha olvidado del pueblo que él había escogido para sí entre todas las naciones del mundo? ¿Qué se hicieron las victorias miraculosas que tantas veces les daba contra los enemigos que los oprimían? ¿Qué es de los profetas, por quien los avisaba y declaraba su voluntad?

¿Cómo se ha olvidado de aquel testamento tantas veces repetido (3), donde dice que ellos serían su pueblo, y él sería su Dios? Y ser él su Dios es serle todas las cosas que tocasen á su salud y consolación.

¿Qué es esto? ¿Qué mudanza ha sido ésta? ¿Qué desamparo de tantos años, en los cuales ninguna cosa ha habido de las pasadas, sino trabajos sobre trabajos, persecuciones sobre persecuciones, injurias sobre injurias, y opresiones sobre opresiones, perseverando todavía esta gente, como ellos piensan, en medio de tantas calamidades en la fe y guarda de su ley? ¿Dónde está la providencia y cuidado paternal que Dios tiene de los que le sirven? ¿Dónde su fidelidad, su bondad, su verdad, su misericordia, su justi-

(1) Deut. 1. (2) Exod. 19. (2) Levit. 26. II Cor. 6.

cia, su lealtad para un pueblo que tanto padece por serle muy leal? Ciertamente, si aquí no hay alguna culpa más grave que todas aquellas antiguas, será necesario negar toda la divinidad con todas estas perfecciones divinas, porque todas ellas faltan, si no habiendo mayores pecados, usa Dios de tan extraño rigor.

§ II

Estas promesas de favores y socorros divinos son comunes y generales para todos los buenos. Otras hay que hablan más particularmente con este pueblo, si guardare fielmente los mandamientos divinos. Los cuales declaró Moisén al mismo pueblo en el capítulo 28 del Deuteronomio por estas palabras: Si guardares los mandamientos de Dios, hacerte ha el Señor la más principal y alta gente de todas cuantas moran sobre la haz de la tierra, y comprehenderte han todas las bendiciones siguientes: Bendito serás en la ciudad, y bendito fuera della. Bendito el fruto de tu vientre, y el fructo de tu tierra y de tus bestias y ganados. Bendito serás en tus entradas y salidas, que es, en todas tus obras y caminos. Hará el Señor que todos tus enemigos caigan en tierra delante de ti. Por un camino vendrán contra ti, y por siete huirán de ti. Hará el Señor que doquiera que estuvieres, seas cabeza y no pies, y que estés sobre los otros, y no debajo de ellos.

Juntemos con estas palabras las que este mismo secretario de Dios dijo en el capítulo 26 del Levítico, donde entre otros muchos favores dice así: Perseguiréis á vuestros enemigos, y caerán prostrados por tierra delante de vosotros. Cinco de vosotros vencerán á ciento de vuestros contrarios, y ciento á diez mil, y caerán vuestros enemigos muertos á hierro en vuestra presencia. Pondré mis ojos sobre vosotros, y multiplicaros he. Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros, y no os desechará mi ánima. Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo.

Todas estas son palabras y promesas de Dios, de cuya verdad ya habemos tratado, y no había que tratar, pues ella es tan cierta y tan infalible como el mismo Dios. Siendo esto así, confieso que quedo atónito y fuera de mí viendo cómo estas palabras no bastan para alumbrar la gente que aún permanece obstinada en sus

tinieblas. Porque cuantas palabras hay en estas promesas divinas, tantos testimonios y argumentos hay contra su ceguera. Porque si ellos se jactan de guardar la ley de Dios, ¿cómo ninguno de estos favores prometidos á los guardadores desa ley les cumple Dios? Cuéntenlos todos uno por uno, y verán cómo no solamente nada de esto les pertenece, mas antes todo lo contrario, como la experiencia se lo muestra. Aquí entre otros favores promete Dios que será ésta la gente más principal de todas cuantas moran sobre la tierra, y que estarán siempre en lo alto y no en lo bajo, y que serán cabeza y no pies. Pues esto ya vemos cuán lejos está de ser, pues no hay linaje de gente más aflicta en todas las naciones del mundo, como todos claramente vemos. Pues ¿cómo no bastará esta consideración para que esta gente vea claramente su engaño? Porque verdaderamente creo que una de las causas por que nuestro Señor tan distintamente prometió á los guardadores de su ley todos estos tan grandes favores, fué para que cuando viesen que éstos les faltaban, entendiesen claramente que no la guardaban, y por consiguiente que no estaban en su amor y gracia, y para que no pudiesen alegar ignorancia en cosa tan clara.

Pues si procediéremos adelante, hallaremos que así como Dios promete todos estos favores á los guardadores de la ley, así amenaza en los capítulos alegados grandes azotes á los quebrantadores della. Veamos pues si estos azotes competen á ellos, pues ya vimos que los favores no les tocan. Entre los azotes que á los tales amenaza, uno es derramamiento y destierro en todas las naciones del mundo, y así dice el mismo profeta (1): Derramarte ha el Señor por todos los pueblos de la tierra, dende el principio hasta los últimos términos della, y ni aun ahí hallarás dónde descansen tus pies. Porque el Señor te dará un corazón medroso, y unos ojos enflaquecidos, y una ánima consumida de tristeza, y tu vida estará como pendiente y colgada delante de ti. Esta misma plaga y profecía está en el capítulo 26 del Levítico cuasi por las mismas palabras, donde el mismo Señor hablando con los mismos dice así: Derramaros he por todas las gentes, y desenvainaré mi espada contra vosotros. Y los que de vosotros quedaren, haré que tengan unos corazones tan llenos de miedo en la tierra

(1) Deut. 28.

de sus enemigos, que se espanten de una hoja que vuela por el aire, y así huyan della como de la espada del enemigo, y ninguno dellos osará resistir á sus contrarios. Éstas son palabras de Dios por su profeta. Las cuales verdaderamente me ponen en grande admiración, por ver que pasa de tres mil años que este gran profeta y secretario de los consejos divinos profetizó este destierro y derramamiento que agora vemos, y esto con tan claras palabras como si lo estuviera mirando con sus ojos. Pues hagamos agora esta consideración. Si ninguno de aquellos favores susodichos que Dios promete á los guardadores de su ley, cabe en este pueblo, y si los azotes y calamidades con que le amenaza, vemos á la letra ejecutados en él, ¿quién podrá dubdar que no guardan la ley de Dios, pues ningún favor de los prometidos se ve en ellos, y por el contrario vense el destierro, los miedos y abatimientos que se amenazan á los que no la guardan? Y está claro que no la guardan, pues no reciben ni obedecen á aquel Señor, á quien mandó Dios por Moisén que obedeciesen cuando viniese, so pena de tomar él mismo á su cargo ser el vengador de quien no le obedeciese. ¿Qué se puede responder á esta razón? Y ¿qué excusa tendrán delante de aquel rectísimo Juez los que leyendo tales promesas por una parte, y tales amenazas por otra, y viéndose tan claramente comprehendidos en ambas cosas, todavía perseveran en su obstinación? Cuando comienzo á espantarme de tan grande ceguedad, no hallo otra salida sino considerar á qué estado llega una ánima desamparada de Dios, como lo vemos en Faraón, el cual viendo tantas maravillas y plagas sobre sí, con todo esto perseveró en su obstinación: y tales parece que están los que viendo todas estas cosas susodichas, permanecen en su incredulidad.

§ III

Para confirmación de lo dicho contaré aquí una historia, la cual sola, atentamente considerada, sin duda basta para abrir los ojos de los que hasta hoy día viven ciegos. Cuando Holofernes, capitán general de Nabucodonosor, puso cerco sobre la ciudad de Betulia (donde moraba aquella famosa Judit) viendo que sola esta ciudad se apercibía para resistirle (como quiera que las otras

le saliesen á recibir con grande fiesta por el gran pavor que había caído en los corazones de todos) maravillado y indignado desta resistencia, mandó llamar á los príncipes de los hijos de Amón y Moab (que eran vecinos y comarcanos de aquella gente) para que le informasen de la cualidad de aquel pueblo y de las fuerzas en que confiaba, pues solo él no le había recibido pacíficamente (1). Entonces Aquior, príncipe de los hijos de Amón, habida licencia para responder, y protestando que diría verdad en todo lo que dijese, contó toda la historia y origen de aquel pueblo, y todas las maravillas que Dios había obrado por él, así en las plagas de Egipto como en abrirles los mares por do pasasen á pie enjuto, ahogando todo el ejército de Faraón que los siguía. Y contó más, que cuarenta años los sustentó su Dios en el desierto con provisión y mantenimiento del cielo. Y con el favor de su Dios, sin arco, sin saetas y sin armas habían conquistado toda la tierra de los cananeos, porque su Dios peleaba por ellos. Y dijo más, que todo el tiempo que ellos perseveraban en el servicio y reverencia de su Dios, gozaban de todas las prosperidades y abundancias de bienes, mas que en apartándose de su servicio y adorando otro dios, eran destruídos de todas las naciones comarcanas, á las cuales eran llevados presos y cautivos. Mas si después deste captiverio hacían penitencia y se volvían á su Dios, él los libraba y restituía en su patria, como había acaescido pocos días antes. Porque habiendo sido llevados captivos á tierras extrañas por sus pecados, en volviéndose á su Dios, fueron librados de captiverio, y volvieron á poblar estos lugares. Por tanto, mi parecer es, señor, que procures saber si este pueblo ha ofendido á su Dios, porque siendo así, en las manos tenemos la victoria, mas no lo siendo, ten por cierto que su Dios los defenderá, y vendremos á ser oprobrio y deshonra entre las gentes. Cuán verdadera haya sido esta relación de Aquior, no solamente lo mostró la experiencia de aquel negocio, mas todos cuantos han leído las historias sagradas saben ser todo esto verdad.

Y así se ve que en tiempo de David y Salomón (donde el pueblo no conocía otro Dios más que el suyo) fué tan prosperado y tan multiplicado, que la Escriptura lo compara con las arenas de la mar (2), y gozaba de tanta paz, que cada uno debajo de su parra

(1) Judith 5. (2) III Reg. 4.

y de su higuera vivía pacífico y seguro. Y de la misma prosperidad y paz gozaron en tiempo de Asá, Josafat y Ecequías (1), por el cual peleó Dios maravillosamente contra el Rey de los asirios, enviando un ángel que en una noche le mató ciento y ochenta y cinco mil soldados (como ha poco dijimos) y sobre todo esto el rey pagano de ahí á pocos días fué muerto á manos de sus propios hijos. Destas y otras grandes prosperidades gozó este pueblo todo el tiempo que permaneció fiel en el culto y servicio de su Dios. Mas en apartándose dél, era luego entregado por la divina Justicia en manos de sus enemigos, de los cuales algunos usaron con ellos de tanta crueldad, que los niños de teta achocaban á las paredes, y abrían con las espadas los vientres de las mujeres preñadas. Y para confirmación de lo dicho, dejados aparte otros muchos ejemplos, solamente traeré el de Joás, rey de Judea (2), el cual siendo lisonjeado de los grandes del reino, otorgóles que adorasen los ídolos y les ofreciesen sacrificios. Por lo cual apenas era cumplido un año, cuando Dios por este pecado los entregó al ejército de Siria, el cual mató todos los grandes del reino, y envió infinitos despojos á su rey á Damasco. Y dice la Escriptura que siendo muy pequeño el número de la gente de Siria, le entregó Dios infinita muchedumbre de aquel pueblo: y al rey Joás hicieron grandes injurias y afrentas, y así se volvieron á su tierra dejándole en grandes angustias y enfermedades, y sobre todo se levantaron contra él sus criados, y á puñaladas le mataron en su cama, y sepultaron su cuerpo en Hierusalén, mas no entre las sepulturas de los reyes, porque hasta aun en esto quiso tomar Dios dél justa venganza. Pues por estos y por otros tales ejemplos entenderemos cuán propicio y favorable era Dios á este pueblo, cuando le era fiel, y por el contrario, cuán severo y riguroso castigador, cuando se apartaba dél y se entregaba á los ídolos. De dónde podemos inferir que así como la sombra naturalmente sigue al cuerpo, así la prosperidad seguía á este pueblo cuando era fiel, y la adversidad cuando infiel. De manera que por la prosperidad inferimos la buena vida del pueblo, y por la adversidad la mala. Pues como veamos agora las adversidades que este pueblo padece, el destierro de tantos años, los malos tratamientos de los infieles en las tierras donde moran,

(1) IV Reg. 19. (2) II Paral. 24.

y los tributos tan desaforados que cargan sobre ellos, y (lo que más es) viendo aquel opulentísimo reino de Judea, y aquella su antigua república deshecha y aniquilada, y la ciudad con su templo puesta por tierra, ¿quién será tan ciego y tan apasionado que no vea estar Dios contra ellos airado? Pues ¿qué otra puede ser la causa desta ira, sino pecados? Y ¿qué pecado, sino el de la pasión y muerte del Salvador, el cual pesa más (como luego diremos) que todos los pecados del mundo? Porque como Dios sea justísimo juez, proporciona los castigos con los pecados, y pues éste es el mayor y más prolijo castigo que este pueblo ha recibido, necesariamente ha de ser por el mayor de cuantos pecados ha cometido, pues no hay otro que iguale con el que está dicho.

§ IV

Pues con ser éste un tan grande argumento de la verdad, añadiré otro no menos urgente. Como sea verdad que tiene Dios este especial cuidado de los guardadores de su ley, muy mayor lo tiene de aquéllos que padecen injurias y persecuciones ó destierros por la guarda della. Porque como ésta sea la mayor prueba y fineza de la virtud, así como el hombre es aquí fiel para con Dios, así lo es Dios para con él, usando de particular misericordia y providencia con los que así ve atribulados por su causa. Ejemplo tenemos en Daniel, que fué echado en el lago de los leones por destruir los ídolos de Babilonia, el cual allí fué miraculosamente socorrido y librado por Dios (1). Y ejemplo tenemos en los tres mozos que siendo echados en el horno de fuego por no adorar la estatua de Nabucodonosor, fueron allí acompañados de un ángel, y en medio de las llamas cantaban loores á Dios (2). Y no menor ejemplo es el de sancta Susana, que por no cometer el pecado de que era recuestada, ofreció vida y fama á manifiesto peligro: la cual también fué miraculosamente defendida por aquel Señor, por cuya obediencia padecía (3). De modo que según parece por estos ejemplos, nunca aquel fidelísimo Señor está más presente á los suyos, que cuando los ve atribulados por su amor. Porque aquí entreviene una maravillosa competencia entre Dios

(1) Dan. 6. (2) Dan. 3. (3) Dan. 13.

y sus siervos, ellos en ser fieles á Dios en el tiempo de la tribulación, y Dios mucho más en ser fiel en el tiempo della. Porque ¿cómo sufrirán aquellas reales y nobilísimas entrañas ver un hombre, que tan inclinado es naturalmente á amar sus cosas, su vida y su descanso, despreciar todo esto, que es vencer todas las fuerzas de naturaleza, por no ofender á su Criador, y que el Criador viendo esta fidelidad, tenga las manos en el seno y no acuda con extraordinario socorro á quien ve estar padeciendo por él?

Pues siendo ésta una verdad tan cierta, y viendo este fidelísimo Señor los destierros, y opresiones, y vejaciones, y persecuciones que padece este su pueblo en todas las naciones del mundo por la obediencia de su ley, si esta obediencia le fuese agradable, ¿cómo sería posible que en tantos años no enviase él alguna manera de favor, ó de alivio, ó de socorro, á los que ve tan afligidos por su amor? ¿Cómo habían de ser los hombres fieles á Dios en guardar sus mandamientos, y no lo ser Dios enviándoles favor y consuelo en sus trabajos? Mal concuerda esto con aquella sentencia del Eclesiástico que dice (1): El hombre cuerdo cree á la ley de Dios, y la ley le será fiel. Como si dijera: Él es fiel en hacer lo que la ley manda, y la ley le será fiel en cumplir lo que le promete. ¿Qué se puede responder á esta razón?

Añado aún á lo dicho otra cosa de mucha consideración, y es, mirar el tiempo en que esta gente comenzó á padecer calamidades y trabajos. Cónstanos pues que esto comenzó (como en los capítulos pasados claramente mostramos) luego después de la pasión y muerte del Salvador. Pues si él era el que los fariseos y pontífices pensaban, no sólo no merecían por esta muerte azotes y castigos de Dios, sino una grande corona. Porque Dios tenía mandado en la ley que si se levantase en el pueblo algún profeta, el cual acertase en las cosas que profetizaba, mas con todo eso provocase los hombres á adorar dioses ajenos, que á la hora fuese muerto por ello (2). Mas los pontífices y fariseos hicieron justicia, no de hombre que se hacía profeta, sino de hombre de quien ellos decían que se hacía Dios, y por este título le pedían la muerte, diciendo: Nosotros tenemos ley, y por ella conviene que este hombre muera, porque se hizo hijo de Dios. Pues

(1) Eccli. 33. (2) Deuter. 13.

si esta acusación fuera verdadera, no podían ellos ofrecer á Dios sacrificio más agradable que este castigo, pues no puede ser mayor blasfemia que usurpar un hombrecillo la divinidad incomunicable de Dios, lo cual ni aun Lucifer, cabeza de los condenados, intentó hacer. Pues esta obra no solamente no merecía castigo, sino muy grande galardón. Porque ¿qué comparación tiene con esto lo que hizo Fínees (1) cuando movido con celo de Dios, mató á puñaladas á uno de los hijos de Israel, por verlo estar pecando con una mujer de los madianitas? Ca este hombre deshonesto, movido con pura pasión, cometió aquel pecado. Mas Cristo (según ellos dicen) con acuerdo y voluntad determinada se alzó con la divinidad, llamándose hijo de Dios. Pues si aquel celo de Fínees fué tan agradable á Dios, que por él le concedió perpetuidad del sacerdocio, y lo que más es, perdonó al pueblo que le había públicamente ofendido, adorando el ídolo de Fogor, ¿cuánto mayor galardón merecía esta gente por haber tomado venganza de quien se hacía Dios, no lo siendo? Ciertamente por este celo (según ellos dicen) merecían que aunque hubiesen cometido muchos pecados, les fuesen perdonados por este servicio, y que particularmente los honrase Dios con nuevos favores. Mas vemos cuán al revés les sucedió el negocio, porque dende el día que se amancillaron con este pecado, luego se les siguieron persecuciones sobre persecuciones, trabajos sobre trabajos, muertes sobre muertes, robos, incendios, opresiones, vituperios (como arriba contamos) hasta que procediendo siempre de mal en peor, vinieron á perder su república y su reino, el cual era tan grande en tiempo del primer Herodes, que vino después de su muerte á repartirse en cuatro principados ó reinos. De modo que los que entonces eran señores de tantas ciudades y provincias, agora no poseen una sola almena en todo el mundo, y aquella nación que (como dijo Moisén) era la más ilustre y la más ennoblecida del mundo (por razón del conocimiento de Dios y de la ley dada por él) es agora (doquiera que está) la más avasallada del mundo. Pues ¿no mirarán esto los ojos ciegos y miserables? ¿No inquirirán la causa desta tan extraña mudanza? ¿Cómo no miran cuántos años ha que los tiene Dios tan olvidados? ¿Cómo se compadesce con este olvido aquella promesa de Dios por Esaías: ¿Qué ma-

(1) Num. 25.

dre hay que se olvide del hijo que salió de su vientre, y que no tenga entrañas de madre para con él? Mas si este olvido cayere en alguna madre, yo (dice Dios) nunca me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escripto (1). ¿No es esta palabra de Dios? ¿No es tan verdadera como la misma verdad? Pues ¿qué se hizo esta verdad? ¿Dónde está el cumplimiento de esta palabra? ¿Dónde está la memoria de Dios encarecida con el ejemplo del mayor de los amores, que es el de madre á hijo chiquito? Pues ¿qué diremos de la memoria del mismo Señor, que con palabras no menos tiernas dice (2): ¡Si es hijo mío honrado Efraim, si mozo delicado, porque después que hablé dél, todavía me acordaré dél, y apiadando me apiadaré dél! Pues ¿qué es desta memoria? ¿Qué se hizo desta piedad? ¿Qué deste amor de Dios como de padre á hijo, y hijo primogénito (como él dijo por Oseas) y mozo delicado? ¿Qué más diré? ¿Dónde está aquella paternal providencia, que decía (3): Quien á vosotros toca, toca á mí en la lumbre de los ojos? ¡Oh ciegos! ¡Oh engañados por el príncipe de las tinieblas! ¡Oh comprehendidos debajo de aquella maldición que dice (4): Sean escurecidos sus ojos para que no vean! Y debajo de aquella que dice (5): Castigarte ha Dios con azote de ceguedad y de locura, y quedarás tan ciego, que en medio del día claro andarás palpando las paredes, y no te quedará luz ni juicio para atinar en el camino que te conviene seguir. Pues ¿quién no ve el cumplimiento desta profecía? ¿Qué luz del medio día es tan clara como lo es el desta verdad, por tantas palabras de Dios testificada? Y con todo eso, en este medio día tan claro no ven el resplandor desta luz.

Es esta consideración susodicha tan poderosa para confirmación de nuestra fe, que aunque faltaran todas las demás que hasta aquí habemos tratado, ésta sola bastaba para convencer cualquier entendimiento que no estuviese obstinado. Para lo cual no dejaré de referir aquí una cosa que pocos días ha sucedió. Estando un embajador deste reino en el Concilio de Trento, y yendo de allí á Venecia, halló un mancebo de linaje de judíos que se había convertido á nuestra fe. Y venido á este reino de Portugal, preguntándole yo qué motivo había tenido para hacer aquella mudanza, respondióme que las calamidades y miserias

(1) Esai. 49. (2) Hierem. 31. (3) Zachar. 2. (4) Psalm. 68. (5) Deut. 28.

que siempre padeció su pueblo después de la muerte del Salvador. Porque (decía él) hice yo esta consideración. Ó este Señor que fué crucificado, era hijo de Dios, ó no. Si era hijo de Dios, razón es de adorarlo y creerlo, mas si no lo era, y él se hacía hijo de Dios, no solamente no pecaron los que trataron su muerte, mas antes hicieron á Dios uno de los mayores servicios que se le podían hacer, procurando la muerte de quien se atrevía á robar la dignidad y gloria de Dios. Pues ¿cómo siendo esto así, se les siguieron luego tantas maneras de vejaciones y trabajos, que en todas las generaciones pasadas hasta hoy duran, y sobre todo esto haber sido de ahí á pocos días asolada, destruída y aniquilada aquella tan antigua república, sin ser jamás restituída? Pues no habiendo entonces pecado de idolatría, ¿qué pecado podía haber merecedor de tan largo y espantoso castigo, sino la muerte de Cristo? Esta sola consideración bastó para que este hombre conociese la ceguedad en que estaba, y abriese los ojos á la luz. Pues ¿qué hiciera, si con ésta juntara el cumplimiento de todas las profecías que hasta aquí habemos referido?

§ V

Al cabo de todas estas consideraciones añadiré la postrera, á la cual mucho menos se podrá responder que á todas las pasadas. Para lo cual será bien hagamos una comparación del tiempo que duró el destierro de Babilonia con éste que agora dura, y de los pecados por los cuales se merecieron estos destierros. Y primeramente cónstanos por testimonio de todas las sanctas Escripturas que el principal pecado por donde vino aquel primer destierro, fué el de la idolatría, á la cual era tan inclinado aquel pueblo, que lo compara Hieremías (1) al ardor con que el asno salvaje (que es animal muy lascivo) busca la hembra en el tiempo de los celos, donde los cazadores (por correr él tan desatinado y tan ciego con el furor de su apetito) le suelen armar lazos, y así lo cazan. Y era este pecado tan usado en aquel pueblo, que (como dice el mismo profeta) en cada cantón, y en cada monte alto, y debajo de cualquier árbol sombroso, tenían edificados sus altares

(1) Hierem. I.

para sacrificar á los ídolos. Y acrecienta más la malicia deste pecado, que habiendo Dios desechado de sí y dado libelo de repudio á los diez tribus de Israel por este mismo pecado, no escarmentó el tribu de Judá en cabeza ajena, mas antes perseveró en la misma maldad.

El segundo pecado, que era como hermano de éste, fué (cosa horrible de decir) que mataban á sus proprios hijos y hijas en sacrificio y honra destos ídolos abominables. ¿Qué cosa se pudiera hacer más inhumana, más cruel, más abominable y más contra todos los derechos de naturaleza, pues aun las bestias fieras se ponen á morir por defender las vidas de sus hijuelos?

Pues donde estos dos tan graves pecados reinaban, ¿qué otros habían de faltar? Éstos refiere el profeta Oseas por estas palabras (1): Oid la palabra de Dios, hijos de Israel, porque Dios quiere entrar en juicio con los moradores de la tierra. Porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en ella, sino maldiciones y mentiras y homicidios y hurtos y adulterios se han multiplicado como un diluvio sobre la tierra, y una sangre cae sobre otra sangre, que es muertes sobre muertes, y heridas sobre heridas. Esto dice por Oseas. Mas por Amós dice (2) que el pecado de la avaricia estaba sobre la cabeza de todos, y que dende el menor hasta el mayor todos se habían entregado á él, y que dende el profeta hasta el sacerdote todos urdían engaños. En este tiempo era tanta la falta de los buenos, que dijo Dios por Hieremías (3): Rodead todas las calles de Hierusalén, y si halláredes un hombre que tenga fe, yo usaré de misericordia con él. El mismo profeta aconseja que no se fíe hermano de hermano, ni pariente de pariente, porque todos eran infieles y tramadores de engaños unos contra otros. Por lo cual afligido el sancto profeta, viendo tantos males decía (4): ¡Quién me llevase de aquí á algún lugar desierto y solitario para huir deste mi pueblo! Porque todos ellos son adúlteros y cuadrillas de hombres perversos. Por Ezequiel, en el capítulo quinto, los acusa nuestro Señor diciendo que habían llegado á tan grande corrupción de vida, que sobrepujaban en los vicios á todas las naciones de gentiles que estaban al derredor dellos: y esta sentencia repite muchas veces en este mismo lugar. Mas por abreviar

(1) Osee 4. (2) Amos 9. (3) Hierem. 3. (4) Hierem. 9.

pondré aquí un memorial de los pecados de aquel pueblo, el cual mandó Dios hacer á este profeta por estas palabras (1): Hijo de hombre, ¿no juzgarás esta ciudad ensangrentada con tantas muertes, y no le declararás sus maldades? Con esta sangre que derramaste, y con los ídolos que adoraste, has sido contaminada. Los príncipes de Israel usaron de su poder para oprimir los pobres. Los hijos afrentaron y desacataron á sus padres. Los peregrinos y extranjeros que había en ti, han sido calumniados, los huérfanos y viudas han sido afligidas. Despreciastes mi Sanctuario, y profanastes los días de mi sábado. En ti se hallaron hombres infamadores de honras y derramadores de sangre. En los montes sacrificabas á los ídolos, y comías las carnes sacrificadas á ellos. Los hijos durmieron con las mujeres de sus padres, y los suegros con las nueras, mujeres de sus hijos, y los hermanos con las hermanas, hijas de sus padres, y cada uno trataba de cometer adulterio con la mujer de su prójimo. Los jueces por dádivas y presentes pervirtieron la justicia. Los ricos con usuras y agravios robaron la hacienda de los pobres, y por cobdicia de los bienes ajenos urdían engaños y calumnias para poseerlos. Hasta aquí son palabras del profeta. Pues ¿qué maldades no se comprehenden debajo déstas? ¿Á dónde podía llegar más la corrupción de la vida humana, que á ésta? Pues aún pasa el negocio más adelante. Porque por este mismo profeta, en el capítulo 16, jura Dios diciendo que ni en Sodoma, ni en sus lugares comarcanos se hallaron tantas maldades como en su pueblo. Con lo cual contexta lo que el mismo Señor dice en Hieremías por estas palabras (2): Mayor ha sido la maldad de mi pueblo que la de Sodoma, la cual fué subvertida en un momento. Porque tampoco faltó aquí el pecado nefando, por el cual esta malvada ciudad fué abrasada y consumida. Y por esto es alabado el rey Asá, porque desterró esta abominación de su reino (3), y mucho más el sanctísimo rey Josías, que fué poco antes del captiverio de Babilonia, el cual comenzando á reinar, halló este vicio tan recibido y usado entre los hombres perversos, que junto al sancto templo estaban edificadas las casillas de los efeminados: las cuales el sancto Rey puso por tierra y purgó la ciudad de tan grande abominación (4).

(1) Ezech. 22. (2) Thren. 4. (3) III Reg. 15. (4) IV Reg. 23.

§ VI

De lo dicho parece claro que los pecados en aquel tiempo habían llegado á la cumbre, y que no era razón que la divina Justicia (después de haber tantas veces amonestado y amenazado los hombres por sus profetas, llamándolos á penitencia sin haber en ellos enmienda) disimulase el castigo tan merecido. Y así envió contra ellos su azote, que fué Nabucodonosor, rey de Babilonia, el cual destruyó aquel reino, y llevó el pueblo captivo á Babilonia, y este captiverio duró por espacio de setenta años, después de los cuales fueron restituídos á su patria. Y aun en este tiempo no faltaron á los desterrados profetas que los amonestasen y enseñaçen en su captiverio, como fué Ecequiel, y Daniel, y aquellos tres sanctos mozos que mandó Nabucodonosor echar en el fuego.

Pues no habiendo durado este captiverio y destierro más que por espacio de setenta años (siendo tantos y tan graves los pecados que lo merecieron) y durando agora el presente por más de mil y quinientos años, necesariamente habemos de confesar (supuesta la rectitud y igualdad de la justicia divina) que tanto es mayor la causa deste destierro, cuanto este castigo es mayor que aquél. Pues ¿qué pecados serán éstos? ¿Idolatría, que fué el mayor de aquel tiempo? Claro está que no. Porque después de aquel captiverio quedaron tan libres deste pecado, que no sólo en el templo no quisieron admitir la imagen del emperador Cayo, mas ni en los lugares públicos de la ciudad la de Tiberio: sobre lo cual se ofrecieron todos al cuchillo por no consentir esto, como arriba declaramos. Pues ¿qué otro pecado hacen? ¿Sacrifican sus hijos como antes por honra de los dioses? Mucho menos. ¿Quebrantan las leyes de Dios y sus ceremonias? Antes presumen ser tan fieles y leales á Dios, que sufren andar derramados y perseguidos por todo el mundo por guardarlas. ¿Descúidanse de llamar á Dios y pedirle socorro? Antes gastan muy largos espacios en sus sinagogas en oración, y con todo esto nunca son oídos. Pues ¿qué diremos aquí? Una de dos ha de ser, ó habemos de poner mácula (como ya dije) en la justicia, bondad, verdad y fidelidad de Dios (pues no usa de misericordia con gen-

te tan afligida por su respecto, lo cual sería grandísima blasfemia) ó habemos de confesar que no entreviniendo aquí ninguno de aquellos antiguos y gravísimos pecados, que otro alguno ha de haber tanto mayor que todos aquéllos, cuanto el castigo déste es mayor que aquél. Pues ¿cuál puede ser éste, sino el que se cometió en la muerte injustísima del Hijo de Dios? Porque en este pecado concurrieron todas las deformidades y maldades que el entendimiento humano puede comprehender, y todas en sumo grado de malicia. Porque aquí primeramente entrevino pecado de incredulidad, pues no quisieron creer á un Señor, á quien tantas profecías y milagros (cuales jamás se hicieron) daban claro testimonio de quién era. Fué el mayor de todos los sacrilegios que se pudieran cometer, porque no fué profanar los vasos sagrados ó el templo material de Dios, sino aquel templo vivo de la sagrada Humanidad, formado por virtud del Espíritu Sancto (donde no por sombras y figuras, sino real y verdaderamente moraba toda la divinidad, unida en una persona con la humanidad) el cual ellos cruelísimamente maltrataron, violaron y ensangrentaron. Fué también un linaje de parricidio, pues privaron de la vida al común padre y criador de todas las cosas, por quien vivimos, y nos movemos, y somos (1). Fué el mayor desagradecimiento que se pudo pensar, pues desecharon el mayor de todos los beneficios divinos, que fue la visitación y venida del Hijo de Dios para su remedio. Fué desobediencia y rebelión contra el imperio y mandamiento de Dios, el cual por Moisén había mandado que cuando este Señor viniese al mundo, fuese obedecido, so pena de ser él vengador contra quien le desobedeciese. Fué juntamente pecado de malicia, pues á sabiendas se quisieron cegar, confesando los milagros que el Salvador hacía cuando dijeron (2): ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchas señales? y cuando dieron dinero á las guardas del sepulcro para que negasen el milagro de su resurrección. Fué el mayor desprecio y vituperio de la divina Majestad que se pudiera imaginar, pues ayuntaron á la muerte del inocente tantas maneras de deshonras, escarnios, bofetadas, pescozones, azotes, espinas, vestiduras de escarnio, compañía de ladrones, y sobre todo competencia con Barrabás. Finalmente, si todos cuantos pecados de odio,

(1) Act. 17. (2) Joan. 11. Matth. 28.

invidia, crueldad, inhumanidad en el mundo se han cometido (no sólo contra los hombres sino contra el mismo Dios) se juntaran en uno, no igualaran con la maldad que fué poner manos sangrientas en el verdadero Hijo de Dios y Señor de todo lo criado. Pues ¿qué otro pecado se pudiera cometer, que tal castigo y tal destierro de tantos años mereciera, sino éste, pues todos los antiguos, que eran gravísimos, con solos setenta años de captiverio se purgaron? ¿Qué se puede responder á esta pregunta?

Si á esto respondieren que los justos también son atribulados muchas veces en esta vida, confesarlo he, mas la tribulación dellos se acaba en breve, y tras de ella se siguen grandes favores, como parece en los trabajos del sancto Job, de Tobías, de Josef y de David, y de otros muchos. Lo cual no vemos en este destierro.

Si dijeren que nuestros mártires también consintió Dios que padeciesen mil maneras de tormentos y destierros, que no es maravilla padecer ellos lo mismo, á esto respondemos que los mártires recibían de Dios grandes y maravillosos favores en medio destos tormentos. Amansaba muchas veces las bestias fieras, apagaba las llamas de fuego, visitábalos en las cárceles con sus ángeles, curaba y sanaba sus llagas, obraba por manos dellos muchos milagros. Y lo que más es, duró esta persecución poco más de docientos años, y al cabo dellos, perseverando con una maravillosa fe y constancia, salieron vencedores de toda la potencia del mundo y del infierno, y hicieron al mundo el mayor beneficio que jamás se hizo, que fué poner por tierra todos los templos y altares de los ídolos, y desterrar del mundo la blasfemia de la idolatría, y plantar el conocimiento del verdadero Dios y Señor de todo lo criado. Mas ellos ha más de mil y quinientos años que padecen este destierro sin consuelo, sin milagros, sin profecías, sin república, sin lugar de sacrificio y sin manifiestos favores del cielo. Pues ¿qué tiene que ver esta calamidad con las de nuestros mártires?

Si dijeren que por los pecados que agora cometen en no guardar perfectamente la ley de Dios y sus ceremonias, los deja andar tan maltratados entre las otras naciones, á esto se responde que sin comparación eran mayores los pecados que se cometían antes del captiverio de Babilonia, como claramente vimos. Pues ¿cómo aquel rectísimo Juez castiga mucho menores pecados con

castigo sin comparación mayor? Díganme pues qué pecado es éste, merecedor de tan grande castigo, respondan á todas estas preguntas, satisfagan á todas estas razones, declárennos qué pecado sea éste.

No faltan algunos que viéndose convencidos con esta razón y con la grandeza de las miserias que padecen, acógense á decir que por el pecado que cometieron en la salida de Egipto adorando el becerro, padecen tan largo destierro (1). ¡Oh con cuánta razón dijo el Sabio (2): Achaques busca el que quiere apartarse de su amigo! ¿Qué respuesta se podría dar más fuera de toda aparencia que ésta? Porque primeramente Moisén hizo grande riza en el pueblo por aquel pecado. Y después dice la Escriptura que Dios también castigó al pueblo por él. Y si se alegare haber él amenazado que el día de la venganza castigaría esta culpa, no se llama en la Escriptura día de la venganza sino el día de juicio universal, donde serían castigados por esta culpa los que entonces no hicieron penitencia della.

Item es un linaje de donaire decir que por aquel pecado andan agora padeciendo. ¿Cuántas veces el tribu de Judá adoró, no ya los becerros, sino los demonios, capitales enemigos de Dios, que estaban en los ídolos, y no contentos con adorarlos, les sacrificaban sus hijos y hijas, y los pasaban por fuego? Pues ¿por qué por aquel pecado padescen agora este destierro, habiendo cometido otros semejantes, y más juntando con la idolatría la cruel muerte de sus hijos? Todas estas consideraciones muestran claramente que los que esto dicen, se asen á estas ramillas no para más que para tener algo que decir á quien los quiere convencer con tan manifiesta probanza. Los cuales tendrán mal pleito el día de la cuenta, pues ellos mismos con tan liviano fundamento se dejaron engañar. Así que, vuelvan y revuelvan todas las Escripras, busquen cuantos agujeros y portillos quisieren, por donde se puedan colar, y hallarán por cierto que ningún pecado se pudiera cometer digno de tal destierro y de todas las calamidades que hasta aquí habemos referido, sino solo el quc está dicho, que es mucho mayor que todas las idolatrías del mundo.

---

(1) Exod. 32. (2) Prov. 18

DEL TIEMPO DE LA VENIDA DEL SALVADOR, EN EL CUAL SE HABÍA DE DAR PRINCIPIO Á ESTAS OBRAS MARAVILLOSAS QUE HABEMOS REFERIDO

CAPÍTULO XIX

Como sea verdad que el principio y fundamento de toda nuestra salud sea el conocimiento de Cristo, no se contentó la divina Providencia con todas estas profecías y señales que hasta aquí habemos referido, para conocerlo cuando viniese, sino quiso también señalarnos como con el dedo el tiempo en que había de venir, para que á nadie quedase velo de ignorancia ó excusa alguna, si no le conociese. Para lo cual es mucho de notar que aunque todas las profecías sean adalides que nos guían al conocimiento de Cristo, pero las más claras y perentorias y las que no sufren ningún velo de excusa, son las que profetizando lo que ha de ser, señalan el tiempo y los años en que ha de ser. Y desta manera declaró Dios al patriarca Abraham que sus descendientes estarían en Egipto afligidos por espacio de cuatrocientos años, mas que éstos cumplidos, los sacaría de allí con mucha prosperidad (1). Y por Esaías, en el capítulo 7, mandó denunciar que de ahí á sesenta y cinco años el pueblo de los diez tribus de Israel se acabaría: y así en ese tiempo fué este pueblo destruído y llevado captivo á tierras extrañas por el rey de los asirios (2). Mas como en el conoscimiento de la venida del Salvador iba mucho más, puso más claras señales para conoscer el tiempo della. Entre las cuales la primera y muy conoscida es la profecía antiquísima del patriarca Jacob, el cual estando para morir y dando su bendición á Judas su hijo, dijo que no faltaría el sceptro y caudillo del tribu de Judá hasta que viniese el que había de ser enviado, el cual había de ser esperanza de las gentes (3), que es el Mesías, como la interpretación caldea trasladó. Este sceptro y imperio sabemos por Josefo y por todas las

(1) Genes. 15. (2) IV Reg. 17. (3) Genes. 49.

historias antiguas que cesó al tiempo que el Salvador nasció, cuando reinaba Herodes (que era de linaje de los idumeos) el cual, oída la fama del nascimiento deste nuevo rey, temiendo por esta ocasión perder su reinado, mató los inocentes por matar á él entre ellos (1), como arriba dijimos. Y después acá nunca hubo más rey, ni del tribu de Judá, ni del linaje de David. Antes el emperador Vespasiano mandó matar cuantos se hallaron deste linaje, por quitar al pueblo ocasión de alguna rebelión ó levantamiento (2). Siendo esto así, y siendo ésta palabra y verdad infalible de Dios, ¿quién puede dudar que el Salvador es ya venido, pues aquel sceptro de David es ya acabado, sino quien blasfemando negare la verdad de la palabra de Dios?

La segunda señal deste tiempo es la profecía de Ageo, el cual después de haber escrito diligentemente el año, el mes y el día en que pronunció esta profecía, dice estas palabras (3): ¿Quién de vosotros es agora vivo, que viese este templo en su primera gloria? ¿No os parece que es cuasi nada en comparación de aquél? Pues esfuérzate, Zorobabel, y tú también, Jesú, hijo de Josedec, porque de aquí á pocos días yo moveré (dice Dios) el cielo y la tierra y la mar, y moveré todas las gentes, y vendrá el deseado de todas ellas, y hinchiré esta casa de gloria. Y será grande la gloria desta casa postrera, mucho más que la de la primera. Hasta aquí son palabras de Dios por el profeta, en las cuales señala la causa por donde este templo sería más glorioso que el primero, no por la ventaja de las labores del edificio (porque no había comparación de uno á otro) sino porque el Salvador del mundo entraría en él, y lo esclarecería mucho más con su presencia que lo fué con todas las riquezas de Salomón, así como también esclaresció el lugar de Betleem con su nascimiento sobre todos los otros millares de lugares del reino de Judea. Luego necesamente habemos de concluir que estando en pie aquel templo, vino el Salvador á él, pues con su presencia lo había de hacer más glorioso que el de Salomón. Pues como aquel templo esté ya asolado y destruído tantos mil años ha, síguese necesariamente que el Salvador es ya venido. Dónde es mucho de considerar que la voluntad de Dios era que aquella república estuviese entera cuando el Salvador viniese, y cónstanos que lo esencial de una

(1) Matth. 2. (2) Josefo, de Bello Jud. (3) Agæi 2.

república perfecta es haber en ella reino y sacerdocio, lo uno para gobernar el pueblo, y lo otro para honrar y aplacar á Dios. Y así la profecía de Jacob trata del reino, y la de Ageo del sacerdocio. Pero ambas á dos ayuntó Hieremías por palabras clarísimas, en las cuales profetiza Dios la perpetuidad así del nuevo reino de Cristo como de su sacerdocio después de su venida, diciendo así (1): No faltará hombre del linaje de David que suceda en su trono, ni tampoco de los sacerdotes y levitas que ofrezcan sacrificios. Y añade luego: Esto dice el Señor: Si es posible faltar el concierto y orden que tengo puesto con el día y la noche, para que no haya en el mundo día ni noche, así será posible faltar el concierto y la promesa que tengo hecha con David mi siervo, para que no suceda hijo suyo en su reino, y levitas y sacerdotes ministros míos. Lo susodicho es del profeta. En cuyas palabras promete Dios la perpetuidad del reino de David y del sacerdocio con la más firme comparación que se pudiera prometer. Porque dice que así como es imposible faltar en el mundo día y noche, así es imposible faltar en su pueblo rey del linaje de David y sacerdocio. Respóndanme pues á esta profecía todos los maestros de los hebreos. Porque si no admiten el reino de Cristo, hijo de David, que reina en el pueblo cristiano, y reinará para siempre, y el sacerdocio de la nueva ley (que es según la orden de Melquisedec, el cual sucedió al levítico) ¿cómo podrán salvar esta promesa tan firme de Dios, pues quitado aparte este nuevo reino y sacerdocio, no vemos entre ellos rastro ni humo de lo uno ni de lo otro tantos mil años ha, mayormente estando el templo (fuera del cual no se podía ofrecer sacrificio) asolado y destruído? Pues ¿qué entendimiento habrá tan ciego, que no quede concluído y desengañado con esta profecía?

Ayunto á esto aquella clarísima y solenne profecía con que Dios prometió perpetuidad del reino á los descendientes de David con palabras de semejante firmeza que las pasadas. Porque después que al principio del Psalmo 88 encarece la verdad de las promesas y de la omnipotencia de Dios (á la cual ninguna cosa es imposible) promete luego una cosa que solo Dios podía prometer y cumplir. Porque habiendo fenecido todos los reinos y monarquías del mundo, promete él un nuevo reino y una sucesión

(1) Hierem. 33.

perpetua y una nueva monarquía que durará hasta la fin del mundo, la cual ni pecados, ni poderes, ni fuerzas humanas podrán impedir. Y así dice él en el sobredicho Psalmo estas palabras: Hallé á David mi siervo, y ungílo con mi sancto olio. Mi mano le ayudará, y mi brazo lo confortará. No prevalecerá el enemigo contra él, y el hijo de la maldad no será poderoso para dañarle. Y luego más abajo: Yo, dice él, lo levantaré como primogénito mío más alto que los reyes de la tierra. Eternalmente usaré de misericordia con él, y este testamento y promesa mía le será fiel. Y haré que sus hijos reinen en los siglos, y su trono sea tan cierto como los días del cielo. Y si sus hijos desampararen mi ley, y no caminaren por los caminos de la justicia, visitaré con la vara de mi castigo y con azotes los pecados dellos, mas ni por eso apartaré mi misericordia dellos, ni les haré algún daño en mi verdad, ni quebrantaré el testamento y promesa que les tengo hecha, ni consentiré que las palabras de mi boca salgan en vano. Una vez juré por mi sancto nombre que no faltaría esta mi promesa á David, sino que el reino de sus hijos permanecería para siempre, y que su trono sería tan perpetuo como el sol y como la luna, de lo cual todo es Dios en el cielo testigo fiel. Hasta aquí son las palabras del Psalmo. Pregunto pues agora á todos los entendimientos humanos: si Tulio y Demóstenes (que fueron maestros de hablar) quisieran prometer un reino perpetuo, que durase cuanto durase el mundo, ¿con qué otras palabras más veces repetidas, y con qué comparaciones más firmes lo pudieran prometer, juntando á esto que no contento Dios con solo el testimonio de su palabra, acrecentó juramento solene por sí mismo? Pues siendo esta promesa tan cierta, tan encarescida y tan fundada, pido agora á los que están obstinados en su incredulidad el cumplimiento desta promesa, que es el reino perpetuo del linaje de David. Porque si no admiten el reino de Cristo, hijo de David, que reina en la casa del verdadero Jacob y Israel (que es el pueblo de los fieles) ¿con qué podrán defender la verdad desta promesa divina?

Pues como ellos se ven tan apretados con esta razón tan eficaz, fundada en la sancta Escritura, acógense á las fábulas que suelen alegar en semejantes aprietos, y responden que allá adelante de los montes Caspios tienen su rey de linaje de David. Esto es imitar á los que tienen mal pleito, que dan los testigos

muertos. Porque ¿quién sabe lo que pasa adelante de esos montes? ¿Quién vió eso? ¿Quién lo escribió? ¿Qué auctoridad tiene? Mas ¿qué han de hacer los que quieren huir de la luz, sino acogerse á las tinieblas, y fingir semejantes fábulas y historias sin algún fundamento ó aparencia de verdad, para que con esto se engañen los que quieren ser engañados? Así que transfómense en cuantas figuras quisieren, y busquen cuantas evasiones pudieren, porque si no admiten el reino espiritual de Cristo, hijo de David, han de confesar que falta aquí esta palabra y promesa de Dios, tantas veces repetida y tan encarescida. Lo cual es blasfemia intolerable.

De la profecía de Daniel, que más distinctamente explica el tiempo de la venida del Salvador.

§ I

Entre todas las profecías de los profetas, la que más copiosa y distinctamente declara lo que pertenece al ministerio de Cristo, es la de Daniel en el capítulo 9 de sus profecías. Por dónde el Salvador désta particularmente hace mención, para que por ella se entienda el tiempo de su venida, y así dice por S. Mateo (1): Cuando viéredes la abominación de la desolación (de que habló Daniel profeta) estar en el lugar sancto, el que lee entienda. Este profeta se apercibió con grande aparejo para recebir esta revelación. Porque después que entendió ser cumplido el tiempo de los setenta años que Hieremías había profetizado (1), después de los cuales había de ser reedificada la ciudad de Hierusalem, y restituída la cautividad del pueblo, se dispuso á hacer oración por él con ayunos y saco y ceniza (2): esto es, que se vistió de un saco, y puso ceniza sobre su cabeza en señal de humildad, profesando que el hombre es polvo y ceniza. Y aparejándose para orar con ayunos y abstinencia, hizo una oración devotísima y muy larga (que por evitar prolijidad no escribo aquí) en la cual confesando sus pecados y los del pueblo, confiesa también

(1) Matth. 24. (2) Hierem. 25.

que por justísimo juicio de Dios fué desterrado, afligido y llevado cautivo á tierras de infieles, mas que agora, alegando su misericordia, pide que el pueblo sea restituído en su tierra, y reedificado el templo en que su Majestad había de ser venerada.

Pues perseverando el profeta en esta oración, vino (dice él) á mí volando el ángel S. Gabriel, y tocóme en el tiempo del sacrificio de la tarde, y enseñóme y díjome estas palabras: Daniel, agora soy venido para enseñarte y para que entiendas. Luego que comenzaste á orar, tu petición fué acepta delante de Dios, y yo soy venido á enseñarte, porque eres varón de deseos. Por tanto tú considera mis palabras, y entiende esta visión. Setenta semanas están abreviadas y determinadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad sancta, para que sea consumida la prevaricación, y tenga fin el pecado, y sea quitada la maldad y traída la justicia eterna, y se cumpla la visión y la profecía, y sea ungido el Sancto de los sanctos. Sábete pues y considera que dende el tiempo que se pronunció la palabra de que se había de edificar Hierusalem, hasta Cristo caudillo, ha de haber siete semanas, y otras sesenta y dos, y luego se edificará la plaza y los muros en tiempos trabajosos. Y después destas sesenta y dos semanas será muerto Cristo, y no será su pueblo el que lo ha de negar. Y el ejército y el capitán que con él vendrá, destruirá la ciudad y el sanctuario, y el fin della será perpetua desolación. Hasta aquí son palabras del profeta, cuya declaración es la que sigue.

Para la cual primeramente habemos de notar que aquí el profeta habla del tiempo de la venida del Salvador, no sólo porque expresamente lo nombra, llamándolo el Sancto de los sanctos (que es título proprio suyo) sino también porque hace mención de las obras que en el mundo había de obrar, que era destruir el pecado, y restituir la justicia, y cumplir las visiones y profecías que trataban dél. Y dice que después destas setenta semanas se concluirá el misterio de su venida. Dónde es de saber que por este nombre de semanas en la sancta Escriptura se entiende á veces semana de días, y á veces de años, que comprehende siete años, como parece en el capítulo 25 del Levítico: y en toda la sancta Escriptura no se halla otra manera de semanas, sino estas dos de días y de años. Y setenta semanas de años hacen cuatrocientos y no-

(1) Dan. 9.

venta años, después de los cuales dice que padescerá Cristo. Pues como los que están ciegos se ven convencidos con esta profecía, que testifica haber ya el Salvador venido y padescido, acógense á decir que por estas semanas no se entiende este número de años susodichos, sino otro que ellos fabrican de su cabeza sin fundamento ni auctoridad de la Escriptura. Mas que por estas setenta semanas se entienda el número de años susodicho, pruébase por esta razón más clara que la luz del día, la cual también tratamos en la segunda parte desta escriptura. Porque dos cosas señala aquí el profeta que se han de cumplir después destos años, que son, el pecado de la muerte de Cristo, y el castigo que se dará por él, que es la destruición de la ciudad y del sanctuario, la cual destruición dice que durará hasta la fin. Pues cónstanos claramente deste castigo que fué poco después deste número de años: luego síguese necesariamente que dentro de ese tiempo se cometió el pecado, por el cual vino ese castigo, pues no había de venir antes dél. Esta razón es tan clara demostración de la verdad, que ata los entendimientos y enmudece las lenguas para no tener qué replicar. Porque si el profeta no tratara más que de la muerte de Cristo, tomara ocasión de aquí la malicia y incredulidad humana para interpretar estas semanas como quisiera. Mas como el profeta señala en este tiempo la culpa y la pena, pues vemos claramente cumplida la pena en este tiempo, síguese que está ya cometida la culpa, por la cual se dió esta pena, y por consiguiente, que ya es cumplido el misterio de la venida de Cristo y de su sagrada muerte y pasión. Júntense pues todos los entendimientos, y vean qué se puede responder á esta tan clara demostración. Porque aunque no hubiera más que sola esta profecía, sin tantas otras como aquí se han alegado, ésta sola bastaba para convencer todos los entendimientos y traerlos al conoscimiento de esta verdad, que es la más importante y necesaria de cuantas hay en el mundo, pues della pende nuestra salvación.

Mas no se contentó el profeta con declarar este tiempo, sino declara también las cosas notables que el Salvador (según estaba profetizado) había de obrar en el mundo. Dónde primeramente dice que en su venida había de tener fin el pecado, porque con el sacrificio de su Pasión había de satisfacer por todos los pecados del mundo, y particularmente por el pecado original, en que todos somos concebidos. Lo segundo dice que en este tiempo se

traería al mundo la justicia eterna (que es la verdadera sanctidad) la cual se alcanza por la gracia que nos mereció este Señor, que es la causa meritoria de nuestra sanctidad y justicia. Y désta se escribe en el Psalmo 71, que todo trata de Cristo: Nascerá en sus días la justicia y abundancia de paz, y durará mientras durare la luna, esto es, para siempre, que es lo que arriba dijo justicia eterna. Lo tercero dice que en su venida se cumplirán todas las visiones y profecías, porque todos los profetas principalmente tratan deste misterio, y todas ellas se cumplieron en su venida.

Añade luego que después destas semanas sería muerto Cristo, que es contra la opinión que tienen los que están obstinados en su error, los cuales no admiten que Cristo había de morir. Lo cual contradice claramente á este tan claro lugar de Daniel, y no menos al de Esaías en el capítulo 53, que todo trata de la pasión y muerte del Salvador, como ya vimos. Y añade luego Daniel diciendo que dejará de ser pueblo suyo el que lo ha de negar. Y entonces lo negó, cuando dijo á Pilato (1): No tenemos rey sino á César. Y tras desto añade luego el castigo horrible deste pecado, diciendo que el ejército y el capitán que ha de venir con él, destruirá la ciudad y el sanctuario, y el fin della será su destruición y desolación, y ésta durará y perseverará hasta la fin.

Pues como haya muchas cosas en esta profecía que pertenecen al misterio de Cristo, principalmente sirve para declarar el tiempo en que había de padescer, que fué cumplidas estas setenta semanas de años, que hace número de cuatrocientos y noventa años. Los cuales unos comienzan á contarlos después de la profecía en que Hieremías profetizó esta restitución, otros del tiempo en que Ciro, rey de los persas, dió licencia para ella. Mas esto hace poco al caso, porque de cualquiera manera que se cuenten, es ya cumplido tres veces este número de años.

En lo cual se ve la maravillosa providencia del Espíritu Sancto, y el deseo que tenía de que conosciésemos al Salvador cuando viniese, pues no contento con las otras dos señales que arriba pusimos del tiempo desta venida, descendió á particularizar los años, después de los cuales había de padescer. Y ser esto así vese clarísimamente, porque en este tiempo el Salvador padesció,

(1) Joan. 19.

después de cuya muerte se siguieron luego las calamidades del pueblo de los judíos, y la destruición de la ciudad y del templo, y el cesar los sacrificios, porque destruído el templo (donde solamente era lícito sacrificar) junto con él se acabaron los sacrificios.

§ II

Resumiendo pues todo lo que en esta cuarta parte se ha dicho, tres cosas hallamos aquí que testifican la verdad de la venida del Salvador de tal manera que cada cual dellas convence el entendimiento y deja los hombres atónitos, considerando cómo es posible que haya hombres ciegos en medio de tan clara luz. La primera y más sustancial es el cumplimiento de aquellas cinco clarísimas hazañas que habemos referido, que son la destruición de la idolatría, el conoscimiento del verdadero Dios, y la subjección del imperio romano á la fe de Cristo, y la pureza de vida de innumerables sanctos que ha habido después de la venida del Salvador, y el castigo y destierros de los que le procuraron la muerte. Las cuales hazañas estaban reservadas (según el testimonio de los profetas) para la venida de Cristo. Y pues éstas vemos ya manifiestamente cumplidas, síguese necesariamente ser ya venido el autor dellas. Y no sólo todas ellas juntas, mas cada una por sí sola bastantemente prueba esto.

Mas cuando con esto se junta la segunda cosa, que es la circunstancia del tiempo en que este misterio se había de cumplir, según lo determina la profecía de Daniel con lo demás, esto es cosa que bien considerada asombra y deja pasmados todos los entendimientos. Porque proprio es de los milagros causar esta manera de pasmo, que en latín se llama stupor, que es como una manera de alienación y suspensión de los sentidos, por estar como absortos con la grandeza de la admiración de ver una cosa sobrenatural, cual es un milagro. Pues siendo esto así, ¿cómo no óbra en nuestros corazones este mismo efecto la consideración deste milagro de la profecía de Daniel? Porque dejadas aparte las otras particularidades que aquí profetiza, y considerada la de solo el tiempo, ¿qué mayor milagro que decir un hombre mortal como nosotros que de ahí á cuatrocientos y noventa años había de ser destruída y asolada aquella nobilísima ciudad de Hierusa-

lem, y aquel solenísimo templo, tan afamado en el mundo: y añadir más, que esta destruición y desolación había de durar hasta la fin, y ver todo esto cumplido punto por punto, como estaba profetizado? Porque ¿dónde está agora aquella insigne ciudad? ¿Dónde aquel magnificentísimo templo? ¿Hay agora siquiera humo ó reliquias desto? Y dejado aparte lo pasado, que nos consta por todas las historias, ¿qué diremos de lo que nos consta por vista de ojos, que es perseverar hasta agora esta misma destruición y desolación? Porque los otros milagros pasan con el tiempo, mas éste es perpetuo, y vese agora y en todo tiempo, y somos tan malos jueces y apreciadores de las cosas, que no pasmamos viendo un tan evidente milagro y considerando el rayo de la divinidad que estaba en el pecho de aquel profeta, cuando profetizó tantos años antes una cosa que vemos cumplida en el tiempo que él señaló.

Cuando este mismo profeta reveló á Nabucodonosor, rey de Babilonia, el sueño de que él estaba olvidado, quedó tan asombrado desta maravilla, que con ser un tan gran monarca, se derribó á los pies del profeta, adorando y reverenciando el espíritu divino, que en él reconoscía, y así mandó que le ofreciesen encienso y sacrificios como á Dios. Pues ¿qué menos es el cumplimiento desta profecía de Daniel, que la revelación del sueño del rey? Confieso verdaderamente que si Daniel fuera agora vivo y leyera esta profecía, me prostrara como este rey á sus pies, y no menos me asombro agora desta maravilla que si de presente lo viera. Porque si esto dijera el profeta con palabras escuras ó metafóricas, que sufrieran alguna interpretación, no fuera tanto de maravillar: mas él lo dice con tan proprias y claras y resolutas palabras, que no deja lugar para escrúpulo ni dubda alguna. Por lo cual confieso también que si yo fuera pagano, y viera el cumplimiento desta profecía, esto solo bastara para convertirme á la fe. Pues según esto, ¿qué debrían hacer los que confiesan la verdad desta escritura, y ven el cumplimiento della? ¡Oh cuán poderoso es aquel espíritu malo, que puede derramar nublados y tinieblas en medio de tan grande luz!

Pues á esta segunda maravilla (que es la circunstancia del tiempo en que Hierusalem había de ser destruída) quiero añadir otra mayor, que es la circunstancia del lugar de donde habían de salir los que habían de destruir la idolatría del mundo y traer

los hombres al conoscimiento del Dios de Jacob. Pues por las profecías clarísimas de los profetas (que arriba alegamos, y aquí repetimos) nos consta que de Sión y de Hierusalem habían de salir los que habían de obrar esta maravilla. Y así dice Esaías (1): En los días postreros estará aparejado el monte de la casa del Señor sobre la cumbre de los montes, y levantarse ha sobre los collados, y correrán á él todas las gentes, y vendrán á él muchos pueblos, y dirán unos á otros: Venid, y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha sus caminos, y caminaremos por la senda de sus mandamientos, porque de Sión saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalén. Todas estas son palabras de Esaías, que tan claramente denuncian estas dos cosas que aquí decimos, que son, conversión de las gentes y el lugar de donde había de salir esta nueva luz al mundo. Lo mismo profetizó Miqueas en el capítulo 4, y lo que más es, por las mismas profecías de Esaías, como quien participaba del mismo espíritu. Mas David, en el Psalmo 109, introduce al Padre Eterno hablando con su Hijo, diciéndole que se asiente á su diestra hasta que le ponga todos sus enemigos por escabelo de sus pies, y que la vara de su virtud (que es el sceptro de su reino) sacará él de Sión, para que venga á tener señorío en medio de sus enemigos. Estos enemigos eran los gentiles, los cuales á fuego y á sangre perseguían el nombre y escuela de Cristo por defensión de sus ídolos, los cuales vinieron después á destruir y quemar esos mismos ídolos, y adorar á Cristo. Y desta manera vino á tener señorío en medio de los que fueron sus capitales enemigos, hechos ya fieles siervos y amigos. Pues viniendo al propósito, ¿quién no sabe que después de la pasión del Salvador salieron sus discípulos de la ciudad de Hierusalén, los cuales fueron los primeros obreros y oficiales desta tan grande obra? Pues, oh corazón incrédulo, si no basta para convencerte la maravilla desta obra, ¿cómo no bastará señalarte como con el dedo el lugar de donde habían de salir los oficiales della, y ver esto as cumplido? Y si es razón (como dijimos) que nos haga pasmar el cumplimiento de la profecía de Daniel, ¿cuánto más lo debe hacer ésta? Porque aquello era profetizar el tiempo en que aquella famosa ciudad y reino había de ser destruído, mas esto fué seña-

(1) Esai. 2.

lar el lugar de donde habían de salir los predicadores de la nueva ley, y destruidores de la idolatría que reinaba en el mundo y era defendida á fuego y á sangre por todos los monarcas dél. Y la guerra con que fué Hierusalem con su provincia destruída, apenas duró un año, mas ésta duró más de docientos años.

Pues según esto, si aquella profecía de Daniel era tan poderosa para convencer todos los entendimientos, ¿qué diremos désta, que es cosa sin comparación mayor? La cual era imposible cumplirse por tan flacos predicadores y con tan poderosos contradictores, sin el brazo poderoso de Dios. Pues ¿qué falta aquí sino poner por testigos al cielo y á la tierra de la gloria de Dios y de la obstinación de los incrédulos, pues él les dió tan claras señales para el conoscimiento desta verdad, y ellos como á sabiendas parece que cierran los ojos para no ver cosa más clara que la luz del medio día? Considerando pues cómo no una profecía sola, sino tantas juntas, unas sobre otras están testificando la venida del Salvador, confieso que muchas veces me está llorando el corazón, viendo la extraña ceguedad que padece aquella parte de gente que permanece obstinada en su error en medio de una tan clara luz. Quiten la niebla escura de la pasión que tienen ante los ojos, y llamen con humildad á aquel Señor que es padre de las lumbres y no es aceptador de personas ni de linaje, y él les abrirá los ojos para que conozcan su Salvador, como ha abierto los de otros muchos, que fielmente le sirven, adoran y reconoscen.

CAPÍTULO XX

En cabo desta disputa será bien filosofar sobre todo lo dicho. Y primeramente advierto á todos los que tienen necesidad de la luz desta doctrina, que ante todas las cosas consideren la grandeza del negocio de su salvación, que es gloria para siempre, ó infierno para siempre, con el cual negocio comparados cuantos hay debajo del cielo, no pesan una paja. Lo segundo, que el que trabaja por llegar al deseado puerto de la verdad, debe despedir de su ánima todos los enemigos y impedimentos della, que son odios, iras, envidias, aficiones, con todas las otras pasiones, las cuales son como unas espesas tinieblas que escurecen la luz del entendimiento, pues todos vemos cuán contrarias y enemigas sean entre sí razón y pasión, y cómo no caben ambas en un subjecto. Y no menos debe el amador de la verdad despedir de sí toda soberbia y presumpción, y vestirse de humildad, pues es cierto, como dice el Eclesiástico (1), que donde está la humildad, está la sabiduría. Y S. Augustín dice que si una y dos veces y mil veces le preguntaren cuál sea el camino derecho para alcanzar la verdadera sabiduría, tantas responderá que la humildad. También debe el hombre despedir de sí aquella perversísima sentencia del Alcorán de los moros, donde les es mandado que no traten de examinar su ley por razón, sino por armas: lo cual es hacer al hombre semejante á las fieras (que todo lo hacen por fuerza) y despojarle de la más rica pieza que Dios le dió, que es la lumbre de la razón, la cual no es otra cosa que un rayo de la divina luz que se derivó en nuestras ánimas, para regir y ordenar nuestras vidas. Y para el que con esta luz se rige, es vanísima razón decir: moro ó judío fué mi padre y mi abuelo, pues tal quiero yo ser. Porque si ésa fuese regla cierta de la verdad, cuantas sectas y herejías hay en el mundo serían verdaderas, y cada cual de los que las siguen dirían lo mismo: mas

(1) Prov. 11.

esto no puede ser, porque el camino derecho para acertar en el blanco de la verdad, no es más que uno, mas para desviarse dél, hay infinitos. Y así todos éstos que dicen: Quiero morir en la secta que murió mi padre, manifiestamente se engañarían, pues no hay en el mundo más que un Dios, una fe y una sola religión para venerarlo.

Pues comenzando á tratar desta verdad, recopilaremos aquí en suma todo lo que hasta aquí habemos dicho. Y dejadas aparte las profecías personales que contienen las condiciones y cualidades de la persona de Cristo (que al principio propusimos, como son el linaje de donde había de descendir, y el lugar donde había de nacer, y la manera de su vida y doctrina, y la muerte que había de padescer, y los milagros que había de hacer, y otras cosas tales) pongamos los ojos en las obras notorias al mundo, las cuales (según el testimonio de los profetas) había de obrar este Señor cuando á él viniese.

I. Pues la primera obra que para él estaba guardada, era desterrar la idolatría, que reinaba en todo el mundo (1). Ésta fué una empresa digna del brazo de Dios, y uno de los mayores beneficios que se han hecho al mundo, librándole de una tan grande y tan universal pestilencia como ya dijimos. Esta obra vemos tantos años ha cumplida. Pues ¿quién podrá dubdar que sea ya venido el que la había de obrar?

II. Otra singular obra era hacer que los gentiles, enemigos del pueblo de los judíos, dejados sus falsos dioses, adorasen el verdadero Dios de Abrahán (2). Esto vemos ya cumplido, no sólo entre cristianos, sino también entre moros y turcos, según ellos lo confiesan y protestan. Pues ¿quién podrá dubdar que el que esto había de hacer, es ya venido, pues claramente lo vemos hecho?

III. Con ésta se junta la subjección de Roma y del emperador romano á la fe y imperio de Cristo, como nos lo representa aquella estatua que vió Nabucodonosor en Daniel, lo cual sabemos haberse cumplido en tiempo del emperador Constantino, como arriba declaramos: luego síguese que es ya venido el que esta tan grande gloria y triunfo había de alcanzar. Y pues este imperio romano ha en cierta manera cesado, ó se ha mudado, síguese que

(1) Zach. 13. Soph. 2. Nahum 1. Esai. 30. (2) Esai. 45, 65. Psalm. 21, 45.

el que no confiesa este triunfo de Cristo, ha de confesar que esta profecía no se puede ya cumplir. Lo cual es grande basfemia, pues hace á Dios falso prometedor.

IV. Otra hazaña reservada para la venida deste Señor era que de los gentiles, que eran como leones y lobos y serpientes y bestias fieras, se habían de levantar muchos que imitasen en su manera de vida la pureza de los ángeles (1). El cumplimiento de lo cual vemos no sólo en millares de monjes que hacían vida sanctísima en los desiertos y fuera dellos, y en muchos coros y monesterios de vírgines purísimas, que en todas partes florecían, sino mucho más en millares de cuentos de mártires, que en todas las ciudades del mundo fueron con cruelísimas invenciones de tormentos martirizados, los cuales si no estuvieran (como dijimos) fundados sobre la firme piedra de la virtud y de la verdad, ¿cómo no cayeran y desmayaran cuando estas grandes avenidas y torbellinos de tormentos venían sobre ellos? Mas cuál sea la causa de no estar agora tan extendida por todas partes, ni florecer tanto la sanctidad como en aquella edad de oro (que es la primitiva Iglesia, cuando estaba reciente la sangre de Cristo, y la doctrina y milagros de los Apóstoles y varones apostólicos) adelante lo tratamos en el postrero de nuestros diálogos.

Esto pues nos consta haber sido cumplido en esta gloriosa edad que decimos, como lo testifican todas las historias eclesiásticas escriptas por gravísimos y sanctísimos varones, y hasta las mismas escripturas de los gentiles tratan de la inocencia de los cristianos de aquel tiempo, y de su maravillosa constancia en la confesión de la fe, y de la infinita muchedumbre de mártires que por ella padecían, como parece por la carta que sobre esta materia escribió Plinio el menor al emperador Trajano, y por otras escripturas de gentiles. Pues siendo esto así, notoria cosa es ser ya venido el que esta tan gloriosa mudanza había de causar en los corazones de los gentiles, los cuales estaban atollados y sumidos en el profundo de todos los vicios que el pecado de la idolatría trae consigo.

V. Con esta obra se junta aquella señalada circunstancia, que arriba declaramos, del lugar de donde habían de salir los ministros, por quien Dios había de desterrar la idolatría del mundo, y

(1) Esaí. 10, 11, 35, 41, 55.

plantar esta nueva fe y religión, que es de la ciudad de Hierusalén, conforme al testimonio de las profecías que alegamos (1). Esto vemos ya cumplido, pues desta ciudad salieron los Apóstoles de Cristo, y así ellos como los discípulos y sucesores dellos, fortalecidos con las armas de la fe y del mismo espíritu, batallaron con todo el género humano y con toda la potencia del mundo y del infierno, y finalmente salieron con esta empresa, y acabaron estas tan grandes hazañas.

Esta circunstancia del lugar concluye con tanta fuerza la verdad deste misterio, que no deja lugar á ningún entendimiento criado para no rendirse á ella. Porque profetizar tantos años antes estas tres obras tan grandes, y señalar como con el dedo la ciudad de dónde habían de salir los que las habían de obrar, y ver esto á la letra cumplido, ¿quién lo podía hacer sino solo Dios? Pues el cumplimiento de cosas tan grandes, y tanto tiempo antes profetizadas, claramente muestra ser venido el que esto había de obrar.

VI. A lo sobredicho añado otras señales que el Espíritu Sancto nos quiso dar, para que no pudiésemos dejar de conocer la venida del Salvador, si no nos quisiésemos cegar. Porque primeramente cónstanos por la profecía de Ageo que el Salvador cuando viniese, había de entrar en aquel segundo templo que entonces se acababa de hacer, y que con esta entrada suya había de ser más glorioso que el primer templo edificado por Salomón (2). Este templo ha más de mil y quinientos años que está asolado y puesto por tierra. Pues siendo esto así, ó habemos de conceder necesariamente que el Salvador vino antes que este templo se destruyese, ó habemos de confesar una de las mayores blasfemias del mundo, que es haber faltado la palabra de Dios, ó dádonos falsa señal de su venida.

VII. Item cónstanos por aquella antigua profecía del patriarca Jacob que el Mesías había de venir antes que se acabase el sceptro del tribu de Judá (3). Éste vemos ya del todo acabado después que reinó Herodes, del linaje de los idumeos: luego síguese que el Salvador es ya venido.

VIII. Demás de lo dicho sabemos que prometió Dios á David con solenne juramento que su reino sería tan perpetuo como el

(1) Esai. 2. Mich. 4. Psalm. 109. (2) Agæi 2. (3) Genes. 49.

sol y la luna en el cielo (1). Y por Hieremías promete que así como es imposible faltar en el cielo la orden de los días y de las noches, así lo sería faltar en el mundo sacerdotes que lo honrasen, y reyes de linaje de David. (2). Pues según esto, si no admitimos el reino espiritual de Cristo, hijo de David, y su nuevo sacerdocio según la orden de Melquisedec, ¿qué camino hallaremos para salvar la verdad de estas dos tan señaladas profecías, testificadas con tan grandes encarecimientos y comparaciones de sol y luna, días y noches? Y pues esta verdad no se puede salvar sino confesando el reino y sacerdocio de Cristo nuestro Salvador, síguese que él sea nuestro Rey y sumo Sacerdote, y por consiguiente que sea ya venido.

IX. Á todas estas señales y profecías añado una de las más espantosas y ciertas señales de la venida del Salvador, que es el castigo terrible de los que le procuraron la muerte, que es la destruición de Hierusalén y del sancto templo, la cual destruición había de durar hasta el fin, como claramente por palabras proprias y distinctas lo profetizó Daniel, como arriba declaramos (3). Esto vemos cumplido por los emperadores Tito y Vespasiano, que destruyeron á Hierusalén, y agora de presente lo vemos, pues ni aquella ciudad, ni aquel templo, ni aquella república ha sido restituída, y así dura esta destruición (como dice Daniel) hasta la fin. Y pues esto vemos ya tan á la clara cumplido, síguese que el Salvador no sólo es ya venido, sino también padecido.

La historia deste tan grande castigo repartimos en tres partes. En la primera se trató de las calamidades que padeció el pueblo dende el tiempo de Pilato hasta el cerco de Hierusalén, mayormente en la conquista de la provincia de Galilea y de otras muchas ciudades comarcanas, donde fué tan grande el número de los muertos y captivos como ya vimos, demás de ser todas estas ciudades robadas y saqueadas, y muchas dellas asoladas y puestas por tierra. En la segunda parte referimos los inmensos trabajos y calamidades que sucedieron en el cerco de Hierusalén, donde fueron tantas las desventuras y tan grande el número de los muertos, que ni dende que Dios crió el mundo hasta el tiempo del diluvio, ni después del diluvio hasta nuestros tiempos ha habido matanza de hombres, no digo yo que

(1) Psalm. 88. (2) Hierem. 33. (3) Dan. 9. Esai. 6, 25.

iguale con ésta, mas ni que llegase á la mitad della. Porque según refiere Josefo, fueron muertos de hambre y á hierro un cuento y cien mil hombres. Pues si tratamos de los que fueron captivos, ¿cuándo se halló tanto número de captivos, y tan cruelmente tratados, pues los llevaban para echar á las fieras que los despedazasen, y para que peleando unos con otros en las fiestas de los romanos se matasen? ¿Cuándo dende que el mundo es mundo, se usó de los miserables captivos para semejantes pasatiempos? ¿Cuándo se vió tal hambre como la que en este cerco se pasó, cuando los hombres comían los cintos y las riendas de los caballos, y los cueros de los zapatos, y las pajas y boñigas de bueyes? ¿Cuándo jamás se vió tal crueldad como era abrir los vientres de los hombres para buscar el oro escondido en las entrañas de ellos? ¿Cuándo los romanos, siendo vencedores, asolaban las ciudades y provincias que pretendían hacer tributarias y de cuyas rentas se querían aprovechar? Porque quedando ellas asoladas y sin moradores, ¿qué provecho les podía venir? Y por eso Pompeyo (que poco antes conquistó la provincia de Judea) contento con la victoria y con la subjección della, dejóla poblada y entera como estaba antes. Resta pues de lo dicho que ninguna de cuantas calamidades han sucedido en el mundo, ni muchas dellas juntas vienen á cuenta con ésta. Pues siendo éste el más terrible y espantoso castigo de cuantos ha habido en el mundo, ¿quién dudará haber sido por el mayor de los pecados del mundo, que fué la muerte del Salvador, mayormente habiéndolo él mismo cuarenta años antes, no sin muchas lágrimas, profetizado (1), como arriba declaramos?

En la tercera parte deste castigo pusimos las calamidades que después dél se siguieron, y el destierro general que padece la parte desta gente que persevera en su error. Dónde hallaremos también clarísimos argumentos de su engaño, pues no podrán satisfacer á las preguntas y consideraciones que en esta materia les hecimos. Si no, díganme, ¿cómo Dios, que en los tiempos antiguos tantos favores les hacía, agora los ha desamparado? ¿Cómo entonces les acudía cada vez que se convertían á él, y los libraba, y agora lo llaman continuamente, y no les acude? Si como dice el profeta (2), está Dios cerca de los que lo llaman, si lo lla-

(1) Luc. 19. (2) Psalm. 114.

man de verdad, y que hará siempre la voluntad de los que le temen, ¿cómo ni les hace la voluntad, ni oye sus clamores y oraciones? Si el mismo profeta dice (1) que hace Dios justicia á los que padecen agravios y injurias, ¿cómo aquí no la hace de tantos agravios como esta gente padece? Si como dijo aquella santa Judit (2), Dios tiene prometida su misericordia á la casa de Israel, ¿cómo aquí se ha olvidado de esta misericordia? Si tiene dada su palabra (3) que si viéndose angustiados y perseguidos de los hombres por sus pecados, se volvieren á él, que él los librará, ¿cómo habiéndose ya convertido á él, no los libra? Si él promete á este pueblo que guardando sus mandamientos (4) los hará la más alta gente de cuantas moran en la tierra, y que estarán siempre encima de las otras gentes, y no debajo, ¿cómo consiente que esta gente sea tantos años la más avasallada de cuantas hay en la tierra? ¿Qué es de aquellos tan grandes favores y providencias de que usa Dios con todos sus fieles siervos? ¿Qué es de aquella misericordia y favor que les promete en el tiempo de la tribulación? ¿Cómo no acude á los que ve padecer tantas menguas y afrentas y destierros por guardar su ley y serle fieles? ¿Qué olvido es éste? ¿Qué desamparo éste? ¿Cómo duerme aquel Señor, de quien se dice (5) que no dormitará ni dormirá el que es guarda de Israel? ¿Cómo ha este Señor cerrado los ojos para no ver tantas calamidades, y tapado los oídos para no oir tantos clamores, y apretado las entrañas para no apiadarse de tantas aflicciones?

Sobre todo les pido que abran los ojos y miren las profecías de los azotes que hoy día padecen, que nadie puede negar. Un azote es (como arriba alegamos) que por sus pecados los derramaría Dios por todas las naciones del mundo, dende el principio hasta los últimos términos dél (6). Pues ¿quién será tan ciego que no vea esto cumplido en ellos? Díganme si hay nación en el mundo que más derramada y más esparcida ande en diversos lugares que ella. Esto ¿quién lo negará? Item, en estos mismos capítulos que ya alegamos, amenaza Dios que les dará un corazón tan cuitado y tan medroso, que vengan á haber miedo de la hoja del árbol que se menea. Esto es en tanta manera verdad, que el

(1) Psalm. 145. (2) Judith. 13. (3) Deut. 30. (4) Deut. 29. Levit. 26.
(5) Psalm. 120. (6) Deut. 4 & 28. Levit. 26.

nombre de judío, que en un tiempo fué clarísimo en el mundo, agora viene á ser nombre de cobarde y de medroso, y por este nombre llaman al que lo es. Y esto no ha venido por haber leído los hombres las sanctas Escripturas que esto amenazan, sino porque la misma experiencia les ha enseñado ser esto así.

Consideren también aquella maldición que ellos mismos echaron sobre sí, cuando lavando Pilato sus manos, y diciendo que él era inocente de la sangre de Cristo, respondieron ellos (1): La sangre suya caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos, y verán que dende esta sentencia que ellos dieron contra sí, hasta el día de hoy (comenzando dende las vejaciones del mismo Pilato) siempre padecieron trabajos sobre trabajos, destierros sobre destierros y miserias sobre miserias. En lo cual parece haber Dios confirmado esta sentencia que ellos dieron contra sí, y que ésta no sólo fué maldición, sino profecía, que vemos con nuestros ojos cumplida.

X. Con éstas juntaré otra profecía, la cual declara el estado en que está agora este pedazo de gente, con tanta claridad y evidencia, que sola ésta, sin la muchedumbre de las otras autoridades y testimonios de las sanctas Escripturas, basta para convencer y concluir todos los entendimientos del mundo. Para lo cual es de notar que queriendo Dios representar el estado en que había de quedar su pueblo, si no recebía al Salvador (que era ni servir á Dios, ni tampoco á los ídolos, como antes lo había hecho) mandó al profeta Oseas (2) que pusiese su afición en una mujer muy querida de un amigo, pero con todo eso adúltera, para que con esta manera de casamiento representes á los hijos de Israel el amor que yo les tengo, y con todo eso ellos, como mujer adúltera, ponen sus ojos en los dioses ajenos. Yo, dice el profeta, hice lo que el Señor me mandó, y di en dote á esta mujer quince dineros de plata y ciertas medidas de cebada, y díjele: Muchos días me esperarás: no fornicarás, ni tampoco estarás con tu marido, y yo también te esperaré. Ésta es la semejanza de lo que Dios quería representar. Tras desto añade luego el profeta lo que esta manera de casamiento significaba, diciendo: Porque muchos días se pasarán, en los cuales los hijos de Israel estarán sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin vestiduras sacerdota-

(1) Matth. 27. (2) Ose 3.

les, y sin ídolos. Y después desto se convertirán, y buscarán á su Señor Dios y á David su rey, y reverenciarán el nombre del Señor y su bondad, y esto será en el fin de los días. Hasta aquí son palabras de Dios por su profeta, las cuales no podrán dejar de poner admiración á quien considerare cómo este profeta dos mil años antes debujó la manera del estado en que agora vemos todos á este pueblo, con tan claras palabras como si de presente lo viera con sus ojos. Porque ¿quién no ve pasar esto á la letra después de la destruición de Hierusalén y de aquel reino, pues ni tienen rey, ni príncipe, ni sacrificios, ni altar, ni vestiduras sacerdotales, ni tampoco ídolos? Y es mucho para notar lo que dice el profeta á esta mujer: No fornicarás ni estarás con tu marido. Porque en todo este tiempo este pueblo ni ha fornicado adorando los ídolos (como lo hacía antes) ni tampoco está con su marido, que es Dios, pues no está en su amor y gracia: y no lo está, pues no ha querido recebir á su rey David, que es nuestro Salvador, á quien él mandó que recibiesen y obedeciesen so pena de su castigo y indignación.

Concluyo pues este tan largo discurso diciendo que si el cumplimiento de esta profecía tan clara y tan antigua no convence todos los entendimientos (aunque sean de gentiles) y no basta para abrir los ojos de los que hasta agora están ciegos, no sé qué cosa pueda bastar, ni sé qué pueda decir, sino que es grande el poder del príncipe de las tinieblas, grande la malicia de la voluntad depravada, grande el azote desta tan grande ceguedad: el cual (como arriba vimos) no calló el Profeta, cuando dijo (1): Sean escurecidos sus ojos para que no vean. Á lo menos esto es cierto, que en la hora de la cuenta no tendrá esta incredulidad excusa ante aquel rectísimo Juez, porque no puede haber excusa donde no hay justa causa de ignorancia.

Mas no piense nadie que con solas estas profecías se prueba la verdad de nuestra fe y la venida del Salvador, y se convence el error de los que lo contrario creen, porque otras muchas pruebas hay sin ésta, y particularmente el testimonio de las Sibilas y las falsedades y disparates del Talmud, de que luego trataremos.

(1) Psalm. 68.

DE LAS COSAS QUE LAS SIBILAS PROFETIZARON DEL MISTERIO DE CRISTO NUESTRO SALVADOR

CAPÍTULO XXI

Cuán perfecta sea la providencia que nuestro Señor tiene de todas las cosas que él crió, vese claramente no sólo por el cuidado que tiene de las cosas grandes, sino también de las muy pequeñas, como de la hormiga, del mosquito, del araña, de la abeja y de otros animalicos semejantes, á los cuales proveyó de todos los instrumentos y habilidades necesarias para su conservación. Pues si este cuidado tiene aquel soberano Padre de animales tan pequeños, ¿cuánto mayor lo tendrá de los hombres, para cuyo servicio crió y gobierna todo este mundo? Y como en los hombres haya muchas cosas de que tienen necesidad, la mayor de todas es la religión y culto divino, cuyo fundamento y principio es el conocimiento de Cristo nuestro Salvador, como dice el Apóstol (1).

Pues porque no errasen los hombres en el conocimiento desta tan necesaria verdad, nunca cesó la divina Providencia dende el principio del mundo, de enviar profetas sanctísimos que denunciasen la venida deste Señor, y nos diesen clarísimas señales para conocerlo cuando viniese, como en todo este libro habemos declarado. Mas porque el cumplimiento desta verdad es por una parte tan necesario, y por otra tan arduo y dificultoso (por haber de creer el inefable misterio de la encarnación del Hijo de Dios) no se contentó este Señor con que en el pueblo de los judíos (donde él había de nacer) hubiese tantos profetas que denunciasen su venida, sino quiso también que entre los gentiles hubiese profetisas que denunciasen lo mismo que ellos, pues él venía para salvar el un pueblo y el otro. Éstas fueron las Sibilas, que todas fueron vírgines, y (como S. Hierónimo contra Joviniano escribe) en premio de su virginidad les fué dado este mismo espíritu.

Destas Sibilas, que fueron antes de la venida del Salvador, escriben cuasi cuantos autores hay entre los gentiles, así griegos como latinos, y todos á una voz les dan grande autoridad, y confiesan haber tenido espíritu profético, especialmente Platón en el

---

(1) I Cor. 3.

diálogo llamado Menón, el cual se movió á creer esto por ver cumplidas muchas de las cosas que ellas habían profetizado. Estas Sibilas dice Marco Varrón en los libros de las Cosas Divinas que fueron diez señaladas, conviene saber, la Sibila Cumea, Cumana, Pérsica, Helespóntica, Líbica, Samia, Délfica, Frigia, Tiburtina, Eritrea, la cual (como escribe Lactancio) fué la más nombrada de todas. Y intitúlanse desta manera por razón de las ciudades donde ó nascieron, ó vivieron, ó profetizaron: y de todas ellas dice este autor que predican en sus versos griegos un solo Dios, y fueron tenidas en tanta autoridad entre los romanos, que (como él refiere) fueron enviados por autoridad del Senado tres embajadores muy principales á la ciudad de Eritras (de donde fué nombrada la sibila Eritrea) los cuales trajeron de allí mil versos desta Sibila: y éstos con los demás estaban guardados con todo recaudo y secreto en poder del mismo Senado.

Estas Sibilas, habiendo sido muchos años antes de la venida del Salvador, denunciaron claramente sus cosas, esto es, su nascimiento, sus milagros, su sagrada pasión y resurrección, y su venida á juicio, lo cual ciertamente pone en admiración á quien lo lee. Y porque nadie con malicia pudiese decir que los cristianos habían inventado esto para confirmación de su religión, quiso la divina Providencia que Virgilio, poeta gentil que escribió sus Églogas antes que hubiese cristianos en el mundo, escribiese en una dellas las profecías de la sibila Cumea, en las cuales se contiene en suma lo que Esaías y los otros profetas denunciaron de Cristo. Porque dice allí que del cielo había de venir un Señor de nueva manera engendrado, y que había de nascer de una virgen, y que había de reformar el mundo y restituir la edad dorada en él, porque por medio dél se había de levantar en el mundo una gente de oro, que es, unos nuevos hombres, amadores y seguidores de toda virtud y honestidad. Dónde también dice que las serpientes morirán, y que los leones y bestias fieras se amansarán de tal manera que andarían en compañía de las ovejas y vacas, sin tener recelo dellas, que es lo mismo que profetizó Esaías (1) por estos mismos nombres de animales fieros y mansos, significando que por la gracia y doctrina deste Señor que venía del cielo, los hombres fieros, soberbios, crueles y ponzoñosos como

(1) Esai. 11.

serpientes, habían de mudar su fiereza en inocencia y mansedumbre de ovejas, y juntarse y hacer un cuerpo con los humildes y mansos. Ésta es la suma de todo lo que los profetas á una voz cantan y predican, lo cual todo contienen los versos desta Sibila.

Dónde es de notar que cuando el grande emperador Constantino leyó estos versos, quedó espantado de ver cómo tantos años antes una doncella profetizó tan claramente el misterio de Cristo, con lo cual él se confirmó más en la verdad de la fe, añadiendo que no se podía decir que los cristianos hubiesen fingido estas profecías de las sibilas para testimonio de su fe, pues Virgilio escribió estos versos antes que hubiese cristianos en el mundo. Porque los cristianos comenzaron después de la pasión del Salvador, el cual padeció en tiempo del emperador Tiberio, que sucedió á Octaviano, y en tiempo deste Octaviano escribió Virgilio: y la verdad de lo que profetizó esta Sibila, hace verdaderos los testimonios y profecías de todas las otras.

Ellas mismas también profetizaron lo que el Salvador padeció en su sagrada pasión, como Lactancio Firmiano refiere en diversos lugares de sus Instituciones: los cuales recopiló Sant Augustín en el libro 18 de la Ciudad de Dios, capítulo 23, donde la Sibila (no declarando cuál dellas era) dice así: Darán á Dios bofetadas con sus manos malvadas, y con su boca sucia escupirán en él salivas ponzoñosas, y él entregará sencillamente sus espaldas á los azotes, y recibiendo pescozones callará, por que nadie le conozca, y con corona de espinas será coronado, y en lugar de manjar le darán hiel, y en su sed le dieron vinagre: con tal mesa como ésta le servirán cuando le hospedaren: y tú, gente ignorante, no conociste á tu Dios, y el velo del templo se romperá, y en la mitad del del día se hará una noche tenebrosa, que durará por espacio de tres horas, y morirá muerte: y en tres días dormirá su sueño, y entonces resuscitará de los muertos, y volverá á la luz, mostrando el primero á los resuscitados el principio de la resurrección.

Todos estos misterios quiso el Espíritu Sancto profetizar tan claramente muchos años antes por boca destas vírgines, para que aquel Señor que venía para salud de judíos y gentiles, tuviese en ambos pueblos testigos abonados de sus obras, porque tan grandes novedades y maravillas no fueran creídas en el mundo sino con la muchedumbre de tan claros y tan antiguos testimonios.

Ni tampoco callaron las Sibilas la segunda venida del Hijo de Dios á juzgar el mundo. Lo cual profetizó la sibila Eritrea en los versos siguientes, que en sentencia dicen así.

Una de las señales del juicio advenidero será que la tierra sudará sangre, y del cielo vendrá en carne un rey á juzgar el mundo, el cual reinará en todos los siglos. Y así los incrédulos como los fieles en el fin del mundo verán á Dios en lo alto acompañado de sanctos. Y las ánimas juntamente con los cuerpos se hallarán presentes para ser juzgadas por él. Desecharán de sí los hombres sus ídolos y todas sus riquezas. Abrasará un fuego las tierras, la mar, el cielo y las puertas del escuro infierno. Y los cuerpos de los sanctos volverán á la luz desta vida, y los de los malos quemará el fuego eterno. Y cada uno confesará los pecados que secretamente cometió, y Dios descubrirá entonces los secretos de los corazones. Allí será el llanto y el crujir de dientes. El sol se escurecerá, y las estrellas juntamente con la luna. Entonces los montes altos se allanarán, y los valles se levantarán, y toda la tierra estará llana. No habrá entre los hombres ninguna cosa grande ni alta. Todas las cosas cesarán. La tierra abrasada con rayos del cielo perecerá, y las fuentes y los ríos con el fuego se secarán. Y una trompeta dará un triste sonido de lo alto, gimiendo los pecados de los hombres y las miserias de sus trabajos. La tierra se abrirá, y descubrirse ha la región del infierno. Y todos los reyes del mundo serán presentados en este juicio, y del cielo caerá sobre los malos fuego y un gran río de piedra sufre.

Todo esto dice esta Sibila en sus versos. Dónde es mucho de notar que Marco Tulio (el cual también fué antes de Cristo nuestro Redemptor) en el libro que escribió del adivinar, hace mención destas Sibilas, y dice dellas que juntando en algunos de sus versos las primeras letras dellos, unas en pos de otras significan algo. Y si hiciéremos esta diligencia en los versos griegos desta profecía que agora referimos (1), hallaremos que contienen estas palabras: JESUCRISTO, HIJO DE DIOS, SALVADOR. Lo cual es cierto cosa de admiración. Mas no convenía que con menos aparato ni con menos testimonios y demostraciones fuese testificada y celebrada una tan grande maravilla como era bajar el Señor

(1) Aug. lib. 18 de Civit. Dei.

de todo lo criado á este mundo, y morir en cruz. Porque si súbitamente viniera esta luz al mundo, cegáranse los hombres con la grandeza de su resplandor. Y por esto quiso el Señor que poco á poco se fuesen los hombres disponiendo para recibirla, cuando viniese, visto cuántos años antes había sido denunciada. Mucho ayuda á la verdad de nuestra religión ver la concordia destas vírgines (tan antiguas y tan celebradas en todas las edades pasadas) con nuestras sanctas Escripturas, para que así esto como todo lo demás sirva á la confesión y firmeza de nuestra fe, por tantas vías confirmada. Por lo cual, después de los testimonios de los profetas, las quise añadir aquí. Y así se dará fin al primer tratado desta parte.

Y porque es muy fuerte el testimonio de la parte contraria, no será fuera de propósito juntar con el testimonio de las Sibilas el de Josefo, clarísimo historiador de nación y profesión hebreo, el cual en el libro 18 de las Antigüedades, tratando de las cosas que sucedieron en el tiempo del emperador Tiberio César, en el cual padeció nuestro Salvador, dice estas palabras: Fué en este tiempo Jesús hombre sabio (si con todo es lícito llamarle hombre) porque era hacedor de obras maravillosas, y enseñador de los hombres que oyen de buena gana la verdad. Y muchos de los judíos y también de los gentiles allegó á sí. Éste era Cristo, el cual Pilato sentenció á muerte de cruz por ocasión de los principales hombres de nuestra gente. Mas con todo esto no le desampararon los que antes le habían seguido. Ca él les apareció después de muerto al tercero día resuscitado, según que los profetas inspirados por Dios habían profetizado esto con otras maravillas que él había de obrar: y hasta hoy en día persevera el linaje de los cristianos intitulados por este nombre. Hasta aquí son palabras de Josefo, las cuales ciertamente ponen admiración á quienquiera que las lee. Mas no es cosa nueva haber ordenado la divina Providencia que el mismo autor que escribió la destruición de Hierusalén y de todo aquel reino, diese tan ilustre testimonio de la persona de Cristo, moviéndose á esto por razón de las obras maravillosas y milagros tan públicos y notorios que el Salvador obró conversando con los hombres.

FIN DEL PRIMERO TRATADO

TRATADO II

DESTA CUARTA PARTE

EN EL CUAL POR MODO DE DIÁLOGO
SE RESPONDE Á TODAS LAS OBJECCIONES QUE ACERCA DEL
MISTERIO DEL MESÍAS SE PUEDEN HACER

DIÁLOGO I

EN EL CUAL POR LA CONVERSIÓN DEL MUNDO, TESTIFICADA
POR LOS PROFETAS, SE PRUEBA LA VENIDA DEL SALVADOR

Para conclusión y perfecta declaración deste divino misterio de nuestra redempción, de que hasta aquí habemos tratado, será bien satisfacer á algunas preguntas que acerca dél se pueden hacer. Para lo cual me pareció conveniente medio introducir aquí un catecúmeno recién convertido de la ley de Moisén á la gracia del Evangelio (el cual proponga las preguntas que se suelen oponer acerca desta materia) y junto con él un maestro en sancta teología que le responda. Comienza pues el catecúmeno así:

Catecúmeno. He leído, maestro, estos tratados que habéis escripto del misterio de Cristo, en los cuales explicáis todo lo que pertenece á este misterio con tanta claridad, que no veo cosa que se pueda oponer contra él. Y porque aquel Señor que desea que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad, tiene mil maneras para traerlos á sí, quiso él por medio desta escriptura tocar mi corazón y abrirme los ojos para ver cuán ciego y engañado he vivido hasta aquí: por lo cual le doy y daré siempre infinitas gracias. Y porque espero recibir presto el

sancto Baptismo, querría antes de recibirlo ser más enteramente informado en la fe deste misterio.

Maestro. Hacéis en esto muy bien, hermano, porque esa orden dió el Salvador á sus discípulos, cuando los envió á predicar por el mundo, diciéndoles primero que enseñasen las gentes, y después las baptizasen. Mas querría saber cuáles sean las cosas de que deseáis más plenaria instrucción.

Catec. Son éstas comunes en que tropiezan los que viven tan ciegos como yo viví, que son la muerte y la divinidad y humanidad de Cristo, el misterio de la Sanctísima Trinidad y del Sanctísimo Sacramento, y la cesación y derogación de las observancias y ceremonias y sacrificios que manda la ley.

Maest. Para satisfacer plenariamente á esas preguntas era menester un largo tratado, porque esa materia es muy copiosa. Mas con todo eso, cuanto sufriere la brevedad desta escritura, á todo eso con el favor de nuestro Señor espero responder de tal manera que vos (á quien nuestro Señor ha comunicado la lumbre de la fe) quedéis satisfecho, porque es grande parte el creer para entender. Mas antes que decienda á responder en particular á esas y otras preguntas, daros he una muy breve respuesta, que valga por todas. Para lo cual habéis de saber que así estas preguntas como todas las demás penden de una sola verdad, que es averiguar que nuestro Salvador es el Rey Mesías prometido en la ley. Porque siéndolo él, tenemos mandamiento expreso de Dios, en el cual manda con grandes penas y amenazas que creamos todo lo que él dijere por estas palabras (1): Yo (dice Dios á Moisén) levantaré en este pueblo de entre sus hermanos un profeta semejante á ti, y pondré mis palabras en su boca, y decirle ha todo lo que yo le mandare que diga. Y del que no quisiere oir las palabras que él hablará en mi nombre, yo seré el vengador, dice Dios. Pues siendo esto así, cesan todas las preguntas y dubdas, pues por boca deste Señor está declarado lo que se debe tener acerca de todo lo que habéis propuesto. Por lo cual en este artículo principalmente habemos de hacer fuerza, porque éste solo saca fuera de litigio todos los demás.

Y aunque para esto baste y sóbre lo que en este tratado habemos alegado, quiero resumir esta materia agora de nuevo, y po-

(1) Deut. 18.

neros un ejemplo que sea como un breve sumario de cuanto hasta aquí habemos dicho, por el cual veáis claramente ser Cristo nuestro Salvador el Mesías prometido en la ley, pues desta verdad (como dijimos) pende la resolución de todas esas preguntas que habéis propuesto. Y para esto acordaos de aquella promesa en que Dios prometió al patriarca Abrahán la tierra de los cananeos, donde él moraba (1). Y preguntando él cómo podría saber esto que Dios le prometía, mandóle ofrecer un sacrificio de ciertos animales, y en cabo dél díjole (2): Has de saber que tus descendientes han de venir á peregrinar en otra tierra fuera désta, y han de ser en ella oprimidos con servidumbre por espacio de cuatrocientos años. Mas en fin dellos yo castigaré á la gente que así los hubiere oprimido, y saldrán de aquella tierra con grande substancia, esto es, grandemente multiplicados y prósperos. Ésta fué profecía de Dios dicha cuatrocientos años antes de la salida de Egipto, en la cual se profetizan todas estas particularidades: la peregrinación de aquel pueblo, la opresión dél, la salida de Egipto y la conquista de la tierra prometida, y sobre todo el número de los años que esta peregrinación había de durar. Pregunto pues agora: si un hombre de los que vivían cuando este pueblo salido de Egipto conquistó la tierra de los cananeos, leyera esta profecía, y viera el cumplimiento della, ¿qué dijera? ¿Qué sintiera?

Catec. No pudiera dejar de maravillarse y de conocer que el dedo de Dios entrevenía aquí, y otro que él ni podía profetizar tantos años antes lo que estaba por venir, ni tampoco acabar una obra tan grande como era que una gente cautiva, avasallada y desarmada escapase de las armas y potencia de Faraón, y conquistase la tierra de los cananeos, donde la gente era muy esforzada, y poblada de muchos gigantes, y las ciudades muradas hasta el cielo. Así que en ambas cosas había de entrevenir aquí la sabiduría y omnipotencia de Dios, la una para profetizar estas victorias, y la otra para acabarlas.

Maest. Pues aplicando agora esto á nuestro propósito, estas mismas dos cosas entrevinieron en la conversión del mundo. Por dónde si aquí confesamos que entrevino el saber y el poder de Dios, mucho más lo habemos de confesar en esta obra: y porque

(1) Gen. 12, 13. (2) Gen. 15.

las cosas nuevas mueven más los corazones que las muy usadas y tratadas, por grandes que sean, quiero fingir un ejemplo muy semejante á nuestro caso, para que por la condición del uno entendamos la del otro: el cual os pido me sufráis agora con paciencia, porque aunque agora os parezca despropósito, al cabo veréis el fruto dél, que no será pequeño.

§ I

Finjamos pues agora que como Dios cuatrocientos años antes reveló al patriarca Abrahán lo que había de suceder á sus descendientes, reveló también á un profeta que en la villa de Setúbal había de nacer un hombre de linaje de los Mirandas que allí hay, y que éste había de ser sanctísimo y grandísimo predicador, el cual había de andar predicando en todos los lugares del reino de Portugal, y señaladamente en la ciudad principal de Lisboa, siguiéndolo á doquiera que predicase, gran compañía de gentes, como á un profeta y varón sanctísimo, el cual había de juntar consigo muchos discípulos que le acompañasen y oyesen su doctrina. Mas por cuanto él había de reprehender agramente los vicios, y señaladamente los de los eclesiásticos, ellos, movidos parte por invidia de su gloria, y parte por odio de la doctrina que publicaba sus llagas, habían de tratar con falsas acusaciones su muerte, y finalmente habían de poder tanto con los jueces seculares, que lo sentenciasen á muerte, y muerte de cruz. Y añadiese más esta profecía, que por este pecado había de ser destruído el reino de Portugal, y que la ciudad grande de Lisboa había de ser asolada y puesta por tierra de tal modo que no quedase en ella piedra sobre piedra, y que todo el reino de Portugal había de ser destruído, y que los portugueses habían de andar descarriados por todo el mundo, y maltratados y avasallados en todas las naciones. Y después desto dijese que los discípulos deste Señor poco después de su muerte saldrían de la ciudad de Lisboa, y irían á predicar el Evangelio en Africa y en Constantinopla, y en todas las tierras del Turco y del Sofí, y que en pocos años, después de pasadas grandes persecuciones y contradiciones de los moros y turcos, finalmente podrían tanto, que les persuadirían la fe de Cristo de tal manera que ellos mismos, conocido su

error, derribarían sus mezquitas, y quemarían los libros de su Alcorán, y conocerían que su Mahoma fué un falso profeta y engañador, y tomarían sus huesos y su zangarrón, y los harían polvo, y echarían por los muladares, y que en el lugar de las mezquitas edificarían iglesias y templos solenísimos, y que en ellos pondrían la figura de la sancta cruz, y en los sagrarios el Sanctísimo Sacramento del altar, al cual adorarían con suma reverencia junto con el misterio de la Sanctísima Trinidad, y que destos moros (que antes de recibir la fe eran carnales y sucisísimos) se levantarían muchos hombres guardadores de perpetua virginidad y semejantes en la pureza de vida á los ángeles, y que dellos se poblarían muchos muy religiosos monesterios. Y entre éstos habría otros que harían vida más que humana por los yermos y lugares solitarios, manteniéndose con raíces de yerbas, ó con solo pan y sal. Asimismo que muchas de las moras, después de convertidas á la fe, harían voto de perpetua virginidad, y que dellas habría en todas partes muchos sanctísimos monasterios. Y acrescentase más la profecía, que todo esto se cumpliría después de cuatrocientos y tantos años que ella fué escripta. Pregúntoos pues agora, hermano, si vos supiésedes cierto que todo esto fué así profetizado, y viésedes en vuestros días todas estas cosas una por una perfectísimamente cumplidas, y viésedes por una parte todo el reino de Portugal destruído, y la ciudad de Lisboa arrasada por tierra, y los portugueses derramados y maltratados en todas las naciones del mundo, sin tener una almena suya, y por otra viésedes toda la morisma convertida á nuestra sancta fe, y viésedes que los discípulos de aquel Señor crucificado, salidos de esta ciudad, que eran unos pobres y rudos pescadores, acabaron esta obra tan grande, ¿qué diríades? ¿Qué juzgaríades? ¿Qué sentiríades?

Catec. Ciertamente quien esto viese cumplido, no podría dejar de quedar atónito y como fuera de sí, viendo una tan grande maravilla, y confesar que aquí entrevino el brazo poderoso de Dios, porque ni otro que él podía acabar esa obra tan admirable con tan flacos instrumentos, ni profetizarla con todas estas particularidades y circunstancias tantos años antes, sino solo él, como está claro, pues á solo Dios pertenece saber lo que está por venir.

Maest. Pues por este ejemplo entenderéis la verdad deste nuestro misterio. Porque todas estas particularidades y circuns-

tancias que aquí juntamos, dicen los profetas en diversos lugares, hablando del Salvador, esto es, del lugar de su nacimiento, de su linaje, de su doctrina, de su muerte de cruz y de todas las particularidades y circunstancias della, y de la conversión de las gentes, que por medio de sus discípulos se había de hacer, y del lugar de dónde habían de salir, y del tiempo en que esto se había de cumplir, con todo lo demás que alegamos en todo este libro. Pues si en el ejemplo pasado confesáis que en aquella obra claramente entrevenía Dios, así por la grandeza della como por la profecía della, ¿cuánto más lo habemos de confesar en ésta? Porque allí no había más que una sola profecía, mas aquí entrevino el consentimiento y concordia de todos los profetas, juntamente con el de las Sibilas. Y sobre todo, esta obra era muy más dificultosa de acabar que la conversión de los moros y turcos, que es una cierta parte del mundo, mas estotro era desterrar la idolatría que reinaba en todo él Item, convertir los moros no era tan dificultoso como los gentiles, porque los moros concuerdan con nosotros en decir grandes alabanzas de Cristo, y de su madre sanctísima, y de S. Juan Baptista, y de los sanctos patriarcas, y ellos adoran un solo Dios, y confiesan su providencia junto con la inmortalidad del ánima, y confiesan pena y gloria para buenos y malos, aunque mal puesta. Pero los gentiles en nada concordaban con nosotros, antes perseguían y aborrecían el nombre de Cristo, teniendo por locura predicar Dios muerto y crucificado (1). Y sobre todo esto, lo que declara ser esta obra más aventajada y más digna de Dios, es que los moros y turcos no persiguen los cristianos que moran en sus tierras por solo título de cristianos, antes les consienten vivir en su ley, mas los gentiles, oh sancto Dios, con qué linajes, con qué invenciones de tormentos y crueldades, nunca vistas ni imaginadas perseguían los cristianos por solo título de cristianos, sin ver en ellos otro ningún maleficio. Despedazaban, asaban, descoyuntaban, despeñaban, quemaban, araban, rallaban sus carnes con hierro, metíanles canillas agudas por entre las uñas de pies y manos, arrastrábanlos á las colas de los caballos, echábanlos á los leones y bestias fieras. ¿Qué diré? No hay número ni cuenta de las crueldades que inventaban para desquiciarlos de su fe, y con todo esto salieron tan gloriosamente

(1) I Cor. 1.

vencedores en esta batalla tan porfiada, que acabaron con innumerables hombres que de tal manera abrazasen la fe que antes impugnaban, que viniesen á padecer por ella los mismos tormentos que ellos daban á los fieles. ¿Qué cosa pues más admirable y más digna del brazo de Dios? Pues si os espantaba aquella conversión que imaginábamos de moros y turcos, y confesábades que era imposible acabarse aquella obra sin Dios, ¿cuánto más os debe espantar ésta y hacer que conozcáis aquí la virtud y poder de Dios, en la cual concurrieron cosas mucho mayores? Y pues todos los profetas testificaron que esta hazaña estaba reservada para el tiempo del Mesías, y ésta hicieron sus discípulos, con la cual concurren todas las otras señales y profecías que alegamos, síguese que él es el verdadero Mesías por Dios prometido, y que no conviene esperar otro.

Juntad también con esto las persecuciones que este pueblo ha padecido después de la muerte del Salvador, como arriba largamente contamos. Dónde vistes las calamidades que luego se les siguieron por Pilato y por todos los presidentes de Judea que después dél sucedieron. Vistes la destruición y mortandades y captiverios de todas las ciudades de la provincia de Galilea y de las otras comarcanas. Vistes el cerco de Hierusalén, y la hambre espantosa que se padeció en él, y la muchedumbre increíble de los muertos y captivos que en él padecieron. Vistes la ciudad arrasada por tierra, como el Salvador había profetizado y llorado. Veis aquel potentísimo y antiquísimo reino deshecho y aniquilado, sin que le haya quedado una sola almena que sea suya. Veis también el destierro (que Dios había amenazado) por todas las naciones del mundo. Veis el cumplimiento de aquella profecía de Oseas (1), que es estar los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin altar y sin sacrificio, y sin vestiduras sacerdotales, y también sin ídolos.

Y sobre todos estos males, veis vivir esta gente tan vejada y avasallada entre todas las naciones del mundo. Pues ¿dónde están agora aquellas tan magníficas promesas de Dios (que arriba alegamos) para los guardadores de su ley, Bendito serás en todos tus caminos y en todas tus entradas y salidas, con todas las demás? ¿Dónde aquélla que dice (2): Hacerte ha el Señor la

(1) Ose. 3. (2) Deut. 28.

más principal y más alta gente de cuantas moran en la tierra, y estarás siempre en el lugar más alto, y no en el bajo? Oh gente pobre y miserable, ¿quién ha sido poderoso para cerrarte los ojos, y escurecerte el entendimiento, y endurecerte la voluntad para que ni sientas ni veas cosas tan claras? Y pues Dios dice que la vejación abre los ojos del entendimiento (1), ¿qué dureza es la del corazón que cercado de todas estas ondas y mares de trabajos, ni se ablanda, ni siente, ni conoce su yerro? Si no, díganme, ¿por qué causa aquel justísimo Juez ha consentido este tan espantoso y tan largo castigo en este su pueblo, antiguamente tan amado y amparado, mayormente perseverando él aun entre tantas angustias en la guarda de su ley?

Pues este castigo con ser tan grande y tan extraordinario, y más siendo mucho antes profetizado, junto con el cumplimiento de todas las profecías pasadas, dan tan claro testimonio de la dignidad y venida de nuestro Salvador, que ni la luz del medio día es tan clara como él. Por dónde veréis, hermano, la merced que Dios os ha hecho en sacaros de tan espesas tinieblas, y abriros los ojos para que conociésedes esta tan importante verdad, de que pende toda vuestra salvación.

Catec. Á ese Señor doy cuantas gracias puedo dar por esa luz, la cual de tal manera ha penetrado todos los senos de mi ánima, que ningún linaje de dubda ni de escrúpulo me queda acerca deste misterio: y con esto goza mi espíritu de una tan grande paz y alegría, que no lo podré explicar.

De las mentiras, falsedades y desvaríos del Talmud.

§ II

Maestro.

Por lo que hasta aquí habemos tratado, habréis entendido cuán convencida queda la ceguedad de los incrédulos mediante el testimonio de las sanctas Escrituras. Pues ¿qué será si demás de las Escrituras halláremos otra probanza tan clara como la dellas?

(1) Esai. 28.

Catec. ¿Cómo puede eso ser? ¿Hay cosa más cierta que la palabra de Dios y la lumbre de la fe, que estriba en ella?

Maest. Así es como decís. Mas con todo eso acordaos que como la lumbre de la fe es de Dios, así también lo es la de la razón, que él imprimió en nuestra ánimas, por la cual se dice haber sido criado el hombre á imagen de Dios. Y aunque esta lumbre natural no iguale con la sobrenatural en certidumbre de lo que testifica, mas todavía tiene claridad en lo que entiende, la cual no cabe en la fe (porque fe es como cimiento del edificio, que no se ve) y esta claridad alegra y quieta mucho los entendimientos. Pues por esta lumbre natural verá cualquier hombre de razón la ceguedad de los que creen las fábulas y mentiras de su Talmud como si fuesen sagrada Escritura.

Para lo cual habéis de saber que en tiempo del papa Benedicto XIII, un famoso médico del mismo pontífice, doctísimo en toda la doctrina de los hebreos, se convirtió á nuestra sancta fe, y le fué puesto por nombre Hierónimo de Sancta Fe. Deseando pues Su Sanctidad alumbrar las ánimas y sacarlas de las tinieblos de sus errores, mandó á este su médico que escribiese un libro, en el cual por testimonios de las santas Escrituras mostrase ser ya el Mesías venido, y ser éste Cristo nuestro Salvador. Hizo esto él con toda diligencia. Y no contento con esto, escribió otro tratado, también por mandado de Su Sanctidad, en el cual refiere muchas de las falsedades y vanidades y fábulas de los libros del Talmud. Los cuales libros el Reverendísimo Arzobispo de Goa Don Gaspar, de sancta memoria, trasladó poco ha de lengua latina en portuguesa para luz y doctrina de las ánimas ciegas, que en aquellas partes hay. Y en esta lengua andan estos dos libros impresos. Y deste segundo tratado (que refiere las falsedades del Talmud) determiné yo sacar aquí algunas cosas, para que por ellas se vea claro la ceguedad en que vive la gente que tales cosas cree. Este Talmud (que quiere decir doctrina) compusieron los maestros de los hebreos cuatrocientos años después de la pasión del Redemptor. Y dicen ellos que ésta es otra ley que fué dada á Moisén por palabras. Y como fingen otras cosas sin probarlas, así también fingen ésta, que ni por razón ni por autoridad se prueba. Esta escritura es mayor que diez veces nuestra Biblia, demás de las glosas así antiguas como nuevas que se han hecho sobre ella, que son muchas. Y los

instituidores deste Talmud, por mejor afirmar y fundar sus ordenaciones y yerros, mandaron en diversos lugares que todas las cosas por ellos ordenadas tengan tanta fuerza como las mandadas por Dios en la ley de Moisén, y demás desto ponen pena de muerte á quien negare alguna cosa de las escritas por ellos, no poniendo esta pena á los que contradijeren las palabras de la ley de Dios.

Mas antes que comience á referir las falsedades deste libro, quiero que se acuerde el cristiano lector que no hay maldad en el mundo que no se pueda creer de una ánima desamparada de Dios, mayormente si es enemiga y blasfema contra Cristo nuestro Salvador, que es la luz y la puerta y el camino para la verdad, sin la cual queda el hombre sin camino y sin luz y sin verdad, y así caerá en mil maneras de barrancos y despeñaderos. Añado más, que como entre las pasiones y apetitos de nuestra carne el más furioso sea el que sirve á la generación humana (el cual no se puede enteramente vencer sin el socorro de la divina gracia) de aquí es que los hombres vacíos desta gracia vienen á caer en torpezas feísimas y abominables. He dicho esto porque este libro del Talmud (como libro compuesto por gente ajena del espíritu de Dios y de su gracia) contiene cosas tan torpes y sucias, que yo no me atreveré á referirlas por no ofender las orejas castas con cosas tan feas, puesto caso que importaba esto mucho para ver claramente la falsedad y abominación desta escritura. Y porque no parezca increíble lo que aquí se dice, alega este auctor en cada cosa el libro y el capítulo y el principio dél, para que se vea que no finge cosa que allí no esté. Y dado caso que aquí lea cosas vanísimas y ridículas, pídole por caridad que detenga la risa y apareje las lágrimas para llorar la ceguedad de gente que tales cosas cree como dichas por Dios.

Y comenzando por lo que toca al conoscimiento de Dios, están tan errados en esto los talmudistas, que unas veces le quitan el poder, y otras el saber, y otras la verdad, y otras la sanctidad y justicia. Y así en un libro suyo que se llama Beracot, en el capítulo primero, reparten la noche en tres partes, y en cada una de ellas dicen que Dios brama como un león diciendo: ¡Ay de mí, que destruí mi casa, y quemé mi templo, y captivé mis hijos entre las gentes del mundo! Y en el mismo capítulo dijo Rabi Josef: Entré una vez en una casa desierta en Hierusalén á hacer ora-

ción, y cuando salí, encontré á Elías, el cual me saludó diciendo: Paz á ti, maestro. Yo le respondí: Paz á ti, maestro señor. Y él me dijo: Hijo, ¿qué voz has oído en esa casa desierta? Yo le respondí: Oí una voz que gritaba á manera de paloma, y decía: ¡Ay de mí, que destruí mi casa y quemé mi templo! Elías me respondió: Hijo, no solamente dice eso Dios una hora, mas todos los días lo dice. Y también en la hora que Israel entra en las sinagogas, y responden á la oración, repela Dios su cabeza, y dice: Bienaventurado es el Rey que así lo glorifican sus hijos en su casa: mas ¡ay del padre que captivó sus hijos, y ay de los hijos que fueron captivos y alejados de la mesa de su padre! Hasta aquí son palabras del sobredicho capítulo. Vean pues agora todos cuán gran blasfemia sea ésta, la cual ata las manos á Dios, y le quita el poder, y le subjecta al hado.

Asimismo, como le quitan el .poder, le quitan el saber y le atribuyen cosas vanísimas. Y así, en el libro llamado Havodá Saza, en el primer capítulo, preguntando en qué se ocupaba Dios, responden que en las tres primeras horas del día se pone Dios á estudiar en la ley, y en las tres siguientes se asienta á enseñar niños que murieron de poca edad, y en las otras tres se asienta á juzgar todo el mundo, y en las tres postreras está jugando y holgando y riendo con el dragón llamado Leviatán. Esto hace de día. Y preguntando qué hace de noche, responde que cabalga sobre un querubín muy ligero, y visita diez y ocho mil mundos que crió. Esto hace después de la creación del mundo, mas antes que lo criase, se ocupaba en edificar mundos y deshacerlos. Véase pues cuántas locuras y disparates se contienen en todas estas palabras. Dicen también en el Beracot, en el capítulo primero, que después que se destruyó el templo, no quedó á Dios en todo el mundo más que cuatro cobdos de espacio para estudiar Halac, que es lición del Talmud, y así dicen que en las tres primeras horas del día se asienta á estudiar en el Talmud. Véase pues cuán grande dislate sea éste.

Asimismo le quitan la verdad. Porque en Bava Meciha, en el capítulo que comienza Meca Haboet, dice Rabi Ismael: Grande cosa es la paz, pues Dios dijo mentira por poner paz entre Abrahán y Sara.

No faltaba aquí sino poner en Dios pecado, y no dejan de ponerlo, según que dicen en Hulin, en el capítulo que comienza en

Eloe Terefot, sobre el texto del Génesi, donde se dice que crió Dios dos grandes lumbreras. Porque sobre este paso dicen una patraña la más ridiculosa y necia que se pudiera imaginar. Porque dice Rabi Simeón que en la hora de la criación, la luna y el sol eran iguales, y paresció la luna delante de Dios, y díjole: Señor, ¿es bien que dos reyes se sirvan de una corona? Por esto mandó Dios que fuese diminuída la claridad de la luna. Dijo entonces ella muy sentida deste agravio: Señor, ¿por haberte yo dicho lo que estaba en razón, me has apocado? Entonces Dios, por la halagar y contentar, le dijo: no tomes pena por eso, porque el sol no parecerá sino de día, y tú parecerás de noche y de día. Mas ella no se contentó con esto, mas antes dijo: Señor, la candela delante del sol ¿qué aprovecha? Díjole entonces Dios: Yo haré que mi pueblo de Israel haga sus cuentas en tus meses. Con todo esto no se contentó la luna hasta que Dios se dió por culpado y mandó á Moisén que en fin de cada luna hiciese sacrificio de un oode, porque Dios fuese perdonado deste pecado. Y esto prueban por el capítulo 28 del libro de los Números, donde manda Dios que este animal se ofrezca por los pecados. Consideren agora los que tienen juicio, si es cosa para llorar ver gente de razón obligada á creer so pena de muerte mentiras tan prodigiosas.

Asimismo dicen en Bava Batraa, en el capítulo que comienza Hamor, que Raba, hijo de Rabhana, iba por un camino, y díjole un acemilero: Muéstrame el monte de Sinaí. Yo fuí con él, y oí allí una voz que decía: ¡Oh mezquino! ¡Ay de mí, que hicé juramento! ¿Quién me absolverá? Y después que tornó á su estudio, contó lo dicho á sus maestros, los cuales le reprehendieron diciendo: En la hora que oíste esa voz, hubieras de decir: Señor, yo te absuelvo dese juramento. Y glosa Rabi Salomón diciendo que este juramento de que Dios pedía absolución, era el captiverio de Israel. ¿Puede ser mayor locura que ésta?

Son también los talmudistas tan desvergonzados, que se atreven á inventar glosas contrarias á la ley de Dios. Por dónde en Canhedrin, en el capítulo que comienza Arbamitot, sobre aquellas palabras del Levítico que dicen (1): No darás de tu simiente cosa que se consagre al ídolo Moloch, declaran ellos que por

(1) Levit. 20.

cuanto el texto dice, no darás de tu simiente, que se entiende que no peca el hombre sino cuando da un solo hijo á este ídolo, mas si se los da todos, no peca. El consagrar los hijos era entregarlos á los sacerdotes del ídolo, y ellos los pasaban por el fuego delante del dicho ídolo. Y por cuanto dice el texto, no darás, se entiende que no hay pecado sino cuando el padre da su hijo al sacerdote de Moloch para que haga él el sacrificio, mas si el mismo padre lo hace, no peca. Y por cuanto dice, de tu simiente, glosan ellos que si el hombre hace sacrificio de su padre, ó de su hermano, ó de sí mismo al sobredicho ídolo, no peca.

Item, en el mismo libro y en el mismo capítulo dicen: El que adora ídolos por amor ó temor, no peca. Y declara Rabi Salomón que por amor se entiende cuando algún señor le ruega que los adore, y por temor, cuando le amenazaren si no los adora. Pues ¿quién no ve contradecir á esto toda la sancta Escritura? Porque por amor de las mujeres madianitas adoraron los hijos de Israel al ídolo de Fogor, y por este pecado mandó Moisén matar veinte y cuatro mil hombres, y Dios le mandó ahorcar todos los príncipes del pueblo, porque no acudieron á remediar este mal (1). Y sobre todo esto, si no fuera porque el sumo sacerdote Fínees aplacó á Dios, dijo el mismo Dios que hubiera de destruir todo el pueblo por este pecado. Y con estar todo esto escrito en el libro de los Números, en el capítulo 25, vienen estos hombres blasfemos con su frente lavada á decir todo lo contrario de lo que Dios sentenció.

Asimismo no tienen vergüenza de contradecir á la sancta Escritura, la cual alaba la casta fidelidad del sancto Josef en no querer consentir con la maldad de su señora (2). Mas ellos dicen en Hulin, en el capítulo que comienza Colhabacar, que Josef entró en la cámara de su señora con intención de pecar con ella, y que vino el ángel Gabriel, y castróle, y así se halló inhábil para el pecado. Esta glosa, demás de ser fabulosa y loca, es manifiestamente contraria á la sancta Escritura.

No contentos los talmudistas con estas locuras, también se glorían en sí mismos. Y así en el libro de Corá, en el capítulo 3, está escrito que un doctor llamado Rabi Simeón, hijo de Joás, decía: Yo soy tan digno y tan justo, que si yo quisiese, por mi

(1) Num. 25. (2) Genes. 39.

bondad serían libres en el día del juicio todos los hombres que nascieron en el mundo dende el día que yo nascí hasta hoy, y si Alasar mi hijo fuese comigo, podríamos librar del juicio todos los que nascieron desde el día que el mundo fué criado hasta hoy. Y si Jonatán, hijo de Husiel, fuese con nosotros, podríamos librar todo el género humano dende el día de la creación del mundo hasta el fin. Véase si es posible que el que esto decía, lo creía así, y si dijera más uno de los que están atados en la casa de los orates, que esto. Y estas locuras obligan los talmudistas á creer á la gente miserable, diciendo que cualquier hombre que escarnesciere de alguno de los sabios del Talmud, ó dijere mal dellos, es condenado á los infiernos. Y con estas amenazas espantan á la gente ruda y supersticiosa, para que crea mentiras tan monstruosas, y tales, que ni aun tras del fuego las osarían decir los niños cuando cuentan hablillas de viejas.

Y no contentos con ser blasfemos contra Dios, también hacen leyes perversas contra toda humanidad de justicia, y así dice Rabí Moisén de Egipto, en el libro de Sopu, en el capítulo 5, que el que maldijere á su padre ó á su madre, no es culpado en cosa alguna, salvo si en la maldición nombrare á alguno de los nombres proprios de Dios. Y no solamente da licencia de maldecir á los padres carnales contra el mandamiento de la ley de Dios (que dice, el que maldijere á su padre ó á su madre muera por ello) mas también la da para maldecir al mismo Dios, conforme á lo que se dice en Canhedrin, en el capítulo que comienza Arbamihot, donde dice que el que maldijere á Dios, no tiene culpa, si no es cuando declara un nombre proprio de Dios, que es Semhameforas. Y si nombrare cuando maldice á Dios, con alguno de los otros sus nombres, que son Adonai, Elohim Sabaot, que quieren decir, Señor, Justo, Dios de los ejércitos, no tiene culpa. Pues ¿qué cosa más contraria á la justicia, y á la sancta Escriptura, y á toda razón, que ésta?

Item dan licencia para matar sin pena alguna. Y así se dice en Canhedrin, en el capítulo que comienza Elu, que si alguno atare los pies y las manos de su compañero, y por esta causa muriere de hambre, el que lo ató será libre de muerte. Mas si lo ató al sol ó al frío, y muriere, será culpado en la muerte. Y si lo ata y lo echa delante de un león, libre es de la muerte, y si lo echa delante de las moscas, es culpado en la muerte, y si lo echa en un pozo

que tuviere escalera, y otro la quita, el que lo echó en el pozo, será libre.

Item, si diez hombres fueren contra otro hombre con diez palos, y lo mataren, todos son libres.

Item dice Rabi Moisén de Egipto en el libro de Suprin, en las leciones de Canhedrin, en el capítulo 9, que si un malhechor fuere acusado delante los jueces, y todos á una voz lo sentenciaren á muerte, el tal sentenciado será libre della, porque es necesario que los jueces discuerden entre sí, y que parte dellos lo condenen, y parte lo absuelvan, y estarse ha por las más voces.

Item dicen en el libro de Hulin, que si Pedro dice un falso testimonio contra Martín, por el cual Martín es sentenciado á muerte, si antes de muerto se prueba la falsedad, morirá el acusador. Mas si se prueba después de muerto, el acusador quedará libre. ¿Quién no ve ser estas determinaciones contra todas las leyes divinas y humanas?

Pues ¿qué corazón habrá tan ajeno de toda humanidad, que por una parte no se espante leyendo esto, y por otra no llore, viendo tantas ánimas obligadas so pena de muerte á dar crédito á cosas tan injustas, tan fabulosas y tan abominables? ¡Oh justicia de Dios, oh azote de Dios, que tal ceguedad permite por los pecados!

Pues volviendo al propósito, ¿qué os paresce, hermano? ¿Cómo dábades crédito á cosas tan horribles y tan contrarias no sólo á la sancta Escriptura, sino también á toda la lumbre de la razón, con que Dios nos crió? Mas no faltará por ventura alguno que corrido de haber creído tales locuras, diga que nada desto está en el Talmud. Esto no ha lugar poderse decir, porque el autor que esto escribió, fué muy diligente en alegar el libro y el capítulo y el principio dél en su misma lengua. Y demás desto él escribió en Roma, y por mandado de Su Sanctidad (donde hay sinagogas y maestros desta secta) y no era posible ser un hombre tan loco y tan desvergonzado que escribiese cosas que en presencia del Papa y de los Cardenales pudiesen claramente ser redargüidas. Así que en la verdad de lo dicho ningún lugar queda para dubdar.

Catec. Agora que Dios me abrió los ojos para ver la luz de la verdad, veo más clara la falsedad y el engaño en que he vivido. Porque así como los que han estado mucho tiempo en una cárcel escura y sucia, no sienten el mal olor della, por estar habituados

á él, mas los que de nuevo vienen de aires puros y limpios, luego sienten este mal olor, así yo habituado á creer estas fábulas y mentiras, no veía la falsedad dellas: mas agora con la luz de la verdad veo más claramente la falsedad de la mentira, y estoy corrido y avergonzado de mí mismo por haber creído tales cosas. Juntóse con esto haber nascido y criádome en ellas, y mamádolas en la leche, y heredádolas de todo mi abolorio hasta hoy, y esto me tenía cautivo y ciego en este engaño. Con esto se juntó la autoridad y excelencias de las sanctas Escrituras, que nosotros también recibimos, y á vueltas destas verdades tan ciertas nos dieron á beber nuestros doctores la ponzoña destas mentiras, como lo hizo el perverso Mahoma, que engrandesciendo la dignidad y gloria de Cristo, trajo á su secta gran número de cristianos: y no nos desayudó poco el menosprecio y manera de desgracia que nos muestran algunos de los cristianos en muchas cosas, habiéndonos de atraer al conoscimiento de la verdad con beneficios y buenos ejemplos. Porque esto nos hace recompensar una desgracia con otra, y juntamente con el aborrescimiento de las personas venimos también á aborrescer la religión que profesan. Por dónde si agora resuscitara aquél que deseaba ser anatema de Cristo por salvar á sus hermanos (1), con cuánta razón dijera aquello que él escribió: ¿Quién está enfermo, que yo no lo esté? Y ¿quién se escandaliza, que yo no me abrase? No convertía el sancto Apóstol los hombres desta manera, sino haciendo mil manjares de sí, y haciéndose todo á todos los hombres por hacer salvos á todos, ni despreciando los pecadores, sino llorando sus pecados.

(1) Rom. 9.

DIÁLOGO II

EN EL CUAL SE TRATA DE LA DIVINIDAD DE CRISTO NUESTRO SALVADOR

Catecúmeno.

Puesto caso que por la bondad de nuestro Señor estoy muy firme y constante en la fe, y aparejado (si el Señor así lo ordenare) para morir por ella, mas porque esta luz de la fe es muy hermosa y causadora de grande paz y alegría, proponeros he aquí todas las cosas en que esta gente ciega tropieza y se embaraza para no recibir la lumbre de la verdad, como son la muerte, la divinidad del Hijo de Dios, el misterio de la Sanctísima Trinidad y del Sanctísimo Sacramento del altar, y la derogación de las cerimonias y sacrificios de la ley de Moisén, y la reprobación del pueblo de los judíos y elección de los gentiles, y otras cosas semejantes.

Maestro. Esas materias que habéis tocado, comprehenden gran parte de nuestra teología (como ya dije) y demandaban largo tratado: mas yo con toda la brevedad que este libro pide, trabajaré por responder á todas esas objecciones, puesto caso que para todas ellas (como ya os dije) basta la resolución y doctrina del Salvador, á quien Dios mandó que creyésemos.

Y descendiendo pues en particular á la primera de vuestras preguntas, que es acerca de la divinidad de Cristo, cierto es que en el Nuevo Testamento está lo que pedís muy claro, pero también lo está en el Viejo. Mas los maestros de los hebreos tienen puesto sobre sus ojos el velo que dice el Apóstol (1), para no ver cosa tan clara. Para esto pues alego primeramente aquella pregunta que el Salvador propuso á los fariseos, sobre cúyo hijo era el Mesías (2). Á lo cual ellos respondieron que era de David. Á esto replicó el Salvador: Pues ¿cómo David en espíritu (que quiere decir, movido y enseñado por el Espíritu Sancto) lo llama Señor en el Psalmo 109, diciendo: Dijo el Señor á

---

(1) II Cor. 3 (2) Matth. 22.

mi Señor, asiéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos debajo de tus pies? Pues siendo él su hijo, ¿cómo lo llama Señor? Á esta réplica no supieron ellos responder, y quedaron con esto tan atajados y confusos, que dende aquel día no se atrevieron á tentarle más con sus preguntas. La causa de no haber sabido responder fué no entender el misterio de la divinidad de Cristo, el cual según la naturaleza humana es hijo de David, mas según la divina es señor de David. Lo cual aún se confirma con la palabra que le dice: Asiéntate á mi mano derecha. Porque ¿qué criatura hay criada ó por criar, en el cielo ó en la tierra, á la cual convenga esta tan grande dignidad como es estar asentado á la diestra de Dios, sino quien fuere igual á Dios? ¿Quién, dice David (1), en las nubes se podrá igualar con Dios? Y ¿quién entre los hijos de Dios (que son los ángeles y los sanctos) será semejante á él? Si hiciéremos comparación del más alto de los serafines con Dios, el serafín quedara infinitos grados más bajo que él. Y si el mismo Dios de nuevo criase otra criatura mil veces más alta que el más alto de los serafines, también estaría en este mismo lugar. Porque la perfección de la criatura, por altísima que sea, es limitada y finita, mas la del Criador es infinita, y de lo finito á lo infinito no hay comparación. Por dónde queda manifiesto que no puede estar á la iguala, que es, asentado á la diestra de Dios, sino quien fuere Dios. Esto aún se declara más con lo que añade luego el Padre, hablando con el Hijo, diciendo (2): De mi vientre, antes que criase el lucero, te engendré. Dónde vemos señaladas dos personas, una que engendra, y otra engendrada. Y lo que dice antes del lucero, quiere decir antes de la creación del mundo, tomando la parte por el todo. Y en decir que lo engendró de su vientre, significa haber sido engendrado de la misma substancia del Padre. Y aquella palabra, de mi vientre, denota que no es hijo por adopción y por participación de su gracia, sino por comunicación de su misma substancia. Porque como la naturaleza divina sea simplicísima, no se puede partir ni dividir, y por eso toda ella se comunica al Hijo, en el cual está la misma esencia que en el Padre. Así que estas dos palabras, asentarse á la diestra de Dios y ser engendrado de su vientre, á ningún hijo adoptivo de Dios, sino á solo el natural pertenesce.

---

(1) Psalm. 83. (2) Psalm 109.

Con este testimonio se junta otro no menos ilustre, en que David, en el segundo Psalmo, comienza á maravillarse de las persecuciones que las gentes habían de levantar contra Dios y contra su Cristo, añadiendo que el Señor de los cielos escarnecería dellos, mostrando por la obra cuán vanos eran sus propósitos y consejos en querer impugnar y destruir el reino de Cristo. Acabada esta sentencia, propone el mismo Cristo contra la perversa opinión déstos la gloria de su real dignidad, junto con la de su divinidad, por estas palabras: Yo soy puesto por autoridad de Dios por rey sobre el sancto monte de Sión para predicar su mandamiento y decreto. Y el Señor me dijo, tú eres mi hijo, yo te engendré hoy. Pídeme, y darte he las gentes por heredad, y por posesión tuya los términos de la tierra. Pues en esta profecía claramente se declaran las dos naturalezas de Cristo. Porque en decir que lo constituía por rey en su sancto monte, y mandar que le pida, se declara la naturaleza humana, que fué criada en tiempo, porque el pedir y reinar en el monte de Sión conviene á Cristo en cuanto hombre. Mas en decir Dios: Tú eres mi hijo, y yo hoy te engendré, declara la divina, que fué *ab aeterno,* significada por estas palabras, hoy te engendré, porque en la eternidad no hay más que hoy, pues á ella está todo presente, sin haber pasado ni venidero. Por dónde esta palabra, hoy te engendré, á ninguno de los ángeles pertenece, porque ni ellos fueron engendrados de Dios sino criados, ni tampoco fueron criados en este hoy, que es en la eternidad, sino en tiempo determinado, que es cuando fué criado el mundo. Por dónde estas palabras á solo el unigénito Hijo de Dios eternalmente engendrado pertenecen, y no á otro.

Leed también con diligencia el Psalmo 44, que todo trata del rey Mesías, de su reino, de su hermosura, de su poder y de sus virtudes, y de la reina, que es la Iglesia esposa suya, y de los hijos espirituales que han de nascer della, y hallaréis que dos veces le llama Dios en este Psalmo. Porque primeramente, hablando con el rey Mesías de la excelencia y perpetuidad de su reino, dice: Tu silla, oh Dios, durará en los siglos de los siglos, y la vara, que es el sceptro de tu reino, es vara de igualdad. Y luego más abajo, hablando con la reina, esposa deste Rey soberano, dice: Asentóse la reina á tu mano derecha, vestida de oro y adornada de diversos colores. Y luego, enderezando las pala-

bras á la reina, dice: Oye, hija, y ve, y inclina tu oreja, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y cobdiciará el rey tu hermosura, porque él es tu Señor Dios, y adorarlo han. En las cuales palabras manifiestamente confiesa su divinidad.

Esaías también, en el capítulo 9, hablando deste Señor, declara su humanidad y divinidad por estas palabras: Un pequeñuelo nos es nascido, y un hijo nos es dado, sobre cuyos hombros ha de cargar su reino y principado. Y su nombre será Admirable, Consiliario, Dios, Fuerte, Padre del siglo advenidero y Príncipe de paz. Hasta aquí son palabras de Esaías. Pues ¿qué testimonio se pudiera dar más claro de la divinidad y humanidad de nuestro Salvador? Porque llamándolo pequeñito, claramente muestra su humanidad, pues en Dios no cabe nombre de pequeño. Mas por que no nos engañásemos con este nombre, pone luego los nombres de su grandeza, uno de los cuales es Dios, con el cual manifiestamente sin rodeos ni figuras testifica su deidad. Dónde es mucho de notar que los setenta intérpretes que trasladaron la Biblia de la lengua hebrea en la griega á petición de Ptolomeo, rey de Egipto (el cual aunque gentil, adoraba un solo Dios) viendo que el Rey se ofendería con este lugar, pareciéndole que había otro Dios demás del que él adoraba, encubrieron este misterio, y en lugar de todos aquellos nombres pusieron uno solo dellos, que es Consiliario, llamándolo ángel de gran consejo, que es como si dijeran mensajero de Dios, enviado para darnos un gran consejo, que es enseñarnos el camino de nuestra salvación. Lo cual no hicieran, si no entendieran que aquí abiertamente se declaraba la divinidad deste Señor.

El mismo profeta le pone también este nombre en aquella ilustre profecía, en la cual dice que una virgen concibiría y pariría un hijo, el cual se llamaría Emanuel, que quiere decir, Dios con nosotros (1). Y añadiendo luego que este niño comería leche y miel á manera de los otros niños, declara su humanidad, mas llamándole Emanuel (que es, Dios con nosotros) declara su divinidad. Y este nombre concuerda muy bien, según algunos interpretan, con otra profecía del mismo profeta (2), en la cual hablando del Salvador, dice que le pondrán un nombre nuevo, el cual ha de nombrar Dios. Pues ¿qué nombre nuevo será éste?

(1) Esai. 7 (2) Esai. 62.

Porque el nombre de Jesús, que fué puesto al Salvador en la circuncisión, no es nombre nuevo, pues otros muchos lo tuvieron antes dél. ¿Cómo pues se verificará esta palabra y promesa de Dios? ¿Qué nuevo nombre ha de ser éste nunca jamás visto ni oído en el mundo? Ciertamente no puede ser otro que ser llamado Dios y hombre juntamente, lo cual hasta agora nunca en el mundo se vió. En este lugar me pareció advertir cuán diferentemente interpretaban la Escriptura los doctores hebreos que escribieron antes de la venida del Salvador, de cómo los que vinieron después. Porque éstos, como tienen sobre los ojos el velo de la pasión, que ciega la razón, falsifican las Escripturas conforme á su dañada intención. Mas los que escribieron antes, como estaban libres desta pasión, no tenían esta ocasión para torcerlas, y así interpretaron las Escrituras sanamente, como ellas lo significan. Digo esto, porque uno destos antiguos, declarando este nombre de Emanuel que aquí alegamos, dice así: Porque el Mesías había de ser Dios y hombre, por eso se le puso por nombre Emanuel, que quiere decir, Dios con nosotros, esto es, en nuestro cuerpo y nuestra carne, como lo testificó Job, cuando dijo: En esta carne mía veré á Dios. Y añade más: Porque es Dios, se llama consiliario admirable, porque descubrió un maravilloso consejo para salvar las ánimas, que por el pecado de Adán estaban condenadas y por ninguna vía podían ser salvas, sino padesciendo el rey Mesías una muerte muy dolorosa con muchos tormentos. Lo susodicho es deste doctor hebreo, el cual como no tenía en sus ojos las cataratas y lagañas que tienen los de agora, veía la verdad clara y pura en la fuente de las sanctas Escripturas.

§ I

Hieremías también testifica esta misma divinidad por estas palabras (1): Mirad, dice Dios, que han de venir días en los cuales nascerá David, que será planta de justicia, y reinará este rey, y será sabio, y hará juicio y justicia en la tierra. Y añade luego: el nombre con que lo llamarán, será el Señor nuestro Justo. Dónde en lugar de aquella palabra Señor, está en el hebreo el nombre de las cuatro letras, que á solo Dios se atribu-

(1) Hierem. 23.

ye. Lo mismo testifica el profeta Baruc en el capítulo 3, en el cual después de haber declarado cómo Dios es criador y señor de todas las cosas, añade luego estas palabras: Éste es nuestro Dios, y no hay otro que se compare con él, el cual halló todos los caminos de la sabiduría, y entrególa á Jacob su siervo y á Israel su amado. Y después desto fué visto en la tierra, y conversó con los hombres. Pues ¿con qué palabras más claras se pudieran explicar las dos naturalezas divina y humana, que con éstas? Y ¡cuán bien se declara por aquí el nombre susodicho de Emanuel, que es, Dios con nosotros! Ni es menos ilustre testimonio el del profeta Miqueas, que arriba alegamos, el cual dice así (1): Tú, Betlem, tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los millares de Judá, porque de ti nascerá un príncipe que rija á mi pueblo de Israel. En lugar de las cuales palabras la translación caldea traslada más claro, diciendo: De ti nascerá el Mesías. Y añade luego el profeta: Y su salida será dende el principio de los días de la eternidad. En las cuales palabras claramente señala dos nascimientos deste Señor, uno en tiempo, en el lugar de Betlem, y otro ante todo tiempo, que es dende los días de la eternidad, que es propria de solo Dios,

Otros lugares hay en la sancta Escriptura con que se nos representa por más nueva manera la divinidad y gloria de nuestro Salvador. Entre los cuales se cuenta aquel juramento que pidió el patriarca Abraham al criado que iba á buscar mujer para su hijo Isaac. Al cual dijo: Pon tu mano debajo de mi muslo para que te conjure por el Señor Dios del cielo y de la tierra sobre que no tomes mujer para mi hijo Isaac de las mujeres de los cananeos, en cuya tierra moro, &c. ¿Qué manera de juramento es éste? Los hombres, cuando juran solennemente en juicio por los sanctos Evangelios ó por la cruz, ponen la mano sobre ellos ó sobre ella, y así juran. Pues mandando el santo Patriarca poner la mano en su muslo y tomar juramento por el Señor del cielo y de la tierra, era dar á entender que de aquel muslo había de nascer el Señor del cielo y de la tierra, de lo cual tenía certísima revelación, cuando Dios le juró que dél nascería un hijo, por quien todas las gentes habían de ser benditas. Porque á no pretender esto el sancto varón, ¿á qué propósito mandaba

(1) Mich. 5.

poner la mano en el muslo para jurar por el Señor del cielo y de la tierra, sino porque sabía que de allí había de nascer este Señor? Esto pues, con todo lo dicho, nos testifica la divinidad del Salvador, que es el verdadero Señor de cielos y tierra.

Ni Salomón dejó de entender y declarar este misterio, cuando en el capítulo 30 de sus Proverbios habla de la sabiduría, que juntamente con Dios crió todas las cosas del mundo, con grande magnificencia de palabras, y con la misma declara lo mismo, cuando después de haber dicho que Dios moraba en él y hablaba por él, dice estas palabras: ¿Quién subió al cielo, y descendió? ¿Quién tiene los vientos en sus manos? ¿Quién recogió las aguas como en una vestidura? ¿Quién crió todos los términos de la tierra? ¿Cuál es el nombre dél, y cuál el nombre de su hijo, si lo sabes? Ved con qué resplandor y majestad de palabras vino á manifestar esta verdad, que es tener hijo quien todas las cosas crió, el cual solo estando en el cielo descendió á la tierra por nuestro remedio. Y con añadir aquella palabra, si lo sabes, dió á entender cuán profundo y secreto era este misterio. Ni careció deste conoscimiento el Eclesiástico, cuando en su oración dice: Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, pidiéndole que no me desampare en el tiempo de la tribulación (1). En las cuales palabras claramente pone el nombre del Padre y del Hijo de Dios, pues nombra aquí Padre y Hijo, cuando dice: Invoqué al Señor, Padre de mi Señor.

Bien sé que los maestros de los hebreos, convencidos con estas autoridades, buscan mil invenciones para huir de la verdad tan clara. Para lo cual unas veces tuercen la Escritura, aplicando á una cosa lo que pertenece á otra, como lo hacen en el capítulo 53 de Esaías, que trata de la Pasión, aplicando esto á los trabajos que pasa agora el pueblo de Israel en su cativerio. Otras veces falsifican y corrompen el texto de sus biblias, no mirando que la translación de los setenta intérpretes y la caldea (á quien ellos dan mucho crédito) les contradice. Otras veces, cuando se ven muy apretados, fingen fábulas y mentiras para defenderse. Para lo cual no dejaré de referir aquí una dellas. Porque en aquella autoridad que agora alegamos del profeta Miqueas (2) (en la cual dice que Cristo nascerá en Betlén, y que su salida

(1) Eccli. 51. (2) Mich. 5.

será dende el principio de los días de la eternidad, en las cuales palabras, como vimos, demás del nascimiento temporal de Cristo en Betlén, se significa otro nascimiento, en el cual *ab aeterno* nasce de su eterno Padre) viéndose ellos apretados con este tan claro testimonio de la divinidad del Salvador, fingen un disparate, diciendo que siete cosas fueron criadas antes del mundo, que fueron la ley, la penitencia, el infierno, la casa del Sanctuario, el trono de la gloria, el paraíso terrenal y el nombre del Mesías. Y con esta fábula responden á esta autoridad de Miqueas, diciendo que aquella salida de los días de la eternidad se entiende del nombre del Mesías, que es una de aquellas siete cosas que fueron criadas antes que el mundo se criase. Y que este dicho sea fabuloso y vano, la razón clara lo muestra. Porque la ley entonces no podía estar sino en algún entendimiento. Mas éste no podía ser el de Dios, porque en él no puede haber cosa criada, ni tampoco en entendimiento de hombre ó de ángel, porque antes de la creación del mundo no había hombre ni ángel. Y la misma razón corre del nombre del Mesías. En lo cual se ve, demás de la infidelidad, la rudeza y poco saber destos doctores, pues no ven que dicen cosas tan contrarias á la razón. Por tanto, no quiero gastar tiempo en redargüir sus disparates, mayormente hablando con vos, pues con la luz que nuestro Señor os ha dado, veis tan clara la verdad.

§ II

Y si demás de los dichos de los profetas queréis testimonios de gentiles, leed el primer libro de Augustino Eugubino, y en él hallaréis que muchos gravísimos filósofos, cuales fueron Mercurio Trimegisto, Platón, Plotino, Macrobio, Porfirio, Proclo, los cuales (ó por tradición, ó por revelación como las Sibilas) testifican esta misma generación eterna del Hijo de Dios con palabras tan claras, que ponen admiración á quien las lee. Y así lo llaman con los mismos nombres que nosotros, que son Hijo de Dios, sabiduría eterna, Verbo ó palabra del Padre, y Mente, que quiere decir entendimiento, ó razón, ó sabiduría. Y Porfirio, enemigo de nuestra religión, refiere la sentencia de Platón acerca deste misterio, totalmente conforme á nuestra fe. Porque primeramen-

te dice que del sumo Bien nasce una mente, que es el Hijo de Dios, por una manera que ninguno de los mortales podrá entender. Y que esta Mente tiene ser por sí misma, como Dios todopoderoso, y que ésta misma es silla, origen, fuente, principio y reino de todas las cosas. Item que es la primera hermosura y origen de todas las hermosuras, y dechado y espejo dellas, y que por ella son hermosas y buenas todas las cosas que hizo. Y demás desto dice que esta Mente fué eternalmente engendrada ante todos los siglos. Todo esto se saca de la sentencia de Platón, referida por este filósofo susodicho. Mas entre todos estos filósofos, el más antiguo (que fué Mercurio Trimegisto) habla tan claro desta generación divina, que pone espanto á quienquiera que lo lee. El cual, enseñando á un hijo suyo, dice así: Oh hijo, el Verbo ó palabra del Criador es eterno, mueve por sí, no sufre augmento ni diminución, es inmutable, incorruptible, singular, siempre semejante á sí mismo, igual, concorde, estable, uno en sí mismo. Pues ¿qué mayores alabanzas se pudieran decir del Verbo divino, que éstas? Sobre las cuales palabras dice Eugubino que no se hartaba de maravillar y que quedaba atónito de ver lo que la antigua filosofía testifica del Hijo de Dios, y que con gran alegría daba gracias al Redemptor del mundo, porque mediante la predicación de su Evangelio hinchió todas las tierras del conoscimiento de su divinidad, de tan pocos conoscida en los tiempos antiguos, cumpliendo lo que estaba antes profetizado por Esaías, el cual dice que la tierra había de ser llena del conoscimiento de Dios, como la mar cuando se derrama y extiende por sus riberas (1).

Y si allende de estos testimonios queréis alguna razón, acordaos de aquellas palabras que dice Dios por Esaías (2): ¿Por ventura yo que hago parir á las criaturas, no pariré? ¿Yo que les doy poder de engendrar, seré estéril, dice el Señor? Si pusiéredes los ojos en cuantas cosas hay en este mundo inferior, que tiene alguna manera de vida, hallaréis que todas ellas, en llegando á la perfeción de su naturaleza, engendran otras semejantes á sí. Todos los árboles, todas las yerbas y generalmente todas las plantas, en habiendo crescido y llegado á su perfeción, luego producen semillas, con las cuales nazcan otras semejantes á ellas

(1) Esai. 11. (2) Esai. 66.

como hijos de padres, que es un linaje de generación. Asimismo todos los animales de la tierra, todos los peces de la mar y todas las aves del aire engendran otras semejantes á sí. El león engendra león, el caballo caballo, y así todas las demás. Pues ya del hombre no tenemos que dubdar. Y es cosa tan propria ésta de todas estas criaturas, que dijo Aristóteles: Naturalísima cosa es en todas las cosas que tienen vida, engendrar otras semejantes á sí. Pues siendo ésta natural perfeción de todas las cosas que viven, dada por el autor y criador de la naturaleza, no era razón que caresciese Aquél que es infinitamente perfecto, de la perfeción que dió á sus criaturas. Y así dél confesamos y creemos que engendró su unigénito Hijo nuestro Salvador.

§ III

Con ésta se junta otra divina razón que en el tratado pasado alegamos, la cual sirve grandemente así para el misterio de la Encarnación, de que allí tratábamos, como de la Sanctísima Trinidad, de que agora trataremos. Para lo cual habéis de presuponer aquella tan celebrada sentencia de S. Donisio muchas veces en estos libros alegada, que la naturaleza del bien es ser comunicativo de sí mismo, como lo veis en el sol, que tan liberalmente comunica su luz á todas las criaturas del mundo, y como también lo podéis ver en muchos religiosos y sanctos varones que van hasta el cabo del mundo y se ponen á los peligros de la mar y de la tierra por comunicar á los infieles aquella luz y bondad que Dios les dió. Y ¿de dónde pensáis que ha procedido tanta infinidad de libros de sanctos, sino de este mismo principio, que es deseo de comunicar la doctrina y sanctidad que en ellos había, no sólo á los presentes, sino también á los siglos advenideros. Y como sea ésta la naturaleza y propriedad del bien, síguese que cuanto la cosa cresciere más en quilates de bondad, tanto será más comunicativa de sí misma. Pues como sea verdad que nuestro inmenso Dios sea infinita y sumamente bueno, síguese que ha de ser sumamente comunicativo de sí mismo, que es, de las riquezas, bondad y divinidad que en sí tiene, porque ésta es suma y perfecta comunicación, y tal cual conviene á la suma Bondad. Y dado caso que haya él comunicado á sus criaturas,

mayormente á los hombres y ángeles, todos cuantos bienes tienen, mas todo esto que ha comunicado, y cuanto más puede comunicarles, es como nada en comparación de aquella soberana comunicación de su divinidad. Porque todo lo comunicado son bienes finitos y limitados, mas aquella divina Substancia es bien infinito, y de lo finito á lo infinito no hay proporción ni comparación. Ésta es una muy poderosa consideración para entender el misterio de la divinidad de Cristo nuestro Salvador y de la Sanctísima Trinidad. Porque de esta propriedad y naturaleza del sumo Bien procede comunicar el Padre al Hijo su misma esencia, y el Padre y el Hijo, que tienen una misma voluntad, amándose infinitamente, producen la tercera persona del Espíritu Sancto, á la cual también comunican su misma divinidad y esencia, como luego trataremos.

Catec. Muy bien habéis declarado y fundado la divinidad del Salvador con tan claros testimonios de profetas, de filósofos, de sibilas, y juntamente con esa postrera razón, fundada en la condición y naturaleza del bien. Por tanto, aquí no tengo ya más qué preguntar.

DIÁLOGO III

DEL MISTERIO DE LA SANCTÍSIMA TRINIDAD

Catecúmeno.

YA que hasta aquí me habéis instruído, maestro, en todo lo que debo creer y entender acerca del artículo de la divinidad del Salvador, réstanos agora tratar del misterio inefable de la Sanctísima Trinidad, en cuya fe suelen tropezar los infieles como en cosa que excede la facultad de la razón humana. Por tanto, así para mayor consolación mía como para desengaño de los que andan errados, querría que me enseñásedes lo que se debe creer acerca deste misterio.

Maestro. Para tratar desta materia conviene primeramente pedir licencia á nuestro Señor para entrar en este sanctuario, y también luz para ver lo que está encumbrado sobre todo lo criado, y demás desto debida reverencia y templanza para tratar de tan gran misterio, el cual más debe ser adorado que escudriñado. Por lo cual dijo Tulio que era cosa peligrosa tratar de Dios, aunque digamos la verdad, si no la decimos con aquel temor y reverencia que conviene á tan grande Majestad. Y el mismo en otro lugar dice que desta materia habemos de tratar pocas cosas, y ésas con temor y reverencia. En lo cual concuerda con lo que el Apóstol nos enseña diciendo que no queramos saber más de lo que nos conviene saber, sino que en esta parte tengamos medida y templanza (1). Y Salomón nos declara el peligro que hay en la destemplanza, diciendo (2): Así como es cosa dañosa comer grande cantidad de miel, así el escudriñador de la Majestad será oprimido de la gloria. No hay cosa más dulce para quien tiene purgado el paladar de su ánima, que contemplar aquella infinita hermosura: mas quien quiere pasar los términos deste conocimiento y escudriñar con su razón lo que es incomprehensible, podrá cegarse con la grandeza de aquel divino resplandor, como

---

(1) Rom. 12. Eccli 7. (2) Prov. 25.

se cegaría el que porfiase á mirar al sol en su misma rueda. Por dónde así como Dios, queriendo hablar con Moisén en el monte Sinaí, le mandó que señalase cierto término á donde el pueblo pudiese llegar sin pasar adelante so pena de muerte (1), así el hombre debe saber hasta dónde podrá llegar en el conoscimiento de Dios, sin querer escudriñar más. El cual término nos declara el Eclesiástico por estas palabras (2): No quieras saber las cosas que sobrepujan la facultad de tu entendimiento, sino procura pensar siempre en las cosas que Dios te mandó, y no seas curioso escudriñador de sus obras, pues muchas dellas exceden la capacidad de tu entendimiento. Lo cual nos aconseja S. Crisóstomo (3), haciendo comparación de la generación temporal de Cristo con la eterna, por este discurso: Si no podemos comprehender (dice él) de la manera que el cuerpo humano se forma en las entrañas de la madre, ¿cómo sabremos de la manera que el Espíritu Sancto con sola su virtud formó el cuerpo del Salvador en las entrañas de la Virgen? Por tanto, avergüéncense y confúndanse los que con atrevida curiosidad quieren escudriñar aquella eterna generación del Hijo de Dios, porque si no puede nuestro ingenio alcanzar ésta, ¿qué locura será pensar que nadie pueda alcanzar con el entendimiento, y declarar con palabras aquella inefable generación? Por tanto, conténtate, hombre, con la simplicidad de la fe, y no quieras inquirir lo que Dios quiso que estuviese secreto. Ésta es pues, hermano, la templanza con que habemos de tratar este misterio.

Mas porque estamos obligados á creer explícita y distinctamente los artículos de la fe, entre los cuales éste es el más principal, por tanto nos conviene aquí tratar dél, mas esto con la templanza y reverencia que habemos dicho. Para lo cual (dejadas aparte para los teólogos las subtilezas deste misterio) me pareció tratar tres cosas. La primera, señalar los lugares de la sancta Escriptura que dél hablan. La segunda, declarar de la manera que habemos de concebir este misterio, para que no concibamos alguna cosa material y indigna de la Majestad divina. La tercera será (dejando las razones que algunos doctores traen para fundar la fe deste misterio) mostrar que no es argumento bastante contra esta verdad no alcanzarla nuestra razón, pues el miste-

(1) Exod. 19. (2) Eccli. 3. (3) Homil. 4 sup. Matth.

rio es tan alto, y la razón humana tan ratera y baja para alcanzar cosas tan altas.

Y cuanto á lo primero, habéis de saber que este artículo de la fe de la Sanctísima Trinidad fué necesario declararse más distinctamente en el Nuevo Testamento que en el Viejo, por causa del misterio de la Encarnación, en el cual confesamos el Hijo de Dios haber encarnado y sido concebido en las entrañas de una virgen por virtud del Espíritu Sancto: lo cual no se podía entender, sino entendido este sacramento de las tres personas divinas. Mas en el Viejo no había esta necesidad, y corría peligro que aquella gente ruda, no entendiendo la alteza de este misterio, creyese que había muchos dioses, y así tomase de aquí ocasión para su idolatría, á la cual aquel pueblo era muy inclinado. Mas en el Nuevo Testamento este artículo de nuestra fe está en muchos lugares declarado. Y así dice S. Juan (1): Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, y el Verbo, y el Espíritu Sancto, y éstos tres son una misma cosa. Y el Salvador, enviando sus discípulos á predicar el Evangelio por todo el mundo, les dijo (2): Id, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Sancto. Dejo otras muchas autoridades, porque bastan éstas. Y pues (como arriba alegamos) nos es mandado creer todo lo que el Mesías nos dijere de parte de Dios, y él nos reveló este sacramento, esto basta para lo creer.

Mas tampoco en el Testamento Viejo faltan autoridades, las cuales de tal manera testifican este misterio, que los sabios y sanctos varones de aquel tiempo lo entendiesen, mas la gente ruda y ignorante no lo alcanzase. Uno de los principales lugares que para esto hay, es el del capítulo 48 de Esaías, donde el mismo Dios, que en todo este capítulo va siempre hablando, dice así: Llegaos á mí, y oid estas palabras. No hablé yo al principio en lugar escondido. Dende aquel tiempo antes que se hiciese, yo estaba ahí, y agora el Señor me ha enviado, y el espíritu suyo. En las cuales palabras primeramente es de notar la atención que pide para lo que pretende decir, como cosa digna de grande atención, diciendo: Allegaos á mí, y oid estas palabras. Síguese luego: No hablé yo al principio en lugar escondido. Todos los intérpretes hebreos y católicos entienden por esta primera habla de Dios la

(1) Joan. 5. (2) Matth. 18. Marc. 16.

ley que dió al pueblo en el monte Sinaí, acabándolo de sacar de Egipto, porque ésta fué la primera habla que Dios hizo en público, oyendo todos los hijos de Israel la voz de Dios. Por lo cual atemorizados grandemente con el sonido desta voz, dijeron á Moisén (1): Háblanos tú, y oirte hemos: no nos hable el Señor, porque por ventura no muramos. Y tras destas palabras dice luego (2): En aquel tiempo, antes que esto se hiciese, ahí estaba yo. Éstas son palabras que va continuando el mismo Dios, declarando que él era antes deste tiempo, y que allí estaba presente cuando la ley se dió. Y añade luego: Y agora el Señor me ha enviado, y el espíritu suyo. ¿Á quién, veamos, envió? Á aquél que se había hallado presente al dar la ley, que era el Hijo de Dios, que es ante todo tiempo: el cual juntamente con el Padre dispone y ordena todas las cosas, y éste dice que fué enviado del Señor y de su espíritu al mundo, después de dada aquella ley de escriptura, á darle nueva ley de gracia. Dónde vemos expresadas las tres personas divinas, conviene saber, dos, que son el Padre y el Espíritu Sancto, y la tercera, que es el Hijo de Dios, el cual dió juntamente con el Padre y con el Espíritu Sancto aquella primera ley. En las cuales palabras (como digo) tenemos expresado el misterio de la Sanctísima Trinidad.

Pues como los doctores de los hebreos se ven convencidos con este texto, recorren á sus artificios acostumbrados para huir de la verdad. Y así Rabi Salomón (que es muy principal entre ellos, y más atrevido para torcer las Escripturas y fingir patrañas) para descabullirse deste paso finge una de las suyas, diciendo que aquellas palabras, ahí estaba yo, y el Señor me envió, y su espíritu, no son palabras del Hijo de Dios, sino del mismo profeta Esaías, que fué enviado á profetizar por Dios. Y preguntándole cómo estuvo ahí presente Esaías, que nasció 676 años después que se dió esta ley en aquel monte, responde que así Esaías como todos los otros profetas se hallaron presentes al tiempo que se dió la ley, y que allí recibieron sus profecías para predicarlas al pueblo en el tiempo que Dios se lo mandase. De suerte que según esta glosa entonces estaban los profetas vivos, y luego murieron, y después resuscitaron, cuando predicaron sus profecías. Pues ¿qué cosa más fabulosa y más sin fundamento que ésta? Éstos son

(1) Exod. 20. Deut. 5. (2) Esai. 48.

los agujeros que éstos buscan para huir de la luz. Mas si dijeren que las ánimas de los profetas fueron entonces criadas, y que así se hallaron presentes al dar la ley, y que de ahí á muchos años las infundió Dios en los cuerpos después de organizados, conforme á nuestra fe declarada en los concilios, esto es contra toda buena razón y filosofía, la cual nos enseña que primero se forma y organiza el cuerpo en las entrañas de la madre, y después cría Dios y infunde el ánima en él, y así lo hizo él cuando crió al hombre, porque primero formó el cuerpo de la tierra, y después infundió en él espíritu de vida (1). Y sobre todo esto, ¿qué necesidad había de infundir Dios el espíritu de profecía cuando dió la ley, pues era cosa más decente y más ordenada infundirlo cuando ofrescidas las ocasiones de los pecados, los enviase á predicar contra ellos? Así que esta glosa, como no tiene fundamento, ella por sí misma se cae, porque lo que sin fundamento de razón se dice, ello queda por sí confundido.

Con esta autoridad se juntan otras, cual es la del Psalmo 32, que dice: Con el Verbo de Dios fueron criados los cielos, y del espíritu de su boca procedió la virtud dellos. Y deste mismo espíritu divino se dice que al principio del mundo andaba sobre las aguas (2), para denotar la virtud y eficiencia dél en la creación de las cosas. Á este mismo propósito alega el Maestro de las Sentencias aquella primera palabra del Génesi, donde se dice: En el principio crió Dios el cielo y la tierra (3). Porque en lugar desta palabra Dios, está en la lengua hebrea Eloim, que quiere decir dioses en plural, teniendo este nombre singular, que es Eloa: lo cual es cierto cosa de admiración. Mas como todo el fundamento de nuestra fe sea el conocimiento de la Sanctísima Trinidad, quiso la Sabiduría divina que la primera palabra de toda la sancta Escriptura tácitamente significase que en aquella simplicísima y altísima Substancia había distinción de personas, y así se entendiese que la obra de la creación era común á todas ellas. Lo cual aún se confirma en aquella excelentísima obra de la formación del hombre, en la cual se dice: Hagamos un hombre á nuestra imagen y semejanza (4). Dónde en aquella palabra, Hagamos y nuestra, se denota que más que una persona era la fa-

(1) Genes. 2. (2) Genes. 1. (3) Genes. 1. (4) Genes 1.

bricadora desta noble criatura, á quien se entregaba la presidencia de todas las otras. Esto baste cuanto á los testimonios del Testamento Viejo.

§ I

Síguese que tratemos agora la segunda cosa que propusimos, que es, la manera en que habemos de concebir este divino misterio. Para lo cual es de saber que en Dios nuestro Señor, con ser él una simplicísima substancia, hay muchas cosas que no podemos en esta vida saber. Porque como aquí no le conocemos en sí mismo, sino en sus obras (una de las cuales es la fábrica deste mundo) no podemos por esta obra conoscer dél más de lo que ella nos representa, que es la grandeza del saber con que la trazó, y del poder con que la crió, y de la bondad con que proveyó á sus criaturas de todo lo necesario para su conservación y multiplicación. Mas por cuanto estas obras criadas no igualan ni declaran toda su grandeza, de aquí es que no entendemos por ellas más de lo que ellas nos descubren: como si nos mostrasen una imagen perfectísimamente obrada, conoceríamos por ella el ingenio y arte del que la pintó, mas la condición que tiene, las más artes que sabe, con lo demás que hay en él, no lo conoceríamos, porque nada desto dice la pintura. Pues entre estas cosas que no sabemos de nuestro Dios, una es el misterio de la Sanctísima Trinidad, esto es, que en aquella simplicísima Substancia hay distinción de personas, que son, Padre, y Hijo, y Espíritu Sancto, que con ser tres personas, es un solo Dios, porque es una la naturaleza y esencia que está en todas ellas. Esto es cosa propria y singular de Dios, en la cual se diferencia de todas las criaturas racionales y intelectuales, que son hombres y ángeles, porque en éstos, donde hay una substancia, hay una sola persona, mas en aquella altísima naturaleza hay esta singularidad y excelencia, que siendo la esencia una, las personas sean tres. Pues esta distinción de personas con unidad de esencia (que es el misterio de la Sanctísima Trinidad) no se alcanza por la fábrica de las cosas criadas, mas tuvo por bien la misericordia de nuestro Dios revelarnos este gran secreto en la ley de gracia (donde son más crecidas y largas las mercedes de sus gracias) para más

clara inteligencia del misterio de la encarnación, como ya dijimos.

El fundamento que la fe católica tiene para confesar tres personas, y no ser más que una la esencia y substancia en todas tres, es hallar en las Escripturas sanctas que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Sancto es Dios, mas que no son tres dioses, sino un solo Dios. Porque ser tres dioses es totalmente imposible. Porque si son tres dioses, ha de ser habiendo alguna diferencia entre ellos. Y esto no puede ser sino habiendo alguna perfección en uno que no haya en el otro, y ése á quien faltare esta perfección, no puede ser Dios, porque Dios es infinitamente perfecto, y ha de tener en sí todas las perfecciones que se pueden imaginar. Porque (como todos confiesan) Dios es una cosa tan grande y tan perfecta, que no se puede imaginar ni pensar otra mayor ni mejor. Por dónde se concluye que es imposible ser muchos dioses, sino un solo Dios. Y aunque las personas divinas sean tres (y cada una dellas sea verdadero Dios) no por eso son tres dioses, sino uno solo, por ser (como dijimos) una sola la divinidad en todas tres.

Y aunque algunos doctores, y especialmente Ricardo de S. Víctor, en un libro que escribió deste misterio, traya muchas razones y conveniencias para casar la razón con la fe dél, mas yo aquí no trato de convencer el entendimiento con razón, sino de humillarle con su bajeza, para que no presuma con su corto entendimiento entrar en este abismo tan profundo. El cual nos representa aquel místico río que vió el profeta Ezequiel, del cual una parte era tan profunda, que no se podía vadear. Mas todavía para consolación vuestra os quiero brevemente declarar una de las grandes conveniencias que hay para creer este misterio. Para lo cual os debéis acordar de lo que ya muchas veces habemos tratado, que es, ser Dios infinitamente bueno. Y siendo infinitamente bueno, ha de ser infinitamente comunicativo, porque como (según doctrina muy celebrada de S. Dionisio y de todos) la naturaleza del bien sea comunicarse á otros, donde ponemos infinita bondad, habemos de poner infinita comunicación, y ésta no ha lugar sino comunicando Dios su misma divinidad y esencia. Porque todo cuanto ha comunicado á todos los ángeles del cielo y á todas las criaturas deste mundo, es cosa limitada y finita, y como nada en comparación de la comunicación de

su misma divinidad y esencia, y así no corresponde perfectamente á la infinita bondad deste soberano Señor. Pues deste fundamento tan sólido concluímos la procesión de las divinas personas. Porque el Padre Eterno comunica á su amantísimo Hijo su misma divinidad y esencia, y el Padre juntamente con el Hijo la comunican al Espíritu Santo. Y desta manera, ni hacemos á Dios solitario, ni escaso, ni estéril, que es cosa ajena de Dios, como él lo declaró por Esaías, diciendo: Yo que doy facultad á los otros para engendrar, ¿por ventura me quedaré estéril? Así que desta manera engrandecemos la bondad de Dios, y excluímos la esterilidad y soledad. Porque á no haber más que ángeles y hombres con las otras criaturas inferiores, tan solo se quedara él como Adán con todas las bestias, si no se criara Eva, que era de su misma especie y naturaleza, pues en lo que toca á la perfección, mayor es la distancia que hay de los ángeles y hombres á Dios, que de las bestias brutas á Adán.

Mas volviendo á la explicación deste misterio, quiero advertiros que cuando oímos estas palabras, Hijo, Padre y generación, no entendamos alguna cosa material. Será razón avisar que en toda esta procesión de las personas divinas no entreviene cosa corporal, porque como Dios sea un espíritu purísimo, sin composición ni mezcla de otra cosa (porque no hay en Dios otra cosa más que Dios) no hay en este tal espíritu más que entendimiento y voluntad, y así todo cuanto él ha obrado y óbra en este mundo, es con solo entender y querer, y con su divino entendimiento trazó este tan grande y tan hermoso mundo, y con su voluntad quiso criarlo, y en ese punto fué criado. Y esto es lo que el Real Profeta engrandece en el Psalmo 135 por estas palabras: Alabad al Señor, porque es bueno y porque eternalmente dura su misericordia. Porque él solo es el que hace maravillas. Él es el que hizo los cielos con su entendimiento, él es el que fundó la tierra sobre las aguas. Él hizo las lumbreras del cielo, el sol para alumbrar de día, y la luna con las estrellas para esclarecer la noche. Todas estas cosas obró él con solo su entendimiento y voluntad. Porque con el entendimiento trazó y dispuso la orden admirable que los cielos guardan en sus movimientos para causar la diversidad de los tiempos y producir los fructos de la tierra, y con la omnipotencia y imperio de su voluntad salieron todas estas criaturas de no ser al ser. Y con ser los cielos unos cuerpos tan gran-

des, no costaron al Criador más que solo entender y querer. Lo mismo decimos de todas las otras cosas que crió. Quiso poblar este mundo de animales, de peces, de aves y de infinitas diferencias de árboles y yerbas y plantas, y en toda esta fábrica no hubo más de lo que dice el Psalmo (1): *Ipse dixit, & facta sunt, ipse mandavit, & creata sunt.*

§ II

Pues así como creemos que Dios óbra todas las cosas con solo entendimiento y voluntad, así habemos de creer que en esta procesión de las divinas personas no entreviene más que entendimiento y voluntad. Y así el Padre Eterno con su divino entendimiento engendra y produce la persona del Hijo, al cual comunica su misma naturaleza y substancia. Y el Padre y el Hijo, amándose infinitamente con la voluntad, producen la persona del Espíritu Sancto, el cual esencialmente es amor, según aquello de S. Juan, que dice: Dios es caridad y amor, y quien está en caridad, está en Dios. Y así no ponemos en este misterio más que dos emanaciones, una por vía del entendimiento (por la cual procede el Hijo) y otra por vía de la voluntad, por la cual procede el Espíritu Sancto. Desta manera confesamos y adoramos tres personas y una sola naturaleza y substancia, que es común á todas tres. En lo cual veréis la diferencia que hay deste divinísimo misterio al de la sancta encarnación del Hijo de Dios. Porque aquí hallamos distinción de tres substancias ayuntadas en una sola persona de Cristo, que son, carne, ánima y Verbo divino: mas allí, por el contrario, en una sola substancia adoramos tres personas divinas, que son Padre, y Hijo, y Espíritu Sancto. Allí las substancias son tres y la persona una, aquí la substancia es una y las personas tres. Y en lo uno y en lo otro resplandece la alteza de aquella soberana Majestad, que sobrepuja la capacidad de todos los entendimientos.

Catec. Como esas cosas sean tan altas, querría ver algunas semejanzas de las cosas corporales que vemos con los sentidos, para mejor entenderlas. Porque somos los hombres tan rudos y

(1) Psalm. 148.

tan subjectos á los sentidos corporales, que (como dicen) no sabemos leer sino por el libro de nuestra aldea.

Maest. Imposible es hallar en todas las cosas criadas cosa que perfectamente represente lo que hay en el Criador. Porque como sea infinita la distancia que hay entre las criaturas y él, no puede haber en ellas ejemplos que del todo cuadren y representen lo que hay en él. Mas con todo eso, para ayuda de nuestra rudeza ponen los doctores algunas semejanzas, aunque muy imperfectas, deste misterio. Entre las cuales una es la del hombre, cuando entiende y ama á sí mismo. Para lo cual tomemos por ejemplo un hombre aventajado en sabiduría sobre los otros hombres, como fué Salomón, á quien Dios otorgó tan grande saber y prudencia y tan grande corazón, que lo compara la Escriptura con las arenas de la mar (1). Pónese pues este hombre á considerar á sí mismo con todas estas excelencias que de Dios recibió, y considerando esto, produce en su entendimiento un Salomón inteligible, que es, un concepto y una como imagen que representa todo lo que hay en Salomón. Y como esta perfección así representada sea tan excelente, síguese luego amor de cosa tan digna de ser amada. Pues en esta inteligencia tenemos tres cosas: la primera es Salomón, que conoce su perfección, la segunda es el concepto que dentro de su entendimiento forma della, y la tercera el amor que deste conoscimiento procede. Pues esto mismo confesamos en aquella altísima emanación de las personas divinas. Mas todavía hay muchas diferencias de lo uno á lo otro, especialmente ésta, que en el hombre este concepto y amor de sí mismo son accidentes, mas en Dios no son accidentes sino substancia, y no otra que la del mismo Dios. Ni se debe nadie espantar de lo que aquí decimos, conviene saber, que el Padre Eterno, entendiendo á sí mismo, engendra y produce la persona del Hijo, pues cada día vemos una cosa en algo semejante á ésta, y es que mirándose una persona en un espejo, produce en él una imagen que representa perfectamente su propria figura. Pues luego ¿qué maravilla es que aquel Padre soberano, cuya virtud y poder es infinito, mirando á sí mismo produzga dentro de sí la imagen perfectísima de su Hijo? Sino que la diferencia está en que aquella imagen del espejo es accidente, mas ésta es persona subsistente

(1) III Reg. 4.

que por sí tiene su ser. Mas en esto también corre la comparación que si siempre estuviese una persona mirándose al espejo, siempre estaría produciendo aquella figura: y así, porque el Padre celestial está siempre mirando su divina esencia, siempre está produciendo la persona del Hijo. Y es cosa tan propria de Dios estar siempre contemplando su infinita esencia y hermosura, que dice Aristóteles que ninguna cosa hay proporcionada y adecuada al entendimiento divino sino la gloria de su divinidad y esencia, y que sería contra la dignidad de aquella altísima Substancia abajarse á entender otra cosa más que á sí misma. Lo cual glosa Santo Tomás diciendo que no por eso deja de entender y conocer todas las otras cosas inferiores, porque en su misma esencia como en un espejo universal y purísimo las ve todas.

§ III

Otra semejanza ponen de nuestra ánima y de sus potencias, que son memoria, entendimiento y voluntad, aplicando la memoria (en la cual está el depósito de todas las sciencias) al Padre, en quien están todas las riquezas de la divinidad (1), y el entendimiento al Hijo, el cual, como dijimos, es producido por el entendimiento del Padre, y la voluntad (que es la potencia con que amamos) al Espíritu Sancto, que procede de la voluntad del Padre y del Hijo juntamente. Y estas tres potencias del ánima no son tres ánimas, sino una sola.

También se pone aquí otro común ejemplo del sol, que es la más excelente de las criaturas corporales, y así en muchas cosas tiene semejanza con su Criador, como arriba dijimos. Pues en el sol vemos tres cosas, que son el mismo sol, y la luz que nace dél, y el calor que procede de ambos. Por lo cual el Apóstol llama al Hijo de Dios resplandor de la gloria del Padre (2), y el Sabio lo llama blancura de la luz eterna y espejo sin mácula de la majestad de Dios (3). Dónde también es de notar que así como el sol sin jamás cesar produce la luz, y el uno y el otro al calor, así el Padre Eterno siempre está produciendo la luz eterna de su Hijo, y ambos juntos al Espíritu Sancto. Y así como si el sol fuera

(1) Coloss 2. (2) Hebr. 1. (3) Sap. 7.

eterno, juntamente fuera eterna la luz que dél procediera, y el calor de ambos, así por cuanto el Padre es *ab aeterno*, así el Hijo y el Espíritu Sancto son *ab aeterno*, de modo que no hay aquí primero ni postrero, sino todas las personas divinas abrazan una misma eternidad. Ésta es una comparación tomada desta excelentísima criatura: mas todavía desfallece la verdad, porque así la luz como el calor son accidentes, que no tienen ser por sí, mas las personas divinas tienen su proprio y perfecto ser.

§ IV

Catec. En gran manera estoy satisfecho con la declaración de ese divino misterio, por que pues estoy obligado á creerlo explícitamente, entienda lo que tengo de creer, para que la ignorancia dél no haga formar en mi ánima otro concepto del que debo tener. Mas con todo eso, para mayor satisfacción mía, quiero proponeros aquí las objecciones que la gente incrédula puede oponer en esta materia. La cual como está habituada á no creer otras cosas sino á las que ve tener semejanza con las que comúnmente trata, no quiere admitir lo que no ve en ellas. Y porque en las criaturas racionales, donde hay una substancia, no hay más que una persona, extrañan lo que confesamos en este misterio, que es ser tres las personas, y no haber en ellas más que una sola substancia.

Maest. Bien entendió Tulio esa condición de los entendimientos humanos. Y por eso, tratando de la excelencia de Dios, y viendo que los hombres querían medir á Dios por las cosas que veían con los sentidos, y entendiendo cuán grande yerro era éste, dijo que era cosa dificultosa apartar al hombre de la costumbre de los sentidos (como arriba alegamos) siendo necesario para conoscer á Dios dejar acá abajo todo lo que se ve, y levantar el entendimiento á considerar una substancia altísima, la cual infinitamente dista de todo ello (1). Por tanto, respondiendo á lo que decís, no solamente no es esa razón contra la verdad deste misterio, mas antes hace por ella. Porque si (como decimos) es infinita la distancia que hay entre el Criador y sus criaturas, necesaria-

(1) Tulio, lib. I de *Natura Deorum*.

mente ha de haber en él cosas diferentísimas de todas ellas, y ésta que decimos, es una. Pondréos ejemplo en los reyes de la tierra, en los cuales vemos singulares y proprias excelencias que no se hallan en alguno de sus vasallos, como son corona real, sceptro y suprema jurisdicción y mando en todo el reino, y otras cosas que á él solo y no á otro pertenecen. Pues si en el rey hay cosas proprias y singulares que no se hallan en sus vasallos, siendo también hombre como ellos, ¿cuánta más razón será haber cosas singulares en Dios, que no las haya en las criaturas, pues él es Criador y ellas cosas criadas, siendo infinita la distancia que hay entre él y ellas? Pues siendo esto así, ¿qué locura es querer proporcionar el ser divino con el ser humano, ó con todo otro ser criado, y porque en éste, donde hay una substancia, no hay más que una persona, querer que en aquella altísima naturaleza se guarde esa misma regla? ¡Oh desatino intolerable de los que por sí quieren medir á Dios! Si su ser es infinito, inmenso, incomprehensible, el cual (como decimos) dista con infinita distancia de todo ser criado, ¿qué maravilla es haber en él cosas que en ningún ser criado se hallan? Eso pide la singularidad de su gloria y la infinita distancia de nuestra naturaleza Y pues él tuvo por bien revelarnos esta excelencia suya por palabra de su unigénito Hijo, y esto no es cosa que implique contradición, es mucha razón que captivemos nuestro entendimiento, y lo humillemos ante esta soberana Majestad, y reverenciemos y adoremos este divino Sacramento, y nos gloriemos de tener un Dios tan alto que sobrepuja con infinita distancia toda la facultad de nuestro ser y de nuestro entender.

§ V

Pues según esto, quien quisiere navegar por este mar tan profundo, y librarse de los peligros de los herejes, en dos cosas le conviene poner los ojos, que son, la soberanía de aquella altísima Substancia, y la bajeza de nuestro entendimiento. Tal es él, que ningún entendimiento criado lo puede comprehender: y eso es lo que significó David en el Psalmo 17, cuando dijo que Dios había cercado de tinieblas el tabernáculo donde moraba. En las cuales palabras da á entender ser aquella divina Substancia tan alta

y tan remontada á todos los entendimientos criados, que es imposible por su propria virtud llegar á entenderla. Y por esto aquellos dos serafines que Esaías vió estar al lado de Dios predicando sus alabanzas, dice que cubrían el rostro y los pies de Dios (1), para dar á entender que no eran poderosos para comprehender la inmensidad de su eternidad, que ni tiene principio ni fin.

Por tanto, no se debe maravillar el hombre que no llegue á entender cosa tan soberana, y que por alta la pierda de vista quien la tiene tan limitada y tan corta. Divinamente dijo Sant Gregorio que quien no halla razón en las cosas de Dios, en su propria pequeñez y rudeza hallará la causa por que no la halla. Por lo cual nos aconseja Salomón diciendo (2): No te arrojes á hablar de Dios, ni seas fácil para tratar dél, porque Dios está en el cielo, y tú en la tierra. En las cuales palabras quiso dar á entender la alteza de Dios y la bajeza del hombre, el cual dista tanto del saber y de la excelencia de Dios como el cielo de la tierra, y mucho más. Por lo cual no se ha de arrojar una criatura tan ignorante y que tantas veces se engaña, á determinar atrevidamente las cosas de Dios.

Es tan corto el saber del hombre, y tan limitados los términos de su entendimiento, que vinieron á decir los filósofos que la mayor parte de lo que sabemos, es la menor de lo que no sabemos. Esto es, que todo aquello á do puede llegar la vista del entendimiento humano, es muy pequeña parte en comparación de lo que le queda por saber. Y está clara la razón, porque nuestro entendimiento, encerrado en la cárcel deste cuerpo, no puede entender sino lo que alcanza por relación destos sentidos corporales y por lo que déstos se puede seguir. De modo que no se extiende al conocimiento de las cosas espirituales, que son mucho más excelentes, si no es por algunas conjecturas y discursos. Y de aquí procedió aquella tan celebrada sentencia de Aristóteles, el cual dice que así se ha nuestro entendimiento para entender las cosas altísimas y clarísimas de naturaleza, como los ojos de la lechuza para ver el sol. Y de aquí es que siendo Dios la cosa más inteligible del mundo, por la perfección y constancia invariable de su ser, es la que menos entendemos. Por lo cual

(1) Esai. 6. (2) Eccle. 5.

dijo muy bien un filósofo que así como ninguna cosa hay más visible que el sol, y ninguna que menos se pueda ver (porque el resplandor de sus rayos reverbera nuestra vista) así ninguna cosa hay que de suyo sea más inteligible que Dios, y ninguna que menos se entienda por la alteza de su ser. Y á este propósito hace lo que Tulio refiere en los libros de la Naturaleza de los Dioses. Dónde dice que preguntando Hiero, rey de Sicilia, á un filósofo llamado Simónides, qué cosa era Dios, pidió el filósofo plazo de un día para responderle. Y como pasado este día le pidiese la respuesta, tornó á pedir espacio de dos días. Y como cada vez doblase el espacio de los días que pedía, maravillado el Rey desto, y preguntándole por qué lo hacía así, respondió que cuanto más pensaba en Dios, tanto más dificultoso hallaba el conocimiento dél. La razón desta dificultad es que (como ya dijimos) no puede conocer nuestro entendimiento sino lo que entra por la puerta de los sentidos corporales, y por eso no puede entender sino por medio de las imágines de las cosas corporales que entran en nuestra ánima. Pues como Dios en cuanto Dios no tenga cuerpo (por ser espíritu purísimo) no hay imagen por la cual nos pueda ser representada su esencia, y por eso no puede ser entendida. Y por la misma causa tampoco puede ser entendida la del ángel, porque también es espíritu, y así no hay imagen con que pueda representarse á nuestro entendimiento. ¿Qué más diré? Que hasta hoy ningún filósofo ha podido entender la esencia de nuestras ánimas, con cuya virtud vivimos, y nos movemos, y usamos de todos los sentidos, y disponemos y ordenamos todas las cosas, y experimentando todos los efectos della, no podemos conocer su esencia y substancia, porque también es espíritu como el ángel. Pues si esto que traemos entre las manos, no alcanzamos, ¿qué locura es pensar de alcanzar la manera del ser altísimo de aquella espiritualísima Substancia, y no creer que hay en ella lo que nuestra flaca razón no alcanza?

Mas, qué digo yo alcanzar á Dios, como sea verdad que la mayor parte de sus obras no conocemos perfectamente. Por lo cual dijo Salomón (1): Así como no sabes cuál sea el camino del aire, y de qué manera se fabrican y enlazan los huesos en el vientre de la mujer preñada, así no conoces las obras de Dios,

(1) Eccle. 11.

que es el autor de todas las cosas. Porque ¿quién podrá saber cómo de una tan simple materia procede tanta variedad de miembros, de huesos tan perfectamente enlazados unos con otros, y tantas diferencias de miembros y sentidos, diputados para sus oficios, y que de la misma materia una parte se endurezca en los huesos y niervos, y otra se enternezca en carnes y venas? Y no contento este Sabio con este ejemplo, acrescienta estas palabras: Entendí que no puede el hombre alcanzar la razón de todas las obras de Dios que se hacen en este mundo. Y cuanto más trabajare por alcanzarlas, tanto menos las alcanzará: y aunque el sabio diga que las entenderá, no saldrá con lo que promete. Esto dice Salomón por razón de la imperfección de nuestro conocimiento, el cual no puede ser perfecto, pues (como los filósofos dicen) no conocemos las diferencias y esencias de las cosas. Pues si estas cosas tan palpables y tan cuotidianas no alcanzamos, ¿cómo presumimos alcanzar al Criador dellas, cuyo ser está infinitamente levantado sobre todas ellas?

Mas ¿qué digo de las obras de Dios, pues apenas sabemos las de los hombres? Si mostraren una pieza de seda ó de carmesí á quien nunca la vió, y le preguntaren cómo se pudo hacer aquella obra tan hermosa de las babas de unos gusanillos, ¿qué responderá? Y si os mostraren un hermoso vaso de vidrio rajado, y os preguntaren cómo se pudo aquella pieza hacer de una yerba y de arena, y esto con solo un soplo, si nunca vistes horno de vidrio, ¿qué diríades? Y aun si preguntare al más sabio de los hombres cómo hacen las abejas su miel y su cera y sus vasos, donde guarden su miel, no me sabrá responder. Pues ¿cómo quiere un hombrecillo tan ignorante, que no alcanza lo que sabe hacer un animalillo tan pequeño, subir sobre todos los cielos, y comprehender con su razón la manera de aquel altísimo y soberano Ser?

Pues ¿qué resta aquí sino decir con aquel Sabio (1): Dificultosamente alcanzamos, Señor, las cosas que están en la tierra, y con trabajo llegamos á entender las cosas que tenemos ante los ojos. Pues ¿quién alcanzará las cosas que están en el cielo?

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para humillar nuestro entendimiento y para que no digamos que no puede ser lo

(1) Sap. 9.

que nosotros no podemos entender, pues son tantas otras cosas mucho menores y que traemos entre las manos, que no entendemos. Antes quiero agora concluir que eso que los infieles tienen por estropiezo para no creer esta verdad, es una de las principales causas por do ella debe ser creída. Porque ¿qué cosa hay más conforme á razón que sentir altísimamente del que es altísimo, y atribuirle el más alto y mejor ser de cuantos nuestro entendimiento puede alcanzar? Y cuando hubiéremos alcanzado dél cosas muy altas, creamos que hay otras infinitas que no podemos entender. Porque pequeño Dios fuera el que nuestro flaco entendimiento pudiera abarcar y comprehender, y así no fuera Dios, porque no lo puede ser sino siendo infinito, y lo que es infinito, está claro ser incomprehensible. Así que el no entender nosotros la alteza deste misterio, tiene rastro y olor de ser cosa de Dios, pues por ser (como decimos) infinito, necesariamente ha de ser incomprehensible.

He dicho esto, hermano, tan por extenso, porque en esta tan alta materia de la Sanctísima Trinidad parecióme (como arriba dije) que lo que principalmente debía tratarse, era humillar al hombre y darle á conocer su poco saber, para que no quisiese con sus ojos lagañosos mirar al sol de hito en hito, esto es, para que no se atreviese con su entendimiento tan ratero á escudriñar este misterio, pues no nos mandan que lo entendamos, sino que lo creamos.

Catec. En gran manera, maestro, he sido consolado con lo que habéis dicho, y agora veo con cuánta razón dijo Sant Gregorio (como alegastes) que el que no halla razón en las cosas de Dios, en su propria pequeñez y ignorancia la hallará. Mas ya es tiempo que bajemos de la alteza del misterio de la Sanctísima Trinidad y divinidad del Hijo de Dios al de su sacratísima humanidad. Porque pues hasta aquí habéis tratado de lo que toca al sanctuario interior (que es la divinidad que dentro de aquella sagrada humanidad estaba encerrada) conviene que tratéis de lo que pertenece al sanctuario exterior, que es esa sagrada humanidad que parece por de fuera. Porque los infieles (cuyos ojos cegó el príncipe de las tinieblas para que no viesen el resplandor de la gloria de Cristo) tropezaron en la humildad de su sagrada humanidad, y en la pobreza y aspereza de su vida, y en la ignominia de su muerte. Y porque ya he comenzado á entender cuánta gloria

está encerrada debajo desa que parece ignominia, querría que no tomásedes por trabajo declararme la conveniencia y gloria que en estas tres cosas está encubierta.

Maest. Á mucho me obligáis en pedir eso, porque este misterio es tan profundo y de tanta majestad, que ni con lenguas de ángeles puede ser dignamente declarado. Y si no fuese por la obligación que los hombres redemidos tenemos de traer siempre tan presente la memoria deste sumo beneficio, sería grande temeridad querer explicarlo con lengua mortal.

Mas al presente trataré con toda brevedad lo que sirve para vuestra instrucción. Y aunque desta materia se trata en la tercera parte desta escriptura más á la larga, pero la materia es tan copiosa y tan rica, que por muchas veces que se trate, siempre hay cosas nuevas que decir, y las ya dichas se explican más en unos lugares que en otros. Mas porque tenéis bien qué pensar en lo que hasta aquí habemos dicho, quedará lo demás para el día siguiente.

DIÁLOGO IV

DE LA HUMANIDAD DE CRISTO NUESTRO SALVADOR

Catecúmeno.

QUIERO, maestro, comenzar por la cosa que según la orden de la doctrina se debe tratar primero, que es, cómo sea posible ser Cristo nuestro Salvador Dios y hombre juntamente.

Maestro. Bien sabéis que á Dios ninguna cosa es imposible sino solo lo que implica contradición, como es ser y no ser: y como esto no la implique, no tenemos que dudar del poder de Dios. Y si confesamos que él juntó en un subjecto dos cosas tan distantes como son una ánima (que es substancia espiritual como los ángeles) con una cosa tan material como es el cuerpo humano, no es mucho de espantar que ayuntase dos naturalezas, divina y humana, en un mismo supuesto. Y así como el ánima y el cuerpo no son dos hombres, sino uno solo, así la naturaleza divina y humana, ayuntadas en una persona, son un solo Cristo. De esto tenemos ejemplo muy palpable en un árbol enjerto, donde una rama es de una casta, y otra de otra diferente, Y con ser estas ramas de naturalezas diversas, no decimos que sean éstos dos árboles, sino uno solo, porque no tienen más que una sola raíz y un tronco que las sustenta. Pues así, aunque en Cristo nuestro Salvador haya dos naturalezas, divina y humana, no por eso hay dos Cristos, sino uno solo, por ser una la persona divina que sustenta ambas naturalezas.

Catec. Satisfecho quedo con esa razón de la omnipotencia de Dios y con ese ejemplo, que aunque sea de cosa material, declara bien á los que somos rudos y materiales la razón dese misterio. Agora querría que comenzásedes á tratar de la gloria que está encerrada en esa figura tan humilde de nuestra humanidad.

Maest. Para eso quiero traeros á la memoria aquellas palabras que el Salvador dijo á los discípulos de Sant Juan Baptista (1):

(1) Matth. 11.

Bienaventurado aquél que no fuere escandalizado en mí. Quiere decir: Bienaventurado aquél que viendo la humildad de mi humanidad, y la pobreza y aspereza de mi vida, y la ignominia de mi muerte, no deja por eso de conocer la gloria de la divinidad que debajo desa humanidad está encubierta. Estas cosas susodichas fueron escándalo y tropiezo á los infieles para no conocer ni recebir al Salvador, pareciéndoles ser estas cosas bajas y indignas de aquella soberana Majestad. Y para que ninguna de ellas altere vuestro corazón, declararos he cómo en todas ellas no sólo no hay ignominia, sino grandísima gloria. Y después que vuestro entendimiento esté asentado y fijo en el conocimiento desta verdad, trataremos luego de lo que sirve para mover la voluntad al amor deste Señor y admiración deste misterio.

§ I

Y comenzando por la primera de estas tres cosas, quiero declararos cómo juntarse el Hijo de Dios con nuestra humanidad no sólo no fué cosa indigna de su Majestad, sino muy gloriosa. Para la inteligencia desto acordaos que en la plática pasada os probé por autoridad de las sanctas Escripturas la divinidad de Cristo nuestro Salvador, declarando cómo en él ponían los profetas dos nacimientos, uno *ab aeterno*, en que nace del Padre, y otro temporal, en que nació de la madre (1), y por esta causa confesamos ser él Dios y hombre, Dios *ab aeterno*, y hombre en tiempo. Pregúntoos agora pues: Ya que Dios tuvo por bien de juntar consigo en una misma persona esta sagrada hamanidad con tan estrecha unión y liga, que con verdad se diga que Dios es hombre, y el hombre es Dios, ¿qué riquezas y gracias os parece que se le darían, siendo ella sublimada al más alto ser y á la mayor dignidad y gloria de cuantas toda la omnipotencia de Dios puede dar?

Catec. Por cierto razón era que todas las gracias y excelencias que estaban en todos los tesoros divinos, y toda la gloria que el entendimiento humano y angélico puede comprehender, se había de comunicar á la humanidad levantada á ese tan alto ser.

(1) Mich. 5.

Maest. Decís muy bien. Porque el estilo de nuestro Señor es, cuando diputa alguna persona para alguna dignidad ó oficio, darle perfectísimamente todo lo que se requiere para la administración dél. Porque decir lo contrario sería poner mácula en las obras de Dios. Desta manera habiendo escogido los profetas para reprehender los pecados de su pueblo, los hizo él sanctísimos y libres de pecado. Por esto á Hieremías sanctificó antes aún que naciese, en el vientre de su madre (1), y á Esaías envió un serafín, el cual le purgó los labios con una brasa que tomó del altar de Dios. Dióles otrosí fortaleza para que ni temiesen la muerte, ni la ofensión de aquéllos cuyos vicios reprehendían. Y así dijo uno dellos (2): Yo estoy lleno de la fortaleza de espíritu del Señor, de juicio y de virtud, para denunciar á la casa de Jacob sus maldades y pecados. Pues en el Nuevo Testamento, ¿qué gracias dió á los Apóstoles para predicar el Evangelio y plantar la fe en el mundo? ¿Qué cosa más admirable que decendir el Espíritu Sancto en forma visible sobre ellos, y darles lenguas, para que en todas las lenguas del mundo lo predicasen? Así que éste es el estilo general de Dios, cuyas obras son perfectísimas, como él lo es.

Pues tornando á nuestro propósito, como Dios escogiese aquella sagrada humanidad para lo que está dicho, claro estaba que le había de dar todo lo que se requería para tan alta dignidad. Si un rey casase con una doncella de baja suerte (como lo hizo el gran rey Asuero con Ester) cierto es que juntamente con el título de reina le había de dar todo lo que pertenecía á aquella dignidad real. Pues como el Hijo de Dios desposase consigo aquella sancta humanidad con muy más estrecha unión y vínculo que hay entre los casados, de suyo estaba que la había de sublimar y engrandecer con todas las riquezas y gracias que para esto eran necesarias. Pues conforme á esto decimos que fueron tantas las riquezas y tesoros y poderes, tantos los dones y gracias y hermosura que fué dada á esta esposa del Rey soberano, que si pusiéremos á una parte la hermosura de todos los ángeles y querubines y serafines, y de todo cuanto Dios tiene criado en cielos y tierra, y cuanto más su infinita potencia puede criar, y en otra sola esta sagrada humanidad, aquí se hallarán sin comparación

(1) Hierem. 1. (2) Mich. 3.

mayores riquezas, mayores gracias, mayor dignidad y hermosura que en todo lo otro junto: antes digo que todas estas gracias y hermosuras no resplandecerían más ante la desta sagrada humanidad que las estrellas en presencia del sol. Y siendo esto así, no sólo no fué ignominia, sino grandísima gloria juntarse con nuestra humanidad, aunque fuese tan baja por naturaleza, porque en eso mostró él la grandeza de su poder, en levantar tanto por gracia lo que tan bajo era por naturaleza. Lo cual vió en espíritu aquel sancto rey y profeta cuando dijo (1): El Señor ha reinado y se ha vestido de hermosura, y ceñido de virtud. Y todo esto se infiere en consecuencia necesaria, después de fundada y probada la divinidad del rey Mesías, como arriba la probamos.

Juntad con esto que si este Señor por vestirse de nuestra humanidad dejara de ser lo que era, ó adquiriera algo de nuevo que él no tuviese, ó fuera por alguna vía forzado á hacer lo que hizo, pudiéramos poner aquí alguna nota de ignominia. Mas nada de esto se puede decir, porque haciéndose él lo que no era, no dejó de ser lo que era, pues es imposible dejar Dios de ser Dios. Ni tampoco adquirió por esto algo de nuevo, pues en aquella altísima y simplicísima Substancia no puede caber accidente. Ni tampoco fué forzado á hacer lo que hizo, pues no tiene aquel supremo Señor quien le pueda forzar á nada. Mas él por solas las entrañas de su infinita misericordia y bondad quiso vestirse deste nuestro hábito por los inestimables frutos y provechos que por este misterio nos vinieron, de que ya tratamos. Esto se ha dicho aquí brevemente, mas adelante se trata más por extenso esta materia, procediendo por toda la vida del Salvador, y declarando por toda ella cuán llena y acompañada de gloria fué aquella humildad y humanidad que por nuestra causa tomó.

Catec. No hay entendimiento que no quede rendido y convencido con el fundamento tan claro desa verdad. Los maestros de los hebreos, que en un tiempo me enseñaron, ó por mejor decir, me engañaron, aunque niegan la divinidad del Mesías, todavía confiesan ser grande y admirable su dignidad. Y así aquellas palabras que Dios dice por Esaías (2), mirad que mi siervo será ensalzado y levantado y sublimado, glosan ellos desta manera: Será ensalzado más que Abrahán, y levantado más que Moisén,

(1) Psalm. 92. (2) Esai. 52.

y sublimado más que los ángeles. Y si los miserables abriesen los ojos y conociesen la divinidad del Salvador, tan claramente testificada en las Escripturas, fácilmente creerían todo lo demás que aquí habéis dicho.

Mas deseo saber qué frutos se siguieron desa tan grande obra, porque hacerse Dios hombre no había de ser para pequeñas cosas, sino para muy grandes.

Maest. Los frutos que de aquí procedieron, podrá contar quien contare las estrellas del cielo, de los cuales algo tratamos ya. Mas agora no quiero declararos más que uno. Para lo cual habéis de saber que la suma de toda nuestra cristiandad y felicidad consiste en la caridad, que es, en unir nuestro espíritu por amor con Dios y hacernos una cosa con él. Esto tenía dos grandes dificultades: una era la alteza de aquella purísima y altísima Substancia, infinitamente levantada sobre todo lo criado, y otra la grosería de nuestra naturaleza, tan subjecta á estos sentidos exteriores, que no puede entender sino lo que entra por ellos, y apenas puede amar sino lo que conoce por ellos. Pues como sea tan grande la rudeza de la mayor parte de los hombres, que con dificultad se podían acomodar á amar un espíritu tan alto y tan desproporcionado con el suyo (porque el amor amasa de tal manera los corazones, que de dos hace uno) buscó para esto remedio aquella infinita Bondad y Sabiduría, acomodándose á la capacidad de su criatura, y vistiéndose de su misma naturaleza, y cubriendo el resplandor de su gloria con el velo de nuestra carne, para que (como dice Sant Bernardo) el hombre tosco y rudo que no se podía aplicar á amar sino carne, hallase en aquella sacratísima humanidad y carne, y en todas las obras della, grandísimos estímulos y motivos de amor. Remedio es éste de que suelen usar los médicos con los dolientes que tienen hastío de los manjares saludables. Porque en este caso envuelven los provechosos con los que les son más gustosos, y con esta invención hacen que el doliente coma lo que le conviene. Bien creo que entenderéis la aplicación deste ejemplo al propósito que tratamos, y por eso lo dejo á vuestra discreción.

Mas otro ejemplo os quiero yo agora poner, que me da grande consolación todas las veces que lo pienso. Escriben Suetonio Tranquilo y Cornelio Tácito entre las cueldades de Nerón una muy horrible. Dicen que en las fiestas públicas mandaba echar

los lebreles á los sanctos mártires, para que los despedazasen. Mas como los lebreles no tocasen en ellos, usaba el cruelísimo tirano desta invención, que mandaba vestir los cuerpos desnudos de los sanctos de pieles de fieras, para que á los lebreles, acostumbrados á esta montería, creciese el coraje y los acometiesen con mayor braveza. ¿Qué diremos aquí, hermano? ¿Qué será razón que sintamos? Muy más piadoso es nuestro Criador que Nerón cruel, y más sabio para buscar invenciones para hacernos bien, que aquel tirano para hacer mal. Pues si éste buscó esta invención para encender el furor y rabia de los perros contra los hombres, mucho más convenía á aquella inmensa Bondad buscar invenciones para encender los corazones de los hombres en el amor de Dios. Y por cuanto ellos por su gran rudeza no arrostraban á amar á Dios puro y desnudo de carne, vistióse él desa misma carne, para que los que no sabían amar sino carne, hallasen en él tantos motivos de amor, cuantos pasos dió él por ellos en esta vida, vestido desa misma carne. Y el fruto desto nos muestra la experiencia en todas las ánimas devotas, las cuales andando como abejas por todas las flores de los misterios de la vida y muerte del Salvador, dende el pesebre hasta la cruz, cogen de ahí miel de suavísima devoción, con la cual reciben pasto de vida, y crecen más en el amor de aquel Señor que tales pasos por ellos dió. Éstas pues son aquellas invenciones que manda Esaías notificar al mundo, cuando dice (1): Predicad en los pueblos las invenciones que Dios buscó para nuestro remedio, y acordaos que es muy alto su nombre. Como si dijera: Á tan grande bondad y misericordia como es la suya, tales obras y invenciones convenían. Por tanto, hermano, cuando oyéredes este nombre Jesús (que es nombre de hombre) no habéis de concebir solamente hombre, sino Dios infinitamente amable, mas vestido y ayuntado con nuestra humanidad, para que así lo pudiésemos más fácilmente conocer, amar y imitar, que son tres cosas en que consiste la suma de toda nuestra felicidad. Y por tanto, cuando oyéredes nombrar este glorioso nombre, inclinad devotamente no sólo la cabeza, sino mucho más el ánima y corazón. Éste es pues uno de los frutos, entre otros muchos, que se siguieron del misterio de la sancta Encarnación.

(1) Esai. 12.

Catec. Dios os pague, maestro, esa invención que vos también buscastes para darme á sentir el beneficio de la encarnación del Hijo de Dios. Porque con ella me habéis dado unos ojos amorosos con que sepa yo de aquí adelante mirar ese Señor. Mas ya que tan bien habéis fundado la dignidad y gloria de la sagrada humanidad, declarad agora cómo en la pobreza, aspereza y humildad de la vida de ese Señor está también encerrada otra grande gloria. Mas porque tengo hoy bien qué rumiar en lo dicho, quedará esta materia para el día de mañana.

DIÁLOGO V

QUE TRATA DE LA POBREZA Y HUMILDAD CON QUE EL SALVADOR VIVIÓ EN EL MUNDO

Catecúmeno.

BIEN sabéis, maestro, cuán dulce es para las ánimas que están dispuestas, el manjar de la palabra de Dios. Lo cual experimentaba muy bien aquel sancto Rey cuando decía (1): ¡Cuán dulces son, Señor, para mi garganta vuestras palabras! Mucho más dulces son que la miel para mi boca. Por esto creo que no extrañaréis mis importunas preguntas acerca de nuestros misterios. Y como ladrón de casa puedo decir que una de las cosas en que tropieza esta gente ciega, es la pobreza, aspereza de vida y humildad en que el Salvador vino al mundo. Porque esperaban ellos un Mesías más rico que Salomón, y más poderoso y victorioso que Julio César ó Alexandre Magno, y que éste los había de hacer también ricos y grandes señores.

Y como ven agora todo lo contrario en la vida del Salvador, que fué tan áspera, tan pobre y tan humilde, vienen á ofenderse y padecer el escándalo que sabéis.

Maestro. ¡Oh cuánta diferencia hay, hermano, entre el juicio de los hombres espirituales y el de los carnales! ¡Oh con cuánta razón dijo el Apóstol que el hombre animal no entendía las cosas del espíritu de Dios! Digo esto, porque aunque Cristo sea hermosísimo en todas sus obras, no menos lo es en ésta, que á los ojos de carne parece escura y fea. Y digo hermosa, porque la verdadera hermosura en las cosas espirituales es la proporción y consonancia que tienen entre sí, y entre los medios con los fines á que se ordenan: lo cual veréis agora por lo que diré.

Mas para esto habéis de saber que la primera raíz y fuente de cuantos pecados se cometen en el mundo, es el amor desordenado de sí mismo. Porque éste es (como dice Sant Augustín) el que

---

(1) Psalm. 118.

edifica la ciudad de Babilonia, que es la congregación de los hijos de confusión y de perdición. Ca deste mal amor nacen otros tres amores, que son causadores de todos los males del mundo: conviene saber, amor desordenado de honra, y de hacienda, y de deleites. Si no, poneos á contar cuántas maneras de males, cuántas guerras, cuántos bandos y disensiones, cuántos odios y invidias habrá causado en el mundo este amor de honra, cuando se desmanda y desordena. Pues ¿qué diré del amor excesivo de la hacienda, la cual dice el Apóstol que es raíz de todos los males? Y ¿qué diré del apetito de los deleites? ¡De cuántos insultos, y adulterios, y regalos, y gastos excesivos es causa! Mas ¿para qué me pongo á contar en particular estos males, pues vos sabéis que todos los enjambres de vicios y todas las invenciones de pecados y maldades de los hombres perversos nacen destas tres pestilenciales raíces? Pues según esto, si una de las principalísimas cosas que el Salvador pretendía en su venida, era desterrar los pecados del mundo (como toda la Escriptura testifica) ¿qué había de hacer sino poner el cuchillo á la raíz de todos estos males, condenándolos con el ejemplo y auctoridad de su persona y de su vida sanctísima? Pues por esta causa convenientísimamente escogió la pobreza para desterrar del mundo la cobdicia, y la humildad para confundir nuestra soberbia, y la vida áspera y trabajada para condenar la desorden de nuestros regalos y deleite. Pues ¿qué otra traza y manera de vida pudiera venir más á propósito para este fin que ésta?

Mas pasa aún el negocio más adelante, porque no sólo sirve la mortificación destos tres malos amores para cortar las raíces de todos los pecados, sino también para llegar á la cumbre de todas la virtudes, y alcanzar por esta vía la felicidad y bienaventuranza que en esta vida se puede alcanzar. Porque cierto es que el centro de nuestra felicidad, donde el ánima tiene cumplido reposo, es Dios. Y también es cierto que lo que la detiene para no llegar aquí, son las cadenas de las aficiones desta vida, que son estos tres malos amores que dijimos, los cuales la tienen presa y no la dejan subir á lo alto (donde está su felicidad) porque éstas siempre tiran por ella, y la abaten á las cosas de la tierra. Pues si ella se viere suelta destas prisiones, no habrá cosa que la detenga y embarace en esta subida. Porque así como si quitáredes á la piedra que está detenida en lo alto, las cosas que allí la

detienen, ella luego por sí misma caerá y descendirá á lo bajo (que es su lugar natural) así también (como Dios sea, según dijimos, el centro y último fin de nuestras ánimas, las cuales están captivas y presas con las aficiones y cuidados de las cosas terrenas) quitadas éstas de por medio, luego el ánima, como substancia espiritual, hecha á imagen de Dios, caminará derechamente á él como á su centro y último fin, en quien se halla cumplido reposo, entera paz y verdadero descanso, aunque esta subida no se hace sin el favor sobrenatural de la divina gracia. Pues siendo esto así, ¿qué otra manera de vida había de escoger aquel Señor que venía á sanctificar y beatificar los hombres, sino ésta que habemos dicho, pobre, humilde y trabajosa, para que en ella viesen los amadores de la perfección y de la verdadera felicidad que han de caminar por esta vereda que el Salvador caminó, amando la humildad, deseando la pobreza y abrazando los trabajos, sin los cuales nadie llega á la cumbre de la perfección? De modo que estas tres virtudes, demás de ser cuchillo de todos los vicios, son también tres firmísimas columnas sobre que se arma todo el edificio de las virtudes. En lo cual veréis el engaño de los miserables que esperan Mesías lleno de riquezas y de deleites como otro Salomón, y por esto no quieren creer en Cristo pobre, humilde y lleno de trabajos. Yo digo, por el contrario, que si así no viniera, no lo creyera, porque no venía de la manera que convenía para el fin que pretendía, que es enseñarnos por su doctrina, y mucho más por su ejemplo, el camino de la verdadera sanctidad y felicidad, que es el susodicho. En lo cual se ve cuán ciegos están los que creen lo contrario, por no conocer la dignidad y excelencia de los bienes espirituales, y cebarse con la aparencia de los temporales.

Aquí se trata en particular de la pobreza de Cristo nuestro Señor.

§ I

Mas porque de la humildad del Salvador tratamos adelante, aquí quiero tratar un poco de la pobreza y aspereza de su vida sanctísima. Y lo que agora puedo aquí decir es confesaros que me da gana de llorar cuando veo una tan extraña rudeza como es esperar Salvador de cuerpos y dador de bienes temporales, siendo éstos tan viles y bajos y tan indignos de nombre de bienes, y no hacer caso de los bienes espirituales, que son bienes divinos y tanto más nobles que los del cuerpo, cuanto es el ánima más noble. Pero en esto veo lo que los filósofos dicen, que cada uno mide su felicidad con su deseo. Y así el doliente tiene por sumo bien la salud, el ambicioso la honra, y el capitán la victoria, y el cobdicioso al dinero. Y desta afición tan desordenada nace no tener éste otro Dios sino el dinero, ni desear Salvador sino para que le mate esta hambre y le hincha de dinero. ¿Qué cosa es el oro y la plata, si no cae en buenas manos, sino materia y veneno de mil pecados? ¿No sintió esto un poeta gentil y harto profano? Ya (dice él) comenzó el hierro á destruir y hacer guerra al género humano, pero más cruel guerra le hace el oro (1). Y añade más, que con la cobdicia deste metal llegaron los hombres á las entrañas de la tierra buscando las riquezas que la naturaleza había escondido par de las sombras del infierno, las cuales dice que son cebo y nutrimento de todos los males. Y que esto sea verdad, véase por el estrago que han hecho en todas las repúblicas donde ellas entraron. Muy celebrada fué la república de los lacedemonios, con quien hizo alianza Jonatás, sumo sacerdote, para ampararse con ella, como se escribe en el libro de los Macabeos (2). La cual habiendo florecido mucho en Grecia, así en las artes de la paz como de la guerra, vino finalmente á descaer después que vinieron á tenerse en precio las riquezas. Pues ¿qué diré de la república romana que tanto tiempo señoreó el mundo? ¿No escriben todas las historias que la mucha

(1) Ovidio. (2) I Macab. 12.

prosperidad y abundancia de riquezas acarreó todos los vicios á Roma? ¿No dice Tito Livio que por esta causa habían llegado los romanos á tan grande extremo de males, que ya ni podían ellos sufrir sus vicios, ni tampoco sus remedios? ¿No escribe lo mismo Salustio en el prólogo de su Catilinario? Pues el Poeta satírico, después de haber referido en la sexta sátira las torpezas abominables de los vicios de Roma, pregunta de dónde habían procedido tantas monstruosidades de vicios, y viene á concluir que ningún linaje de vicios faltó después que la pobreza antigua de Roma se perdió (1). Pues ¿qué mayor argumento queremos para ver el peligro de las riquezas que éste? Para hinchirnos de bienes tan peligrosos, ¿había el Mesías de venir al mundo? Pues para la felicidad que en esta vida se puede alcanzar, dice Aristótiles que más sirve la mediana posesión deste linaje de bienes que la abundancia dellos. Lo cual confirma Salomón, hablando con Dios, por estas palabras: Dos cosas te he pedido, Señor, no me las niegues antes que muera. No me des riquezas ni pobreza, sino lo que bastare para mi mantenimiento. Pues siendo esto así, ¿cómo había de venir Cristo á dar lo que el Espíritu Sancto por boca deste tan gran sabio como cosa peligrosa desecha? Las riquezas confieso que son cosas indiferentes para bien y para mal. Mas como los hombres por la mayor parte sean más inclinados al mal que al bien, de aquí es serles las riquezas ocasiones de muchos males, mayormente de soberbia, de presumpción, de ambición, de estima de sí mismos, de menosprecio de los otros, de olvido de Dios, de confianza más en sus riquezas que en él, de mayores delicias y regalos de su carne, de inhumanidad para con los miserables, por no saber qué cosa sea miseria, como aquéllos de quien dice el Profeta que bebiendo en tazas de plata, y llenos de ámbar y de olores, no tenían compasión de la pobreza de Josef (2). Pues ya, ¿qué palabras bastarán para contar las crueldades, las traiciones y los robos y maleficios y las muertes de hermanos y padres que ha causado la cobdicia del dinero? Por dónde con mucha razón exclamó aquel noble Poeta diciendo (3): Oh hambre sagrada del oro, ¿qué males hay á que no fuerces los corazones de los mortales? Y llama á esta hambre sagrada, para dar á entender que han de huir los hombres della así como rece-

(1) Juvenalis, sátira 6. (2) Amos 6. (3) Virgilio.

lan tocar las cosas sagradas. Pues el peligro que consigo traen las riquezas, declara el Eclesiástico por estas palabras (1): Bienaventurado el varón que no se fué tras del oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero. ¿Quién es éste, y alabarlo hemos? Porque hizo maravillas en su vida. El cual siendo probado en el dinero, fué hallado en esta parte perfecto. Porque pudo traspasar las leyes de Dios, y no las traspasó, y pudo hacer mal, y no lo hizo. Todas estas palabras dan á entender los peligros que se siguen de la abundancia del dinero. Por dónde muchos filósofos hubo que sin tener lumbre de fe conocieron los daños y desasosiegos que traían consigo las riquezas, y las vinieron á despreciar. De nuestros filósofos no traigo ejemplos, porque notoria cosa es que la primera cosa que hacían los sanctos era renunciar todas las riquezas del mundo, y con ellas los cuidados y obligaciones que traen consigo, para que libres desta carga estuviesen hábiles para emplear todos sus cuidados y pensamientos en Dios. Lo cual es tan necesario para los que anhelan á la perfección, que dijo el Salvador (2): Si el hombre no renunciare y despidiere de sí todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo. Lo cual es en tanta manera verdad, que (como escribe Filón, nobilísimo autor entre los judíos, de quien muchas veces hacemos aquí mención) los fieles de su nación que habían creído, y vivían una vida sanctísima par de Alejandría, la primera cosa que hacían era despedir de sí todas sus haciendas y bienes temporales, para sacudir juntamente con ellos la solicitud y cuidado de gobernarlos, para que desapiolados destos lazos, pudiesen libremente volar á lo alto con sus pensamientos y deseos. Y lo mismo hicieron los fieles de la misma nación que habían creído en Hierusalén, los cuales vendían todas sus posesiones, y ponían el precio dellas á los pies de los Apóstoles para que lo repartiesen con los pobres (3). Pues según esto, ¡cuán lejos estaban estos sanctos varones de desear Mesías para que los enriqueciese, pues ellos por su propria voluntad se desposeían de todas sus riquezas para entregarse del todo al estudio de la perfección! Pues ¿quién no verá (siquiera por este ejemplo) cuán grande sea la ceguedad de los que esperan y desean Mesías terreno y temporal? Pues ¿qué linaje de bienes son aquéllos que para siguir la perfección de la·

(1) Eccli. 31. (2) Luc. 14. (3) Act. 4.

vida han de ser despreciados como un grande embarazo y carga y impedimento para ella? Y ¿cuál es el juicio de aquellos hombres que esperan y desean la venida del Mesías para que los hincha de estos impedimentos y embarazos? ¿Cómo para este fin comenzó Dios dende el principio del mundo y por todas las edades siguientes á prometer este Salvador por boca de tantos profetas con tan grande resplandor de palabras y con tan grandes encarecimientos de las gracias y mercedes que había de hacer al mundo, convocando los montes, y los collados, y los árboles, y los ríos, y los mares, y finalmente todas las criaturas, como se ve en el Psalmo 97, para que todas se alegrasen y cantasen alabanzas á Dios, y diesen palmas con las manos por la venida deste nuevo rey, si su venida no era para más que para hinchirnos de bienes que se acaban con la vida, y muchas veces estragan la misma vida? ¿Qué necesidad había de tan grande aparato de palabras y promesas para cosa tan pequeña? Y si confesamos que el Mesías era verdadero Hijo de Dios, ¿cómo había de bajar una tan alta persona del cielo á la tierra vestido de carne humana para cosa tan pequeña? ¡Oh gente ciega y miserable, que no sabe estimar otros bienes sino éstos que se ven con ojos de carne! Y si este tan grande Señor venía á enriquecer y engrandecer al mundo, ¿qué riquezas hay mayores que bienes de gracia y gloria, para que los unos nos hagan en la vida presente buenos, y los otros en la advenidera bienaventurados? Pues éstos son los bienes dignos de tal Salvador, y dignos de la liberalidad de tal prometedor, y dignos de todas aquellas tan magníficas palabras y promesas con que fueron predicados y profetizados. Por dónde no menos yerran los que esperan Mesías temporal que los moros en esperar paraíso sensual. Y por eso no menos habemos de reprochar y despreciar el Mesías de los judíos que el paraíso de los moros, pues lo uno y lo otro es tan vil y tan bajo.

§ II

Y demás de lo dicho, los que esperan este Mesías temporal que con grande poder y fuerza de armas ha de conquistar el mundo, le hacen una tan grande ofensa, que sin dubda no la podré referir sin mucho temor y vergüenza. Porque los tales

(cuanto es de su parte) hacen á este tan grande Señor semejante al falso profeta Mahoma. Ca este hombre perverso en su Alcorán, en el capítulo del Espada, dice que fué enviado de Dios á dilatar aquella ley por el mundo, no por milagros ni por razones, sino por armas. Por dó parece que los que esperan Mesías temporal y guerrero, hacen á este Señor semejante á este hombre malvado y derramador de sangre humana. Y desta manera declaran aquel postrer verso del Psalmo 109, que dice: Del arroyo bebió en el camino, diciendo que sería tan grande la matanza de los hombres que morirían en sus batallas, que los arroyos irían corriendo sangre humana, y que él bebería destos arroyos, queriendo declarar por esto el grande gusto y contentamiento que recibiría de ver tanta sangre derramada. ¡Oh sangriento y carnicero Mesías! ¡Oh hombre desnudo de toda humanidad, que tan propria es de la naturaleza humana! Cuentan los historiadores de los gentiles dos grandes prodigios que hubo en el mundo: el uno fué el cruel Aníbal, el cual viendo un foso lleno de sangre humana que él había derramado en una batalla, tomó desto tan gran contentamiento, que dijo: ¡Oh hermoso espectáculo! El otro fué Valesio, procónsul de Asia, el cual habiendo hecho degollar en un día cuatrocientos hombres, dijo: ¡Oh cosa real! Pues díganme agora no ya los hombres, sino todas las criaturas insensibles, ¿qué cosa más fea, más aborrecible y más cruel se pudiera atribuir á aquel Señor, á quien Esaías llama Cordero (1), y Daniel el Sancto de los sanctos? ¿Qué cosa más ajena de la verdadera sanctidad que tan grande crueldad, como quiera que la Escritura diga (2) que es proprio de los sanctos tener compasión aun de las bestias? ¿Cuánto mayor gloria es del verdadero Mesías venir lleno de misericordia para salvar los hombres, que de ira y saña para destruirlos? Conforme á lo cual creemos y confesamos que la primera venida de este Señor es toda llena de misericordia, para redimir los pecadores, así como la segunda será de justicia, para castigar los rebeldes. Lo cual declaró el Señor no sólo con tantas obras de misericordia como hizo, andando por el mundo, sanando todos los enfermos y curando los endemoniados, sino particularmente pasando por Samaria, donde no le quisieron recibir ni proveer de mantenimiento. Por lo cual, indignados agra-

(1) Esai. 53. (2) Prov. 12.

mente los discípulos, dijeron: Señor, ¿queréis que mandemos que venga fuego del cielo, y queme estos hombres tan inhumanos? A los cuales respondió el mansísimo Cordero: No sabéis cuál sea el espíritu que mora en vosotros. El Hijo de la Virgen no vino á matar los hombres, sino á salvarlos (1).

Catec. Estoy tan persuadido por estas razones desa verdad, que me espanto de mí mismo cómo pude creer en un tiempo cosa tan contraria á la bondad y sanctidad dese nuevo rey. Mas deseo saber de dónde haya procedido un error tan grosero, que siendo los bienes espirituales sin comparación más excelentes y divinos que todos los otros, esperen Mesías guerrero que los enriquezca con estos bienes temporales, que son comunes á buenos y malos, y por la mayor parte son ocasión de los males que aquí habéis referido. Lo cual sintió tanto el Eclesiástico, que dijo (2): Hijo, no trabajes mucho por allegar riquezas, porque si fueres rico, no estarás libre de pecado. Y esto dice, no porque de su naturaleza las riquezas tengan annexo el pecado, sino por ser ellas muchas veces materia y ocasión dél. Por lo cual dijo el Apóstol que los que deseaban ser ricos, caían en tentaciones y lazos del enemigo, que llevaban los hombres á la muerte y á la perdición, por ser la cobdicia raíz de todos los males.

Maest. Ya os dije al principio que de ser los hombres muy aficionados á estos bienes (si así se pueden llamar) sensuales y visibles, y no haber experimentado otros más excelentes, que son los espirituales y divinos, vienen á estimar ésos en tanto precio. Y porque el dinero es medio para alcanzar esos bienes (pues como dice el Sabio, todas las cosas obedescen al dinero) de aquí procede serle los hombres tan aficionados, que lo hacen su dios. Por lo cual dijo el Apóstol que el avaricia era servidumbre de ídolos (3). También procede este error de entender mal las sanctas Escrituras. Porque en ellas se denuncian dos venidas del Salvador al mundo, una con grande gloria, cuando venga á juzgar el mundo, y otra con grande humildad, que fué cuando vino á redemirlo. Mas los hombres carnales pervierten de tal manera las Escrituras, que lo que pertenece á la segunda venida atribuyen á la primera, y por eso esperan Mesías rico y poderoso, como á uno de los monarcas del mundo. También toman ocasión

(1) Luc. 9. (2) Eccli. 11. (3) Coloss. 3.

para engañarse del lenguaje de los profetas, que comúnmente representan la excelencia de las cosas espirituales por la de las cosas corporales, para que por la dignidad y excelencia de las cosas que vemos, conozcamos la de las que no vemos. Lo cual se ve á cada paso en las Escrituras de los profetas. Y por esto, queriendo ellos encarecer las riquezas y tesoros inestimables de la gracia que se nos había de dar por este Señor, y la alteza y hermosura de su Iglesia, y la fortaleza de sus capitanes y caballeros (que eran los sanctos mártires que la defendían) y la gloria con que había de triunfar de los príncipes y monarcas del mundo, derribando y poniendo por tierra sus ídolos, y no descansando hasta poner en sus altares el estandarte real de la sancta cruz, y sobre todo esto, la caída del príncipe de las tinieblas que en todo el mundo era adorado, cuando todas estas cosas profetizan, vístenlas de comparaciones de cosas grandes y magníficas, para que por este medio entendamos mejor la majestad y grandeza de estas cosas. Desta manera David hablando con este Señor, dice (1): Cíñete, oh Señor potentísimo, de tu espada sobre tu muslo. Dónde por espada entiende la virtud y fortaleza de su espíritu, con que este rey sojuzgó al mundo. Y desta misma espada hace mención Esaías, diciendo (2): En aquel día desenvainará el Señor su espada fuerte y dura contra Leviatán, serpiente grande y enroscada, y matará á la ballena que está en la mar. Pues por estas metáforas tan ilustres declara el profeta la victoria de Cristo contra el demonio, príncipe deste mundo, á quien echó fuera dél. Y para declarar más la grandeza deste poder, vuelve el profeta las palabras á este mismo rey, diciendo: Levántate, levántate, vístete de fortaleza, brazo del Señor. Levántate como en los días antiguos y en las generaciones de los siglos. ¿Por ventura no eres tú el que derribaste al soberbio y heriste al dragón? Cuán grande haya sido esta batalla, y cuán admirable esta victoria, no hay palabras con que se pueda explicar. Porque es cierto que dende que Dios crió el mundo, nunca hubo batalla más sangrienta, más reñida ni más porfiada y donde más sangre de mártires se derramase que ésta, porque aunque la persecución del Antecristo haya de ser muy grande, mas como el Salvador dice (3), ha de durar poco tiempo, y no ha de ser más

(1) Psalm. 44. (2) Esai. 27. (3) Matth. 24.

que de un solo Antecristo: mas ésta fué de diez antecristos, esto es, de diez emperadores romanos, enemigos y perseguidores de Cristo, figurados por los diez cuernos que S. Juan vió en la cabeza de aquel dragón sangriento (1): los cuales á fuego y á sangre y con otras mil invenciones de tormentos persiguieron la Iglesia por más de docientos años. Y en cabo nuestro gran Rey y Capitán salió vencedor de todas estas batallas, derribando por tierra todos los templos y altares de los demonios, y subjectando á sí el imperio romano en tiempo del grande emperador Constantino, el cual con suma reverencia adoró á Cristo, y le reconoció por su verdadero Dios y Señor, y con grande humildad y devoción honró sus templos y sacerdotes. Pues como los profetas, llenos del espíritu de Dios, veían la grandeza destas batallas y la gloria y potencia deste tan grande triunfo, hablaban con estas metáforas y comparaciones de guerras, de capitanes, de victorias y triunfos de los enemigos y perseguidores de Cristo y de su Evangelio, porque no hallaban otras palabras más ilustres con que pudiesen representar dignamente cosas tan grandes, sin embargo que entendían muy bien que ningunas palabras déstas bastaban para explicar cosas tan grandes, y que todas las batallas campales del mundo eran como picaduras de mosquitos comparadas con éstas. Pues destas palabras y de otras semejantes con que los profetas engrandecen el poder y las victorias deste nuevo Rey contra toda la potencia del infierno y del mundo, que se opuso contra su Evangelio, tomaron ocasión los hombres carnales para creer que el rey Mesías sería un rey potentísimo como aquellos emperadores que arriba dijimos. Mas á todas estas consideraciones hace ventaja la profecía de Zacarías en el capítulo 9, que expresamente dice que este nuevo rey no ha de ser como los otros reyes profanos del mundo, ni ha de andar en carros triunfantes, sino que ha de ser pobre y entrar en su reino cabalgando en una asnilla y en un su hijuelo. Y porque no pensásemos que no sería poderoso por ser tan pobre, añade luego que su poder será de mar á mar, y dende el río hasta los términos de la tierra. Por tanto, ya que tenemos acerca desto tan claro testimonio del profeta, no hay razón para disputar, sino para llorar la ceguedad de la gente que con tan claro testimonio

(1) Apoc. 17.

no se convence. Este testimonio de Zacarías es una candela de que el Espíritu Sancto nos proveyó para entender todas las metáforas y comparaciones de cosas corporales con que los profetas nos declaran la grandeza destas obras que el Salvador había de obrar en el mundo. Porque supuesto que él había de ser pobre, como tan claramente lo testifica este profeta, no hay razón para entender las grandezas de su reino corporalmente, sino espiritualmente. Si no, veamos, cuando en el Psalmo 44 (que todo habla deste nuevo rey) dice: Asentóse la reina á tu mano derecha con una ropa de brocado, hermoseada con muchas diferencias de colores, ¿quién dirá que esto se entiende á la letra como suenan las palabras, sino entendiendo por el ornamento destos atavíos corporales otros espirituales de virtudes con que la Iglesia (que aquí llama reina) agrada á los ojos de este soberano Rey y Señor? Lo cual no disimuló el Espíritu Sancto cuando un poco más abajo se declaró, diciendo: Toda la gloria de la hija del Rey está en lo interior della, donde está guarnecida con fajas de oro, y cercada de diversos colores. En las cuales palabras abiertamente da á entender que no trataba aquí de los arreos corporales, sino de los espirituales, con que el ánima está en lo interior ataviada y hermoseada con la caridad (entendida por el oro) y con diversos colores, que es la variedad de todas las virtudes. Esto baste agora para la inteligencia de la condición del verdadero Mesías.

Catec. Cuanto á este artículo, no tengo más que preguntar. Mas porque no menos se ofenden los amadores de sí mismos y del regalo de sus cuerpos con la aspereza de la vida del Salvador que con su pobreza, desto querría también que tratásedes, porque no quede nada á la prudencia del mundo, en que tenga ocasión de tropezar.

DIÁLOGO VI

DE LA ASPEREZA Y TRABAJOS DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR

Maestro.

DESO que pedís se trata largamente en la tercera parte desta escritura. Mas para vuestra consolación y instruición también diré algo aquí, porque la materia es tan copiosa, que aunque muchas veces se trate, siempre hay cosas nuevas que decir. Pues para la inteligencia desto tomaremos por fundamento aquella muy común regla y sentencia de filósofos, la cual es que la conveniencia de los medios se conoce por la proporción que tienen con el fin á que se ordenan. Pues uno de los principales fines á que el Salvador vino al mundo, fué á sanctificar los hombres y plantar en él (como dice el Apóstol) un pueblo acepto á Dios, seguidor de buenas obras, que es, amador de toda virtud y sanctidad. Pero esta virtud que en el estado de la inocencia (donde la naturaleza humana estaba pura y limpia) era muy fácil y suave, después que ella se estragó y avinagró por el pecado, no carece de dificultad. Esto entenderá muy bien quien tuviere conocida la común dolencia del género humano, que nos vino por el pecado. La cual de tal manera se extendió por todas las partes así de nuestra carne como de nuestra ánima, que no dejó en ella cosa sana. Y esto nos representa muy al proprio aquel sancto Job asentado en su muladar, el cual llagó el demonio dende la planta del pie hasta la cabeza, sin dejar en él cosa sana (1). Pues tal quedó el miserable hombre por el pecado, en el cual ninguna parte quedó exempta de corrupción. ¿Queréislo ver? Discurramos por todas las partes y sentidos del hombre, y en los apetitos y inclinaciones que tienen, veréis la dolencia que padecen. Los ojos cobdician ver cosas que muchas veces les acarrean la muerte. Los oídos quieren oir cosas placenteras y vanas y histo-

(1) Job 2.

rias de vidas ajenas, y amohínanse si habláis cosas honestas y graves. La lengua quiere parlar y sacar á fuera todo lo que abunda en el corazón, y á veces reventaría si no desembuchase cuanto sabe: y por el contrario, esle muy penoso el silencio y tener freno y rienda en las palabras. Pues ¿qué diré del paladar? ¿Cuán amigo es de manjares curiosos y sabrosos y costosos? Pues la carne, ¿qué quiere sino la vestidura blanda y hermosa y preciosa? Y tal quiere que sea la cama, y la posada, y todo lo demás.

Dejemos al cuerpo y entremos en el ánima. La imaginación (que es una de sus potencias) es como la tierra de labor, la cual dicen que huelga cuando la dejan llevar lo que ella quiere, que son cardos y espinas, y entonces dicen que trabaja, cuando la obligan á llevar trigo ó otra cosa semejante. Pues esto mismo en su manera se halla en nuestra imaginación. Esta dolencia está en la parte inferior de nuestra ánima. Mas la parte superior, que es toda espiritual (do está el entendimiento y la voluntad) ¿qué tal os parece que está? Poned los ojos en los engaños de los mortales, en la infinidad de herejías y en la diversidad de las sectas de los filósofos, contrarias unas de otras, y veréis cuán ciego quedó nuestro entendimiento para el conocimiento de la verdad: tanto, que hubo secta de filósofos, los cuales dijeron que la verdad estaba sumida en un pozo, y que nadie la podía sacar de allí, puesto caso que en esto también se engañaron como en lo demás. Pues ¿qué tal estará la voluntad que por tal adalid se rige? ¿Qué se espera de un ciego si guía á otro, sino que ambos cayan en el hoyo?

Mas sobre todas estas partes de nuestra ánima el apetito sensitivo (que tiene su asiento en nuestro corazón) está muy gravemente herido y maltratado. Porque ahí está el amor proprio, que cuando se desordena, es principio de todos los males. Porque déste nace muchas veces el amor desordenado de la honra, y de la hacienda, y del deleite, con otras pasiones que andan en compañía déstas, que son ira, odio, invidia, temor, osadía y desconfianza, y otras tales, las cuales (cuando se desordenan) son crueles tiranos que nos oprimen, cadenas que prenden, y verdugos que nos atormentan. Ellas perturban la paz de nuestras ánimas, inquietan las conciencias, abátennos del cielo á la tierra, hácennos desabridos los espirituales ejercicios, apártannos el pensamiento

de Dios, impídennos el cuidado de nuestra salvación, y muchas veces nos hacen tener por Dios la honra y el dinero y el vientre, cuando por el desordenado amor de estas cosas no tememos ofender á nuestro Criador.

Pues según esto, siendo tantas las dolencias de nuestra ánima, siendo tanta la contradición y repugnancia que dentro de nosotros mismos tiene la virtud, ¿qué será la vida perfecta, que ha de pelear contra todo este ejército de enemigos valerosamente, y no dejarles salir con sus gustos y apetitos? ¿Qué será sino una continua batalla, como dice el santo Job (1), una guerra más que civil, una perpetua lucha del espíritu con la carne, una cruz y general mortificación de todos sus apetitos y sentidos, cual es la de aquéllos, de quien dice el Apóstol (2): Los que son de Cristo, crucificaron su carne con todos sus vicios y cobdicias? Lo cual dice S. Bernardo que es un linaje de martirio más blando que aquél que atormenta los miembros con el espada, pero más molesto, porque dura toda la vida.

Pues siendo tantas las contradiciones que tiene la perfección de la virtud de nuestras puertas adentro, siendo tan poderosas las inclinaciones de la carne, y el reino del amor proprio, con todas las pasiones que dél proceden, ¿cuánta fortaleza, cuánta diligencia, cuánta industria será necesaria para resistir á estos enemigos, y domar estos caballos tan furiosos y desbocados? Éste es el cuidado que traía á los sanctos desvelados y enflaquecidos. Lo cual no calló el Eclesiástico, cuando dijo (3): La vigilia de la honestidad enflaquece las carnes, y el cuidado della quita el sueño. Pues por esta causa los sanctos sacudían de sí varonilmente toda negligencia y pereza, y se vestían y armaban de fortaleza y diligencia para contrastar á estos familiares y domésticos enemigos.

Entendió esto perfectísimamente Salomón, y vió que como en las cosas humanas se pierden los negocios por negligencia, y con el trabajo y diligencia se ganan, así también en el camino de la perfección la pereza y negligencia lo pierde todo, y por el contrario la diligencia y el trabajo porfiado lo gana todo. Y así dice él (4): Las manos flojas y remisas acarrean pobreza, mas las manos de los fuertes allegan riquezas. La cual sentencia (aunque

(1) Job 7. (2) Gal. 5. (3) Eccli. 31. (4) Prov. 10.

por otras palabras) no cesa de repetir cuasi en todos los capítulos de sus Proverbios como cosa importantísima para el gobierno de nuestra vida.

§ I

Y porque no sólo la autoridad de tan gran sabio, sino también la razón os muestre lo dicho, acordaos que es proprio de la virtud tener aneja á sí dificultad. Por dónde el que desea ser virtuoso (mayormente si quiere ser consumado en la virtud) ha de armarse de una general fortaleza para vencer esta dificultad, de la cual quien careciere (como carecen los perezosos y regalados) dése por despedido de la virtud. Porque ella está encastillada y cercada deste muro, y es necesario romper primero el muro para conquistarla. Entendieron esto muy bien los filósofos, y así dijeron que los dioses inmortales vendían á los mortales la virtud por precio del trabajo. Porque realmente la verdadera y cristiana virtud es dádiva de Dios, mas él quiere que el hombre ponga de su parte el trabajo y la fortaleza para alcanzarla

Pero esta manera de fortaleza, ¿dónde se hallará? ¿Quién la alcanzará? Porque no en balde exclama el mismo Salomón, que tantas veces nos exhorta á ella, diciendo (1): Mujer fuerte, ¿quién la hallará? De muy lejos y de los últimos fines de la tierra se ha de traer el precio con que se ha de comprar. Pues ¿qué precio es ése? Éste es el amor de Dios y el amor del trabajo por el mismo Dios Porque el que aquí ha llegado, no recelará la virtud por temor del trabajo. Este precio declaró nuestro Señor á aquel grande seguidor de la perfección evangélica S. Francisco, diciéndole: Francisco, ten las cosas amargas por dulces, y desprecia á ti, si quieres conocer á mí. Pues este precio, ¿dónde se hallará? ¿Quién será aquél que halle miel en la hiel, y dulzura en la amargura, y descanso en el trabajo, y consolación en la aflición, repugnando á esto la naturaleza de nuestra carne y toda la potencia del amor proprio, que á velas tendidas huye el trabajo y ama el descanso? Quien aquí ha llegado, ya deja atrás la naturaleza, ya la tiene debajo los pies,

(1) Prov. 31.

ya está levantado sobre sí mismo, ya es más que hombre, pues tiene á Dios dentro de sí, con cuya virtud prevalece contra el hombre.

Pues concluyendo ya por lo dicho nuestro propósito, digo que si el Hijo de Dios venía á plantar en el mundo la perfección de la virtud y de la vida evangélica, y ésta es (como dice S. Bernardo) un prolijo martirio, y como dice el mismo Salvador (1), una general negación de sí mismo, que es una perpetua contradición de todos los apetitos de la carne y de todos los sentidos (como aquí está declarado) ¿de qué manera había de ordenar su vida el que venía á plantar en el mundo por su ejemplo y doctrina esta manera de vida, sino acompañado de trabajos y subjecto á tantas persecuciones y dolores como en vida y muerte padeció? ¿Había de vivir como otro Salomón, cercado de cantores y cantoras, quien venía á enseñarnos á despreciar las riquezas y las delicias y honras vanas, y hacernos amadores de los virtuosos y honestos trabajos? Así que si él venía á ser el caudillo, el capitán, la guía, el ejemplo de todos los sanctos, y el espejo y dechado de todas las virtudes (de donde ellos habían de sacar las suyas) ¿de qué otra manera había de venir sino désta? Y por esto dijo él con tanto denuedo á los dos discípulos que iban á Emaus (2): ¡Oh locos y tardíos de corazón para creer todas las cosas que denunciaron los profetas! ¿Por ventura no convenía que Cristo padeciese, y que así entrase en su gloria? Como si dijera: si el camino para la gloria es el sufrimiento y amor de los virtuosos trabajos, ¿cómo había de vivir y morir el que venía á ser ayudador y guía deste camino, sino sufriendo y abrazando trabajos? Porque de otra manera, ¿qué fuerzas tuviera para comigo el mandamiento deste Señor, si llevando él buena y alegre vida, me mandara á mí trabajar? De Julio César (que fué uno de los valerosos capitanes del mundo) se escribe que nunca dijo á sus soldados, id, sino vamos, ni trabajad, sino trabajemos. Pues si esto es proprio de buen capitán, ¿cuánto más lo había de ser de aquel Capitán general que nos vino del cielo para pelear con el mundo, con la carne y con el demonio?

Catec. ¡Oh cuán grande es, maestro, la fuerza de la verdad! ¿Quién tendrá juicio desapasionado, que no vea cuán conveniente

(1) Luc. 9. (2) Luc. 24.

y cuán proporcionado medio haya sido ése para el fin que el Salvador pretendía? Porque con tal ejemplo, con tal caudillo, con tal guía como la del mismo unigénito Hijo de Dios que va delante, ¿quién no le seguirá? ¿Quién se acobardará? ¿Quién no se esforzará á hacer por la salvación de su ánima lo que tan gran Señor hizo y padeció, no por la suya, sino por la ajena?

DIÁLOGO VII

EN EL CUAL SE DECLARA CÓMO EN LA MUERTE DEL SALVADOR NO SÓLO NO HUBO IGNOMINIA SINO GRANDÍSIMA GLORIA

Maestro.

Visto ya cómo en la humildad, pobreza y aspereza de la vida del Salvador no sólo no hubo ignominia, sino grandísima gloria y conveniencia para el fin que pretendía, veamos agora esto mismo en su sagrada pasión, que es de lo que más se escandalizan los infieles. Para lo cual tomaremos por fundamento lo que todo el mundo confiesa, y lo que atrás más por extenso se declaró, conviene saber, que de la dignidad ó indignidad de la muerte violenta no juzgamos según la pena, sino según la causa. Porque si la causa es culpable (como es algún maleficio, por el cual la pena se da) es doblada su ignominia así por la pena como por la causa. Mas si la causa es loable (como la del que muere por la fe, por la castidad, por la lealtad, por la patria ó por otra causa semejante) en este linaje de muerte no sólo no hay ignominia, mas antes cuanto la muerte fuere más cruel y más ignominiosa, tanto será más loable y más gloriosa. Y así Platón dice que los que ofrescen su vida por defensión de la patria, no se han de tener por hombres, sino por héroes, que es hombres divinos. Pues según esto preguntemos al profeta Esaías la causa desta muerte del Salvador, y respondernos ha con muchas palabras una sentencia, diciendo (1): Verdaderamente él tomó sobre sus hombros la carga de nuestros dolores y enfermedades, y nosotros pensamos que era un leproso, azotado de Dios y abatido. Mas él fué herido por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros pecados. La disciplina con que se alcanzó nuestra paz, cargó sobre él, y con sus llagas fuimos curados. Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas

---

(1) Esai. 53.

perdidas, y el Señor puso sobre él la carga de todas nuestras maldades. Veis aquí por tantas palabras explicada la causa de la muerte de Cristo, que no fueron pecados suyos, sino nuestros, que como ovejas perdidas, anduvimos descaminados. Mas dél dice luego más abajo que no cometió maldad, ni se halló engaño en su boca. Pues desta tan clara profecía se colige la causa de la muerte deste Señor. Murió, no por sola su patria, sino por todo el mundo, que es por todo el género humano, desterrado del paraíso y sentenciado á muerte. Murió por la salud y redempción de todos los hijos de Adán, si ellos quisieren aprovecharse del remedio que él les tiene ya ganado. Murió para satisfacer con el sacrificio de su muerte por todos nuestros pecados. Para lo cual es de saber que todos los pecados mortales, por la parte que tienen annexo menosprecio de Dios y de sus sanctos mandamientos, tienen en su manera razón de crimen *laesae maiestatis,* y por eso se les debe pena capital, y pena de sangre. Ca por eso se llaman capitales, porque á ellos se debe esta pena. Pues compadesciéndose aquel inocentísimo y clementísimo Cordero de tantos pecados y tantas muertes como por ellos se debían, quiso él por su inmensa piedad ofrecerse á esta pena, y pagar esta deuda de sangre, derramando la suya: la cual, por ser de infinito precio, bastó para satisfacer por todos. Y esto declaró él cuando consagrando el cáliz de su sangre, dijo (1): Ésta es la sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada en remisión de los pecados. Como si dijera: Vosotros estábades condenados á pena de sangre por las leyes de la divina justicia: pues yo quiero tomar á mi cargo esta satisfacción (por que no se quebranten las leyes desta justicia) y ofrescer mi sangre por la que vosotros debíades, y padescer muerte no debida, por la que todos debíades. Desta manera pues fuimos librados de la muerte, no sólo de la eterna, mas también en cierta manera de la temporal. Porque (cuanto toca á los justos) Cristo le quitó la mayor amargura que tenía. Por lo cual no sólo no es de ellos temida, sino antes deseada, por ser á los tales puente y escalera para subir á la verdadera vida. Y por esto se dice de los sanctos que tienen la muerte en deseo y la vida en paciencia. Y así la muerte dellos en la Escritura se llama sueño.

(1) Matth. 26. Luc. 22.

De aquí viene á seguirse lo que dice el Apóstol (1): Por esto murió Cristo, para enseñorearse de vivos y muertos, para que los que por él viven, no vivan ya para sí, sino para él que murió por ellos. Desta manera vemos que si muchos hombres deben una deuda (como los que robaron una casa) si uno dellos paga esta deuda, los otros quedan obligados á pagar á éste que pagó por todos. ¿Quién pues podrá declarar lo que los hombres deben á este Señor, que por sola su bondad y caridad quiso sufrir la muerte que todos debíamos? Declaremos esto por un ejemplo, para que mejor se entienda la grandeza desta deuda. Pongamos caso que estando preso un hombre, y sentenciado á muerte, viniese un grande amigo suyo, el cual sintiese tanto la condenación del amigo, que entrase en la cárcel y vistiéndose de las ropas del amigo preso, á fuerza de brazos lo echase fuera della y se quedase él en la prisión para padescer la muerte á que el amigo estaba sentenciado. Pregunto pues: ¿qué haría el amigo que así se viese suelto y libre de aquel peligro? ¿Qué gracias le daría, y qué amor se encendería de nuevo en su corazón, considerando esta obra de tanta amistad, anta lealtad, tanta caridad y tanta bondad? Y ¿qué no haría por los hijos y mujer del tal amigo, que con tanta costa suya lo libró? Pues esto que nunca hizo un amigo por otro, hizo aquel altísimo Hijo de Dios para librar al hombre de la muerte que debía. Porque bajando de lo alto del cielo á la cárcel deste mundo, se vistió de la ropa de nuestra humanidad, y se puso en el lugar del hombre culpado para recibir la muerte á que él estaba sentenciado. Aquí faltan las palabras para encarescer esta obra de tanta bondad y caridad, y para declarar la grandeza del amor y agradescimiento que los hombres deben á este clementísimo reparador por el modo deste remedio. Y pues aquí desfallece el ingenio y faltan las palabras, quedará esto para la devota consideración del piadoso lector.

Pues volviendo á nuestro propósito, ¿qué mayor argumento de bondad y caridad y misericordia que éste? Y porque en las cosas espirituales lo bueno es lo alto y lo glorioso y lo hermoso, síguese que esta muerte, que parece ignominiosa (vista la causa della) es la cosa más alta, más gloriosa y más hermosa de cuantas el entendimiento humano puede comprehender. Pues según esto,

(1) II Cor. 5.

¿qué linaje de ignominia os paresce que hay en la muerte padecida por tal causa?

Catec. Notoria cosa es que cuan grande y cuan universal fué ese beneficio, tan grande es la gloria de esa pasión, y que todos los hijos de Adán están obligados á bendecir y glorificar ese Señor, y derretirse en su amor, pues con tanta costa suya les alcanzó tan grande bien.

§ I

Maest. Bien veo que bastaba esto para entender cómo en la muerte de Cristo no sólo no hubo ignominia, sino grandísima gloria. Mas á lo dicho quiero acrescentar para mayor gloria deste misterio otra causa de la pasión del Salvador, la cual es, que no sólo padesció él para satisfacer por las deudas de los pecados cometidos, sino también para alcanzarnos gracia por el mérito y sacrificio de su sagrada pasión, para que libres ya dellos, viviésemos en sanctidad de justicia delante de Dios, como dijo Zacarías. Y lo mismo significó el Apóstol cuando dijo que siendo Cristo crucificado, nuestro viejo hombre (que es nuestra carne y nuestro apetito sensual) fué juntamente con él crucificado, por que de ahí adelante no sirvamos ya más al pecado, ni estemos subjectos á él. Veis aquí pues otra causa de la pasión del Salvador no menos gloriosa que la pasada, porque aquélla fué satisfacer por los pecados cometidos, y ésta fué alcanzarnos gracia para no volver á cometerlos. Aquélla tiene respecto á lo pasado, ésta provee en lo venidero, aquélla descarga nuestras deudas, ésta nos enriquesce con nuevos merescimientos, aquélla quita del ánima la fealdad de los pecados, ésta la hermosea con la gracia de las virtudes.

Y para entender mejor esto se declararon atrás veinte singulares fructos del árbol de la sancta Cruz, los cuales no os declaro agora, porque los guardé para otro lugar, donde se tratan á la larga. Mas daldos vos agora aquí por presupuestos y expresados. Pues habéis de saber que estos veinte fructos son otros tantos beneficios que manaron deste sumo beneficio, y por hablar más claro, son veinte socorros y ayudas eficacísimas de la divina gracia para curar las dolencias de la naturaleza humana, y

hacer los hombres perfectos y consumados en toda virtud. Mas vengamos á la prueba de esto, la cual os quiero declarar por un ejemplo muy proprio, aunque sea humilde para cosa tan grande.

Cuando un hombre quiere mostrar que la medicina de la triaca que él ha hecho, es finísima, no cura de palabras, sino remítese á la experiencia. Y para esto déjase picar de una víbora y hincharse todo, y esto hecho, toma su medicina, y con ella se deshincha y sana, y con esta muestra alaba más la eficacia de su medicina que con todas las palabras que pudiera decir. Pues por otra experiencia semejante entenderemos cuán eficaz medicina fué la pasión del Salvador para curar la común dolencia del género humano, mordido de aquella antigua serpiente y inficionado con el vaho ó silbo della, como los teólogos dicen. Veamos pues para esto cuál estaba el mundo antes de esta celestial medicina. Todos sabemos que en solo un rinconcillo de Judea era el verdadero Dios adorado y conoscido, aunque ahí muy mal servido, porque como los sacerdotes y fariseos, que eran las guías del pueblo, estaban ciegos en las pasiones de su ambición y envidia y avaricia, así ellos como los guiados por ellos estaban caídos en el hoyo. Lo restante de todo el universo ¿cuál estaba? ¿Quién lo podrá explicar? Estaba sumido en el cieno y abismo de todas cuantas torpezas y cobdicias y malicias y carnalidades el entendimiento humano puede pensar y el apetito sensual desear, el cual á rienda suelta corría por todos los vicios, porque tales eran los dioses que los hombres adoraban, y dellos aprendían estas virtudes.

Después que hayáis considerado el mundo en este miserabilísimo estado, volved los ojos á considerar la mudanza que hizo después de la pasión de Cristo. ¡Cuánta infinidad de mártires fortísimos! ¡Cuánta de pontífices sanctísimos! ¡Cuánta de confesores gloriosísimos! ¡Cuántos enjambres de monjes que vivían por los desiertos, dellos apartados y solos, y dellos en compañía de otros muchos! Pues ¿qué diré de los coros y compañías de vírgines, pues hubo una sola ciudad junto á Tebas, donde había diez mil monjes y veinte mil vírgines, como pudistes leer en este libro? Y para mejor entender esto, debéis traer á la memoria todo lo que en esta parte escribimos de la tercera hazaña y obra maravillosa de la reformación y sanctificación de muchos hombres y mujeres sanctísimas que se habían de levantar en el mun-

do por virtud de su gracia. Y en esta cuenta pusimos la vida de aquellos monjes solitarios que vivían por los desiertos de Egipto, y de otros que vivían en monasterios y congregaciones religiosísimas. Dónde también hecimos mención de los sanctos varones de Italia, cuyas vidas escribió S. Gregorio en los cuatro libros de sus Diálogos, y así también la hecimos de otros sanctos que en Grecia hacían vida más que humana, y de muchos monasterios de vírgines castísimas que moraban docientas, y cincuenta juntas, y á veces más, y á veces menos, las cuales dijimos que tenían de estatuto dormir sobre unas esteras y comer un mismo manjar, ocupando las manos en la lana y las lenguas en las alabanzas divinas. Y hay (dice Teodoreto) innumerables monasterios déstos no sólo en nuestra religión, sino también en todo el Oriente, y dellas está llena Palestina, y Egipto, y Asia, y Ponto, y Cilicia, y Siria, y la tierra que está puesta entre los dos ríos, y la parte del mundo que se llama Europa. Lo cual todo bastantemente nos declara la reformación y mudanza de costumbres que hubo en tantas partes del mundo después de la venida del Salvador, no sólo en el rincón de Judea, sino en todas estas partes que habéis oído. En lo cual veréis no solamente la gloria, sino también la eficacia y el poder de la cruz, pues Dios, que antes della no era conocido más que en solo el pueblo de Israel, después del misterio de la Cruz fué adorado y reconocido en todas las naciones del mundo, como en las historias eclesiásticas se escribe. Pues ¿qué mayor prueba, qué mayor testimonio de la eficacia y gloria de la Cruz que haber sido ella causadora de tan grandes bienes y desta tan gran mudanza del mundo?

Confirmación de lo dicho con un singular ejemplo y discurso.

§ II

Pues para mayor consolación vuestra os quiero proponer aquí un ejemplo que viene muy á propósito para la inteligencia de lo que tratamos, aunque él es tal, y hay tanto que decir sobre él, que era menester más espacio y mejor lengua que la mía para tratarlo. Mas yo tocaré brevemente la substancia

dél, y vos tendréis bien en qué pensar, y con qué os consolar. Acordaos pues de las maravillas que nuestro Señor obró para sacar á vuestros padres de la tierra de Egipto, las cuales fueron tantas y tales, que el mismo Señor que fué el autor dellas, dijo á Moisén: Yo haré tales señales cuales jamás se vieron en la tierra ni en todas las gentes, para que vea este pueblo, donde tú estás, las obras terribles que yo tengo de hacer. Y que esto se cumpliese así, vengamos á la prueba. Y primeramente callo aquellas terribles plagas con que Dios castigó la tiranía y rebeldía de Faraón, las tinieblas palpables, las aguas vueltas en sangre, la tempestad del granizo, y las langostas que todo lo destruyeron, y sobre todo la muerte de todos los primogénitos de Egipto, dende el mayor hasta el menor. Todo esto dejo aparte por venir á cosas mayores. Decidme, ¿qué maravilla fué abrirse los mares de par en par, y hacerse las aguas muro del un lado y del otro para pasar á pie enjuto seiscientos mil hombres que iban en aquella compañía, y después tornarse á cerrar, y tomar en medio á Faraón con todos sus carros, para que muriesen ahogados los que ahogaban los niños inocentes de los hebreos? Y no fué menor maravilla abrirse las aguas del río Jordán, y detenerse en el aire para este mismo efecto. Y así de la una y de la otra maravilla se espantó el Profeta cuando dijo (1): ¿Qué es eso, mar? ¿Por qué huíste? Y tú, Jordán, ¿por qué volviste hacia tras? Y demás desto, ¿qué maravilla fué mantener Dios todo este ejército por espacio de cuarenta años con aquel suavísimo manna, y sacarles agua para beber de una piedra (2), y que en todo este tiempo y camino tan largo ni sus pies se maltratasen, ni sus ropas y calzado se envejeciesen (3), y sobre todo esto, que los guiase Dios todo este camino con una columna de nube de día, y con otra de fuego de noche, hasta llevarlos á la tierra prometida? Pues entrados en ella, ¿qué maravilla fué caerse los muros de Hiericó por tierra (4) con solo el sonido de las trompetas sacerdotales? ¿Qué maravilla fué que peleando ellos con los enemigos, Dios también pelease por ellos, arrojándoles dende lo alto grandes piedras que los matasen? Y si esto es poco, ¿quién vió ni aun imaginó una tan grande maravilla como fué mandar Josué al sol que se parase en medio del cielo, para

(1) Psalm. 113. (2) Num. 20. (3) Deut. 29. (4) Josue 6.

dar más largo espacio á los vencedores para seguir la victoria, y que el sol le obedeciese y estuviese tres horas fijo en un mismo lugar? ¿Paréceos pues que tuvo Dios razón en decir que haría señales nunca vistas en el mundo?

Pues vengamos á otra cosa más admirable, que fué bajar Dios (esto es, el ángel que representaba la persona de Dios) á darles ley, y bajar con tan grande majestad y resplandor, que es con tantos truenos y relámpagos y tanto fuego, que ardía hasta el cielo, y con el sonido terrible de una trompeta, el cual de cada vez iba cresciendo y acrescentando más el temor de los que lo oían (1). Y desta manera comenzó Dios á hablar en alta voz,que todos oyeron, y darles las leyes que habían de guardar. De lo cual todo resultó en ellos tan gran pavor y espanto, que dende lejos dijeron á Moisén (2). Háblanos tú, y oirte hemos, y no nos hable el Señor, por que por ventura no muramos. Á los cuales él respondió: No hayáis miedo, porque Dios vino desta manera para probaros y para que concibiésedes un tan grande terror dél, que éste os apartase de pecar. Esta venida de Dios encareció el mismo profeta al pueblo, diciendo (3): Pregunta por los días antiguos, dende el día que Dios crió el hombre sobre la tierra, si dende el principio del mundo hasta el cabo dél acaesció tal cosa como fué oir el pueblo hablar á Dios, como tú lo oíste y viste. Veis aquí, hermano, parte de las maravillas que obró aquel grande y poderoso Dios para libertar este pueblo y hacerlo fiel y obediente á sus leyes. Agora quiero yo que seáis vos buen filósofo, y me digáis lo que de todas estas maravillas había de inferir y concluir el pueblo que todo esto vió.

Catec. Paréceme lo primero que había de quedar muy fundado y confirmado en la fe y en el conoscimiento del verdadero Dios con la vista de tantos milagros, pues uno solo bastaba para esto, cuanto más tantos y tales. Lo segundo, era justo que amase de todo su corazón á un Señor que hizo cosas tan grandes por sacarlo de aquel tan duro captiverio, y entregarle la tierra de promisión. Lo tercero, también era justo obedecer y temer un tan grande, tan poderoso y tan terrible Dios como se les mostró en la manera del dar la ley, y mucho más en los castigos que después de la ley ejecutó todas las veces que pecaron,

(1) Deut. 4 (2) Exod. 20. (3) Deut. 4.

porque nunca la hicieron, que no la pagasen con grandes castigos y muertes. En lo cual paresce que aquel terror que se vió en el dar la ley, no eran amenazas para sólo espantar, sino para ejecutar, como la experiencia tan claramente lo mostró en el castigo del pecado que cometieron en la adoración del becerro y en el sacrificio del ídolo de Fogor (1), donde fueron muertos veinte y cuatro mil hombres, y ahorcados por mandado de Dios todos los principales del pueblo. Esto me paresce que se sigue de todo lo dicho.

Maest. Muy bien habéis filosofado. Mas veamos agora si estos hombres que vieron todo eso, filosofaron de esa manera. Dejo de referir aquí los pecados que cometieron andando por aquel desierto: solamente referiré lo que dice la Escriptura, y es que les duró esta fe el tiempo que vivieron aquellos viejos que habían visto las maravillas que Dios había obrado por ellos, y éstos acabados, luego desampararon á su libertador y verdadero Dios, y se entregaron á la idolatría y á todos los vicios que andan en su compañía. Y por este pecado los entregó Dios unas veces á los filisteos, otras á los madianitas y otras á los ammonitas, &c. Y viéndose oprimidos déstos, volvíanse á Dios y pedíanle socorro, y él por su gran misericordia los libraba. Mas ellos viéndose libres y en paz, luego tornaban á la idolatría acostumbrada, hasta que del todo desampararon á Dios, y adoraron los becerros de oro que hizo el malvado rey Hieroboán (2), y así los sufrió Dios muchos años, hasta que finalmente los desechó de sí y les quitó la tierra que les había dado, y entregó en poder del rey de los asirios (3), el cual los derramó por todas sus tierras, sin ser jamás restituídos á su reino antiguo. Y en el mismo pecado perseveró también el tribu de Judá, por el cual fué llevado captivo á Babilonia, y la ciudad con su templo abrasada y arrasada por tierra.

Catec. Todo eso pasa como decís. Mas querría saber á qué propósito habéis referido todas estas historias.

(1) Num. 25. (2) III Reg. 12. (3) IV Reg. 17.

Prosigue el mismo discurso.

§ III

Maestro.

Para que claramente veáis por este ejemplo lo que poco ha os dije del gran poder y virtud de la Cruz, vino el Hijo de Dios al mundo, no con aquel estruendo de majestad sino con profundísima humidad, no con espanto sino con blandura, no con terror sino con mansedumbre, no con sonido de trompeta sino con palabras amorosas, no mandando á los hombres que no llegasen al monte, sino convidándolos á que se llegasen á él, no con aparato y demonstración de Dios todopoderoso sino con reputación de hijo de un carpintero, no resplandeciendo con llamas de fuego en el monte sino nasciendo con extremada pobreza en un establo, y lo que más es, siendo reputado por engañador y alborotador del pueblo, y como tal preso, azotado, escupido, abofeteado y finalmente crucificado entre dos ladrones, y tenido en menos que Barrabás. Con este hábito y aparato tan humilde, ¿qué, si pensáis, acabó con los hombres? ¡Oh cosa de grande admiración! ¡Oh maravillosa virtud y poder de la Cruz! Acabó lo que con todo aquel estruendo no pudo acabar. Acabó esta tan grande mudanza del mundo que agora dijimos, y luego diremos. Acabó que floreciese una tan grande reformación y sanctidad en el mundo, que innumerables compañías de hombres y mujeres de todos los estados, que antes vivían como bestias brutas, dejados sus falsos dioses, comenzaron á vivir vida de ángeles, como está ya relatado. Pues ¿quién no verá claro que no se pudo hacer esta obra tan grande sin el brazo y poder de Dios? Y si tan claramente nos consta por todas las sanctas Escrituras que nadie puede vivir sanctamente sin el favor y gracia del Espíritu Sancto, viendo esta tan extraña sanctidad en tantas partes del mundo, ¿cómo no reconoceremos aquí la virtud y asistencia deste divino Espíritu?

Pues ¿qué será si con lo dicho juntáremos que esta mudanza del mundo fué tantas veces profetizada por todos los profetas?

¿Qué otra cosa más veces repite y engrandesce Esaías con tan grande resplandor de palabras? Pues ¿cuán abiertamente profetizó esto el mismo Salvador, cuando dijo (1): Agora ha de ser juzgado el mundo, agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado en una cruz, todas las cosas traeré á mí.

Catec. No me puedo contener que no adore y reverencie al Señor que con esas divinas palabras y con esa tan clara profecía dió tanta luz á nuestras ánimas. ¿Quién pudiera profetizar tantos años antes una cosa tan grande como ésa, sino Dios? Y ¿quién fuera poderoso para obrarla en tantas partes del mundo, sino Dios? De modo que según entiendo, dos columnas firmísimas tiene aquí nuestra fe. La una es la grandeza de esa obra, que es propria de solo Dios, y la otra haber sido tanto tiempo antes tan claramente y tantas veces profetizada por él.

Maest. Muy bien habéis filosofado, y bien se parece en eso el tocamiento del Espíritu Sancto que os enseña. Y aunque bastaba lo dicho para vuestra edificación, quiero confirmarlo con esta comparación. Pongamos caso que un gran médico (como fué Galeno) usase de las más excelentes medicinas que sabía en la cura de un enfermo sin aprovecharle cosa alguna. Pues si éste, después de deshauciado el doliente, le viese súbitamente sano sin ninguna medicina, ¿qué haría? ¿Qué diría? Diría que esta salud fué miraculosa, obrada por sola virtud de Dios. Pues vengamos á nuestro caso. Vistes en lo dicho, por una parte cuántos milagros y cuántos beneficios hizo Dios á vuestro pueblo para atraerlo á su amor, y cuántas amenazas y castigos para traerlo á su obediencia y temor, y vistes cuán poco les aprovechó este remedio: y por otra parte veis la mudanza que el mundo hizo sin aquel estruendo y sin aquellos castigos y espantos. Pues ¿qué se puede inferir de aquí sino lo que está ya dicho, que ésta fué obra de la diestra del muy Alto, y que otro brazo que el de Dios no pudiera acabarla? Porque si algún remedio había para obrar esto, era el que Dios tomó con las maravillas que obró antes del dar la ley, y cuando la dió, y después que la dió: y pues vemos claramente que éste no bastó, síguese que sola la virtud y poder de la gracia (que se nos dió por el misterio de la Cruz) acabó este tan grande

(1) Joan. 12.

negocio. Pues ¿qué más era menester para abrir los ojos de los que aun están ciegos, que sola esta consideración?

Y porque veáis que tengo razón en esto, quiero contaros una historia que os ha de consolar mucho, aunque me detenga más de lo justo en este discurso. Escríbese en la vida de aquel gran Basilio, obispo de Cesarea, que había en esta ciudad un famoso médico, judío de nación y profesión, el cual era tan cierto en pronosticar el tiempo en que el enfermo había de acabar, que jamás en esto erraba un punto. Curando pues éste á Basilio, y habiendo usado de las mejores medicinas que él sabía sin aprovecharle nada, vino totalmente á desconfiar de su salud. Amaba el sancto Obispo mucho á este médico, porque sabía que había de morir cristiano, y todas las veces que se hallaban á solas, le predicaba la fe, y rogaba que se baptizase. Mas él nunca quiso obedecer, diciendo que había de morir en la ley de sus padres. Siendo pues ya servido Dios de llevar desta vida á su siervo Basilio y darle su gloria, hallándose en este paso, mandó llamar á este médico, que se decía Josef, y dándole el brazo, le preguntó: ¿Qué te parece de mi salud? Él le dijo: Paréceme que debías ordenar de tu iglesia y cosas, porque no tardarán muchas horas que no acabes. Dijo Basilio: No sabes lo que dices. Respondió Josef: Yo te digo de verdad que hoy se acabará tu vida con el sol. Dijo el Sancto: ¿Qué será si durare vivo hasta mañana? Respondió el judío: Eso no puede ser, porque no tienes media hora de vida, ni durarás hasta el poner del sol. Dijo Basilio: Y ¿qué será si viviere hasta mañana á medio día? Respondió Josef: Moriré yo. Dijo el Sancto: Bien sé yo que morirás al pecado, y vivirás á Cristo. Respondió el judío: Bien entiendo tus razones. Y con grandes juramentos dijo que se baptizaría si viviese hasta el tiempo que él decía. Entonces el sancto varón, celoso de la salvación de aquella ánima, pidió al Señor le alargase la vida hasta aquel término. Y otro día por la mañana hizo llamar el médico, el cual pensando que era ya fallecido, desconfiado de le ver, fué allá, y como le hallase vivo, dijo en alta voz: No hay Dios sino el Dios de los cristianos, y dende agora renuncio la ley en que hasta aquí he vivido, y tomo á Cristo por mi Dios y Señor, y yo y toda mi familia pedimos el sancto baptismo. Dijo el Sancto: Pues yo te quiero baptizar. Y diciéndole el médico que estaba muy flaco y no podría, respondió el sancto Obispo: Tenemos por nos al dador

de la vida, que nos dará fuerzas para eso. Y dicho esto, se levantó y fué con él á la iglesia, y le baptizó y comulgó, y dejó acrecentada aquella oveja al rebaño del Señor. El judío luego comenzó á distribuir sus bienes por los pobres con mucha caridad. Y el sancto Obispo se estuvo en la iglesia hasta las tres de la tarde, y dando gracias á Dios por su partida y por la conversión de aquella ánima, despidiéndose de su pueblo y de toda la clerecía que le acompañaba, dió el ánima á su Criador. Y como al nuevo convertido dijesen que era fallecido, vino á él, y besándole los pies, dijo: Por cierto, padre Basilio, aun si agora no quisieras, no murieras.

§ IV

Catec. En gran manera me he consolado con esa historia, viendo por ella cuántas maneras tiene aquel piadoso Señor para traer las ánimas á sí.

Maest. Pues por este ejemplo torno á concluir lo que está ya concluído, y es, que así como este médico vió que las más excelentes medicinas que él sabía no bastaban para dar á aquel sancto obispo un día de vida, y viendo después lo contrario, entendió que aquella salud era sobrenatural y miraculosa, y por este milagro se convirtió, así, viendo nosotros cómo Dios con aquella tan excelente medicina de que usó en el dar de la ley para curar la malicia de su pueblo, nada aprovechó, y viendo por otra parte cómo sin esos tan grandes espantos reformó y sanctificó tanta muchedumbre de gentes, ¿qué resta sino que (como está dicho) entendamos haber sido esta obra de la mano poderosa de Dios? De modo que bien mirado, más acabó el Hijo de Dios con los hombres con la humildad que con la majestad, más con la pobreza de su vida que con la grandeza de su gloria, más llorando en el pesebre de Betleem que tronando y relampagueando en el aire, y finalmente, más con la muerte ignominiosa que padesció en el monte Calvario, que con el resplandor de la gloria que mostró en el monte Sinaí. Pues ¿quién no se maravillará, quién no pasmará de la grandeza del poder que Dios nos declaró en esta flaqueza? Con sal hizo dulces el profeta Eliseo las aguas salobres, y Cristo con la ignominia de la cruz, de que se escandalizaban

los hombres, trajo á su fe esos mismos hombres. Con todo aquel estruendo del dar de la ley los hombres desampararon á Dios y adoraron á los ídolos, y con esta humildad y ignominia de Cristo los hombres acocearon sus ídolos y adoraron á Cristo.

Pues deste tan largo discurso se infiere lo que al principio propusimos, si os acordáis, que en la cruz y muerte del Salvador no sólo no hay cosa ignominiosa, sino grandísima gloria, pues tales y tan maravillosos frutos se siguieron della, porque por la excelencia de los efectos conoscemos la de las causas. Y como sea verdad lo que dijo el Salvador, que por el fruto se conosce el árbol (1), ¿cuál os parece que será el árbol de la Cruz, de que tales frutos procedieron? Por lo cual veréis con cuánta razón dijo el Apóstol (2): Nosotros predicamos á Cristo crucificado, cosa que los judíos tienen por escándalo, y los gentiles por locura, mas los que Dios llamó de los unos y de los otros, reconocen que en la cruz está encerrado el poder y sabiduría de Dios.

Catec. Muy bien habéis concluído, maestro, vuestro intento: no sé qué más pueda yo desear. Pero si más tenéis que decir, no me lo neguéis, porque esta materia es tal, que nunca me cansaré de oirla.

Maest. Pues á estas dos causas susodichas de la sagrada Pasión quiero añadir la tercera, que es otro maravilloso y singular fruto della, aunque con menos palabras que la pasada, porque en otra parte desta escriptura se trata más á la larga. Pues para esto habéis de presuponer lo que muchas veces en esta materia se presupone, que el fin principal de la venida del Salvador y de cuantos pasos dió en este mundo, fué la gloria de su Padre celestial, al cual fin se ordena como medio la sanctificación del hombre. Pues habéis agora de saber que la cosa con que Dios ha sido en este mundo más glorificado, es la sangre y la fortaleza inexpugnable de los mártires. Porque ésta es la mayor señal de la verdadera caridad, éste el mayor sacrificio que se le puede ofrecer, esto lo sumo que la criatura racional, ayudada con la gracia, puede hacer. Y aunque en el cielo glorifican á Dios los ángeles, pero no le glorifican desta manera que los sanctos mártires. Y dejada aparte la sanctidad de tantos sanctísimos pontífi-

(1) Matth. 7. (2) I Cor. 1.

ces y confesores y vírgines, y de tantos millares de monjes, que (como ya dijimos) fueron frutos del árbol de la sancta Cruz, es tan grande el número de los mártires en todo género de estados, así de hombres como de mujeres y de doncellas y mozos, y tan admirable la constancia, la fe, la lealtad que tuvieron para con su Criador en medio de tan terribles tormentos, que aunque de haber criado Dios el mundo, y redemídolo con su sangre, no resultara otro provecho sino la gloria que de aquí se le siguió, era todo esto muy bien empleado por esta causa. Mas de la grandeza desta gloria en otro lugar trataremos, porque no se puede explicar cosa tan grande en pocas palabras.

Sabía pues el Hijo de Dios que había de haber en su Iglesia infinito número de mártires, así de hombres como de mujeres, viejos, y niños, y doncellas delicadas, las cuales con sus muertes habían de ofrecer este sumo sacrificio de gloria y alabanza á su eterno Padre. Entendía también que ninguna cosa había que más los consolase y animase en el trabajo de sus martirios que ver los que él, siendo Dios, padesció por ellos. Y con este esfuerzo respondió Sancta Margarita al tirano que la pretendía vencer con promesas y amenazas, diciéndole: No pienses, juez, que con esos halagos y amenazas has de vencer mi corazón, ni apartarme de la fe que debo á mi Señor, porque sierva soy de Cristo, el cual por mí padesció muerte y pasión. Y pues él murió por mí, yo también tengo de morir por él. Pues como el Salvador (que tanto deseaba la gloria de su eterno Padre) sabía cuánto él había de ser glorificado con la fe y sangre de tantos mártires, y cuán grande esfuerzo era para ellos ir él en la delantera llevando la bandera de la Cruz como alférez y príncipe de los mártires, sabiendo él esto, no digo yo una muerte, mas mil muertes que fueran menester, padesciera él por esta causa. Veis pues cuán conveniente medio fué la muerte de Cristo para el principal fin que pretendía, que era la gloria de su Padre celestial.

Catec. Grande ha sido la consolación que mi ánima ha recibido con la declaración de esas tres principales causas por que el Salvador padesció, las cuales manifiestamente prueban lo que al principio propusistes, esto es, que en la pasión del Salvador no sólo no hubo ignominia, sino grandísima honra y gloria. Mas porque este misterio es tan alto, que aunque toda la vida se gaste en filosofar sobre él, antes faltaría tiempo que materia de que

tratar (pues el apóstol S. Pablo se gloría que no sabía otra sciencia sino á Cristo crucificado) por tanto quiero proponeros agora otra pregunta, la cual es, que como sea verdad que una sola gota de sangre de ese Señor bastaba para redemir el mundo, por razón de la dignidad infinita de la persona del Salvador, ¿qué es la causa de haber querido él derramar toda su sangre, y padescer una muerte tan penosa. acompañada con tantas maneras de injurias y ignominias?

Maest. Los frutos inestimables que de esos dolores y ignominias se siguieron, bastan para satisfacer á esa pregunta. Mas al presente quiero señalaros brevemente otras tres causas, por las cuales el Salvador abrazó esos trabajos que decís. Para lo cual presupongo dos cosas. La primera es la que agora acabé de decir, que es el fin principal que el Salvador pretendía en su sagrada pasión. Lo segundo, presupongo también lo que todos sabemos, y es, que cuando una persona vil hace una notable injuria á un grande príncipe ó rey, no se contenta la justicia con castigarle con la pena ordinaria de las injurias que pasan entre los iguales, mas antes cuanto la persona injuriada es más alta, tanto es mayor el castigo della, y cuanto éste fuere mayor y más extraordinario, tanto queda más satisfecha y recompensada la injuria de la persona ofendida, porque la grandeza del castigo redunda en mayor gloria della. Pues aplicando esto á nuestro propósito, como Cristo nuestro Salvador amaba con inestimable amor la gloria de su eterno Padre, á quien todos los hombres habían tan gravemente ofendido, y él por su inmensa caridad tomase á cargo satisfacer por estas injurias, entendiendo bien que cuanto la satisfación fuese más cumplida, tanto la ofensa quedaba más recompensada y la persona ofendida más honrada, ¿qué había de hacer quien tanto amaba la gloria del Padre, sino acumular trabajos sobre trabajos, y dolores sobre dolores, y injurias sobre injurias, para que tanto más perfectamente quedase más honrada la persona desacatada, cuanto más cumplida era la satisfación? Y aun más os digo, que fué tan grande el ardor que aquella ánima sanctísima tenía de recompensar con sus dolores esta injuria, que todo esto le parecía poco, y si fuera menester estar penando hasta el fin del mundo por esta causa, caridad y voluntad tenía para ello y para mucho más. Y por esta causa quiso él en esta pasión ser desamparado de su Padre y de sí mismo, para que padesciendo

sin ninguna manera de alivio ni consolación, fuese tanto más crescida esta satisfación, cuanto más crecidos eran sus dolores, y más sin consolación. Los cuales fueron tales, que la representación dellos bastó para la más nueva cosa que jamás se vió, que fué sudar gotas de sangre que corría hasta el suelo. Pues ¿cuál podremos juzgar que sería el dolor de aquella ánima sanctísima, cuando tal accidente mostraba por de fuera?

Pues con este tan grande sacrificio ofrecido por tal persona, y abrasado con el fuego de aquella incomprehensible caridad que en aquel sacratísimo pecho ardía, quedó tan aplacada y satisfecha aquella infinita Majestad, que mucho más le agradó este sacrificio que le desagradaron todos los pecados del mundo, y mayor fué la honra que con este servicio recibió, que la deshonra con que los hombres (cuanto era de su parte) le desacataron. Y demás desto, si os espantan las invenciones de injurias con que los hombres malvados injuriaron este Señor, vistiéndolo ya de blanco, ya de colorado, ya como á loco, ya como á rey fingido, poned los ojos en las invenciones de maldades y pecados que los hombres han inventado para ofender aquella inmensa Majestad, y veréis cuán conveniente cosa era que esas invenciones de maldades se purgasen con las invenciones de las injurias del que venía á satisfacer por ellas, para que desta manera unas invenciones se recompensasen con otras.

Catec. Oh maestro, ¡cuán alto y cuán profundo es este misterio, y cómo es necesaria especial lumbre de Dios para penetrar las maravillas que hay en él! Porque quien mira á ese Señor con ojos de carne en medio de tantas deshonras, parecerle ha ser eso cosa indigna de tan grande Majestad, mas mirándolo con esa luz y penetrando las causas y conveniencias de ese misterio, no sólo no se escandalizará de lo que ve padescer á ese Redemptor por la gloria de su Padre, mas antes se espantará cómo no padesció más quien tanto la celaba y deseaba.

Maest. En nuestros ojos no padesció más de eso que vemos, mas en los de su Padre tanto padesció cuanto deseó padescer, pues ante aquellos divinos ojos no tienen menos valor y precio los tales deseos que las mismas obras, como se ve en el sacrificio de Abraham. Y si os pone admiración la grandeza deste deseo de Cristo, y este tan gran celo de la honra de su Padre, poned los ojos en lo que aquella sagrada humanidad recibió en el punto

que fué criada, cuando fué unida con el Verbo divino, y enriquecida y hermoseada con los tesoros de todas las gracias y excelencias que arriba declaramos: y quien esto profundamente considerare, verá luego la causa deste tan grande amor, y la orden y la consecuencia de las cosas deste misterio, con lo cual quedará su ánima suspensa con una grande admiración de la bondad y sabiduría del que todo esto trazó con tan grande concierto.

Ésta es pues, hermano, la primera causa de haber querido el Salvador escoger tan dolorosa y afrentosa muerte. La segunda fué para esfuerzo y ejemplo y consuelo de innumerables mártires, los cuales glorificaron sumamente á su Criador con las pasiones de sus martirios, como poco ha dijimos. Y por eso no hay necesidad de repetir aquí lo que habéis oído. Mas la tercera fué los grandes y inestimables fructos que destas pasiones se siguieron, de los cuales se trata más por extenso en la tercera parte desta escriptura, donde entran singulares ejemplos y estímulos grandes que se nos dieron para todas las virtudes, y señaladamente para amar aquel Señor que tales y tantas cosas padesció por el ardentísimo amor y deseo que tuvo de nuestra sanctificación y salvación.

SEGUNDA PARTE DE ESTE DIÁLOGO

En la cual se trata de lo que sirve para inflamar nuestra voluntad en el amor de nuestro clementísimo Redemptor.

Catecúmeno.

HASTA aquí habéis tratado, maestro, de lo que sirve para confirmación de nuestra fe y para dar luz á nuestro entendimiento para la inteligencia deste divino misterio, que es lo que derechamente á mi instrucción y estado de catecúmeno pertenece. Mas porque el principal fruto de la doctrina es la caridad, querría que pasásedes un poco las marcas de la doctrina, y que así como habéis tratado de lo que toca á la luz del entendimiento, tratásedes también de lo que sirve para inflamar la vo-

luntad en el amor de ese clementísimo Redemptor. Porque tan grande beneficio, grande amor pide, ni se puede pagar sino con con amor lo que de tan grande amor procedió.

Maestro. Tantas son las causas y motivos que tenemos para amar á nuestro benignísimo Redemptor, cuantas heridas y llagas recibió en su sacratísimo cuerpo. Porque así como todas ellas están testificando y predicando su amor, así nos están pidiendo retorno de amor. Mas porque faltaría tiempo para declarar los grandes estímulos y motivos que aquí tenemos para amar á nuestro libertador (y desto también se trata en diversos lugares desta escriptura) brevemente os apuntaré aquí dos, que son, la grandeza deste beneficio y la grandeza de la divina bondad que señaladamente en él mucho más que en todas las otras obras suyas resplandesce. Mas la grandeza del beneficio no se puede enteramente conocer en esta vida. Porque así como no podemos entender cuán grande sea la gloria y hermosura de nuestro Criador hasta que lo veamos, así tampoco la grandeza deste beneficio del Redemptor, hasta que en el cielo gocemos del principal fruto dél, que es la gloria perdurable. Porque cuando el justo se vea entre los coros de los ángeles, viendo cara á cara aquella infinita hermosura del Criador, y gozando con esto de inestimables deleites, sin temor de jamás perderlos, y entienda que este bien tan grande principalmente le vino por aquellas preciosas llagas, cuyas señales verá impresas en el mismo cuerpo del Salvador, para eterna memoria deste beneficio, entonces entenderá la grandeza dél, y allí se derretirá en amor de quien tanto bien le mereció. Entonces adorará con suma reverencia y agradescimiento aquellas gloriosas señales, causadoras de tan grande bien, las cuales entenderá que fueron puertas por donde entró á gozar del sumo bien. ¡Oh qué voces de alabanza allí resonarán en su boca! ¡Oh con cuánta devoción, con qué agradescimiento y amor dará gracias por este beneficio! Mas puesto caso que en esta vida no tengamos esta manera de conocimiento, no por eso debemos dejar de alabar y dar gracias á este Señor, que así se apiadó de nosotros, pues en lugar de la ira y castigo que teníamos merecido, convertió su ira en misericordia, y tomó él en sí la pena que nos era debida, para satisfacer por nuestra culpa, y reconciliarnos con su eterno Padre. Las palabras con que le habéis de dar las gracias son las siguientes, las cuales dice Esaías que llegado este día, los

fieles cantarán á Dios en esta forma (1): Alabarte he, Señor, porque estando airado contra mí, amansaste tu furor, y tuviste por bien de consolarme. Veis aquí á Dios hecho mi salvador, ya viviré confiado, y no tendré por qué temer. Porque él es mi fortaleza y mi alabanza, y él es el autor de mi salud. Cogeréis con alegría aguas de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día: Alabad al Señor, y invocad su sancto nombre. Predicad en los pueblos las invenciones de su misericordia, y acordaos que es muy alto su nombre. Cantad al Señor, porque lo ha hecho magníficamente, y denunciad esto en toda la tierra. Lo dicho es de Esaías.

Catec. Ciertamente, maestro, palabras son ésas de grande devoción y consolación y de grande confianza, las cuales debríamos traer siempre impresas en el corazón, pues con ellas nos declara ese divino profeta la grandeza deste beneficio. Ésta es pues la primera cosa que ha de encender nuestro espíritu en el amor de este clementísimo Redemptor. Mas declaradme agora la otra segunda causa que dijistes deste amor.

Maest. La segunda causa que nos debe mover al amor deste Señor, os dije que era la grandeza de la bondad que en este misterio singularmente resplandesce. Porque ya sabéis que el objecto, ó (por hablar más claro) el blanco á donde tira siempre la voluntad, es el bien, y así no hay cosa que más la mueva que éste. Pues para el conoscimiento desta suma bondad habemos de presuponer aquella sentencia tan celebrada de Sant Dionisio, tantas veces repetida en esta escriptura, que la naturaleza de la bondad es ser comunicativa de sí misma, que es querer comunicar el bien que tiene á todos, y hacerlos semejantes á sí. De dónde se sigue que cuanto la cosa fuere más buena, tanto más participará esta condición, y tanto más deseará comunicar este bien.

Catec. Bien se infiere eso de lo dicho. Porque si solemos decir que lo blanco derrama la vista, y lo prieto la recoge, de ahí se sigue que cuanto el color fuere más blanco, más la derramará, y cuanto más prieto, más la recogerá. Y esta misma consecuencia se hallará en la naturaleza de la bondad, que cuanto fuere mayor, tanto más deseará esta comunicación.

Maest. Bien decís, y de ahí luego se sigue que como Dios sea

(1) Esai. 12.

sumamente bueno, que (cuanto es de su parte) no habiendo resistencia en las criaturas, tendrá sumo deseo de comunicarse á todas ellas, según la capacidad de cada una, como dice el mismo Dionisio. Mas hablando de las criaturas que tienen entendimiento (como los ángeles y los hombres, que son capaces de mayores bienes) á éstos deseará sumamente hacer semejantes á sí, que es, buenos y sanctos, y después bienaventurados, como él lo es. Pues este tan grande deseo de comunicarnos su bondad y sanctidad fué la razón que lo movió á levantar al hombre caído. Y habiendo muchos medios para hacer esta obra, no miró á lo que él podía hacer, sino á lo que más convenía para nuestra sanctificación y para la perfección de sus obras. Y vió que el más excelente y más conveniente medio para este fin era hacer una novedad, la mayor de cuantas se pudieran pensar ó desear, que era hacerse Dios hombre, para que pues hombre había sido el que destruyó el mundo, fuese también hombre el que lo reparase, para que por la parte que era hombre pudiese merecer y satisfacer, y por la que era Dios, diese á aquella sancta humanidad valor y virtud para una obra tan grande como era la redempción del género humano. Pues primeramente quiso este Redemptor que se guardasen en esta obra, demás de la misericordia, todos los términos de justicia, para que no faltasen estas dos hermanas y compañeras de todas las obras divinas, que son misericordia y justicia. Para lo cual determinó tomar sobre sí las deudas de todos nuestros pecados, y satisfacer por ellos, ofreciendo no sangre de corderos ó becerros (como antes se hacía) sino su propria sangre y su purísima y inocentísima vida, para que con la muerte que él no debía, pagase por la que todos por el pecado debíamos. Pues la historia de esta sagrada muerte habéis vos, hermano, de pensar con toda la humildad y devoción que os sea posible, y no así á bulto y á carga cerrada, sino con todas las circunstancias que entrevinieron en ella, y particularmente con estas tres, conviene saber, la dignidad de la persona que padesce, y la indignidad de las cosas que padesce, y muy más en particular la causa por que las padesce, porque ésta os espantará y moverá mucho más.

Presupuesto agora este fundamento, levantad los ojos á considerar la majestad deste Señor que padesce, y mirad cómo aquel Señor, que (como dice San Juan) tiene escrito y broslado en su

muslo y en su vestidura, Rey de los reyes, y Señor de los señores (1), aquél que según el mismo Evangelista dice, es Alfa y Omega (2), que es, principio y fin de todas las cosas, aquél que (como dice el sancto Job) extiende los cielos solo, y anda sobre las ondas de la mar, y manda al sol que no amanezca, y así lo hace, y á las estrellas que no den luz, y así le obedescen (3), aquél que (como él mismo dice) hace cosas grandes, y admirables, y incomprehensibles, sin cuento y sin número, aquél á quien (como dice Daniel) sirven millares de millares de ángeles, y á quien asisten diez veces cien mil millares de aquellos espíritus soberanos (4), aquél que con una simple muestra de su voluntad crió toda esta gran máquina del mundo, y ante cuyo acatamiento todo él (como dice el Sabio) no es más que una gota del rocío que cae en la mañana (5). Pues este tal y tan grande Dios quiso por su propria voluntad padescer tantas invenciones y maneras de dolores y injurias, para pagar todas las invenciones de deleites y maldades con que los hombres ofendieron á su Criador, y esto tan de corazón y voluntad, que ninguna dellas entrevino en su sagrada pasión, que él no la quisiese, no queriendo el pecado de los que las hacían, mas sirviéndose de su malicia para nuestro remedio. De manera que él quiso por nosotros ser preso como malhechor, y escupido como blasfemo, y escarnecido de Herodes como loco, y coronado de espinas como rey fingido, y infamado como engañador, y acusado como alborotador del pueblo, y sentenciado á muerte, y muerte de cruz. De modo que aquel Señor que (como dice Esaías) tiene colgado de tres dedos el peso de la tierra (6), estuvo colgado de tres clavos en la cruz, aquél que es gloria y hermosura de los ángeles, está crucificado entre ladrones, aquél á quien alaban las estrellas de la mañana, y cuya gloria predican los hijos de Dios (7), oye vituperios y blasfemias de pecadores, aquél de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, está afeado y cubierto de llagas como un leproso, aquél en cuyo rostro desean mirar los ángeles, está desfigurado y escurecido con la presencia de la muerte, aquél cuya gloria predican los serafines en el cielo, diciendo: Sancto, Sancto, Sancto, blasfeman los malos en la tierra, diciendo: crucifícalo, crucifícalo, muera, mue-

---

(1) Apoc. 19. (2) Ibid. 22. (3) Job 9. (4) Dan. 7. (5) Sap. 11. (6) Esai. 40. (7) Job 38.

ra: aquél ante cuya presencia (como dice Esaías) todas las gentes son como si no fuesen, es comparado con Barrabás, y tenido en menos que él, aquél que es río de todos los deleites del paraíso, es jaropado con hiel y vinagre, aquél que viste los campos de hermosura, está en el árbol de la cruz desabrigado y desnudo, aquél que es piélago de todos los tesoros y riquezas, no tiene sobre qué reclinar su cabeza en aquel madero, aquél ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo (1) y se arrodillan las inteligencias que mueven los cielos, está escarnescido de los soldados, los cuales, hincándose de rodillas, escupían su divino rostro y le daban bofetadas (2). Pues ¿qué fué esto sino una de las más crueles representaciones y farsas que toda la malicia humana pudiera inventar? Para la cual los soldados convocaron toda la guarda del Presidente (que serían muchos) y en presencia de todos le vistieron aquella púrpura vieja, y le pusieron la corona de espinas en la cabeza, y una caña por sceptro real en la mano. Y esto hecho, hacían luego las ceremonias de rey, y éstas eran hincarse de rodillas y decirle: Dios te salve, Rey de los judíos, y escupir su rostro, y tomarle la caña de la mano, y herirle con ella, y sobre todo esto darle una gran bofetada, y dar ellos por esto una gran risada. Y esto no lo hizo sólo un soldado, sino también los otros, porque todos querían ser ministros de aquella fiesta, y probar sus brazos en la cara del Señor, el cual ni se escudaba con sus manos, ni volvía el rostro á otra parte, cumpliendo aquello que él mismo profetizó por Esaías: No aparté mi rostro de los que me maltrataban y escupían.

Pues siendo esto así, ¿á dónde más había de llegar, á qué más se había de extender, á dónde más había de bajar aquella incomprehensible Majestad? ¿Qué es esto, Señor? ¿Qué abismo de bondad es éste? ¿Qué misericordia? ¿Qué caridad? Todas las cosas, dice el Sabio, hecistes con número, peso y medida. Grande es la mar y la tierra, mas su medida cierta tienen. Y mucho mayores son los cielos, mas también éstos tienen su compás y medida. Grande es el número de las estrellas, pero vos las contáis y llamáis á cada una por su nombre. Mas en esta obra de vuestra inmensa bondad y caridad para con los hombres, no quisistes que hubiese número, ni peso, ni medida, antes quisistes pasar todas

(1) Job 26. (2) Matth. 27.

las marcas, sobrepujar todos los deseos, vencer todas las esperanzas, y pasar adelante de todo lo que se pudiera pensar, ofreciéndoos á tan extraños trabajos, sufriendo tantas injurias y derramando sobre nosotros tanta abundancia de gracias, si quisiéremos abrir los senos para recebirlas.

§ I

Pues como ésta haya sido la cosa más nueva y más admirable de cuantas ha habido en el mundo, y nadie se mueva á hacer cosas grandes sin grandes premios y intereses, ¿qué causa pudo mover á este Señor á trabajos tan grandes? Los mártires, cuando padescían, esforzábanse y consolábanse con la esperanza del galardón. S. Pablo sabía que le estaba guardada una corona de justicia, que había de recebir de la mano de Dios (1). David inclinaba su corazón á guardar los mandamientos divinos, por el premio que esperaba (2). Pues vos, Señor, ¿qué premio, qué galardón esperábades de tan inmensos trabajos? Claro está que en vos nada de eso podía caber. Pues ¿qué os movió, Señor, á tomar sobre vos una tan grande carga? ¿Fué alguna nueva alegría que desto recibiésedes? No, porque sois infinitamente bienaventurado. ¿Fué algún nuevo poder, ó saber, ó jurisdición que se acrescentase á la vuestra? No, porque en vos está todo el poder, y todo el saber, y el señorío de todas las cosas. Pues ¿fué alguna nueva gloria que se acrescentase á la vuestra? Nada deso ha lugar en vos, porque es tan inmutable y tan invariable esa divina Substancia, y tan llena de todos los bienes, que no puede caber en ella novedad, ni alteración, ni accidente, ni mudanza alguna, por la suma simplicidad y pureza de esa soberana deidad. De manera que aunque criásedes mil mundos, y todos ellos se ocupasen en vuestras alabanzas, no por eso crescería vuestra gloria, ni porque todos se aniquilasen y pereciesen se diminuiría. Pues no habiendo esto lugar, Señor, en vos, ¿por qué quisistes abrazar esta tan pesada cruz? ¿Quién milita en la guerra á su propria costa? ¿Quién planta una viña, que no goce de los fructos della? ¿Quién

(1) II Tim. 4. (2) Psalm 118.

apascienta el ganado, que no coma de la leche dél? ¿Quién da paso alguno, que no pretenda sacar dél algún fructo?

Y si nada desto cabe en vos, ¿por ventura moviéronos las oraciones y servicios y méritos de los hombres? Claro está que no, pues quitado aparte el fructo de vuestra sagrada pasión, todos los hombres nacen hijos de ira y enemigos vuestros, y así no pueden merecer ni hacer cosa que sea agradable á vuestros purísimos ojos. Resta luego que nada de esto os movió, sino sola misericordia, sola caridad, sola bondad. Y si vos, Señor, en esa naturaleza divina fuérades en alguna manera pasible, no nos espantara tanto vuestra pasión, mas que fuese tan grande la hambre y sed de padescer por nuestro remedio, que no pudiendo padescer en vuestra propria naturaleza, usásedes de tan extraña invención, que juntásedes con vos una naturaleza mortal y pasible con tan estrecha unión, que padesciendo y muriendo ella, se dijese con verdad que Dios padesció y Dios murió (aunque no según la naturaleza divina) esto es cosa que sobrepuja toda admiración, y que suspende y trasporta todos los sentidos humanos. Poco paresció á vuestra infinita Bondad haber criado el hombre con tanta dignidad y gracia, y haberlo hecho capaz de vuestra gloria, y criado el sol, la luna, las estrellas, los cielos, la tierra, la mar y todo lo que en estos elementos hay, para su servicio, porque aunque todo esto era mucho, mas á vos parecía poco, porque no os costaba nada. Por esto no os parecía que quedaba enteramente declarada la inmensidad de vuestra bondad, si no hiciésedes algo que os costase mucho. Pues ¿qué bondad pudiera llegar aquí, sino la vuestra? ¿Qué bondad se pudiera pensar digna de vuestra grandeza, sino ésta? ¿Cuándo se vió morir el señor por su esclavo, y más tal señor por tan vil y desconoscido esclavo? Espántase el profeta David de que siendo el hombre una criatura tan vana, os quisistes dar á conocer á él (1): pues ¿cuánto más se espantaría viendo que no sólo os acordábades dél, sino que quisistes padescer y morir por él? Y ya que así había determinado esto vuestra infinita bondad, pudiérades escoger una muerte breve y honrosa: mas escoger muerte por una parte tan ignominiosa, y por otra tan prolija, estando tres horas penando en una cruz, cargando siempre el peso del cuerpo para abajo, y desga-

(1) Psalm. 143.

rrándose más y más las llagas, y todo esto sin alguna consolación divina ni humana, ¿quién no quedará atónito considerando la grandeza desta tan extraña bondad y caridad? ¿Qué mártir cerró la puerta á las consolaciones que de parte de Dios le venían? ¿Quién quiso en sus trabajos ser desamparado de sus amigos y discípulos y conocidos? ¿Quién quiso tener la madre inocentíssima presente á tantos tormentos, para doblar con la presencia della sus dolores? Y si en esta satisfación queríades que se guardasen los términos de justicia, ¿qué justicia es que la persona ofendida tome á su cargo la satisfación de la culpada y pague por ella?

Y porque deseo que llevéis estas singulares propriedades de la divina bondad en la memoria (las cuales os servirán mucho cuando os pusiéredes á meditar la sagrada Pasión) os las quiero resumir aquí en breve. Pues la primera es haber tenido el Salvador tan grande hambre y deseo de padescer por nuestro remedio, para declararnos la grandeza de su bondad, que no pudiendo padescer en su propria naturaleza, ayuntó consigo otra naturaleza mortal y pasible, en la cual pudiese padescer lo que no podía en la suya. La segunda es padescer el señor por el siervo y el rey por su vasallo, que es cosa que nunca acaece. La tercera es, ser él ofendido, y pedir paz al culpado y poner de su casa la satisfación. La cuarta es padescer sin ningún género de interese en cuanto Dios, pues en él es imposible caber novedad, alteración ni mudanza. La quinta es haber él querido padescer sin alguna consolación divina ni humana. La sexta es padescer los mayores dolores que jamás se padecieron, acompañados con tantas ignominias y deshonras. La séptima es haber querido remediarnos por este medio tan costoso, pudiendo él remediarnos por otros muchos, por causa de los grandes y inestimables provechos que de aquí se nos seguían. En cada cosa déstas, hermano, tenéis bien en qué pensar.

Pues con lo que hasta aquí habemos dicho, y con lo que adelante diremos, se responde á la pregunta que al principio propusistes por parte de los infieles que tienen por ignominia la pasión y muerte del Salvador. La causa desta ceguedad dice el Apóstol que es haber el príncipe deste mundo escurecido los ojos de los infieles para que no vean el resplandor de la gloria de Cristo, que está encerrada en su sagrada pasión. La cual está

tan lejos de ser ignominiosa, que podemos afirmar con verdad que ninguna de cuantas obras ha hecho Dios, y hará hasta la fin del mundo, ni todas ellas juntas igualan con la gloria que se le sigue de la ignominia desta Pasión. La razón desto es porque en todas ellas juntas no nos dió tan clara muestra de su bondad como en sola ésta, en la cual tantas cosas hizo y padeció por hacernos buenos y sanctos. Si viésemos un hombre que toda la vida emplease en hacer á otros buenos, padeciendo por esta causa muchos trabajos, como los padecía S. Pablo, y finalmente muriendo sobre esta demanda, no buscaríamos otro mayor argumento de su bondad que éste. Nicéforo escribe que estando preso en tiempo del rey Sapor un sancto diácono por nombre Benjamín, el rey lo mandó soltar á ruego del embajador de los romanos que presente estaba, mas con condición que no anduviese convertiendo los gentiles á la fe de Cristo, como antes lo hacía so pena de muerte. La cual condición no quiso aceptar el sancto varón, diciendo que aunque muriese sobre ello, había de tratar siempre de la conversión y sanctificación de las ánimas. Y así lo hizo, y por ello fué muerto con un cruelísimo linaje de tormento, porque le metieron por sus partes naturales unas varas con unos ganchos agudos, y así le dejaron estar hasta que envió su bienaventurado espíritu al Señor. Pues ¿quién no ve cuán grande argumento de bondad sea éste, que es hacer y padescer tanto por hacer de los malos buenos? Por dónde así como el Salvador dijo que no había mayor señal de amor que poner uno la vida por sus amigos, así podemos también decir que no hay mayor señal de bondad que poner uno su vida por hacer á otros buenos. Pues según esto, ¿qué tan grande muestra de bondad nos descubrió aquí el Señor de todo lo criado, pues padesció tal muerte por semejante causa? Y los sanctos que por esta misma razón padescían, tenían cierto su galardón y consolación, y padescían hombres por otros hombres, mas aquí el Señor de todo lo criado padesce por unos viles gusanillos, y esto sin ninguna necesidad, ni consolación, ni interese, demás de todas las otras circunstancias que acabamos agora de decir. Pues ¿cuánto mayor muestra de bondad es ésta? Y pues la bondad á nuestro modo de entender es la cosa más gloriosa que hay en Dios, y de la que él más se precia, y de la que en el cielo es alabado por aquellos serafines, que no cesan de decir, Sancto, Sancto, Sancto, y sabe-

mos también que en las cosas espirituales lo bueno es lo alto y lo glorioso, y lo más bueno, más alto y más glorioso, bien se infiere de aquí estar tan lejos de ser ignominiosa la pasión de Cristo, que (como dijimos) todas cuantas obras Dios ha hecho, y hará hasta la fin del mundo, ayuntadas en uno, no le dan tanta gloria como ésta sola. En lo cual se ve claro cuán diferentes sean los ojos y los juicios de la carne de los ojos y juicios del espíritu.

Y cuán eficaz haya sido esta medicina de la sagrada Pasión para nuestra sanctificación, vese por el fructo de sanctidad que della se siguió en el mundo, de que hasta aquí habemos tratado, y adelante trataremos, pues antes della no era Dios conocido más que en un rinconcillo de Judea, y ahí muy mal servido, mas después de ella lo fué en todas las naciones del mundo, pues en todas ellas hubo tan gran número de mártires, de confesores y vírgines, y tantas congregaciones y compañías de monjes sanctísimos, como habemos declarado y luego también declararemos.

Catec. No me puedo contener, maestro, que no prorrumpa en gracias y voces de alabanza, y diga que bendita sea tal caridad, tal piedad y tal misericordia y tal bondad, que por tan alta manera se nos quiso descubrir. Porque tal manera de bondad, tan diferente de todas las bondades de las criaturas, á tal Majestad pertenecía. Porque si la bondad de Dios sobrepuja infinitamente á todas las bondades criadas, razón era que tales circunstancias y particularidades tuviese, que en ningún linaje de criaturas se hallasen, para que así se diferenciase de ellas. Porque de otra manera, ¿qué singularidad ó qué diferencia habría entre la bondad de Dios y la de sus sanctos?

Maest. Tenéis mucha razón. Mas porque en la primera parte desta escriptura traté más por extenso desta divina bondad, ruégoos que leáis allí este lugar, porque en él hallaréis una consideración que mil veces querría repetir en esta escriptura. Porque después de haber tratado de la grandeza de la omnipotencia y sabiduría de Dios, que se conoce por la grandeza de sus obras, de que allí se trata, mayormente por la creación del mundo y por la resurrección general de todos los cuerpos que son, fueron y serán, aunque sean comidos de peces ó aves ó de otros hombres, y junto con ellos los que perecieron en las aguas del diluvio (los cuales han de resuscitar, no otros, sino los mismos que fueron) declarado esto, vengo á concluir que todos los entendimientos

que esto profundamente consideraren, vienen á quedar pasmados y atónitos de tan gran poder y saber. Pues de aquí concluyo que si las obras de la omnipotencia y sabiduría de Dios agotan todos los entendimientos y los dejan atónitos, no menos deben causar este pasmo las obras de su bondad, pues no menos se precia Dios de bueno que de sabio y poderoso, ni menos desea ser conocido por tal. Pues ¿cómo se pudiera esto hacer, sino de la manera que él lo hizo? Porque criar Dios mil mundos, y comunicar á cuantas criaturas en ellos criase todos los tesoros y riquezas de gracias que comunicó á los serafines, no le costaba ni ponía más de su casa que solo querer. Y esta obra de su bondad no nos dejara atónitos, como lo hacen las obras de su omnipotencia y sabiduría. Porque dar mucho á quien nada cuesta lo que da, no es argumento de gran bondad. Pues ¿de qué manera se podrá gloriosamente manifestar esta bondad? No de otra cierto, sino désta en que el Hijo de Dios la manifestó. Porque pudiendo él comunicarnos su bondad y sanctidad por otras muchas maneras, escogió ésta de su sagrada pasión. Porque por ésta echaba carbones de fuego de amor sobre nuestros corazones, por ésta nos daba más admirables ejemplos y más agudos estímulos para todas las virtudes, por ésta nos obligaba y casi necesitaba á amar á quien así nos amó y tanto por nuestra causa padeció. Y por acrescentar estas nuevas fuerzas y favores á la virtud, no dubdó aquel Señor de todo lo criado, aquel Rey de los reyes, y Señor de los señores, y Dios de los dioses, abajarse á todo lo que habéis oído, y esto sin seguirse á él ningún linaje, ni rastro, ni centella de interese. Pues ésta es la obra y la muestra de la bondad que arrebata los corazones, que suspende los entendimientos, y que espanta y asombra á los que atentamente la consideran. Y de aquí nace que cuando los sanctos contemplaban este misterio y penetraban con la luz del Espíritu Sancto la grandeza dél, venían á padecer raptos y alienación de todos los sentidos corporales, porque la grandeza de la admiración desta bondad llevaba en pos de sí todas las fuerzas interiores del ánima, y así dejaba el cuerpo insensible.

Pues volviendo al presupuesto principal, como sea proprio de la bondad comunicarse á todos, y por consiguiente, de la suma bondad desear sumamente comunicarse, por aquí entenderéis la grandeza del deseo que el Salvador tenía de esta comunicación, que es de hacernos buenos y sanctos, como él lo es. Esto es, que

imitemos en la pureza de la vida, en la simplicidad de las costumbres, en la caridad y amor para con los prójimos, y en la reverencia y obediencia para con Dios, la condición y inocencia de los ángeles, de manera que morando en cuerpo corruptible, ejercitemos el oficio de las substancias incorruptibles, y teniendo el cuerpo en la tierra, tengamos los pensamientos y deseos en el cielo.

Pues fué tan grande el amor y deseo que aquel Esposo celestial tuvo de comunicar á las ánimas esta tan gran pureza y hermosura, que viendo cuán grandes estímulos y motivos nos eran para esto sus dolores y tormentos, no dubdó ofrecerse á ellos por esta causa. Y esto es lo que el Apóstol significó, cuando dijo que poniendo el Salvador ante sus ojos el gozo, abrazó la cruz y no hizo caso de la mengua y confusión que en ella había de padecer (1). Pues ¿qué gozo es éste, sino el alegría que aquella ánima sanctísima había de recebir con la sanctificación y hermosura de tantas ánimas como habían de ser por la virtud y mérito de su preciosa sangre sanctificadas y hermoseadas? Declaremos esto más en particular, para que se entienda la grandeza deste gozo.

Puso este Salvador, á quien todas las cosas venideras estaban presentes, ante sus ojos la hermosura de las ánimas de aquellos sanctísimos pontífices y doctores de su Iglesia Augustino, Ambrosio, Gregorio, Basilio, Crisóstomo, y de otros innumerables pontífices y doctores que resplandecieron en su Iglesia más que las estrellas del cielo, y con su doctrina y sanctidad alumbraron el mundo. Puso ante sus ojos la hermosura de las ánimas de aquellos clarísimos monjes Paulo, Antonio, Hilarión, Arsenio, Silvano, Macario, y de otros innumerables que vivían vida más que humana, los cuales estando en la carne, vivían como si no tuvieran carne, y morando con los cuerpos en la tierra, paseaban con el espíritu las moradas del cielo. Puso ante sus ojos la hermosura espiritual de los Benitos, Bernardos, Domingos y Franciscos, y de infinita muchedumbre de religiosos que habían de militar debajo de la bandera y regla destos gloriosísimos capitanes, siguiendo las pisadas dellos, renunciando con la pobreza los bienes del mundo, y con la hermosura de la castidad los cuidados del matrimonio, y con la virtud de la obediencia el señorío de la propria voluntad, con lo cual libres de todos los

(1) Hebr. 12.

negocios temporales, se habían de entregar al amor y servicio de su Criador. Puso ante sus ojos la pureza y hermosura de aquellas sanctísimas vírgines Cecilia, Margarita, Águeda, Apolonia, Inés, Lucía, Dorotea y Catarina, y de otras innumerables vírgines que vencieron el mundo junto con la flaqueza mujeril, y conservaron en la tierra la pureza de los ángeles del cielo, derramando su sangre por la gloria del Esposo celestial, hermoseando las coronas blancas de su pureza virginal con la sangre de sus martirios. Y sobre todo esto, lo que más alegraba su ánima sanctísima era contemplar la fe, la constancia y la fortaleza inexpugnable de los gloriosísimos mártires Cipriano, Laurencio, Vincencio, Dionisio, Ignacio, Policarpo, Mauricio, y de otros innumerables guerreros que tan valerosamente habían de pelear, que tantas batallas habían de vencer, y que tan gloriosamente habían de triunfar de todos los emperadores del mundo y de toda la potencia del infierno, por no perder un punto de la fe y lealtad que debían á su legítimo Emperador y Señor. La vista pues de todas estas hermosuras juntas causaba en su ánima sanctísima una tan grande alegría, que (como dijimos) le hizo abrazar la cruz para hermosear todas estas ánimas con la púrpura preciosa de su sangre. Así lo significó el Apóstol cuando dijo (1): Los que sois casados, amad á vuestras mujeres, como Cristo amó la Iglesia y se ofreció á la muerte por ella, por hacerla tan hermosa que no hubiese en ella ruga ni mácula. Y esto es de creer que trataron Moisén y Elías el día de su gloriosa transfiguración, pues platicando con él de la muerte que había de padecer en Hierusalén, también tratarían del fructo inestimable que della se había de seguir, y deste grande gozo que había de recibir. Éste es aquel gozo y aquella hartura que Esaías profetizó, cuando hablando de la pasión deste Señor, dijo (2): Por los trabajos que su ánima padeció, verá, y hartarse ha. Quiere decir que por el mérito de los grandes trabajos que en su cuerpo y ánima sanctísima padesció, verá el fructo admirable que desto se seguirá, que es la conversión y renovación del mundo, con lo cual recibirá una tan grande alegría y contentamiento, que su voluntad quedará harta y llena con él, dando por bien empleado lo que padesció por esta causa. Porque justo

(1) Ephes. 5. (2) Esai. 53.

era que quien tanta hambre tuvo de la salvación de las ánimas, que no dubdó morir por ellas, no se le negase la hartura de lo que tanto deseó.

Pues poniendo el Salvador ante sus ojos el gozo de todos estos tan grandes fructos, no digo una sola muerte, mas mil muertes que fueran necesarias, padesciera con prontísima voluntad. Y aun todo esto le parecía poco por la obediencia y gloria de su eterno Padre y por la reformación y remedio del mundo, viendo que con este sumo beneficio nos esforzaba y animaba á todos los trabajos de la vida virtuosa.

Pues volviendo al propósito, estas tres circunstancias susodichas habéis, hermano, de poner ante los ojos, para encender vuestro corazón en el amor deste clementísimo Redemptor. Y para que con más fructo os ocupéis en este ejercicio, os doy este aviso, que cuando fuéredes contemplando estos dolores y ignominia del Salvador, siempre pongáis ante los ojos quién es este Señor que padesce (que es aquel grande Dios que poco ha os representé) y que todo esto padeció por redemiros por el más excelente medio que para esto podía haber. Porque esto suspenderá vuestra ánima en una grande admiración y amor de aquella incomprehensible bondad que á tanto por vuestra causa se abajó.

Mas si el demonio tomare de aquí ocasión para escandalizaros, acordaos de lo que hasta aquí habemos dicho, que aunque digamos con verdad que Dios padeció y murió, mas no padeció ni murió en cuanto Dios (porque eso era imposible) sino en cuanto hombre. Porque aunque él era verdadero Dios, era también verdadero y perfecto hombre, como cualquier de nosotros, compuesto de cuerpo y de ánima racional, mas libre y exempto de todo pecado, y el más sancto de los hombres, y sanctificador dellos. Y según esta naturaleza se llama en las Escrituras siervo de Dios, y siervo que él escogió dende el vientre de su madre para gloria suya. Pues según esta naturaleza padeció por la redempción del mundo y por la obediencia y gloria de su eterno Padre. Y si la mayor dignidad que los Apóstoles y mártires tuvieron, fué padescer muerte por la gloria de Dios, no era razón que careciese desta dignidad el Sancto de los sanctos, sino que padeciese como ellos por la misma gloria. Porque por esta razón quiso él que su sanctísima madre se hallase presente al pie de la cruz, sufriendo en su ánima el mayor dolor que ninguna

pura criatura jamás padeció, oyendo con sus oídos los golpes de los martillos con que se hincaban los clavos en aquel delicadísimo cuerpo, y viendo con sus ojos los arroyos de sangre que dél manaban. Lo cual ella padescía, no por sus pecados (porque no los tenía) ni por los ajenos (porque la pasión del Hijo bastaba) sino porque á la más sancta de las sanctas no faltase esta suma dignidad y excelencia, que es padescer grandes trabajos por la obediencia y gloria de Dios.

Pues de esta manera considerando vos al Salvador como verdadero y perfecto hombre, como lo fué cada cual de los sanctos, no padescerá vuestra ánima alguna manera de escándalo, viendo que él padesció como ellos padescieron. Para entender esto os ayudará la cerimonia de la Iglesia, la cual cuando se dice el Credo en la misa, hace tan gran pausa, y canta con tanta solenidad y reverencia esta palabra, ET HOMO FACTUS EST, corriendo todo lo que se sigue, que es, *crucifixus etiam pro nobis* &c. no porque sea mayor cosa hacerse Dios hombre, que morir en cruz por el hombre (porque esto es mucho más) sino porque asentado que este soberano Señor tuvo por bien hacerse verdadero y perfecto hombre, no hay por qué extrañar lo que padesció en aquella sagrada humanidad.

Esta admirable unión y junta de Dios con nuestra humanidad declara S. León papa diciendo que con tan estrecha liga juntó él estas dos naturalezas, que ni la gloria de la mayor consumiese la naturaleza de la menor, ni la bajeza de la menor diminuyese la gloria de la mayor. De modo que quedando salva y entera la propriedad y naturaleza destas dos sustancias, y juntándose ambas en una sola persona, tuvo por bien de vestirse la majestad de nuestra humildad, y la eternidad de nuestra mortalidad, y la fortaleza de nuestra flaqueza, para que el mismo Señor como medianero entre Dios y los hombres obrase todo lo que convenía para nuestro remedio, muriendo por parte de la una naturaleza y resuscitando por la otra. Porque si él no fuera verdadero Dios, no nos pudiera dar remedio, y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo. Esto es de S. León papa. Pues fundado vos, hermano, en el conocimiento desta verdad, no extrañaréis los dolores y trabajos de la pasión deste Señor. Pues siendo él verdadero y perfecto hombre y el más sancto de los hombres, no había de carecer (como dijimos) de la mayor honra y dignidad que ellos

tuvieron, que fué padescer muerte por la gloria de Dios. Y con la fe desta verdad fácilmente rechazaréis y despediréis de vos todas las saetas y tiros del enemigo.

Mas volviendo al propósito principal de que tratábamos, para que nuestro Señor os haga participante de la consolación que gozan sus familiares amigos contemplando este misterio, habéisle de pedir demás de la fe otra luz y otros ojos para saber mirar este Señor puesto en la cruz. Porque si éstos tuviéredes, luego veréis los tesoros y riquezas de gracia que en él están encerrados. Veréis los frutos suavísimos del árbol de la sancta Cruz. Veréis las conveniencias admirables deste remedio que la Sabiduría divina escogió para nuestra salud. Veréis los grandes motivos que ahí tenemos para amar y glorificar este Señor, y desear padescer mil muertes por él, y finalmente otras muchas cosas que no se pueden explicar con pocas palabras.

He pasado, hermano, los términos de lo que pretendía, que era informaros de lo que pertenecía al conocimiento de este misterio, acrecentando esto que sirve para mover la voluntad al agradecimiento deste sumo beneficio y al amor deste clementísimo Redemptor, porque supuesta la fe, esto es lo que hace más al caso.

Catec. No puedo dejar de confesar, maestro, que todo eso que habéis dicho, ha sido una música suavísima para los oídos de mi ánima, y ésa querría oir todos los días de mi vida. Porque ¿qué cosa más dulce para un cristiano que verse tan preciado y tan amado de un tan grande Dios, que se pusiese á padecer todo èso por librarlo de las penas del infierno, y coronarle de perpetua gloria con los ángeles en el cielo, y atraerlo á su amor y obediencia con tan grande beneficio?

DIÁLOGO VIII

EN EL CUAL SE TRATA DEL SANCTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

Catecúmeno.

Otro misterio muy proprio y muy principal de la Religión cristiana es el Sanctísimo Sacramento del altar. Y porque el estado de catecúmeno está deputado para aprender los misterios de la fe que Dios por su bondad me ha infundido, deseo ser informado de lo que pertenece á la doctrina deste divino Sacramento.

Maestro. Yo os confieso, hermano, que ninguna materia hay que más desee tratar que ésa, por la gran consolación que en ello recibo, considerando la grandeza de ese beneficio que Dios nos hizo, y ninguna que más tema tratar, porque eso poco que yo dél concibo, no tengo palabras con que lo pueda declarar: con lo cual padece mi ánima como dolores de parto, porque deseo declarar por palabras lo que siente mi corazón, y sé que no tengo de salir con ello, porque entiendo que así como este beneficio divino es incomprehensible, así es inefable. Y tengo razón para temer que la cortedad y falta de mis palabras sea injuriosa á la dignidad y excelencia dél. Por lo cual entiendo que sería más acertado reverenciar este misterio con una grande admiración y silencio, que pretender declarar con palabras humanas lo que ni con lenguas angélicas se podría explicar. Y esto es conforme á lo que S. Gregorio dice por estas palabras (1): Entonces hablamos con mayor elocuencia las obras de la virtud divina, cuando el espanto dellas enmudece nuestra lengua, y habla mejor el hombre dellas callando lo que no puede bastantemente explicar hablando. Por lo cual dice el Psalmista (2): Alabad al Señor según la muchedumbre de su grandeza. Aquél le alaba desta manera, que confiesa no tener palabras para predicar sus alabanzas. Mas ya que queréis ser in-

(1) Greg. lib. 9 Moral. (2) Psalm. 150.

formado de la doctrina deste Sacramento, la primera cosa que os diré, es que muchos de los fieles están tan firmes y constantes en la fe deste misterio, y tan lejos de dubdar dél, que éste les hace creer con mayor alegría y firmeza los otros artículos de nuestra fe. Porque reciben con el uso dél tan grandes bienes y consolaciones en sus ánimas, y tan grande luz en sus entendimientos, y tan grande fuego de amor en sus voluntades, y tan grandes ayudas para toda virtud, que por aquí entienden que no podía ser sino Dios el que ordenó una cosa de tanta eficacia para la sanctificación y salvación de las ánimas. Y porque saben que quien esto ordenó, es el autor de todos los otros misterios que creemos, de aquí es que la fe certísima deste artículo nos acrecienta la de todos los otros.

Comenzando pues á declarar lo que habemos de creer deste sacramento, decimos que por virtud de las palabras de la consagración pronunciadas por un sacerdote, la substancia del pan se muda en la del cuerpo de nuestro Salvador, y la del vino en su sangre preciosa. Mas por cuanto así el cuerpo como la sangre no están sin el ánima, y lo uno y lo otro no está sin la divinidad, por tanto, aunque por virtud de las dichas palabras no esté debajo de aquellas especies sacramentales más que el cuerpo y sangre de Cristo, mas por vía de concomitancia está su ánima sanctísima y su divinidad. Esto es lo que estamos obligados á creer deste misterio.

Pues para creer que esto sea así, no se requiere más que probar que esto pudo hacer Dios, y que lo quiso hacer, porque probado el poder y querer divino, cesa toda cuestión. Estas dos cosas os declararé agora, y después os diré el fin para que fué instituído este sumo Sacramento.

§ I

Y cuanto á lo primero, que es poder Dios por ministerio del sacerdote hacer esta mudanza susodicha de una substancia en otra, no tenemos mucho que altercar. Porque mayor cosa es hacer algo de nada que mudar una substancia en otra. Y pues confesamos que Dios crió los cielos, que son tan grandes, junto con la mar y la tierra, de nada, mucho más podrá hacer una cosa

de otra. Asimismo vemos que el pan que cada día comemos, por virtud del calor natural en breve espacio se muda en nuestra carne. Pues ¿qué maravilla es que lo que puede hacer en espacio de dos ó tres días el calor natural, lo haga en un instante la virtud omnipotente de Dios? Y quien tan fácilmente pudo mudar en las bodas del Evangelio el agua en vino, también podrá mudar la substancia del pan en la de su sanctísimo cuerpo.

Catec. Esa conversión y mudanza no me espanta. Mas lo que me espanta es que diciéndose en la misma hora cien mil misas en toda la Iglesia cristiana, asista la presencia de Dios en todas ellas de tal manera que en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la consagración, obre Dios esa conversión, y esto no por ministerio de ángeles, sino por sí mismo. Porque mirando esto con ojos de carne, paresce que es poner á Dios en cuidado de acudir á tantas partes sin faltar un punto.

Maest. ¡Oh cuán bien dijo Tulio (como arriba alegamos) que es cosa dificultosa apartar el entendimiento del uso de los sentidos, los cuales quieren medir las cosas divinas por las humanas, estando aquella nobilísima naturaleza infinitamente levantada sobre todo lo criado! De dónde nace que el mayor impedimento que los hombres tienen para conocer á Dios, es querer medirlo y tantearlo por sí mismos. Pues para que veáis que esta asistencia susodicha no pone á Dios en cuidado ni impide punto de su felicidad, poneros he para la inteligencia desto un ejemplo. Dice Aristótiles y todos los buenos filósofos que el ánima intelectiva que tenemos los hombres, no procede de la materia de que se forma el cuerpo humano, porque éste se fabrica de una materia corporal. Mas como esta ánima sea substancia espiritual semejante á los ángeles, no puede ser producida de cosa material, y por eso dicen que viene de fuera. Y acrescienta á esto la fe y religión cristiana que después de organizado el cuerpecito del niño en las entrañas de su madre, el Criador de todas las cosas por sí solo cría el ánima, y la infunde en aquel corpecito en el mismo punto que se acaba de organizar. Pregúntoos pues agora: ¿qué tan continuo será el oficio de Dios en criar tantas ánimas y infundirlas en sus cuerpos? Poned los ojos en todo el universo mundo, que es en todo este nuestro hemisferio, y en el que está debajo de nosotros, y en las islas de todos los mares, y finalmente en todas las naciones del mundo, y imaginad: ¿cuántas ocasiones habrá de

día y de noche para criar Dios ánimas y infundirlas en sus cuerpecitos?

Catec. Ésas ¿quién las contará, sino quien puede contar las estrellas del cielo? Y parece por esto que si Dios ha de acudir á todos estos puntos y momentos, ha de estar perpetuamente criando ánimas.

Maest. Así es como decís. Y con toda esa ocupación y otras innumerables que aquí no digo, se compadece aquella beatísima felicidad y tranquilidad de que eternalmente goza Dios. Pues si este Señor asiste noche y día á la formación de tantos millares de cuerpos, para que en el punto y momento que se acaban de formar, infaliblemente críe y infunda las ánimas en ellos, ¿qué maravilla es asistir á todos los altares de la Cristiandad, y hacer esta transmutación (que decimos) en el punto que el sacerdote acaba de consagrar? Si asiste á la formación de cuantos negrillos y negrillas son concebidos en Etiopía (en que tan poco va) para infundirles las ánimas, ¿cuánto con mayor razón asistirá á la consagración de su cuerpo para la santificación de nuestra vida?

Catec. Es tan acomodado ese ejemplo para lo que habéis dicho, y tan fuerte para probar que no es eso imposible á la omnipotencia de Dios, que nadie podrá contradecir á esa razón. Y por eso, en cuanto toca á este artículo del poder de Dios, yo me doy por concluído. Tratad agora de la segunda y más principal parte, que es el querer.

§ II

Maest. Para probar el querer y voluntad de Dios es necesario declarar primero los efectos que este pan de los ángeles óbra en las personas que tienen purgado y sano el paladar de sus ánimas. Digo esto, porque para juzgar del sabor de los manjares es necesaria esta disposición.

Pues para conocer las virtudes y efectos deste manjar celestial habemos de poner los ojos en una ánima que esté de esta manera dispuesta y purgada. Y así lo están las que toda su afición, todos sus deseos, todos sus cuidados emplean en agradar á solo Dios y cumplir su sancta voluntad, diciendo con el Profeta (1): Una sola cosa pedí al Señor, y sola ésa buscaré, que es morar en

(1) Psalm. 26.

su casa todos los días de mi vida, y entender su sancta voluntad. Las tales ánimas parece que han fundido todos sus cuidados en un cuidado, y todos sus negocios en un solo negocio, y todos sus deseos en un solo deseo, que es agradar á Dios. Trabajan todo lo posible por evitar todo género de pecados, aunque sean veniales. Castigan su carne con ayunos, asperezas y sanctas vigilias. Tienen largos espacios diputados para vacar á Dios y darse á la oración. Lo cual hacen muy á la continua, y señaladamente antes y después de la sagrada comunión, aparejándose para ella con toda la devoción y pureza de consciencia que les es posible. Mas antes de tal manera ordenan su vida, que toda ella sea un continuo aparejo para la sagrada comunión.

Pues á las tales personas habemos de preguntar cuál sea el fructo que sus ánimas reciben con la frecuencia deste divino manjar, y responderos han primeramente que es tan grande la consolación y alegría espiritual que con él reciben, que no tienen palabras con que poderlo explicar. Deciros han que aquí se renuevan todas las fuerzas de su ánima, que aquí se les abre el entendimiento para conocer la bondad y misericordia de su Criador, que aquí gustan y gustando ven cuán suave es el Señor, que aquí se les aclara más la fe, y se fortalece la esperanza, y se enciende con nuevos ardores la caridad.

Mas tratando de los efectos deste divino Sacramento por alguna orden, para que mejor los entendáis, habéis de saber que dos son los principales efectos deste sacramento, el uno común con todos los otros sacramentos de la ley de gracia, que es dar gracia al que dignamente lo recibe, de la cual gracia proceden todas las virtudes infusas, con las cuales el ánima queda fortalecida, hermoseada y habilitada para todo lo bueno. El otro efecto es proprio deste sacramento, con que se diferencia de los otros, el cual llaman los teólogos refección espiritual, que es mantenimiento del ánima, con el cual ella se renueva, rehace y restaura para todo lo bueno. Por lo cual dice el Concilio Florentino que todos los efectos que óbra el manjar corporal en los cuerpos, óbra este divino manjar en las ánimas. Estos efectos podemos reducir á tres que tiene el mantenimiento corporal, que son, reparar lo que se ha gastado, deleitar el gusto, y apagar la hambre, dando hartura al que comió. Apliquemos pues agora estos tres efectos á este divino manjar.

Primeramente el manjar corporal (como dijimos) restaura lo que se ha gastado de nuestra substancia. La necesidad que deste reparo hay, es porque así como la lumbre de la lámpara está siempre gastando el aceite que tiene, así el calor natural de nuestros cuerpos está siempre consumiendo y gastando la substancia dellos. Y por eso, como cebamos siempre con aceite la lámpara que siempre arde, así conviene cebar el cuerpo con su ordinario mantenimiento, para que lo que por una parte se gasta, por otra se restaure. Y con esta ordinaria refección no sólo se rehace la substancia que se gastó, mas también en cierta edad (cual es la de los niños y mozos) se acrecienta, y así vienen de pequeños á hacerse grandes. Y con este mismo manjar se renuevan también las fuerzas de los cuerpos, cuando por falta de mantenimiento están debilitados y flacos, como se ve en los enfermos cuando comienzan á convalecer. Pues todos estos efectos óbra este pan de los ángeles en las ánimas, las cuales también tienen necesidad de su propria restauración. Porque dentro dellas está otro calor, no natural, sino muy perjudicial, que es el ardor de nuestros apetitos (que los sanctos llaman concupiscencia) heredado de nuestros primeros padres, y causado del pecado original: el cual ardor, cuanto más nos inclina al amor de las cosas de la tierra, tanto más nos resfría en el de las cosas del cielo, y cuanto más procura los gustos de la carne, tanto más diminuye los del espíritu, y cuanto más con el peso de sus aficiones carga para bajo, tanto más nos derriba de lo alto, como dijo el Sabio (1). Con el cual también se junta el mundo, que está todo armado sobre vicios, que es la compañía y vivienda entre los hombres carnales, los cuales son fautores de nuestra carne. Pues si teniendo tantos atizadores para el mal, no tuviéremos quien nos ayude y encienda en el amor del bien, ¿en qué vendremos á parar? Pues por esta causa la divina Providencia, que ni aun á las hormigas falta y que tanto mayor cuidado tiene de las cosas cuanto son más excelentes, como proveyó á los cuerpos de su proprio mantenimiento, así era mayor razón que proveyese á las ánimas del suyo, lo cual hizo instituyendo este divino Sacramento de su cuerpo, de quien él mismo dice (2): Mi carne verdaderamente es manjar. Manjar, dice, no cierto de los

(1) Sap. 9. (2) Joan 6.

cuerpos, sino de las ánimas, mediante cuya virtud se repara lo que el ardor de nuestros apetitos y la compañía deste mundo gasta: con cuyo uso crece el hombre en la perfección de la vida espiritual y en todas las virtudes, y cobra nuevas fuerzas y aliento para caminar por la carrera de la virtud hasta llegar con Elías al monte de Dios (1). Asimismo recibe con él fortaleza para resistir á las tentaciones y asechanzas de nuestro común adversario, que como león rabioso nos cerca buscando á quién tragar (2). Éste es pues el primer efecto deste divino manjar.

La segunda propriedad del manjar dijimos que era dar gusto y sabor al que come, y tanto mayor cuanto el manjar es más precioso y el paladar está más bien dispuesto. Este gusto ordenó la divina Providencia para la conservación de nuestra vida. Porque como sea necesario el comer para vivir, púsonos este gusto y cebo en el manjar, para que éste nos provocase á comer, como vemos que se hace, pues hay muchos que comen más por el gusto que hallan en la comida que por la conservación de la vida. Pues si este gusto puso el Criador en el manjar de los cuerpos, en cuya vida va tan poco, ¿cuál será el que puso en el manjar de las ánimas, que son tanto más excelentes que los cuerpos, cuyo manjar es este pan de los ángeles? Pues tal es y tan grande la suavidad deste divino manjar, que como dice Santo Tomás, nadie lo podrá explicar, porque aquí (dice él) se gusta ésta suavidad en su misma fuente, que es en Dios, infinitamente suave y autor de toda suavidad. Y está clara la razón para quien considerare por una parte la dignidad de la ánima, y por la otra la excelencia deste manjar. Porque como sea el ánima sin comparación más noble que el cuerpo, síguese que sus deleites han de ser tanto más excelentes y suaves que los del cuerpo, cuanto ella es más excelente que él. Pues del manjar, que es el mismo Dios, ¿qué diremos? ¿Cuánto será mayor la dulzura deste manjar que la de todos los otros corporales, mayormente en aquéllos que (como presuponemos) tienen purgado el paladar de sus ánimas? Porque en los tales esta suavidad no sólo recrea y hinche todos los senos y fuerzas del espíritu, mas también redunda en la misma carne con tanta suavidad, que hace decir al hombre con el Psalmista (3): Mi corazón y mi carne se alegraron en

(1) III Reg. 19. (2) I Petr. 5. (3) Psalm. 83.

Dios vivo. De dónde también nace lo que dice S. Buenaventura en un libro de la Perfección, que escribió á una su hermana, que muchas veces acaece llegar una persona déstas muy debilitada y flaca á la sagrada comunión, y ser tan grande el alegría y consolación que recibe con la virtud deste manjar, que se levanta de ahí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera. En lo cual (dice este sancto) muestra Dios que quiere ser á veces mantenimiento y esfuerzo de ambos nuestros hombres, interior y exterior.

§ III

Mas ¿quién podrá explicar los efectos que esta tan grande suavidad causa en el que la recibe? Porque primeramente viéndose una destas ánimas tan visitada, tan consolada de nuestro Señor, viéndose tratada con tanta benignidad y blandura como una hija regalada, luego se enciende en ella un entrañable amor de un Dios que tan suave, tan benigno y amoroso se le ha mostrado. Y deste amor, acompañado con esta suavidad, se siguen todos los buenos propósitos y deseos, que son las flores que suelen preceder al fructo de las buenas obras.

Porque primeramente de aquí nace el menosprecio y desgusto de todos los gustos y contentamiento del mundo, porque (como dice Sant Bernardo) en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne (que es, todo lo terreno) pierde su sabor, y así viene el hombre espiritual á tener asco y aborrecimiento de todos los ídolos que adoraba, porque así como los hombres dejaron la bellota (que es manjar de puercos) después que hallaron pan de trigo, así esta ánima religiosa renuncia todos los gustos sensuales cuando ha hallado los espirituales, que sin comparación son mayores, porque aquéllos son de criaturas, y éstos son del Criador.

De aquí también nace un muy encendido deseo de agradar al Señor que tanto ama y que tan suave y amoroso se le ha mostrado. Y porque entiende que ninguna otra cosa le agrada sino la obediencia y guarda de sus mandamientos, y ninguna cosa le desagrada sino los pecados, de aquí le nace un ardentísimo deseo de guardar esos mandamientos, y un grande y solícito cuidado

de huir no solamente todos los pecados mortales, sino también los veniales, y todas las ocasiones de los unos y de los otros. Por lo cual huelga con la soledad y con el silencio, porque con esto trae el corazón recogido y excusa las ocasiones de muchos pecados.

De aquí también nace un inflamado deseo de padecer trabajos y contradiciones, y aun de derramar sangre por amor deste Señor. Porque como sabe que la fineza y prueba de la verdadera virtud consiste en la paciencia de los trabajos y tribulaciones, como dice el Apóstol (1), y que esto es lo que más agrada al que por ella padeció, de aquí procede que cuanto más le desea agradar, tanto mayor deseo tiene de padecer. Y así huelga con los trabajos y enfermedades, y da gracias al Señor por ellos.

Y porque como se escribe en los Cantares (2), el amor es fuerte como la muerte, que todas las cosas vence, deste suavísimo amor que se nos comunica por virtud deste pan celestial, se cría en nuestras ánimas una tan grande fortaleza, que la encarece Sant Crisóstomo diciendo que desta mesa salen los hombres tan esforzados como leones que echan fuego por la boca, con que espantan los mismos demonios. Por dónde el sancto mártir Cipriano en tiempo de las persecuciones de la Iglesia procuraba que los descomulgados fuesen absueltos, para que se les diese la sagrada comunión, que eran las armas que los habían de fortalecer y armar contra el furor de los tiranos, alegando que desfallecerían en la batalla los que careciesen destas armas.

El tercer efecto del manjar (como dijimos) es matar la hambre y dar hartura. El cual efecto principalísimamente pertenece á este pan de ángeles, como experimenta este linaje de personas de que vamos hablando, las cuales con la presencia del Señor que en este sacramento se encierra, reciben en sus ánimas una tan grande hartura y contentamiento y una paz y quietación de todos sus apetitos y deseos, que no les queda en esta vida más que desear. Y no es esto de maravillar, porque como Dios sea el esposo de las ánimas, y el último fin de nuestra vida, y el centro de nuestra felicidad, estando el ánima reposando en este centro y gozando de la presencia de aquel Señor que es infinitamente

(1) Rom. 5. (2) Cant. 8.

amable, no tiene más que desear. Porque con este bocado está tan llena y tan harta, que no le queda más que desear, pues posee aquel bien universal en quien están todos los bienes. Y en este tiempo no se harta de decir aquellas palabras que Sant Francisco toda una noche repetía, diciendo: ¡Oh mi Dios, y todas las cosas! ¡Oh mi Dios, y todas las cosas!

Desta hartura nace una grande hambre dese mismo manjar que causó esta hartura. En lo cual se ve la diferencia que Sant Gregorio pone entre los deleites del cuerpo y los del ánima. Porque en aquéllos la hartura causa hastío, y en éstos por el contrario hambre, conforme á aquellas palabras de la Sabiduría que dicen (1): Los que comen de mí, todavía tendrán hambre, y los que beben, mayor sed. Porque como el ánima religiosa recibe con este pasto celestial toda esta consolación y hartura, con todo lo demás que habemos dicho, viene á tener un encendidísimo deseo deste convite tan suave, para volver á gozar de lo que allí gozó, y ésle en gran manera penosa la dilación dél.

¿Qué más diré? Desta misma paz y hartura se sigue la mortificación de nuestras pasiones, porque como éstas nazcan, según dice Santiago (2), de los apetitos de nuestra carne, estando éstos satisfechos con este bocado, no tiene la ira ni las otras pasiones desaforadas por qué perturbarse y inquietarse, pues la causa de su inquietación es impedirse el gusto de las cosas que deseamos, lo cual aquí no ha lugar, pues el corazón está quieto y satisfecho con lo que tiene.

Á todos estos efectos añado una grande admiración y pasmo que estas ánimas tienen muchas veces en la sagrada comunión. Porque cuando por una parte consideran su bajeza y vileza, y por otra la inmensidad y alteza de aquel Señor, que infinitamente se levanta sobre todo lo criado, y miran cómo este Señor que hinche cielos y tierra y que está asentado sobre los querubines, cuya silla es el cielo, y cuyo estrado real es la tierra, no tiene asco de venir á morar en una casa de paja, conciben desto una tan grande admiración de aquella divina Bondad, acompañada con un tan grande amor y alegría, que no se puede fácilmente explicar. Y aun á veces pasa tan adelante esta admiración en las ánimas que están ya muy purgadas, que de tal manera lleva tras sí la

(1) Eccli. 24. (2) Jacob. 2.

parte superior del ánima, que deja la inferior sin ningún sentido, como acaecía á la virgen Sancta Catalina de Sena, la cual de tal manera quedaba absorta en espíritu cuando comulgaba, que (según se escribe en la bula de su canonización) herida y punzada en este rapto, no sentía más que una piedra. Y lo mismo acaecía al bienaventurado Padre S. Francisco, de quien escribe S. Buenaventura que las más veces que comulgaba, era arrebatado en espíritu y privado de los sentidos. En lo cual se ve cuánto mayor sea la suavidad y dulzura deste divino manjar que la de todos los deleites del mundo, pues basta para dejar al hombre como muerto á su cuerpo por la vehemente operación y suspensión del espíritu en Dios. Pues ¿qué deleites del mundo hay que hasta aquí lleguen? Lo cual no calló aquella sancta Esposa en sus Cantares, cuando hablando con su Esposo dijo que eran mejores sus pechos que el vino, entendiendo por los pechos divinos la leche de la dulzura espiritual, y por el vino los deleites del mundo, declarando por esto la ventaja que hacen estos divinos deleites á todos los otros deleites que fuera de Dios puede haber.

Éstos y otros tales son los efectos de este altísimo Sacramento. Lo cual nadie debe tener por increíble. Porque estando toda la majestad de Dios real y verdaderamente en él, no habían de ser pequeños los efectos que por él se habían de obrar. Y pues el Apóstol dice que son incomprehensibles las riquezas de gracia que trajo el Salvador al mundo (1), las cuales señaladamente se comunican en los sacramentos, ¿cuánto mayores han de ser las de éste, que es el más excelente dellos?

Catec. Mucha razón tenéis en eso. Porque cuando tal huésped entra en una ánima, todo eso que hasta aquí habéis dicho, se debe con mucha razón creer. Mas una cosa me queda por preguntar, y es, que si para gozar de todos esos fructos se requiere que un ánima esté tan purgada y limpia como habéis dicho, como sean tan pocas las ánimas en quien se halle esta disposición, síguese que pocos serán los que participen esos beneficios.

Maest. Es verdad que todas las causas así naturales como sobrenaturales obran conforme á la disposición que hallan en la materia. Y así vemos que el fuego luego se enciende en la leña

(1) Ephes. 2.

seca, mas si está menos seca, más tarde se encenderá. De modo que según fueren los grados de la sequedad, así será la operación del fuego. Lo mismo pues decimos deste sancto Sacramento, el cual aunque en solas las ánimas muy purificadas obre estos tan señalados efectos, pero no deja de obrar también en las otras según la devoción y disposición que hay en ellas. Por dónde vemos muchos sacerdotes, los cuales sin tener largos espacios diputados para vacar á Dios, con decir cada día una misa devotamente, recogiéndose un poco antes della, y otro poco después, viven en temor de Dios, y se les pasa toda la vida, ó la mayor parte della, sin hacer cosa que sea pecado mortal. Y aún más os diré, que puede haber caso en que llegándose una persona á este sacramento, por virtud dél resuscite de muerte á vida y del pecado á la gracia. Y esto acaece cuando el hombre ni tiene propósito de pecar, ni se acuerda de pecado que no haya confesado. Y puede ser que con todo esto no esté en estado de gracia. Pues de tal persona como ésta dicen los doctores que por virtud deste sacramento resuscita de muerte á vida, y de estado de condenación se pone en estado de salvación. Y así dijo Sant Augustín que este sacramento no sólo mantiene y sustenta los que halla vivos, sino también resuscita los muertos.

Catec. Gran cosa es ésa que habéis dicho, y de gran consolación para algunos flacos y escrupulosos, que por un indiscreto temor dejan de llegarse á este sumo Sacramento, y así pierden ese beneficio y otros que con él recibirían.

§ IV

Maest. Agora será bien que volvamos á nuestro propósito, y de lo dicho concluiremos en pocas palabras el querer y voluntad de Dios. Para lo cual conviene repetir todo lo que hasta aquí habemos tratado de la naturaleza del bien, del cual dijimos que su naturaleza es comunicarse á todos. Y cuanto la bondad es mayor, tanto más participa esta condición. Y cuando ella es perfecta, no hay trabajo á que no se ponga para dar á otros parte de sí misma, como lo vemos en aquel sancto Apóstol que hacía de sí

mil manjares, y se hacía todo á todos, por hacer salvos á todos (1), que es, por comunicarles el bien que él tenía: el cual deseo era tan grande, que deseaba hacerse anatema de Cristo por hacer salvos á sus hermanos.

Pues siendo esto así, ¿qué podremos juzgar de aquella suma y infinita Bondad? Cierto es que cuanto ella es mayor que toda bondad criada, tanto es más comunicativa de sí misma, y tanto es mayor el deseo que tiene de hacer á todos buenos y sanctos, como él lo es. Esta teología nos enseña aquel gran teólogo Dionisio, el cual en el libro de los Nombres Divinos dice así (2): Por cuanto Dios es un bien substancial, pretende comunicar su bondad á todo lo que tiene ser, así como el sol comunica su luz á todas las cosas. Y en el libro de la Hierarquía Celestial repite esta misma sentencia por estas palabras: Todas las cosas pretende Dios hacer semejantes á sí, y comunicarles sus dones según la capacidad y naturaleza de cada una. Y en este mismo libro declara más este natural deseo de aquella suma Bondad por estas palabras (3): Cristo busca con grande amor á los que se retiran y apartan dél, y procura y ruégales que no desamparen al que con tanta fuerza de amor los busca. Y no contento con esto, tolera benignísimamente á los que dilatan su venida, convidándolos con sus promesas y atrayéndolos con sus regalos. Pues siendo esto así, ¿qué cosa puede ser más conforme á esta suma Bondad que haber instituído un sacramento tan poderoso para hacernos participantes de su bondad y sanctidad, y por consiguiente de todos estos efectos que hasta aquí habemos referido? Y si después de declarados en el libro precedente los fructos del árbol de la sancta Cruz (los cuales todos son ayudas y socorros para hacernos sanctos y buenos) concluímos luego que no era cosa indigna de aquella soberana Bondad padecer muerte tan ignominiosa para hacernos todos estos bienes, ¿cuánto más concluiremos agora haber él ordenado un sacramento que tan admirable virtud y poder tiene para nuestra sanctificación? Y si es tan grande el deseo que desto tuvo aquella inmensa Bondad, que no extrañó este linaje de muerte por razón de tan grandes bienes como se nos seguían della, ¿cuánto menos extrañará ordenar este divino Sacramento, de que tantos bienes se nos siguen, mayormente no le costando

---

(1) Rom 9 I Cor 9. (2) Cap. 4. (3) Epist. 8.

ya esto sudor de sangre y muerte como lo otro? Oso decir con verdad que es tan propria obra de Dios la institución deste sumo sacramento, que si me propusiesen esta obra por una parte, y la creación deste mundo por otra, y me preguntasen cuál de éstas tendría por más propria y más digna de Dios, sin dubda respondería que la institución deste divino Sacramento. La razón es, porque aquello es obra más digna de Dios, de que resulta más gloria á él, y más provecho á los hombres. Pues cuán pequeño haya sido el provecho espiritual que los hombres sacaron de la obra de la creación (aunque esto haya sido por culpa dellos) vese por los pecados y idolatrías que en el mundo reinaron hasta la predicación del Evangelio, y esto tomando ocasión para ello de la hermosura y excelencia de esas mismas criaturas. Mas este sanctísimo Sacramento ha sido la principal causa de la sanctidad de cuantos mártires y confesores y vírgines ha habido en la Iglesia, y habrá hasta el fin del mundo, porque el principal socorro y esfuerzo que todos ellos tuvieron para vencer el mundo, el demonio y la carne, deste pan celestial les vino. Pues ¿cómo no será ésta más excelente, más digna y más propria obra de aquella infinita bondad y sanctidad (que tanta eficacia tiene para hacernos buenos y sanctos) que criar el mundo? Y si decís que fué obra de gran poder con solas palabras criar el mundo, á esto digo que no se requiere menor poder para mudar la substancia del pan y del vino tantas mil veces cada día en la substancia del cuerpo y sangre de Cristo por virtud de las palabras que pronuncia un sacerdote.

Catec. Gran cosa es ésa que decís, y querría saber la razón della.

Maest. La razón es porque (según tantas veces habemos en esta escriptura dicho) como la cosa de que Dios más se precia y por la cual quiere ser más conocido y alabado, sea su bondad y sanctidad (la cual predican siempre aquellos espíritus soberanos en el cielo) y ésta resplandezca mucho más en los misterios de nuestra redempción y sanctificación que en la fábrica de todo este mundo visible, síguese que aunque la una y la otra sean obras proprias de Dios, ésta lo es mucho más, porque descubre más de su bondad que la otra.

Catec. No tengo qué responder á esa razón tan eficaz, si no es deciros que por otra parte parece cosa indigna de esa misma

Bondad entrar en las ánimas de algunas personas que comulgan ó celebran indignísimamente, como cada día vemos.

Maest. Hermano, es Dios en tanta manera bueno y tan deseoso de hacernos bien, que ninguna cosa tiene por indigna de su Majestad, que sea provechosa para nuestra salud. Y cuanto esas personas que decís, son más indignas dese beneficio, tanto más se descubre por ahí la grandeza de su bondad y el amor que tiene á sus leales amigos, pues no tiene asco de pasar por tales manos para venir á morar en ellos. Porque si para obrar el misterio de nuestra redempción consintió ser entregado en manos de pecadores y de los príncipes de las tinieblas que moraban en ellos, ¿cómo extrañará agora lo que entonces no extrañó? Y demás desto, bien sabéis que la luz del sol, pasando por todos los albañares de la tierra, no recibe alguna inmundicia por eso. Pues ¿cuánto menos la recibirá entrando en esas ánimas aquél que es la misma pureza y limpieza?

§ V

Catec. Satisfecho quedo con esa razón: mas quédame otro escrúpulo, que es, cómo sea posible que aquel sacratísimo cuerpo del Salvador esté todo encerrado en una pequeña hostia.

Maest. Á eso no quiero responder sino con aquella muy cristiana y prudente respuesta que S. Augustín da á semejantes obras y maravillas de Dios, diciendo: Concedamos que Dios puede hacer alguna cosa, la cual no pueda comprehender nuestra razón. Porque en las tales obras toda la razón es la omnipotencia de quien las hace. Con esto pues se debe contentar el cristiano humilde, sin querer más saber: en lo cual consiste el mérito de la fe, que es creer lo que no vemos, y con esto empleamos en servicio de nuestro Criador una nobilísima pieza que él en nuestras ánimas crió, que es el entendimiento y la razón. Porque si en aquel primer mandamiento de la ley nos manda emplear en el amor y servicio de nuestro Criador todo lo que él en nosotros crió, y una de las piezas más principales es nuestro entendimiento, éste señaladamente es justo que le sirva, y su principal servicio es creer lo que no puede entender. Porque creer lo que él por sí alcanza y entiende, es de menos valor. Y por tanto, así como

entonces sirve más la voluntad á Dios, cuando por su amor ama lo que repugna á su naturaleza, como cuando ama á sus enemigos y perseguidores y les desea todo el bien, así también le sirve con el entendimiento cuando lo humilla y captiva y subjecta á creer las verdades que no alcanza. Porque entonces hace sacrificio á Dios de su Isaac, que es, de una nobilísima potencia que en sí tiene.

Catec. Tenéis, maestro, razón, porque no era justo que esa nobilísima parte de nuestra ánima quedase exempta del servicio de su Criador, antes convenía que cuanto ella es más noble, tanto más se emplease en el servicio de quien la crió. Mas quiero yo con vuestra licencia vestirme agora del espíritu de un filósofo gentil, y poneros una objección contra todo lo dicho. Concederos ha este filósofo que ese amor y alegría y consolación y esa tan grande admiración que conciben las ánimas religiosas cuando comulgan, procede de una vehemente imaginación y fe que tienen de que aquel grande y inmenso Dios los ama tanto, que tiene por bien de venir en su propria persona y majestad á ellos, y hacer en ellos su asiento y morada. Porque ésta es una cosa tan grande, que sólo imaginarla basta para causar en las ánimas esa admiración y consolación que habéis dicho. Esto podrá decir un filósofo gentil.

Maest. ¡Oh cuánto huelgo de haberme vos propuesto esa objección, porque me dais motivo para deciros una cosa que sirve grandemente para la confirmación de la fe deste misterio. Decísme que sola la imaginación dese tan grande beneficio basta para causar todos esos efectos susodichos. Pues decidme agora, si sola la imaginación dese tan grande beneficio basta para eso, ¿cuánto será más poderosa para ello no ya sola la imaginación, sino la verdad dese misterio? Porque ¿quién podrá negar que mueva más la verdad de las cosas que la imaginación sola dellas? ¿Cuánto mayor temor causará en mí ver un toro venir contra mí, que sólo imaginarlo? Pues si tanto más nos mueve la verdad de las cosas que la imaginación sola dellas, ¿cuán digna cosa será de aquella infinita Bondad, que tanto desea hacer á todos buenos, haber instituído un sacramento tan poderoso para esto, que sólo imaginarlo bastaría para ello? ¿Veis qué grande sea la fuerza desta razón? Y no os maravilléis, hermano, de que hagamos tantas veces fundamento de la bondad de Dios

para tratar de sus cosas, porque (como ya dijimos) el primer principio de todas las obras de Dios es su inmensa bondad. Porque como en él no tenga lugar ni la necesidad, ni el hado, ni obligación, ni deuda que deba á alguna criatura (antes todas deben á él lo que son y lo que tienen) síguese que ninguna otra causa le puede mover á todo lo que hace, sino sola bondad. Y ésta es la mejor y más cierta manera de filosofar en sus obras que hay, reduciéndolas todas á esta bondad. Ésta pues le hizo dejarnos acá esta joya más preciosa que todas las piedras preciosas. Con ésta dejó ornamentada y enriquecida su Iglesia, con ésta le tiene compañía en este lugar de destierro, con ésta la consuela en sus trabajos, con ésta la defiende en sus peligros, con ésta la esfuerza y alienta para todo lo bueno, con ésta la hinche de sanctos propósitos y deseos, con ésta la hace arder en amor y deseo de las cosas del cielo y le causa hastío y desprecio de las vanidades del mundo, con ésta la incorpora y ayunta consigo, con ésta la hace participante de los trabajos y méritos de su sagrada pasión, y con ésta finalmente le da una prenda firmísima de la vida eterna. Pues ¿quién pudiera instituir una cosa tan saludable y provechosa como ésta, sino Dios? ¿Cúya había de ser esta invención, que tanto importa para hacernos buenos, sino de aquella suma y infinita Bondad? Ni tenga nadie por menoscabo de su grandeza entrar en el pecho de una criatura tan baja. Porque esta sentencia ha de tener fija en su corazón todo cristiano, que este Señor no tiene por cosa indigna de su majestad todo lo que sirve para hacer bien á sus criaturas.

§ VI

Catec. Eso y mucho más se debe creer de la inmensidad de la divina Bondad, que tanto desea nuestra sanctificación. Mas una cosa os querría pedir, si no os diese molestia, y es, que así como tratando de la sacratísima pasión del Redemptor, primero tratates de lo que pertenecía á esclarecer el entendimiento y confirmarlo en la fe, y después de lo que ayudaba á encender la voluntad en amor dél, así lo queráis agora hacer en este misterio. Porque habiendo probado el poder y querer de Dios, está muy bien fundada la fe: mas agora querría que me enseñásedes lo

que tengo de considerar para amar al dador de este tan grande beneficio, y para disponer y aparejar mi ánima cuando lo hubiere de recibir.

Maest. Todo cuanto hasta aquí habemos dicho (si bien lo habéis entendido) sirve para ambas cosas: mas para mayor edificación vuestra añadiré algo á lo dicho, y esto será declararos lo que nuestro Señor quiere que concibamos desta tan grande obra. Porque unas veces declara él lo que quiere por palabras, y otras por las mismas obras que hace, sin palabras, porque por esto dijo David que los cielos predicaban la gloria de Dios, y que no había gentes ni naciones que no entendiesen este lenguaje (1). Pues conforme á esto os quiero declarar algo de lo que el Salvador nos quiso dar á entender por esta obra, la cual tengo por tan propria suya como la creación de los cielos.

Pues esta obra primeramente nos declara la grandeza del amor que nos tiene. Porque la condición y naturaleza del amor es querer estar siempre en compañía del amado y nunca apartarse dél. Lo cual dice S. Dionisio por estas palabras: El amor tiene tanta virtud y fuerza para unir los corazones en uno, que no deja á los que aman tener perfecto señorío sobre sí mismos. Por dónde aquel divino amador decía: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. Esto dice, porque el ánima del sancto Apóstol más estaba en Cristo que en sí mismo. Por lo cual dijo un filósofo que el que amaba, estaba muerto en su cuerpo proprio, y vivía en el ajeno. Porque allí tiene todos sus pensamientos, sus cuidados, sus gustos, sus deseos, y finalmente todo está en él. Lo cual es tan proprio del verdadero y perfecto amor, que del mismo se dice que es unión y conformidad de dos corazones y voluntades, en las cuales hay un mismo querer y no querer. Pues siendo ésta la naturaleza y condición del amor, ¿qué mayor indicio del grande amor que el Salvador tiene á las ánimas de los suyos que haber instituído un tan admirable sacramento para unirse con ellas y estar y morar en ellas? ¿No es esto lo que él mismo significó cuando dijo (2): El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí, y yo en él? Y de aquí se infiere que así como yo recibo la divinidad y vida de mi padre, por estar él en mí, así la vida del

(1) Psalm. 18. (2) Joan. 6.

que dignamente me recibiere, será semejante á la mía, por morar yo en su ánima.

Dónde es mucho para considerar que si el Salvador pretendía con este pan celestial dar mantenimiento y refección á las ánimas, comunicándoles por él su gracia, bien pudiera él hacer esto dando virtud sobrenatural á este divino manjar para darnos su gracia, como la da al agua del sancto Baptismo y á los sagrados olios, sin estar su real y verdadera presencia en ellos, de la manera que aquí está. Mas fué tan grande su caridad y amor para con los hombres, que demás de la gracia que por este sacramento se nos da, quiso que morando él en nuestras ánimas, nos la diese. De modo que así como pudiera él sanctificar á su precursor estando ausente, mas para mayor gloria de su sancto quiso él venir en persona á sanctificarlo, así pudiera él comunicarnos su gracia sin esta real presencia: mas quiso él para mayor consolación y gloria nuestra venir con su presencia á darla. Gran merced es la que el rey hace á un vasallo enfermo enviándole una muy saludable medicina, mas ¿cuánto mayor merced es que el mismo rey venga en persona á traérsela? No hay comparación de lo uno á lo otro. Pues esto mismo hace aquí el Rey del cielo con los hombres, para curar sus enfermedades. Pues ¿qué gracias le debemos por esta tan grande gracia, y con qué amor responderemos á este tan grande amor?

La segunda cosa que en este misterio resplandesc, es la inmensa bondad de nuestro Criador, el cual no se desdeña de querer descendir á morar en una casa tan pobre como es el corazón del hombre. Porque ¿qué cosa es el hombre, sino como se escribe en el libro del sancto Job, polvo, y ceniza, y gusano, y podredumbre, y sombra que parece algo y no lo es, y hoja de un árbol que á cada viento se menea, y aun paja seca, que es más movediza y más liviana? Pues David en un lugar hablando del hombre, dice que él es toda la vanidad junta (1), y en otro pasa tan adelante, que en lugar de lo que nuestra letra dice (2): Vanos son los hijos de los hombres, y mentirosos en las balanzas, otros trasladan: Son tan vanos los hijos de los hombres, que si se pesaren en una balanza, hallarse han más livianos que la misma vanidad. Quiere decir que si el hombre se pusiere en una balan-

(1) Psalm. 38. (2) Psalm. 61.

za y la vanidad en otra, ésta pesará más que él. No parece que se podía más encarescer nuestra vanidad que con esta comparación. Pues ¿qué mayor obra y muestra de bondad que ver aquella altísima Majestad, que hinche cielos y tierra, la cual está infinitamente levantada sobre todo lo que alcanzan los querubines y serafines, cuya silla real es el cielo, y cuyo estrado es la tierra, á quien asisten y alaban millares de millares de ángeles, y ante cuya presencia tiemblan las columnas del cielo, inclinarse y bajar á morar en una casa pajiza, que es, en el pecho y ánima de una tan baja criatura como es el hombre, que tan pobre recibimiento le ha de hacer, cuan pequeño es el conoscimiento que tiene de su grandeza? Porque descendir este Señor en el ánima del bienaventurado Padre S. Francisco ó de Sancta Catalina de Sena (los cuales acabando de comulgar perdían el uso de todos los sentidos corporales, por estar sus espíritus totalmente absortos y arrebatados en la admiración y amor desta tan grande bondad) no fuera tanto: mas descendir en las ánimas de muchos flacos y imperfectos cristianos que se llegan á este divino Sacramento con tan poco fuego de amor, con tan poca reverencia y devoción, esto es querer otra vez este Señor ser reclinado en un pesebre, y hospedado en una tan pobre casa como fué la de su sancto nascimiento. Mandó Josué al pueblo, cuando iban á pasar el río Jordán, que no se llegasen al arca del testamento, sino que hubiese por lo menos dos mil cobdos de distancia entre ellos y ella. Pues quien tanta reverencia quiso que se tuviese á una arca de madera, ¿cuánta querrá que se tenga á su misma persona? Y con ser esta reverencia tan debida á tal grandeza, consiente ser recebido dentro de los pechos de muchos que con tan poca reverencia le reciben. Pues ¿cuál es la bondad de aquel Señor que así inclinó la alteza de su majestad á tan gran bajeza, por hacernos participantes de su gloria?

La tercera cosa que este divino Sacramento nos declara, es la inefable suavidad y dulzura de nuestro Criador, y esto mediante la que él comunica á aquéllos que religiosa y devotamente lo reciben: lo cual es proprio deste manjar celestial. Porque así como es proprio del manjar corporal no sólo sustentar y esforzar el cuerpo, sino también regalar y deleitar el gusto, así lo uno y lo otro es proprio deste pan celestial. Mas porque de la grandeza desta suavidad tratamos arriba, al presente no diré

más de que por aquí conoscerán los hombres cuán dulce, cuán blando, cuán amoroso y cuán benigno es el que no contento con proveer á sus fieles siervos de mantenimiento, también los recrea y regala con este manjar. En lo cual les da á entender que no los trata ya como á siervos, sino como á amigos y hijos regalados. Pues por aquí se entiende cuán dulce y cuán suave sea en sí aquel Señor que con tanta suavidad y blandura trata á sus hijos. Por dónde con mucha razón exclama la Iglesia, cuando dice: ¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu, pues para declarar la dulzura del amor que tienes á tus hijos, los proveíste de un suavísimo pan venido del cielo, el cual hinche de bienes á los hambrientos, y á los soberbios deja vacíos.

§ VII

La cuarta cosa que nos declara este divino Sacramento, es la providencia especial que nuestro Señor tiene de su Iglesia, proveyéndola de un sacramento que tanta virtud y eficacia tiene para la sanctificación de las ánimas, y que tan maravillosos efectos óbra en ellas, como arriba dijimos. Mas ¿qué dijimos? Porque ¿quién tendrá boca para explicar las virtudes y excelencias deste pan celestial? Muchas ánimas religiosas y devotas hay en la Iglesia que esto sienten, pero ninguna habrá que pueda bastantemente explicar lo que siente. Mas esto podrá decir con verdad, que entre todos los espirituales ejercicios de vigilias y sanctas oraciones y meditaciones y liciones, y otras cosas tales, en ninguno recibe el ánima que está dispuesta, tan grande edificación, tan grande esfuerzo, tan grande consolación y tan grande ardor de caridad como cuando recibe este pan celestial. Porque dado caso que en todos estos ejercicios esté Dios, mas aquí está juntamente la virtud del mayor de los sacramentos, y con ella la presencia verdadera y real del mismo Cristo. Lo cual entre otras cosas sirve para que considerando los hombres (cuando se llegan á comulgar) que está allí presente la divina Majestad, se lleguen con mayor temor y temblor y mayor humildad y reverencia, viendo con los ojos de la fe (que son más ciertos que los del cuerpo) estar allí Dios todopoderoso. De dónde nace que aun los hombres poco devotos, cuando se llegan á comulgar, se

recogen y humillan dentro de sí, y se disponen con más acatamiento y reverencia para esto, no tanto por la reverencia que les pide el mismo sacramento, cuanto por la presencia de la Majestad que reconocen y creen estar en él.

Resplandece también aquí la divina Providencia en la conveniencia del medio tan proporcionado que ordenó para nuestra sanctificación: lo cual se entiende por la condición del fin para que el hombre fué criado, que fué para ser participante de la bienaventuranza y gloria del mismo Dios. Y pues entre el fin y los medios ha de haber orden y proporción, síguese que el que ha de ser semejante á Dios en la gloria, ha de ser agora semejante á él en la pureza de la vida, y pues ha de ser divino en lo uno, conviene que lo sea también en lo otro. Pues según esto, ¿qué medio podía haber más proporcionado y más eficaz para hacer al hombre divino en la vida, que recibir al mismo Dios en su ánima? Porque ¿cuál otra criatura sin Dios era poderosa para causar esta vida divina? Ca ninguna causa puede dar lo que no tiene, y pues ninguna criatura tiene divinidad, ninguna era poderosa para dar esta manera de divinidad, sino el mismo Dios. Y si esto considerasen los herejes y infieles, no extrañarían la presencia de la divina Majestad en este Sacramento.

Ayúdanos también grandemente este divino Sacramento para alcanzar un familiar amor y confianza con nuestro Salvador. Porque á no haber esto de por medio, cuando considerase el hombre la alteza de Dios y su propria vileza y bajeza, y la infinita distancia que hay entre el Criador y su criatura, pudiera imaginar que una naturaleza tan alta y tan encumbrada sobre todos los entendimientos criados no descendiera á tener comercio y comunicación y familiar amistad con una tan baja criatura como es el hombre. El cual pensamiento nos fuera impedimento de grandes bienes. Pues por que esto no hubiese aquí lugar, quiso este clementísimo Señor encerrarse en este divinísimo Sacramento, y morar acá con nosotros en la tierra el que tiene su tabernáculo y morada en el cielo, y lo que más es, entrar dentro de nuestros cuerpos, para que con este tan claro argumento de su real presencia entendiésemos que tan vecino y tan presente estaba á nuestras ánimas y al socorro de nuestras necesidades, cuanto lo estaba con esta presencia sacramental, y así conosciésemos que aquel Señor que antes se gloriaba diciendo que era Dios

de lejos, porque todas las cosas veía, aunque estuviesen muy alejadas, agora nos podemos nosotros gloriar que es Dios de cerca, pues tan familiar y vecino se ha hecho por este sacramento á los hombres.

Por este mismo sacramento nos declara también una cosa digna de grande admiración y amor, que es ser él esposo de nuestras ánimas, y así por medio dél entra en ellas á hacerse una cosa con ellas. Porque así como en lo corporal entonces se dice ser el matrimonio consumado cuando de dos carnes se hace una, así en lo espiritual entonces se consuma este sancto matrimonio, cuando se junta el espíritu humano con el divino, lo cual se hace por medio deste sumo Sacramento, como el mismo Salvador lo significó por estas clarísimas y divinas palabras: Quien come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí, y yo en él. De modo que como en el matrimonio corporal de dos carnes se hace una, así en el espiritual de dos espíritus se hace uno, mas de tal manera, que no se muda el espíritu divino en el humano, sino el humano en el divino, participando la virtud y sanctidad y pureza dél. Por lo cual todas las veces que el ánima religiosa recibiere este divino Sacramento, entienda que en esta dichosa hora el Esposo celestial entra en ella á consumar este sancto matrimonio. Pues siendo esto así, ¿con qué amor, con qué devoción, con qué humildad, con que alegría, y con qué reverencia, y con cuánto encogimiento y vergüenza debe ella recibir á un Señor de tan grande bondad y majestad, que no se desdeña de tomar por esposa á la que no merece llamarse sierva? También quiero que sepáis que este sancto matrimonio no es estéril. Mas los hijos que nacen dél son sanctos propósitos y deseos, dulces lágrigrimas y consolaciones, y fruto de obras merecedoras de vida eterna, y finalmente todas las virtudes.

Catec. Alégrome tanto, maestro, con oiros tratar estas materias, que no os he querido cortar el hilo de la plática con mis rudas y ignorantes preguntas. Por tanto, si tenéis más que decir de materia tan suave, decid, ruégooslo, porque yo nunca me cansaré de oirlo.

Maest. Otro fruto inestimable tenemos en él (demás del que se nos comunica cuando le recibimos) que es estar en todas las iglesias, para que cuando los fieles acuden á este lugar á presentar sus necesidades y peticiones á su Criador, sepan que lo tienen

allí por una especial manera presente, y que hablan con él cara á cara. Lo cual es cosa que grandemente despierta la reverencia y la confianza y la devoción de los que oran, viendo que están hablando y negociando con un Señor que no es menos piadoso que poderoso para remediarnos. Y aunque éste sea beneficio común á todos los fieles, pero es muy especial de los religiosos y religiosas que moran en sus monasterios, donde está este divino Sacramento, y donde tienen en las noches, antes y después de los maitines, un muy grande aparejo para vacar á Dios en presencia deste sanctísimo Sacramento. Á lo cual también no ayuda poco el silencio de la noche y la soledad y escuridad del lugar, para recoger mejor los sentidos y ofrecer todo su corazón al Señor que presente tienen. Pues todos estos fructos y provechos susodichos nos declaran la providencia paternal de aquel Señor que tan copiosamente proveyó á nuestras necesidades con este divino misterio.

Resumiendo pues lo que está dicho, estas cuatro divinas perfecciones nos testifica y predica sin palabras este sancto Sacramento, que son, la inmensa caridad, y la bondad, y la suavidad, y la providencia del que lo instituyó. Pues ¿qué tan grandes estímulos y motivos tenemos aquí para amar este Señor? Porque ¿qué nos pide la grandeza de su caridad y amor, sino retorno de amor? Y ¿qué su infinita bondad, sino amor, pues el objecto de la voluntad es la bondad? Y ¿qué la grandeza de su dulcedumbre y suavidad, sino amor? Y ¿qué finalmente la providencia que tan copiosamente nos proveyó de remedio con este sacramento (con el cual se nos comunican tantos bienes) sino amor? Pues ¿qué corazón habrá tan helado, que con estas brasas no se encienda, viéndose por todas partes cercado de tantos estímulos de amor? Con esto, hermano, tengo respondida á vuestra petición, declarándoos lo que sirve para encender vuestra voluntad en amor deste Señor que así se nos quiso comunicar. Verdad es que esto se ha dicho con mucha brevedad, pero vos tendréis aquí copiosa materia en que ocupar vuestro corazón.

Mas quiero pasar adelante de lo que me pedistes, declarándoos que no son menores los motivos que aquí tenemos para esperar que para amar. Porque ¿de quién esperaré yo mi remedio con mayor confianza que de quien es todopoderoso y tanto nos ama? ¿En quién esperaré con mayor seguridad que en tan grande

bondad, pues es tan proprio de la bondad hacer bien y comunicarse á todos? Y ¿cómo no esperaré en un Dios que tan blando y tan suave se muestra á los suyos en este sacramento? Y ¿qué otra cosa nos pide su providencia sino esta confianza, pues ella nos declara el cuidado que tiene de nuestra salud? ¿Cómo cerrará la puerta á quien le pide socorro, quien sin pedírselo nos proveyó de tal remedio?

Catec. Espantado estoy, maestro, de ver cuán grandes motivos de amor y de confianza tenemos en este sanctísimo Sacramento, pues no es una sola cosa, sino tantas juntas las que nos mueven á lo uno y á lo otro. Y bien parece que veía nuestro Señor la frialdad de nuestros corazones y los desmayos de nuestra confianza, quien tan gran remedio proveyó para la cura destas dolencias. Aquí tenemos pues bastante leña para encender en nuestros corazones estas dos virtudes teologales, que son la caridad y la esperanza. Quédanos agora la fe, que es también virtud teologal, y por eso deseo saber si tenemos también aquí motivos para ella como para sus dos hermanas, porque esto es lo que más propriamente pertenece á la doctrina de catecúmeno.

Maest. Heme extendido mucho en esta materia, y con todo eso es tan poco lo que tengo dicho de tan gran misterio, que no sé de cuál de las dos cosas pida perdón, ó de haber sido tan prolijo, ó de haber quedado tan corto. Mas mi intento ha sido no dilatar las cosas, sino apuntarlas, para daros después materia en que pensar, y con la misma brevedad responderé á esa pregunta, dejándoos el campo abierto para dilatarla. Digo pues que dado caso que nadie pueda tener en esta vida certidumbre de fe que está en estado de gracia (si no fuese por revelación de Dios) mas sin embargo de esto las personas que tienen purgado el paladar de su ánima, reciben con este divino Sacramento tan grandes consolaciones, tan grande luz y conoscimiento de Dios, tan grande alegría, tan grande paz, tan grande hartura y quietud de espíritu, y sobre todo esto tan grande mudanza de sus condiciones y inclinaciones antiguas (amando lo que antes aborrescían, y aborresciendo lo que amaban, y holgándose con la memoria y presencia de la muerte, de que antes temblaban) que vienen á confirmarse tanto en la fe que tienen, con la experiencia de cosas tan ajenas de sus proprias inclinaciones, que aunque todos los hombres del mundo les dijesen que su fe no era verdadera, á éstos

confiadamente responderían que todos ellos se engañaban, y que su fe era la cierta y la verdadera. Y esto dirían, no por razones y argumentos humanos, sino por la mudanza que ven en sus ánimas. Por lo cual entienden con cuánta razón dijo el Profeta que los que esperaban en Dios, mudaban la fortaleza. Porque los que no hallaban en sí más que fuerzas humanas, que son fuerzas de carne flaca, vendrían á tener fuerzas divinas, que son fuerzas del Espíritu Sancto. Y esta mudanza que hallan en sí, cuando con pureza de consciencia frecuentan este divino Sacramento, les hace entender que es Dios todopoderoso el que en él está, pues él solo es poderoso para mudar las condiciones y corazones de los hombres.

Á esto añado otra cosa más, y es que el estilo de nuestro Señor es, cuando obliga á creer alguna cosa ardua, proveer de motivos y medios suficientes para que se crea, como lo vemos en la muchedumbre de las profecías que nos dan clarísimo testimonio de la venida del Salvador al mundo. Pues como entre las cosas más arduas de nuestra religión sea la fe deste altísimo Sacramento, quiso el Señor que lo instituyó, que fuesen tales los efectos que en las ánimas puras y devotas obrase, que él mismo diese testimonio de sí. Y así él es como la lumbre del sol, que hace ver todas las cosas y á sí mismo también con ellas. Por dónde si preguntaren á una destas personas devotas cuál sea el artículo de la fe que creen con mayor voluntad abiertamente, confesarán que éste, por las prendas y experiencias cuotidianas que dél tienen. Pues por lo dicho (aunque brevemente) entenderéis cómo aquellas tres nobilísimas virtudes, fe, esperanza y caridad (que llamamos teologales, porque tienen á Dios por objecto ó blanco á quien miran y acatan) crecen y se perfeccionan con la frecuencia deste divinísimo Sacramento.

Concluyendo pues esta materia, digo que todos estos fructos y efectos admirables que óbra este divino Sacramento en las ánimas devotas, nos declaran la dignidad y eficacia que tienen para sanctificarlas, y juntamente nos predican la sabiduría y providencia de aquel Señor que tal remedio y tal medicina instituyó para la cura dellas. Por lo cual podemos justamente afirmar que todos los sanctos que ha habido en el Testamento Nuevo, y habrá hasta la fin del mundo, deben su sanctidad á la virtud deste divino Sacramento. Y de aquí nace que todas las personas que se

han entregado al servicio de nuestro Señor, como sienten por algunas conjecturas este fructo en sus ánimas, viven con grande hambre deste pan celestial, y así lo procuran de frecuentar cuanto les es posible, como lo leemos en todo el discurso de la primitiva Iglesia, y como de presente lo vemos en todos los lugares donde hay algún rastro ó ejercicio de virtud y devoción. Por lo cual entendemos que este divino Sacramento es mantenimiento universal con que toda la Iglesia hasta agora se sustenta y hasta el fin del mundo se sustentará.

Catec. Muy edificado y consolado quedo, maestro, con todo lo que hasta aquí me habéis enseñado. Y así por esto os doy muchas gracias, aunque más las había de dar al Señor, que por medio de sus ministros nos da conoscimiento de sus misterios, pues no damos gracias á las abejas que nos fabrican los panales de miel, sino al Criador de todas las cosas, el cual les dió esa habilidad para nuestro provecho. Y con esto daremos fin á esta materia, y pasaremos á lo demás que me queda por aprender.

DIÁLOGO IX

DE LA DEROGACIÓN DE LOS SACRIFICIOS Y CERIMONIAS DE LA LEY

Catecúmeno.

Es tan dulce, maestro, el conoscimiento de la verdad y la lumbre de la fe, que no tengo de dejar de importunaros y proponeros todas las objecciones en que esta gente ciega suele tropezar. Para lo cual será necesario representar yo en mí la persona de los que están incrédulos, y proponeros las cosas que los ofenden. Entre las cuales una es la derogación y mudanza de la ley antigua, que Dios ordenó: la cual, como sea dada por aquella suma Justicia y Sabiduría, no paresce que en algún tiempo había de cesar.

Maestro. Antes que responda á esa pregunta, os advertiré de que en esa ley que decís, hay tres diferencias de mandamientos, porque unos son morales (cuales son los diez mandamientos que Dios escribió con su dedo en las tablas de la ley) otros son legales (que tratan de los sacrificios y cerimonias que la ley mandaba) y otros judiciales, por los cuales se habían de determinar y sentenciar las causas civiles y criminales. Destas tres diferencias de mandamientos, los que llamamos morales (que pertenecen á las buenas costumbres) no han cesado ni cesarán jamás, porque ésos son leyes que Dios imprimió en los corazones de los hombres para vivir conforme á ellas, mas de qué manera las otras leyes hayan cesado, declararemos adelante.

Para entendimiento desta materia presupongamos agora lo que al principio dijimos, que Cristo venía al mundo para ser salvador no sólo de los judíos, sino también de los gentiles. Esto probamos por tantos testimonios de Esaías, de David y de los otros profetas, que no queda lugar para poderse dubdar, y la razón testifica lo mismo. Porque un tan gran Señor no había de venir al mundo para salvar solamente un rinconcillo de Judea, sino para ser común salvador del mundo. Y pues todos los hombres son criaturas suyas, hechas á su imagen y semejanza, y capaces de

su gloria, no era razón que él desamparase lo que crió con esta capacidad, ni que fuese aceptador de personas, salvando un solo linaje de hombres y desamparando todo lo restante del mundo. Y pues todos los hombres eran criaturas suyas, de todos ellos era justo que fuese reconocido, adorado y servido. Y éste era uno de los grandes deseos que aquellos sanctos padres de la ley tenían, extendiendo el seno de su caridad á todo el mundo, y deseando que todas las gentes glorificasen á este común Señor, y todas se salvasen. Esto muestra claramente David en el Psalmo 66, el cual todo trata deste deseo, pidiendo á Dios que en todas las tierras sea él de todas las gentes conoscido y adorado. Y la grandeza de tal deseo declara este sancto Rey, cuando dice: Confiésente los pueblos, Señor, confiésente todos los pueblos, alégrense y gócense las gentes, porque juzgas los pueblos con igualdad de justicia, y las riges y enderezas en la tierra. Y no contento con haber dicho esto una vez, torna luego con la grandeza del deseo á repetirlo otra, diciendo: Confiésente los pueblos, Señor, confiésente todos los pueblos. Y al cabo del Psalmo pide esta conversión á Dios, diciendo: Bendíganos Dios, Dios nuestro, bendíganos Dios, y témanlo todos los términos de la tierra. Dónde por este nombre de temor en las sanctas Escripturas se entiende el culto y veneración de Dios, que procede deste sancto temor. Pues este deseo que los sanctos tenían, claro está que procedía del Espíritu Sancto, que moraba y hablaba en ellos: el cual ninguna cosa hace de balde, y por eso no da deseos á sus siervos para atormentarlos, sino para cumplirlos.

Mas antes que llegase el tiempo de la venida del Salvador al mundo, quiso que hubiese en la tierra un pueblo donde él nasciese y fuese conoscido y prometido y esperado, y donde hubiese profetas que denunciasen su venida y declarasen las señales por las cuales había de ser conoscido cuando viniese, y de donde finalmente saliese la doctrina que había de alumbrar al mundo, conforme á aquello de Esaías, que dice (1): De Sión saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalem. Quiso también que este pueblo que estaba dedicado á Dios, se diferenciase de todos los otros pueblos que servían á los demonios. Y por esto no sólo quiso diferenciarlo en las cosas de la religión y culto divino, sino

(1) Esai. 2.

también en las otras cosas exteriores, como era en el vestir, en el comer, en la manera de labrar los campos, y señaladamente en la circuncisión, á fin que la diferencia en todas estas cosas exteriores los inclinase á otra diferencia más esencial, que consistía en apartarse de sus maldades y supersticiones y señaladamente de sus idolatrías.

Supuesto agora este fundamento, comenzaréis á ver cómo era necesaria la mudanza de muchas cosas de la ley. Porque primeramente la ley señalaba un solo lugar para sacrificar, que era Hierusalem, asimismo señalaba un solo género de sacerdotes, que eran los que descendían del linaje de Aarón, fuera del cual no lo podían ser. Pregunto agora pues: si el conoscimiento de Cristo y su doctrina se había de dilatar por todas las naciones del mundo, lo cual vimos cumplido antes y después del emperador Constantino, ¿cómo se compadescía haber un solo templo, y un solo linaje de sacerdotes y ministros para doctrinar todo el mundo, y un solo templo y lugar de oración, siendo tantos templos necesarios para despertar la devoción de los fieles, mayormente en la nueva ley de gracia, la cual pide que haya gran número de sacerdotes que la administren, y muchos lugares donde los fieles con oraciones la procuren? Pues ¿quién no ve haber sido necesaria la mudanza de la ley, cuanto á estos dos puntos que habemos dicho?

Pasemos de aquí á los sacrificios de diversos animales, en los cuales quitado aparte el mandamiento de Dios (por el cual eran actos de religión) no veo cosa de sanctidad y religión, sino una manera de carnicería donde se degüellan vacas y cabras y carneros, donde los sacerdotes hacen oficio de carniceros, desollando los animales y derramando la sangre dellos. Porque como Dios sea no solamente sancto, mas la misma sanctidad, no le agradan sino las cosas que hacen á los hombres semejantes á él. Y esto es lo que á cada paso testifican las Escripturas divinas. David dice (1): Si tú, Señor, quisieses sacrificio, ofrescértelo hía, mas no te agradan los holocaustos, que son los sacrificios donde todo el animal se quemaba. Pues ¿qué sacrificio quiere Dios? Dice luego: Sacrificio es para Dios el espíritu atribulado, y el corazón quebrantado y humillado, Señor, no lo despreciarás. Y

(1) Psalm. 50.

el mismo Salvador, hablando con el Padre, en otro Psalmo dice (1): No quisiste los holocaustos ni los sacrificios que se ofrecen por los pecados, sino aparejásteme, ó (como trasladan otros) abrísteme las orejas, declarando en esto que lo que Dios principalmente quiere de nosotros, es obediencia, más que sacrificios de animales, como también lo declaró Samuel al rey Saúl, cuando le dijo (2): Mejor es la obediencia que los sacrificios, y obedescer á Dios, que ofrecerle en sacrificio la grosura de los carneros.

Catec. Pues si eso es así, ¿para qué Dios hizo leyes desos sacrificios?

Maest. Con gran consejo ordenó eso el dador de la ley, teniendo respecto á la condición de la gente á quien se daba la ley, porque en aquel tiempo todo el mundo adoraba ídolos y les ofrescía sacrificios de animales, y el pueblo de los judíos estaba grandemente inclinado á hacer lo que todos hacían, que era ofrescer sacrificios, y esto en tanto grado, que los que moraban lejos de Hierusalem, ofrescían sacrificios á Dios en los montes contra el mandamiento de la ley, y los reyes, aunque justos y sanctos, permitían esto, porque quitada esta ocasión no viniesen á ofrescer sacrificios á los ídolos. Pues viendo esto la divina clemencia, y condescendiendo á la flaqueza humana, no les quiso quitar los sacrificios, sino ordenó que los ofreciesen al verdadero Dios. Y demás desto, como el común de aquel pueblo era poco hábil para las cosas espirituales, que es para vacar á los ejercicios de la consideración y contemplación de las cosas divinas, quiso ocuparlo y entretenerlo con estas obras exteriores así de los sacrificios como de otras cerimonias de la ley, que son fáciles á cualquier linaje de personas, por rudas que sean, hasta que viniese el tiempo de la gracia, donde se infundiese el Espíritu Sancto en los corazones de los hombres, y los levantase á cosas más altas y más espirituales. Y demás desto ordenó estos sacrificios para que representasen aquel sumo sacrificio del verdadero Cordero que había de quitar los pecados del mundo, y con su muerte librarnos de la muerte que todos teníamos merecida por ellos. Esto nos representa el sacrificio del cordero pascual, y el de la becerra bermeja, y el de los dos chivatos, uno de los cuales mo-

(1) Psalm. 39. (2) I Reg. 15.

ría, y el otro era llevado á la soledad: y asimismo el sacrificio del leproso, que era de dos aves, una de las cuales se sacrificaba, y la otra, libre de la muerte, se echaba á volar. Los cuales sacrificios tan claramente representan y figuran ese sumo sacrificio, que más se pueden contar por profecías que por figuras, como adelante se declara. Por lo cual ofrescido ya este divino sacrificio, no era razón que perseverasen los otros, porque eso era testificar que estaba por venir el que era ya venido y el que solo había de ser nuestro perpetuo sacrificio.

Y si queréis más fuerte prueba de lo dicho, considerad aquellas misteriosas palabras que el Padre eterno dice á su Hijo en el Psalmo 109: Juró Dios, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote eterno según la orden de Melquisedec. ¿A quién no ponen espanto estas palabras, y más dichas con un tan solenne juramento? Cosa es cierto de admiración que habiéndose empleado cuasi todos los cinco libros de la ley en tratar de las ceremonias y sacrificios del sacerdocio de Aarón, venga agora el Espíritu Sancto con una sola palabra á dar con toda aquella máquina en tierra y anular todas aquellas leyes y ceremonias de aquel antiguo sacerdocio. Porque como muy bien arguye el Apóstol (1), mudado el sacerdocio, necesariamente se han de mudar todas las leyes que tratan dél. Y el mismo Apóstol engrandesce la dignidad deste Melquisedec, alegando que el gran patriarca Abraham le ofresció las décimas de todo lo que traía, y recibió dél la bendición, concluyendo por esto el Apóstol que era mayor el que bendecía que el que había sido bendito. Pues en este rey tan señalado quiso el Espíritu Sancto dos mil años antes proponernos una perfectísima imagen de Cristo. Porque este Melquisedec era juntamente rey y sacerdote, y así lo fué Cristo nuestro redemptor. Rey, porque nos rige con su espíritu y defiende de nuestros enemigos, y sacerdote, porque ofresció á sí mismo en el altar de la cruz por nuestros pecados. El sacrificio deste Melquisedec era de pan y de vino, y tal fué el de nuestro sumo Sacerdote. Mas no deste pan y vino material, sino de aquél de quien el Profeta dijo: ¿Cuál es su bien, y cuál su hermosura, sino el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgines? Cuán diferente vino es éste de aquél de que dijo el Apóstol (2): No os entreguéis al vino, por-

(1) Hebr. 7. (2) Ephes. 5.

que es atizador del vicio carnal. Mas este vino por el contrario hace á los hombres castos y limpios por virtud del cuerpo y sangre de Cristo que está en él. Este Melquisedec también de tal manera se introduce en la sancta Escritura, que no se hace mención de su linaje ni del principio y fin de sus días (1), en lo cual nos representa la divinidad del Hijo de Dios, que ni tuvo principio ni tendrá fin. Y el nombre también deste rey concuerda con todo lo demás, porque Melquisedec quiere decir rey de justicia y de paz, la cual paz es fructo de la justicia, y estas dos cosas señaladamente trajo este nuestro Rey al mundo, justificando los hombres y reconciliándolos con Dios. Lo cual todo se ha dicho para que se vea cómo Cristo es sacerdote, no según la orden de Aarón, sino según la de Melquisedec, el cual no ofresció sacrificio de animales sino de pan y de vino, que es figura de aquel divinísimo sacrificio que cada día ofresce la Iglesia en especie de pan y de vino. Y aquel pan y vino material era figura deste pan y vino sacramental.

Esto me parece os debe bastar, hermano, para que entendáis haber cesado ya los antiguos sacrificios de la ley. Y si queréis ver claro que no quiere Dios más este género de sacrificios, mirad cómo consintió que se asolase el lugar dellos, que era el templo de Hierusalem, fuera del cual (como dijimos) no era lícito sacrificar. Porque consintiendo él que faltase lo que era necesario para los tales sacrificios, claramente dió á entender que ya no los quería, después que se ofresció aquel sumo sacrificio que por ellos era figurado. Porque sabemos cierto que las obras de Dios son perfectas como él lo es. Pues si tenía prohibido que no se ofreciese sacrificio fuera de Hierusalén, ¿con qué otra obra había él de declarar que ya no le agradaban aquellos sacrificios, sino con ésta? Esto declara S. Crisóstomo por este ejemplo (2). Si un enfermo que arde con calenturas, pidiese con grande instancia al médico que le consintiese beber una taza de vino, y él se la otorgase, mas con tal condición que no bebiese sino por tal vaso que él le señalase, y concedido esto, mandase quebrar aquel vaso, ¿no os paresce que bastantemente declaraba con esto que no consentía en tal licencia? Pues esto mismo hizo el dador de la ley, para mostrar que ya no quería aquellos sacrificios, pues des-

(1) Hebr. 7. (2) Chrysost. contra Judaeos.

truía el lugar dellos. Y por saber esto los guardadores de aquella ley en tiempo del emperador y apóstata Juliano, siendo por él inducidos á sacrificar como antiguamente lo hacían (pareciéndole que fácilmente los atraería destos sacrificios á los suyos) respondieron que no podían sacrificar fuera del templo de Hierusalem. Por tanto, que les permitiese reedificar el templo, y que luego sacrificarían. Lo cual se comenzó á hacer con grande fervor dellos: mas Dios, que ya no quería estos sacrificios, estorbó estos propósitos y consejos, porque comenzándose la obra, salió fuego de los cimientos, y abrasó cuanto allí había, como ya en otro lugar más por extenso referimos. Pues ¿qué entendimiento habrá que no quede convencido con esta razón?

Mas ¿qué es menester razón, donde tenemos texto expreso del profeta Malaquías, por el cual dice Dios (1): No tengo ya mi voluntad con vosotros, ni recibiré más ofrendas de vuestra mano, porque mi nombre es grande entre los gentiles, y en todo lugar se me ofresce ofrenda limpia? En las cuales palabras veis profetizada por tan claras palabras la conversión de las gentes (de que poco ha tratamos) y veis también cómo con la misma claridad desecha las ofrendas y sacrificios de la ley, los cuales (cuanto era de parte dellos) no tenían virtud ni eficacia para sanctificar los hombres: mas en lugar dellos se ofrece aquel purísimo sacrificio del verdadero Cordero, representado y ofrecido en el sanctísimo Sacramento del altar, que agora en todas las iglesias cristianas se ofresce.

Á lo cual también acrescentaré una cosa de mucha consideración, que de la dicha razón y autoridad se sigue, y es,que así como destruyendo este Señor el lugar de los sacrificios, dió á entender que ya no los quería, así destruyendo y deshaciendo aquella república tan antigua y tan famosa de los judíos, de tal modo que no quedase rastro della, dió á entender que ya no se quería llamar Dios de solos los judíos, sino Dios de todas las gentes, pues para todas ellas había venido, como lo prometió primero al patriarca Abrahán, y después por todos los profetas. Y así dice claramente por Isaías en el capítulo 54: El Señor que se llama de los ejércitos, y redemptor tuyo y sancto de Israel, llamarse ha Dios de toda la tierra. Como si dijera: Ya no se llamará Dios de un solo

(1) Malach. 1.

pueblo, sino de todos los pueblos y de toda la tierra. Con lo cual contesta la autoridad alegada, donde el Señor dice que su nombre es grande entre las gentes, y que en todo lugar se le ofrece ofrenda limpia. Lo cual también testifica Isaias cuando dice (1): Levantarse ha la raíz de Jesé á regir las gentes, y en él tendrán ellas puesta su esperanza. De modo que este nuevo señorío y reino es universal sobre los judíos y gentiles sin acepción de personas, y por eso el profeta trae á concordia los unos y los otros, diciendo: Alegraos las gentes con el pueblo del Señor. Pues esto es lo que Dios pretendió cuando deshizo aquella antigua república, para dar á entender que no era Dios particular de un pueblo, sino de todos los pueblos, como lo testifican las autoridades susodichas. Porque si Dios otra cosa quisiera, ¿para qué fin asolaba su templo con el reino, si quería permanecer todavía en ser Dios de solo él? Y acordaos de lo que al principio os propuse, que queriendo el Padre eterno enviar su Hijo vestido de carne humana para redimir el mundo, era razón criar un pueblo nuevo donde él fuese conoscido, profetizado y esperado, y de cuyo linaje tomase carne humana. Pues cumplido ya esto, y obrada la redempción del mundo, no había causa para tener Dios pueblo particular, pues venía á ser redemptor universal. Por dónde así como el oficial que quiere edificar una bóveda, hace primero una cimbre sobre que la edifique, la cual quita después de la obra acabada, así criando Dios aquel pueblo particular para lo que está dicho, cumplido ya esto, no había para qué permaneciese con el título que antes tenía de ser particular pueblo de Dios, pues él venía á ser universal Señor de todos.

Catec. No veo cosa que se pueda replicar á esa tan clara razón y discurso, mayormente siendo confirmada con todos los testimonios de las Escrituras que habéis alegado. Mas con todo eso, ¿qué responderéis á aquellas palabras que muchas veces repite la Escriptura, cuando promulga estas leyes, diciendo que estas leyes se han de guardar perpetuamente ó eternalmente?

Maest. El estilo que tienen los intérpretes de la sancta Escriptura, es declarar las cosas escuras y inciertas por las claras y ciertas. Y pues tan claramente habemos probado que ya cesaron las ceremonias y sacrificios de la ley, conforme á eso se ha de

(1) Esai. 11. Rom. 15.

interpretar esa palabra, entendiendo por esa perpetuidad todo el tiempo que Dios tenía diputado para la guarda della, que es hasta la venida del Salvador. Y desta manera se entiende lo que dice la ley del siervo, que si después de pasados siete años renunciare el derecho de su libertad, que quedará por siervo eterno de su señor (1), porque esa eternidad se entiende durante la vida de aquel siervo. Y cuando el Profeta amenazó á David que por cuanto había mandado matar á Urías, la espada de Dios eternalmente no saldría de su casa (2), y cuando Eliseo dijo á Giezi su criado que la lepra de Naamán se pegaría á él y á todos sus descendientes eternalmente (3), no entendemos aquí por estas dos palabras de eternidad sino mucho tiempo. Y de la misma manera declaramos esa eternidad de la duración de la ley, que es por el tiempo que corría la guarda della hasta que viniese el que nos había de dar nueva luz, nueva ley y nuevo conoscimiento de las cosas divinas.

Catec. Satisfecho quedo con esa declaración, mas otra cosa me queda que proponeros. Porque paresce cosa indecente dar agora Dios una ley, que por tiempo hubiese de ser revocada: paresce que más conveniente cosa fuera darnos una ley que para siempre durase.

Maest. En las cosas que Dios ordena y manda, no tiene licencia la prudencia humana para examinarlas y medirlas por su razón. Lo cual aun alcanzó Aristóteles, porque como Santo Tomás alega (4), dijo que los que son movidos por instincto y inspiración divina no han de tomar consejo con la razón humana, pues los tales navegan por otra carta de marear y por otra aguja más cierta que la prudencia humana. Y pues Dios ordenó esto así (como está largamente probado) no tiene aquí lugar de oposición nuestra flaca razón, puesto caso que ni aun ésta falta en las obras de Dios, por ser tan perfectamente trazadas, como lo veréis en ésta, la cual podréis colegir de lo que hasta agora se ha dicho, si supiéredes filosofar en ello. Porque primeramente la mayor y más especial parte de la ley que Dios escribió con su dedo, ya dijimos que ésa nunca cesó ni cesará jamás: y cuanto á las leyes de los sacrificios de los animales también vistes cómo todos ésos eran figura de aquel sumo sacrificio, en que el Salva-

(1) Exod. 21. Deut. 15. (2) II Reg. 12. (3) IV Reg. 5. (4) S. Thom. 1, 2.

dor ofreció su vida por los pecados del mundo, y que por eso, viniendo la luz y la verdad, cesaban las sombras y las figuras. Lo cual demás de la razón probamos claramente por la autoridad de Malaquías y por el sacerdocio de Cristo, que es según la orden de Melquisedec y no de Aarón, y sobre todo por la ruina y destruición del templo, que era el lugar de los sacrificios.

Quédanos agora lo judicial, que son las leyes y decretos por donde los príncipes y jueces del pueblo habían de sentenciar las causas. Pues á esto respondemos que estas leyes eran acomodadas á aquel pueblo y á aquella provincia de Judea, donde moraba. Mas como presuponemos que el Mesías venía á salvar todas las naciones del mundo, y que en todas se había de predicar (como se predicó) su Evangelio, no se podía cortar una ropa y ordenarse leyes que viniesen bien para todas las naciones del mundo. Las cuales, cuan diferentes son en las tierras y en las lenguas, tanto lo son en las costumbres y en los humores y en las condiciones y propriedades de las tierras y de los cielos que las cubren y alteran con diversas influencias. Por tanto, era cosa convenientísima que así la Iglesia por su parte como los príncipes y repúblicas por la suya ordenasen sus decretos y leyes conforme á la calidad y condición de las tierras para quien las hacían. Verdad es que de aquellas leyes antiguas tomaron lo que generalmente convenía para todos los lugares y tiempos, como es diputar salarios públicos para los ministros de la Iglesia, y no valer ella á los que de propósito mataron algún hombre, y otras cosas tales.

Mas para responder á todo con una palabra, ya os tengo dicho la obligación que nos tiene Dios puesta para obedecer y creer á todo lo que el Mesías nos mandare y enseñare. Y así como Dios eligió á Moisén y lo hinchió de su espíritu para promulgar sus leyes, así este Señor escogió doce Apóstoles, sobre los cuales descendió el Espíritu Sancto, para que por ellos nos declarase su voluntad, mandándonos que les obedesciésemos como á él. Y así les dijo (1): Quien á vosotros oye, á mí oye, y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia. Ellos pues ayuntados en uno en el primer Concilio que hubo en la Iglesia, determinaron que con la muerte de Cristo murieron juntamente así la cir-

(1) Luc. o.

cuncisión como las otras cargas y ceremonias de la ley (1). Y esto juntamente con todo lo que hasta aquí habemos alegado, basta para que se entienda la verdad de lo dicho.

Y así como ellos inspirados por el Espíritu Sancto determinaron esto, así con el mismo Espíritu mudaron la guarda del sábado en la del domingo. Porque la razón que el dador de la ley señaló para la guarda deste día era porque en él había acabado la fábrica deste mundo, criado para uso y servicio de los hombres. Lo cual quería él que en este día pensasen, para que diesen gracias al dador de tantos bienes. Pues como el beneficio de nuestra redempción (que es de la pasión y resurrección del Salvador) sea tanto mayor que aquél, cuanto es más excelente el ser divino que recibimos por este beneficio, que el humano que recibimos por el otro, con mucha razón la Iglesia, enseñada por los Apóstoles y regida por el Espíritu Sancto, mudó la observancia del sábado en la del domingo, queriendo que empleásemos más este sancto día en considerar el beneficio de nuestra redempción que el de la creación. Lo cual es muy conforme á lo que el mismo Señor dice por Esaías, mandando que no nos acordemos de los beneficios pasados (2), porque él determina hacer otros nuevos, tales y tan grandes, que nos hagan echar en olvido todos los pasados.

Catec. Mucho se alegra el entendimiento humano cuando la razón concuerda con la fe, y así he holgado agora yo con esa razón que me habéis dado, puesto caso que esta mudanza de la ley no se funda en sola esta razón, sino en los testimonios de la Escriptura que habéis alegado. Mas otra sola cosa me queda por preguntar, cuál sea la causa por qué muchas cosas que aquella ley admitía acerca de los casados, y otras semejantes, no se consienten agora en la nueva ley, pues Dios era el consentidor y autor de aquéllas.

Maest. Á eso os respondo que no es inconveniente mudarse las leyes, y aun todas las cosas humanas, según la diversidad de los tiempos y de las personas. Vemos que la misma naturaleza un linaje de manjar diputó para los niños, y otro para los de perfecta edad, porque aquéllos sustenta con leche ó con unas miguillas, mas á los ya criados sustenta con manjares de más substancia. Y por esto en aquella tierna edad les provee de unos dente-

(1) Act. 15. (2) Esai. 43.

cillos flacos, mas después muda éstos y les da otros más fuertes para mastigar manjares más duros. Pues habéis agora de saber que también el mundo tiene sus edades espirituales como el mismo hombre. Porque tuvo su niñez, y también su edad perfecta, la cual medimos, no por el número de los años, sino por los grados de gracia que en él se dan. Porque antes de la venida del Salvador era muy poquita la gracia que comúnmente se daba al mundo, y muy pocos los que la tenían. Por lo cual el Apóstol llama pequeñuelos en Cristo á unos hombres flacos y imperfectos, y como á tales dice que les dió leche (1), que es doctrina fácil, diferente de aquélla que él trataba con los perfectos. Pues conforme á esto decimos que el mundo tuvo su niñez y también su edad perfecta: la niñez fué antes de la venida de Cristo, que es el autor y fuente de la gracia, la cual nos mereció por aquel divinísimo sacrificio de su pasión. Y porque entonces había poca gracia, había poca sanctidad, y poco extendida por el mundo, porque no comprehendía más que á aquel rinconcillo de Judea, donde solamente había amanecido la lumbre de la fe. Mas con ella había más de superstición que de verdadera y sincera religión, porque los adalides della (que eran los sacerdotes y fariseos) estaban llenos de avaricia, de ambición, de superstición, de hipocresía y de invidia, por la cual procuraron la muerte del Salvador. Mas la edad perfecta y varonil del mundo fué después de la venida del Salvador, donde la gracia se daba en tanta abundancia, que con sólo poner los Apóstoles las manos sobre los hombres, se les daba el Espíritu Sancto con sus dones (2). Pues entonces se extendió la gracia y el conoscimiento de Dios por todas las partes del mundo, á pesar de todos los reyes y emperadores, entonces se levantaron millares de millares de mártires, que con fortaleza varonil, mas ¿qué digo varonil? con fortaleza divina sufrieron las más crueles invenciones de tormentos que nunca fueron vistos ni imaginados, y esto no en una nación sola, sino en todas las tierras del mundo que estaban subjectas al imperio romano. Entonces se multiplicaron los enjambres de monjes, que morando en los desiertos, hacían vida de ángeles, entonces florescieron los sanctos pontífices y confesores y los coros de las vírgines, y éstas en tanta abundancia, que (como arriba conta-

(1) I Cor. 3. (2) Act.

mos) en sola una ciudad de Egipto había veinte mil vírgines, como quiera que en el tiempo de la ley esta divina virtud era poco conoscida y menos guardada, ó se tenía por oprobrio. Pues siendo tan grande la diferencia destas dos edades del mundo, aquel prudentísimo legislador, teniendo respecto á la flaqueza de aquella primera edad, permitió muchas cosas que agora no se conceden. Porque dispensó que tuviesen muchas mujeres, lo cual agora no se concede, siendo cosa tan natural una mujer á un marido, como lo vemos aun en las aves y en muchos de los animales. Permitióles otrosí dar libelo de repudio á la mujer que los descontentaba, por que no la matasen. Permitió á su avaricia dar dineros á logro á los extraños, nada de lo cual se concede en la ley de gracia, en lo cual veréis la perfección y excelencia della. Dióles también aquellos mandamientos de obras exteriores, porque no estaban aún maduros para levantar los espíritus á las cosas interiores, como ya dijimos. Y para mayor argumento de cuán terrenales eran, mirad cómo la mayor parte de las promesas y amenazas que la ley y los profetas proponían en aquel tiempo, son bienes ó males del cuerpo, como á gente tan de carne, que esto principalmente los movía, siendo sin comparación mayores los bienes espirituales y eternos que todos los corporales, aunque déstos también alguna vez se hace mención, pero esto es pocas veces, porque llamaba Dios á la puerta donde le habían de responder. Pues ¿qué mayor argumento de la imperfección deste pueblo que venir á resolverse en decirles Dios: Si quisiéredes guardar mis mandamientos, gozaréis de los bienes de la tierra? Pues siendo tan grande la diferencia que hay entre estas dos edades del mundo, como la que hay entre la niñez y edad perfecta del hombre, ¿qué maravilla es haber ordenado la divina Sabiduría (que como madre piadosa se acomoda á nuestra flaqueza) diversas leyes para el mundo niño, y otras para el mundo varón, y que permitiese algunas cosas en aquella tierna edad, que en ésta no se consienten?

Catec. Concluídas ya todas mis preguntas, una sola me queda por proponer, que es la verificación y cumplimiento de aquellas palabras del Salvador, en las cuales dijo que no venía él á quebrantar la ley, sino á cumplirla.

Maest. Á esa pregunta responde el Maestro que nos vino del cielo, el cual acabando de decir esas palabras, declara de la

manera que las entiende, que es de la manera que él vino á cumplir y perfeccionar esa ley. Porque comenzando por la ley que dice: No matarás, en la cual se prohibe el homicidio, pasa él más adelante, prohibiendo la ira del corazón y las palabras injuriosas de la boca, que muchas veces abren camino para ese homicidio. La ley prohibe el adulterio con la mujer ajena, mas él refrena la vista de los ojos y la cobdicia del corazón, que disponen para ese adulterio. La ley permite que se dé libelo de repudio á la mujer que descontentare á su marido: mas él no consiente tal repudio, antes condena al que la deja y al que casa con ella, por adúltero. La ley manda que no juremos en materia de mentira el nombre de Dios: mas él quiere que ni en mentira ni en verdad lo juremos, para que así estemos más lejos de jurarlo en cosa que no sea verdad. La ley manda que amemos á nuestros amigos: mas él quiere que amemos también á los enemigos, y nos aconseja que roguemos á Dios por ellos y les hagamos todo bien, y asimismo nos aconseja que no resistamos á los que mal nos hicieren, y que si quisieren tomarnos la capa, dejemos también el sayo, antes que trabar pendencias y traer pleitos, de que suelen ocasionarse odios y malquerencias. Veis aquí pues, hermano, cómo el mismo Salvador que dijo aquellas palabras, declaró luego por estos ejemplos la verdad de lo dicho.

Mas también quiero que sepáis que hay otros mandamientos en la ley, los cuales con mucha razón y consejo fueron dados en aquel tiempo y á aquel pueblo, el cual como estaba por todas partes cercado de gentiles, corría peligro no se inficionase en sus vicios con la vecindad dellos. Y por esto quiso aquel divino legislador diferenciarlo dellos en todas las cosas que sirven al uso de la vida humana, como es en las diferencias de los manjares, en los vestidos, en la manera de labrar y sembrar la tierra, y en otras cosas semejantes, que de suyo son indiferentes, para que como ya dijimos, la diferencia en estas cosas que pertenecen al cuerpo, los moviese á otra diferencia más importante, que era en las cosas del espíritu, y les hiciese aborrecer los vicios y costumbres de aquéllos cuyos manjares tenían por sucios y abominables.

Pues éstas leyes de cosas que de suyo eran indiferentes (mas necesarias para aquel tiempo y para el fin susodicho) también vino á cumplir nuestro Salvador, mandándonoslas guardar en

otro sentido espiritual que en ellas está encerrado, que es más alto y más digno de la sanctidad y sabiduría de aquel supremo legislador. Pongamos ejemplo.

Cuando nos manda la ley sacrificar un toro y un chivato, mándanos en lo uno mortificar el pecado de la soberbia, y en lo otro el vicio de la carne. Y cuando manda que no le ofrezcamos animal sin cola y sin oreja, enséñanos que no le agrada servicio hecho contra obediencia y sin perseverancia. Y cuando veda que no le ofrezcamos ave de rapiña, enséñanos que no le agrada el sacrificio que se le ofresce de hacienda ajena. Mas cuando manda que le ofrezcamos palomas, pídenos simplicidad, cuando tórtolas, castidad, cuando corderos, mansedumbre. Las cuales virtudes son mucho más agradables á Dios que los sacrificios destos animales.

Hay también otros mandamientos, que tomados en la corteza de la letra, no parecen cosas de religión, ni dignas de tal legislador. Por lo cual los gentiles tenían la ley de los judíos por un linaje de superstición, como arriba tocamos. Las cuales, demás del sentido de la letra, contienen sentidos espirituales, que son documentos y mandamientos saludables. Pongamos también aquí ejemplos. Cuando dice la ley: No comas puerco, quiere decir demás de la letra, no seas sucio ni deshonesto. Cuando dice: No comas cosa con sangre, quiere decir, no desees la muerte ni tengas odio á tu prójimo. Cuando dice: No comas ave de rapiña, quiere decir, no oprimas á los que poco pueden, ni seas robador de la hacienda ajena. Cuando dice: No atarás la boca al buey que trilla, quiere decir, no defraudarás al trabajador de su jornal. Cuando dice: No cuezas el cabrito en la leche de su madre, quiere decir, no des aflicción al afligido. Cuando dice: No siembres la tierra de diversas simientes, quiere decir, no juntes con la simiente de la palabra de Dios doctrina vana y peligrosa. Cuando dice: No ares la tierra con buey y asno, te amonesta que no cargues al flaco la carga del fuerte, ni le quieras igualar en los trabajos.

Y cuando manda que no se vistan los hombres de ropa tejida de lino y lana, manda que no sean doblados, sino sencillos y claros. Porque de lino se hace la vestidura interior, y de lana la exterior. Pues decir, no te vistas de lino y lana, es decir, no tengas una cosa dentro, y otra muestres de fuera, esto es, no seas

disimulador, ni falso, ni engañador, no tengas dos caras, que es lo que el Eclesiástico dijo (1): No tomes cara contra tu cara, que es, no tengas una cosa en el corazón, y muestres otra engañosamente en las palabras. Pues por estos y por otros tales ejemplos entenderéis, hermano, con cuánta razón dijo el Salvador que no venía á quebrar la ley, sino á cumplirla (2), porque desta manera se cumple más perfectamente la ley que como suena la letra della. Porque de otra manera, ¿qué religión ó sanctidad había en no vestirse los hombres de lino y lana, ó en arar ó sembrar la tierra de la manera que la ley mandaba? Y esto entendieron luego los fieles después de la venida del Salvador, como consta por testimonio de Filón, nobilísimo historiador entre los judíos, el cual refiere que desta manera sabían muy bien filosofar los fieles de los judíos que hacían vida sanctísima junto á Alejandría, como arriba dijimos.

Catec. En gran manera he holgado, maestro, con esa manera de filosofar y de entender la sancta Escritura, porque esa interpretación es digna de aquel Señor que como sea la misma sanctidad y bondad, no huelga sino con lo que es conforme á toda virtud y sanctidad.

---

(1) Eccli. 4. (2) Matth. 5.

DIÁLOGO X

EN EL CUAL SE TRATA DE LA CEGUEDAD Y MISERIAS EN QUE VIVE LA PARTE DE LOS JUDÍOS QUE NO HAN RECIBIDO LA FE DEL SALVADOR

Catecúmeno.

CONCLUÍDAS estas preguntas, quédame agora por proponer otra, que por ventura es la más substancial en esta materia. Porque bien sabéis que el pueblo de los judíos fué pueblo escogido de Dios entre todas las naciones del mundo, y que á él señaladamente fueron hechas esas tan magníficas promesas de las riquezas de Cristo, no de las temporales (como habéis muy bien probado) sino de las espirituales, que son (como dijistes) bienes de gracia y gloria. Y ser esto verdad parece por los nombres de aquéllos á quien estos bienes se prometen, que son, casa de Jacob, pueblo de Israel, monte de Sión, Hierusalem, casa de David, y otros tales. Y así dice Dios por Zacarías (1): Derramaré sobre la casa de David y sobre todos los moradores de Hierusalem espíritu de gracia y de oración. En las cuales palabras por el nombre de Hierusalem entendemos todo el reino, que es, por la parte principal el todo, que es figura muy usada en la Escritura. Y el mismo Dios, en el capítulo 43 de Esaías, hablando con su pueblo debajo del nombre de Jacob, dice así: Esto dice Dios, que crió á ti, Jacob, y confirmó á ti, Israel. No temas, porque yo te redemí y te llamé por tu nombre, mío eres tú. Cuando pasares por las aguas, estaré contigo, y los ríos no te cubrirán, y en medio del fuego no te quemarás. Y en el capítulo siguiente, hablando con el mismo Jacob, dice (2): No temas, siervo mío Jacob, porque yo derramaré aguas sobre la tierra sedienta, y ríos sobre la tierra seca. Y por que no entendiésemos esto como la letra suena, declara luego qué agua sea ésta, diciendo: Derramaré mi espíritu sobre tus hijos, y mi bendición sobre los que de ti nacieren, y florecerán en la tierra como los sauces par de las

(1) Zach. 12. (2) Esai 44.

aguas. Destas autoridades hay otras muchas. Porque todas las gracias y riquezas que se prometen al mundo, se prometen debajo destos nombres susodichos. Pues siendo esto así, parece que todos los hijos deste Jacob habían de ser participantes destas gracias. Lo cual no vemos cumplido en aquella parte de gente que está ciega en su incredulidad. Á esto querría, maestro, que me respondiésedes.

Maestro. Muchas cosas se me ofrecen para responder á esa pregunta. Y por que no haya confusión donde hay muchedumbre, trabajaré por guardar en esta materia la mejor orden que yo pudiere.

Y ante todas cosas os quiero decir de la manera que el Salvador se hubo con ese pueblo, y el respecto que le tuvo, y las mercedes que le hizo aun en tiempo que estaba tan fresca y tan corriendo sangre la memoria del pecado que contra él había sido por común voz de todos cometido. Porque primeramente el mismo Señor, cuando se descubrió al mundo y comenzó á predicar, anduvo siempre entre ellos alumbrándolos con su doctrina, edificándolos con los ejemplos de su vida sanctisima, curando todas sus enfermedades, y atrayéndolos á la fe con la muchedumbre de sus milagros. Y cuando envió sus discípulos á predicar, les mandó que no fuesen á las tierras de los gentiles, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel (1). Y después de subido al cielo, todos los Apóstoles ejercitaban los mismos oficios en la ciudad de Hierusalén hasta que se repartieron por el mundo. Y de los discípulos que desampararon á Hierusalén después del martirio de Sant Esteban, escribe Sant Lucas que andaban por todas las ciudades de Judea predicando á solos los judíos, y no á los gentiles. Y de Sant Pedro y Sant Juan (que eran las columnas de la Iglesia) escribe el mismo Sant Lucas que se dieron las manos con Sant Pablo y Sant Bernabé, repartiendo la predicación de tal manera que Sant Pablo y Sant Bernabé predicasen á los gentiles, y ellos á los judíos. Pues ¿qué diré de la sanctidad de aquel tiempo en todas las iglesias de Judea, y señaladamente en la ciudad de Hierusalén? Porque de todos los fieles desta ciudad dice el mismo coronista Sant Lucas que siendo tantos, tenían todos un corazón y un ánima en Dios. Y de todos dice

(1) Matth. 10.

que vendían sus haciendas, y ponían el precio á los pies de los Apóstoles, para que ellos lo repartiesen por los necesitados como les pareciese. De todos dice que cada día perseveraban en oración en el templo, y volviendo á sus casas, recibían la sagrada comunión con simplicidad de corazón, y que cada día crecían en sanctidad y temor de Dios, y eran llenos de las consolaciones del Espíritu Sancto. Y de ellos dice Sant Pablo otra mayor fineza de su virtud, que sufrieron no sólo con paciencia, mas con alegría, ser robados y vejados de los incrédulos. Finalmente, tal era la sanctidad y pureza de su vida, que queriendo el mismo Apóstol engrandecer la fe y sanctidad de los fieles de Tesalónica, á quien escrebía, dice que habían sido imitadores de los fieles de las iglesias de Judea (1), padeciendo con grande fe las persecuciones que ellos por la misma causa padescían. Grandes alabanzas son todas éstas, mas yo no tengo por menor aquella renunciación voluntaria de todos sus bienes que dijimos, para que por ella se conozca la fineza de su virtud. Porque (como dijo muy bien un sabio) así como la piedra que llaman toque, declara la fineza del oro, así el oro es toque de la fineza de la virtud. Porque aquél es enteramente virtuoso, que ningún caso hace del oro ni de todas las riquezas del mundo. Pues por aquí veréis cuán liberalmente comunicó el Señor á esta gente las riquezas de su gracia, aun en el mismo tiempo que estaba tan fresca la culpa pasada.

Pues ¿qué diré de aquella sanctidad admirable de los fieles que habían creído de la circuncisión en la ciudad de Alejandría? La cual, por ser una de las cosas más memorables del mundo y de mayor edificación, me pareció referir en este lugar con las mismas palabras que la refiere Filón, gravísimo autor entre los judíos, el cual cuenta sus maravillosas virtudes sencillamente, sin adornarlas con palabras, mas relatando fielmente lo que veía y sabía dellos. Y primeramente dice dellos que ante todas cosas se desapropriaban de sus posesiones y bienes temporales. Y desta manera desarraigaban de sus corazones todo el cuidado y solicitud del mundo, dejando las ciudades y saliéndose á vivir por las huertas y por unas pequeñas caserías, apartándose de la conversación de los hombres de extraños ejercicios y propó-

(1) 1 Thes. 2.

sitos, porque hallaban por experiencia que las pláticas y conversación de los tales son impedimento á los que desean subir por el camino fragoso de la perfección. Y más abajo, hablando dellos, dice así: Por muchas partes del mundo está derramado este linaje de hombres, ca no solamente participa dél la polida Grecia, mas toda la gente bárbara, dado que mayor copia dellos hay en Egipto por todas sus comarcas, mayormente en Alejandría, donde acuden todos los buenos labradores como á tierra fértil y gruesa, pero más abundante de sabiduría que de pan llevar. Su común asiento es sobre el lago llamado Marián, donde hay unos pequeños cerros que les dan conveniente abrigo y aires templados. Viven apartados en diversas congregaciones, y en cada apartamiento hay una casa consagrada á oración, á quien llaman monesterio ó senión, que interpretado de lengua griega podemos llamar en la nuestra ayuntamiento de sanctos, donde se recogen y comunican sus misterios de vida casta y honesta, donde ninguna cosa llevan para comer ni beber, ni para otros menesteres corporales, mas solamente libros de la ley y de los profetas y de los himnos que tienen compuestos para cantar loores de Dios, y semejantes cosas pertenecientes á religión. Y doctrinados por los avisos y disciplina de las Escripturas, cada día cobran mayores fuerzas para los continuos trabajos de la vida perfecta. Y en este estudio gastan todo el día, dende que amanece hasta la tarde, aprendiendo no solamente la letra de la sagrada Escriptura, mas los misteriosos sentidos de la ley por las declaraciones de los sanctos. Porque tienen por cierto que cuanto en la ley está escrito de fuera, es debajo de los grandes sacramentos que dentro tiene encerrados. Y para esto tienen algunos tratados y interpretaciones que les dejaron los Padres antiguos, inventores de su manera de vivir, de la forma de entender los secretos de la divina Escriptura, cuya doctrina siguen confiadamente como de sus adalides. Por la cual son enseñados á entender las sanctas Escripturas, no á sobre haz y lo que suena la letra, sino la substancia interior que la figura exterior encubre. Porque juzgan de la ley como de cualquier animal, que tiene cuerpo, que es la letra y lo que á la vista se representa, y tiene ánima, que es el sentido espiritual y invisible, el cual hallan penetrando subtilmente con sus entendimientos, como por vidriera, los maravillosos secretos.

Y no solamente cantan los himnos que les dejaron sus mayores, mas de nuevo componen otros, los cuales, ordenados por sus ritmos y consonancias, cantan con suave melodía. Principalmente se fundan en estrecha continencia, como basa de todo el edificio espiritual, sobre la cual levantan todos sus sanctos ejercicios. Ninguno de ellos come ni bebe antes que el sol se ponga, repartiendo el tiempo de tal manera que el día se emplee en los estudios de la sagrada sabiduría, y parte de la noche en satisfacer á la necesidad corporal. Algunos hay que vienen á comer después de tres días, aquéllos á quien aflige más la hambre de la palabra divina. Y los que más alcanzan de la alta sabiduría, y gustan más profundos secretos espirituales de la divina Escriptura, tan aficionados están á aquellos sabrosos manjares, que se olvidan de los corporales hasta el sexto día, y entonces comen, no con deseo ni deleite, sino para sustentación de su cuerpo.

En compañía de tales varones hay algunas mujeres, de las cuales algunas hasta la vejez han perseverado vírgines, guardando la entereza de su cuerpo, no necesitadas, mas por la devoción de su ánima y por mejor se emplear en el ejercicio de la virtud, no solamente con el corazón, mas con el cuerpo, y porque tienen por cosa afrentosa ensuciar el vaso dedicado á la sabiduría divina, y conocer humano ayuntamiento aquéllas que desean gozar de la compañía sacrosancta y inmortal del Verbo divino, de quien engendran en sus ánimas hijos libres de corrupción de muerte. Pero en las congregaciones moran aparte los hombres y aparte las mujeres.

Después desto cuenta el sobredicho autor que celebraban sanctas vigilias por la manera que nosotros acostumbramos, mayormente en los días en que hacemos memoria de la pasión del Señor, cuando solemos pasar toda la noche en ayuno y oración y en lición de Escripturas sanctas. Asimismo cuenta la forma que tenían en sus oficios divinos, cómo en medio se levantaba uno, y cantaba psalmos con honesta y grave melodía, y cantando éste un verso, todo el coro respondía otro, y que en los tales días no dormían las noches en cama, sino sobre la tierra desnuda, ni bebían vino, ni gustaban algún guisado de carne, mas solamente se mantenían con pan y yerbas con sal, y su beber era sola agua. También describe la forma de cómo los sacerdotes y ministros ejercitaban sus oficios, y la preeminencia que sobre todos tenía

la dignidad episcopal, y otras muchas cosas conformes á la vida y conversación de los que en nuestros tiempos se apartan en las iglesias y monesterios á vida religiosa.

Todo lo susodicho es de este gravísimo autor Filón. Dónde vemos cuánto floreció en aquellos tiempos la sanctidad y la gracia en los fieles que creyeron de la circuncisión, pues la vida que aquí se escribe con tantas virtudes y señaladamente con tan maravillosa abstinencia, más parece de ángeles que de hombres.

Pero no se acabó aquí la fe y devoción de los fieles deste linaje, porque antes de la destruición de Hierusalén, y después della en la población que allí sucedió, siempre permaneció la fe por la vigilancia de los obispos que gobernaron aquella iglesia, hasta el tiempo del emperador Adriano, en el cual se amotinaron otra vez los judíos, y fueron otra vez destruídos y echados de su tierra, como arriba contamos. Y hasta este tiempo cuenta Eusebio quince sucesiones de obispos por estas palabras (1): Hasta el tiempo del emperador Adriano pasaron quince sucesiones de obispos, los cuales todos fueron de generación antigua judíos, pero después de convertidos, muy firmes en la fe, y tales que fueron hallados dignísimos del sacerdocio por aquéllos que podían juzgar el valor de las personas. Y no se puede negar sino que de ellos se allegó y conservó la Iglesia, comenzando de los sanctos Apóstoles, y sucediendo varones notables hasta el tiempo que decimos. De los cuales quince obispos el primero fué Santiago, pariente del Señor: después de él fué elegido Simeón, el tercero Justo, el cuarto Zacarías, Tobías el quinto, el sexto Benjamín, el séptimo Juan, el octavo Matías, el nono Filipo, el décimo Séneca, el XI otro Justo, el XII Leví, el XIII Efrén, el XIV Josef, el XV y postrero Judas. Hasta aquí son palabras de Eusebio, por las cuales vemos cómo se continuó la fe y religión de los fieles de Hierusalén hasta el tiempo de esta postrera calamidad, después de la cual se derramaron por otras partes, en que aquel antiguo fervor poco á poco se fué diminüyendo. Y lo mismo también acaeció á los fieles que habían creído de los gentiles. Los cuales vinieron á descaer de aquel perfectísimo estado en que vivían en la primitiva Iglesia, á éste que agora vemos y lloramos. Y otro tanto acaeció á los hijos de Israel aca-

(1) Ecclc. Hist. lib. 4, cap. 1.

bando de conquistar la tierra de promisión. Porque estando frescas las maravillas que Dios había obrado por ellos en aquella conquista, y siendo vivos los que las habían visto, perseveraron este tiempo en la fe y lealtad que debían á su libertador, mas muertos éstos, comenzaron á entregarse al servicio de los ídolos. Ésta es la condición del mundo, que nunca permanece en un andar, sino antes como él es redondo, así anda siempre rodando de unas cosas en otras, y siempre para peor.

Lo cual también habemos visto por experiencia en todas las repúblicas del mundo, y particularmente en la de los asirios, atenienses, lacedemonios, persas y romanos: los cuales romanos, habiendo subido de pequeños principios á grande estado, por guardar la justicia y disciplina debida así en la paz como en la guerra, aflojando después en ella, vinieron á perder lo que con ella habían ganado. Por dónde justamente se compara nuestra vida con las pesas del reloj, que nunca están en un ser, sino siempre tiran para bajo: lo cual hace nuestra carne, que como es natural de la tierra, siempre nos tira para ella como á su proprio elemento. Por lo cual no es de maravillar que el rigor de aquella antigua disciplina y el fervor de la caridad haya por curso de tiempo venido en tanta diminución, mayormente habiendo faltado aquellos varones apostólicos y sanctos padres que con palabras y ejemplos y milagros lo atizaban y encendían. Éste sea pues el primer fundamento y presupuesto en esta materia.

§ I

El segundo sea que en la venida del Salvador parte deste pueblo había de creer en él, y parte había de permanecer en su incredulidad. Lo cual nos representó el patriarca Jacob, que quedó cojo de un pie, y sano del otro, cuando el ángel le tocó en el muslo (1), de donde aquel pueblo descendía, significando en esto (como adelante trataremos) que parte de sus hijos habían de estar sanos en la fe, y parte cojos y faltos en ella: que es lo que el santo Simeón profetizó á la Vírgen, diciendo que la venida de su Hijo había de ser para levantamiento de muchos y caída

(1) Genes. 32.

de otros, no por él, sino por culpa de ellos. Probemos agora esto mismo por las Escrituras de los profetas. Y cuanto á los primeros dice Esaías en el capítulo 4: En aquel día la planta del Señor Dios de los ejércitos será magnífica y gloriosa, y el fructo de la tierra muy alto. Y alegrarse han los que fueren salvos del pueblo de Israel. Y será así, que los que quedaren en Sión y estuvieren en Hierusalén, serán llamados sanctos, todos los que están escritos en el libro de la vida en Hierusalén, si lavare el Señor las inmundicias de las hijas de Sión y la sangre de Hierusalén con espíritu de juicio y de ardor, que es, con espíritu de temor y amor de Dios. Y el mismo Profeta declara que habían de ser pocos los que habían de creer, diciendo: Si el número de los hijos de Israel fuere como las arenas de la mar, las reliquias (que es la menor parte de ellos) se salvarán (1).

También en otros muchos lugares se declara y profetiza la ceguedad de muchos que no habían de creer. Y señaladamente en la profecía de las semanas de Daniel, en la cual dice que después de las sesenta y dos semanas había de ser muerto Cristo, y que no sería ya su pueblo el que lo había de negar (2). Pues claro está que el pueblo que lo había de negar, no lo había de creer. Lo mismo dice Esaías en el capítulo 53, que todo trata de la Pasión, que fué ocasión de la ceguedad de muchos. Y así comienza el capítulo diciendo: Señor, ¿quién cree á las palabras que de vos habemos oído? Y el brazo del Señor, ¿á quién ha sido descubierto? Y luego más abajo dice: Deseamos verle despreciado y el más abatido de los hombres, varón de dolores y que sabe de enfermedades, y su rostro estaba como escondido y despreciado, y por eso no lo conocimos. Y en fin deste capítulo dice que este Señor (cuya inocencia había declarado) había de ser tenido y reputado por uno de los hombres malos. Allende de esto el mismo Profeta en aquella gran visión, en la cual vió á Dios en medio de los dos serafines (3), donde le mandó que denunciase al pueblo que había de cerrar sus ojos, y tapar sus oídos, y endurecer su corazón, y que por el pecado de esta ceguedad la tierra había de ser destruída y asolada como agora lo está. Y en el capítulo 49, que todo trata del Salvador, hablando el Hijo con su Padre eterno, dice así: Esto dice Dios, el cual dende el vientre de mi madre

(1) Esai. 10. (2) Dan. 9. (3) Esai. 6.

me hizo su siervo para reducir á Israel á él, mas Israel no será reducido. Esto dice, porque eran muchos más los que no habían de creer que los que habían de creer. Y por la misma razón dijo el Señor por el profeta Malaquías (1): No tengo ya mi voluntad con vosotros, ni recibiré más ofrendas de vuestra mano, porque mi nombre es grande entre las gentes, y en todo lugar se me ofrece una ofrenda limpia. Pues ¿con qué palabras se pudiera más distinctamente declarar la incredulidad de la mayor parte deste pueblo, pues dice el mismo Señor que ni tenía su voluntad con ellos, ni recibiría ofrendas de su mano, mas que las recibiría de mano de los gentiles? Pues ¿qué entendimiento habrá que no quede convencido con esta tan clara profecía? Mas el profeta Esaías, en el capítulo 63, juntamente declara que del mismo pueblo unos habían de creer, y otros no. Y hablando de los primeros, dice así: Acordarme he de las misericordias del Señor, y alabarlo he por todas las cosas que nos dió, y por la muchedumbre de los bienes que hizo á la casa de Israel, según su benignidad y muchedumbre de misericordias. Y él dijo: Este pueblo es mío, y hijos que no me han negado, y él se hizo salvador dellos.

Esto dice de la fe de los primeros, mas de los segundos dice luego: En todas las tribulaciones de ellos no se atribuló, y el ángel de su cara los hizo salvos, y por la benignidad y amor que les tuvo, los redimió y los trajo sobre sí, y ensalzó todos los días del siglo, mas ellos le provocaron á ira, y afligieron el Espíritu Sancto suyo, y con esto él se hizo su enemigo, y él mismo los destruyó. Hasta aquí son palabras del profeta, en las cuales veréis cómo encarece la gravedad de este pecado, haciendo mención de los beneficios recebidos. Porque donde dice: En todas sus tribulaciones no fué atribulado, quiere decir que nunca se cansó ni cesó de socorrerles en todas las tribulaciones que se les ofrecieron. Y añade más, que el ángel de su cara los hizo salvos: por el cual ángel, que quiere decir mensajero, entiende al Hijo de Dios, que fué enviado por el Padre eterno á este mundo á salvarnos. Y dice más, que los redimió y trajo sobre sí. Mas ¿de qué manera los trajo? De la que en otra parte dijo que los traía en su vientre y en sus mismas entrañas, y que los levantó y ensalzó en todos los siglos pasados. Esto es lo que hizo Dios por ellos. Mas lo

(1) Malach. 1.

que ellos hicieron, fué que lo provocaron á ira con sus pecados, y afligieron el Espíritu Sancto suyo, resistiendo á sus sanctas inspiraciones y mandamientos. Y tras desto pone el castigo de esta rebeldía, diciendo que el mismo Dios de amigo se les volvió enemigo, y el que antes los amparaba y tomaba la voz por ellos, tomó las armas contra ellos. Deste mismo estilo usó el profeta Natán para afear el pecado de David, contando primero los beneficios que Dios le había hecho, para encarecer el pecado que él había cometido (1). Tenemos pues por estas autoridades averiguado este fundamento que proposimos, conviene á saber, que parte de aquel pueblo había de creer, y parte no había de creer.

Catec. Habéis probado, maestro, tan claramente lo que propusistes, que no habrá persona tan ciega que no lo confiese.

Maest. Pues lo dicho es, hermano, una clarísima luz para entender las Escripturas de los profetas, y los que sin esta candela los leen, fácilmente serán engañados, como se engañan los que hasta hoy día no creen. Porque bien miradas las Escripturas proféticas (como son de cosas advenideras) unas veces amenazan castigos de Dios, otras prometen favores y gracias suyas. Lo cual es tan ordinario entre ellos, que en un mismo capítulo profetizan grandes favores de Dios, y de ahí á cuatro renglones dan la vuelta, y parece que deshacen cuánto habían prometido, amenazando grandes calamidades y azotes. Lo cual es cosa que muchas veces pone á los lectores en confusión, pareciéndoles que se contradicen unas sentencias á otras. Pues ésta es una certísima regla para no errar, entender que cuantas veces Dios por su profeta promete favores y gracias, habla con sus fieles siervos: mas todas las veces que amenaza castigos, azotes, calamidades y desamparos, habla con los malos, á cuya maldad se debe tal galardón. Y esto es lo que dijo el Apóstol (2): Ira, y indignación, y tribulación, y angustia para el ánima del que vive mal, ora sea judío, ora gentil, y por el contrario, gloria, honra y paz á quien hace bien, sea judío, sea gentil. Ésta es pues, hermano, regla muy cierta y aviso muy necesario para entender las Escripturas de los profetas, porque sin este aviso, ¿á quién no pusiera en confusión esta postrera profecía que alegamos, en la cual Esaías con la misma tinta que acabó de profetizar los grandes

(1) II Reg 12. (2) Rom. 2.

bienes prometidos á los hijos de Israel, amenaza luego la destruición dellos? Mas esta confusión cesa considerando que en la primera parte habla con los buenos, y en la segunda con los malos.

Catec. Muy bien me parece esa regla. Mas deseo saber qué amenazas son ésas que se proponen á los malos, y qué promesas las que pertenecen á los buenos.

Maest. Las promesas ya vos las propusistes: mas las amenazas y castigos son tales, que no podrán dejar de quedar como atónitos cuantos las leyeren, porque son proporcionadas al pecado por que se dieron, que fué el mayor de los pecados del mundo. Porque en el Psalmo 68 (que todo, dende el principio hasta el fin, trata de la Pasión) profetiza David luego las calamidades y plagas que habían de venir por este pecado, y profetízalas por vía del maldición, para mayor terror y espanto. Y así acabando el mismo Señor de decir en este Psalmo: Diéronme en lugar de manjar hiel, y en mi sed diéronme á beber vinagre, prosigue luego el Profeta las maldiciones, hablando con Dios en esta forma: Sea, Señor, la mesa dellos su lazo, y el castigo de su pecado y su escándalo. Por las cuales palabras (como el Apóstol declara) se entiende la mesa y pasto de las sanctas Escrituras, que es proprio mantenimiento de las ánimas. Porque los que están obstinados en su incredulidad, de las mismas Escrituras, que habían de ser luz y manjar de sus ánimas, sacan tinieblas y ponzoña para ellas. Lo cual declara luego el Profeta en la segunda maldición, diciendo: Sean escurecidos sus ojos para que no vean, y haz, Señor, que anden siempre abatidos y avasallados. Derrama sobre ellos tu ira, y el furor de ella los comprehenda. Sea su habitación desierta, que no haya quien habite en sus moradas, porque ellos persiguieron á quien tú habías herido, y añadieron otras heridas á los dolores de las mías. Acrescienta, Señor, pecados sobre los pecados de ellos, y nunca entren en tu justicia. Sean borrados del libro de la vida, y no sean escriptos en el número de los justos. Todas éstas son palabras del Profeta, y todas son las mayores maldiciones y calamidades que se pueden pensar. Porque no es nada andar los hombres abatidos y desterrados de sus casas y ser sus moradas desiertas, porque todo esto no toca más que en la carne. Mas pedir á Dios que permita ser escurecidos sus corazones, y que se multipliquen sus maldades unas sobre otras, y que sean desamparados de la sanctidad y

justicia, y finalmente que sean borrados del libro de la vida, ¿qué cosa se puede pensar más horrible? Y no calló el Profeta la causa de tan grandes azotes, cuando dijo: Porque ellos hirieron á quien tú heriste, y acrescentaron los dolores de mis heridas. ¿Qué acrescentaron? Claro está que escarnios y injurias. Y diciendo que el Padre eterno lo hirió, es dar á entender que él por su ardentísima caridad quiso que su unigénito Hijo se ofreciese en sacrificio por los pecados del mundo. Por lo cual se dice que él lo hirió y entregó á la muerte (1).

Catec. Espantado estoy, maestro, de tales amenazas, las cuales me hacen temblar las carnes. Pero mucho más me espanto de ser profetizados esos castigos tan terribles por vía de maldición, porque parece ser eso contra la caridad.

Maest. No se ha de creer que el Profeta lleno del Espíritu Sancto desease y pidiese maldiciones tan crueles á sus prójimos. Mas es estilo de la Escritura profetizar castigos por vía de maldición: del cual estilo usó Moisén, cuando profetizó las calamidades que Dios había de enviar á su pueblo, si quebrantase sus mandamientos. Y por esto, entre otras plagas, dice así (2): Sea el cielo que está sobre ti, de metal, y la tierra que pisas, de hierro, y en lugar de agua envíe Dios sobre ella polvo y ceniza, hasta que perezcas de hambre. Entréguete Dios en manos de tus enemigos: por un camino vayas contra ellos, y por siete huyas dellos, y así andes derramado por todos los reinos de la tierra, y tu cuerpo muerto sea comido de las aves del aire y de las bestias de la tierra. Estas y otras terribles plagas profetiza allí este Profeta por vía de maldiciones. Mas está claro que éstas no eran maldiciones que el sancto varón echase al pueblo que él tanto amaba, pues se puso á pedir á Dios que le borrase del libro en que le tenía escripto, si no le perdonaba el pecado cometido en la adoración del becerro: mas profetiza estas tan grandes calamidades por vía de maldiciones, para mostrar la graveza del pecado por que fueron enviadas. Pues decidme, ¿qué pecado se cometió jamás en el mundo, merecedor de tan terribles maldiciones y castigos, sino la muerte indignísima del Hijo de Dios, á quien en pago de tantas misericordias y beneficios procuraron la muerte con tan ignominiosos tormentos? Y no son menores las calamida-

(1) Esai. 53. (2) Deut. 28.

des que se profetizan en el Psalmo 108, que comienza: *Deus, laudem meam ne tacueris*, &c. Las cuales podéis vos leer, porque yo no quiero referir aquí cosas tan tristes. Agora juzgad vos si son verdaderas todas estas profecías que hablan con la parte de los incrédulos, y pronostican su ceguedad y obstinación, y el desamparo de Dios, y la pertinacia tan porfiada en su incredulidad, y el abatimiento que han de padecer entre las gentes. Esto vos lo veis, y todo el mundo lo ve. Por dónde entenderéis que Dios en todas las cosas es Dios, quiero decir, en todas grande: grande en castigar y grande en galardonar, grande en los azotes y grande en las mercedes, grande en el amor que tiene á los buenos y grande en el aborrecimiento que tiene á los malos, porque lo uno y lo otro pertenece á la grandeza de su bondad.

Pues conforme á la regla ya dicha, así como aquellas tan grandes promesas que al principio propusistes, pertenecen á la parte del pueblo que recibió á su verdadero Rey y Salvador, así estas tan terribles amenazas hablan con la parte que no solamente no le recibió, mas antes le procuró la muerte. Y deste pecado dijo Dios á Moisén en el capítulo 28 del Deuteronomio que él había de ser el vengador, significando en esto que la tal venganza había de ser grande. Porque es lenguaje de la Escriptura llamar cosas de Dios á las que son grandes, como cuando dice día de Dios ó monte de Dios, &c. Y cuán grande ella haya sido, y lo sea hasta hoy día, ya lo declaramos en este libro. Pues con esto me parece que está bastante respondido á la dubda que al principio propusistes. Porque si pusiéredes los ojos en la gravedad del pecado cometido en la muerte del Salvador, pareceros ha justísimo todo ese castigo y desamparo que decís. Porque (como ya dijimos) si cuantos pecados se han cometido en el mundo, se pusieren en una balanza, y éste solo en otra, éste pesará mucho más que todos los otros juntos. Vemos que Dios por el pecado de la idolatría desamparó los diez tribus de Israel, y los desposeyó de la tierra de promisión que les había dado, y entregó en poder de los asirios, y consintió que fuesen derramados por todas las naciones del mundo (sin que esta captividad fuese revocada) y asimismo consintió que el tribu de Judá que quedaba, fuese por el mismo pecado llevado captivo á Babilonia, y aquel magnificentísimo templo arrasado por tierra y abrasado. Pues ¿no eran éstos simiente de Abrahán? ¿No eran hijos de Israel? ¿No eran pueblo entre to-

das las naciones escogido de Dios? ¿No se llamaba Dios unas veces padre, y otras esposo suyo? ¿No los sacó él de Egipto con tantas señales y maravillas, y tomó venganza de sus enemigos, y les dió ley en el monte Sinaí, y los trajo (según él dice) como águilas sobre sus hombros todo aquel camino? ¿Quién puede negar esto? Y con todo eso, cuando fueron desobedientes á las leyes de su libertador, y adoraron dioses ajenos, los desamparó, y (como dice Hieremías) desechó su altar, y maldijo el lugar de su sanctificación, y los entregó á tan crueles y torpes enemigos, que deshonrasen las vírgines de Sión, y usasen abominablemente de los mozos de Hierusalén. ¿Más castigo queréis que éste? Por lo cual os quiero advertir de una cosa digna de mucha consideración: la cual es, que aunque el amor de Dios para con sus siervos sea como de padre á hijos y de marido á mujer (como á cada paso lo testifican las Escripturas) pero más semejante es al amor del marido á la mujer que al del padre al hijo. Porque éste es de tal cualidad que no se pierde, aunque el hijo sea malo, como lo vemos en el amor que David tuvo al peor de los hijos del mundo, que fué Absalón. Mas el amor del marido á la mujer, siendo mayor que éste, como se ve por las palabras que dijo nuestro primero padre á Eva (1), con todo eso es de tal cualidad que si la mujer fuere desleal á su marido, la mayor de las amistades viene á convertirse en la mayor de las enemistades. Y tal como éste es el amor de Dios para con sus siervos, porque siendo ellos fieles y leales á Dios, tienen en él más que padre y que esposo, mas si fueren desleales, en ese punto los echará en el profundo del infierno, si entonces acabaren la vida. Y así lo hiciera con David, cuando adulteró, y con Sant Pedro, cuando le negó (siendo antes sus grandes amigos) si no hicieran penitencia cada cual de su pecado. Por dónde yo os confieso que aunque la sinagoga haya sido esposa muy amada de Cristo (la cual trata él con tan amorosas palabras en el libro de los Cantares) mas después que ella cometió adulterio con los dioses ajenos, ya veis cuán espantosamente la castigó. Pues como el pecado de la muerte del Salvador haya sido sin comparación mayor, ¿qué maravilla es (como dije) padecer agora esta parte del pueblo susodicha lo que sus mayores padecieron

(1) Genes. 2.

por otro menor? Y esto es lo que claramente dijo el Señor por Hieremías: Volvióse mi heredad contra mí, y dió contra mí voces como un león de la montaña, y por eso la aborrecí.

§ II

Todo esto que hasta aquí habemos dicho, declaró divinamente el apóstol S. Pedro en la carta que escribió á los discípulos que habían creído, así de judíos como de gentiles, los cuales estaban derramados en las regiones de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, alegando para ello el testimonio de Esaías por estas palabras (1): Yo (dice Dios) pondré en lo más alto de la esquina del edificio una piedra probada, escogida y preciosa, y quien en ella creyere, no será confundido. Pues esta honra se ofrece á vosotros los que creéis, mas para los que no creen, esta piedra que se ha de poner en la cabecera desta obra) ha de ser piedra en que han de tropezar, y piedra de que se han de escandalizar los que no quieren dar crédito á la palabra del Evangelio, á lo cual estaban obligados. Mas vosotros que creístes, sois linaje escogido, sacerdocio real, gente sancta, pueblo que Dios adquirió para sí, para que prediquéis las virtudes de aquel Señor que de las tinieblas en que vivíades, os sacó y llamó á esta admirable luz, que es al conocimiento del misterio de su Evangelio. Veis aquí, hermano, resumido cuanto habemos dicho: dónde veréis cuán desiguales sean las suertes destas dos diferencias de gentes, esto es, la dignidad, la gloria y las riquezas de gracia que se ofrecen á los que fielmente creyeron, y el escándalo y tropiezo y caimiento de los que no quisieron creer, pues para los unos Cristo es piedra fundamental que los sostiene, y para los otros piedra de escándalo en que tropiecen y caigan y se hagan pedazos.

Y pues los fieles que habían de creer en todo el mundo, de linaje de gentiles, habían de ser muchos más en número que los que habían de creer de la circuncisión, no es maravilla que se dé á éstos el principal lugar en la Iglesia como á parte mayor. Y porque esto no os escandalice, mirad cómo claramente lo dice Dios en Esaías por estas palabras (2): No diga el hijo del extran-

(1) I Petr. 2. (2) Esai. 56.

jero que se llega al Señor: Hame apartado el Señor de su pueblo. Ni tampoco diga el eunuco: Yo soy un árbol seco, porque esto dice el Señor. Á los eunucos que guardaren las leyes de mi amistad, daré dentro de mi casa y de mis muros un lugar señalado y mejor nombre que el de los hijos y hijas, darles he nombre eterno que nunca jamás perezca. Llama aquí hijos y hijas á los fieles del pueblo de los judíos, y extranjeros á los que creyeron del pueblo de los gentiles, los cuales hasta entonces estarían fuera de la casa de Dios. Y á éstos dice aquí él que dará mejor nombre, que es mayor dignidad que á los hijos y hijas, que es, á los fieles que creyeron de la circuncisión, por la razón susodicha. Esta preeminencia comenzó Dios á figurar dende el principio del mundo, anteponiendo los hijos segundos á los primeros. Y así de los dos primeros hijos de Adán, que fueron Caín y Abel, antepuso Dios el segundo al primero (1), y de los dos que tuvo Isaac, que fueron Esaú y Jacob, hizo lo mismo (2). Pero muy más al proprio se representó esto en el nacimiento de los dos hijos de Judas, que fueron Fares y Zarán, de los cuales al tiempo del parto sacó primero la mano Zarán, al cual ató la comadre un hilo colorado, diciendo: Éste será el primero. Mas luego éste retrajo la mano, y tomóle el otro la delantera, después del cual salió el que pretendía ser primero (3). Estos dos hijos nos representan dos pueblos de fieles, uno de judíos y otro de gentiles, de los cuales aquél sacó primero la mano, porque primero comenzó á servir á Dios y poner por obra sus mandamientos, mas después la retrajo cuando una parte dél no quiso recibir á su Rey y Salvador, en cuyo lugar entró el pueblo de los gentiles que lo recibió: después de cuya entrada entró también el de los judíos, según lo testifican las Escrituras, diciendo que después que éntre en la Iglesia la plenitud de las gentes, todo Israel será salvo. Con lo cual contesta la profecía de Oseas, que arriba alegamos. Veis pues aquí cómo en este nacimiento el primero se hizo segundo, y el segundo primero.

Y no menos al proprio se representa esta mudanza y preeminencia en los dos hijos del patriarca Josef, Manasés y Efraín, los cuales presentó Josef á Jacob su padre para que les diese su bendición, poniendo á Manasés (que era el mayor) á la diestra

(1) Genes. 4. (2) Malach. 1. (3) Genes. 38.

del sancto viejo, y á Efraín á la siniestra. Mas el sancto Patriarca cruzó los brazos, y puso la mano derecha sobre el menor, y la siniestra sobre el mayor. Lo cual sintió agramente Josef, y tomando las manos del padre, pretendía ponerlas como antes estaban, diciendo: No conviene, padre, que se haga tal mudanza. Pon la mano derecha sobre Manasés, que es el primogénito. Á esto respondió el sancto varón: Bien lo sé, hijo mío, bien lo sé, y éste mayor crecerá y será multiplicado, mas su hermano segundo le llevará la ventaja. Veis aquí, hermano, divinamente representada la preeminencia de los fieles de la gentilidad sin agravio de la otra parte, la cual también el sancto Patriarca bendijo, y confesó que había de ser multiplicada, pero que la otra se multiplicaría más. Y el agravio que mostró Josef de ver antepuesto el hijo segundo al primero, es el que vos al principio representastes, pareciéndoos que el primer lugar se debía á vuestro pueblo. Mas como el sancto Josef se quietó y abajó la cabeza cuando entendió que aquella era la voluntad de Dios, así también os habéis de quietar vos y dar gloria á Dios por todo lo que él ordena.

§ III

Catec. No tengo, maestro, qué responder á eso sino humillarme y confesar que Dios es sancto y justo en todas sus obras: basta ser él el que lo hace, para que se cierre toda boca para juzgar sus obras, y se abra para confesar sus alabanzas. Solamente me queda por preguntar cómo siendo aquellas promesas que yo apunté al principio desta materia, generales y hechas á todo este pueblo debajo de los nombres señalados (que son, casa de Jacob, de David, pueblo de Israel, Hierusalén, monte de Sión) pertenecen á sola esta parte que creyó.

Maest. Para responder á esa pregunta quiero yo proponeros otra. Pongamos caso que todo el pueblo de Israel creyera. Pregúntoos si la fe y religión desos nuevos creyentes fuera la misma que la de los pasados, ó otra diferente.

Catec. Paréceme que aunque haya algunas diferencias accidentales entre la fe y religión de los unos y de los otros, pero en lo esencial la misma fe es de ambos. Porque no está la diferencia en más que lo que los unos esperaban por venir, los otros confe-

saban ser ya venido. De dónde se infiere que la misma fe y religión de los pasados es la de los presentes.

Maest. Muy bien habéis respondido. Mas agora quiero que me digáis: ¿qué nombres tendría esa nueva gente que desta manera creyó?

Catec. Paréceme que ha de tener los mismos nombres que antes tenía. Porque siendo la misma fe de los unos y de los otros, síguese que han de tener los mismos nombres.

Maest. Luego según eso llamarse ha el pueblo de los que creyeron en Cristo, casa de Jacob y casa de David, pueblo de Israel, monte de Sión y ciudad de Hierusalén. Y así por el monte de Sión y por el nombre de Hierusalén y por la casa de David entendemos todo el pueblo de Israel. Y así dice Dios por Zacarías: Decid á la hija de Sión que se alegre, porque le es venido su Rey. Y en otro lugar dice por el mismo Profeta: Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Hierusalén espíritu de gracia y de oración. Pues claro está que en estos lugares por la hija de Sión entendemos el pueblo de Israel, para quien venía este nuevo rey. Y lo mismo entendemos por la casa de David y por los moradores de Hierusalén, pues el espíritu de gracia que aquí se promete, no era para solas estas dos partes, sino para todo el pueblo, que por ellas era significado. Pues volviendo á vuestro propósito, pongamos por caso (como ello fué) que no creyeron todos, sino una parte dellos. Pregunto agora, ¿qué nombre tendría esta parte que creyó?

Catec. ¿Qué hay que dubdar en eso? Claro está que esa parte que creyó, había de tener los mismos nombres de todo el pueblo, si todo él creyera.

Maest. Pues si creyendo todo el pueblo, le pertenescieran todos estos nombres, junto con las promesas hechas á él, ¿por qué perderá esta misma dignidad y estos títulos aquella parte del pueblo que creyó? ¿Qué razón hay para que la incredulidad de los muchos perjudique á la fe y dignidad de los pocos? Porque como si agora no hubiese más que cien fieles en la Iglesia cristiana, en ésos pocos se salvaría el nombre de su Iglesia con todos los títulos y privilegios della, así en ésos pocos que entonces creyeron, se salvan los títulos y nombres y promesas hechas á todo el pueblo. Porque así como una gota de agua tan propriamente se llama agua como toda el agua de la mar, así á esta pe-

queña parte que creyó, le conviene el nombre de todo el pueblo, si todo él creyera, y asimismo en ésta se salvan y cumplen y verifican todas las promesas de los favores de Dios.

Catec. Paréceme que tenéis razón en lo dicho. Mas una sola cosa me queda por preguntar, y es, si esas promesas divinas que debajo de esos nombres, pueblo de Israel, casa de Jacob, con las demás que se prometen al pueblo de los judíos, pertenezcan igualmente á los que creyeron de los gentiles.

Maest. Claro está que la diferencia de los linajes y de sola la carne no aparta ni hace distinción en los ojos de Dios entre los que tienen la misma fe, la misma obediencia y el mismo espíritu, y no menos, sino mucho más son hijos de Abrahán los que imitan su fe y obediencia, que los que según la carne decienden dél. Antes, si éstos se desviaren de la fe de este Patriarca, no los cuenta la Escritura por verdaderos y legítimos hijos suyos. Y así hablando Dios por Ecequiel con los tales, dice: La raíz y el solar de donde tú deciendes, es la tierra de Canaán, tu padre es Amorreo, y tu madre Cetea. Veis aquí cómo claramente no cuenta Dios por hijos de Abrahán á los que no tienen dél más que sola la carne, antes los llama hijos de cananeos y amorreos, porque seguían los vicios dellos. Y conforme á esto en las sanctas Escripturas (que tienen más cuenta con el espíritu que con la carne) de aquél se llama cada uno hijo, cuyas obras imita. Y así llamó el Salvador á Zaqueo publicano, de linaje de gentiles, hijo de Abrahán, porque imitaba la sanctidad de Abrahán. Y viendo á Natanael, dijo: Veis aquí un verdadero israelita que no sabe qué cosa es engaño, dando á entender que los engañadores no eran verdaderos israelitas, aunque decendían del linaje de Israel. Así que entre los que creyeron en Cristo, así del linaje de gentiles como de judíos, ninguna diferencia hacemos por solo el linaje, habiendo en ellos una misma fe y un mismo espíritu. Porque esto es lo que principalmente pretendió hacer el Salvador, que es ayuntar ambos pueblos en una misma fe y obediencia. Por lo cual se llama en la Escritura piédra angular, que es la que traba dos paredes en una esquina, que son dos pueblos en una misma fe y concordia. Y por esto quitó de por medio el muro que causaba división entre estos pueblos, que eran las cerimonias y sacrificios de la ley.

Catec. Acerca desa respuesta, que es muy justa, me queda

otra cosa por preguntar, y es, que demás de las cerimonias y sacrificios de la ley, que diferenciaban á los judíos de los gentiles, había también otra diferencia. Porque los judíos, acordándose de aquellas palabras de Dios en que les mandaba que no pintasen figura alguna de los signos del cielo ni de las imágines de la tierra, no admitieron ningún género de imágines después del cautiverio de Babilonia: mas los cristianos usan de muchas imágines en sus templos, lo cual muchos herejes han tenido por un linaje de idolatría.

Maest. Está la religión cristiana tan ajena dese pecado, que sería menester un proceso infinito para declarar lo que innumerables mártires padecieron, no digo por no idolatrar, sino también por no tocar en carne sacrificada á los ídolos. Y si usamos de imágines, es para traer á la memoria y movernos á devoción con las imágines de los sanctos y con representarnos los misterios de nuestra redempción. Porque ¿quién no ve la devoción que causa la pintura del nacimiento del Salvador, de su gloriosa transfiguración, del lavatorio de los pies, de la oración del huerto, de los azotes á la coluna, de la coronación de espinas, del llevar la cruz á cuestas y padecer en ella? ¿Cuántas veces estas pinturas exprimen las lágrimas de los fieles? Las cuales imágines á los que saben leer, mueven á compasión, y para los que no lo saben, sirven de libros donde ven con los ojos lo que leerían en los libros, si supiesen leer. Y demás desto la reverencia que se hace á la imagen en cuanto imagen, no pára en sola ella, sino pasa adelante á reverenciar la persona cuya es la imagen, como lo vemos en la cortesía particular que los reyes hacen á los embajadores de otros reyes, porque representan la persona dellos. De manera que aquella honra no se hace tanto á ellos cuanto á la persona de sus señores, así como el desacato que se cometiese contra ellos, se tendría por descomedimiento contra quien los envía. Y así, cuando reverenciamos y adoramos la cruz, y le atribuímos la redempción del mundo, no pára nuestra adoración en aquel madero, sino en el Señor que lo tomó por instrumento para obrar nuestro remedio. Porque común cosa es atribuir al instrumento el efecto de la causa principal, de la manera que solemos decir: Ésta es la espada que ganó á Sevilla. Y si Dios en aquel tiempo mandó al pueblo de los judíos que no pintasen alguna imagen, fué porque entonces todo el universo mundo adoraba las estatuas y

imágines de los demonios, y aquel pueblo era inclinadísimo á la idolatría, como lo representa Hieremías, comparándolo al ardor con que el asno salvaje busca la hembra en tiempo de los celos. De dónde procedió que hasta el tiempo del rey Ecequías adoraban la serpiente de metal que Moisés había fundido en el desierto. Pues por esta causa aquel sapientísimo legislador (que tan bien tenía tomados los pulsos á la condición deste pueblo) les quitó esta ocasión de idolatrar pintando imágines ó estatuas. Mas agora que estamos tan lejos desta ocasión, ¿qué peligro hay en pintar estas imágines?

Pues por lo dicho veréis cómo los maestros de los hebreos, para confirmar el miserable pueblo en su engaño, infaman nuestra religión y nos levantan estos y otros falsos testimonios, diciendo que idolatramos reverenciando las imágines, estando tan lejos deso, que antes moriríamos mil muertes que cometer tal pecado. Y por tanto, los que desean hallar la verdad y se precian de juicio y entendimiento de hombres, no se habían de mover á lumbre de pajas, ni creer temeraria y livianamente, ni dar oídos á los falsos testimonios que nuestros adversarios nos levantan, sino informarse de los maestros de nuestra religión, y pedirles la declaración de las cosas que profesamos.

Catec. Agora, maestro, quedo quieto, alegre, esforzado y consolado con el conocimiento tan claro destas verdades, de las cuales pende toda mi bienaventuranza y salvación. Porque aunque por la lumbre de la fe estaba firme y certificado en el conocimiento dellas, mas agora con la declaración destos misterios de nuevo se ha alegrado y esforzado mi corazón. Por lo cual doy muchas gracias al Padre de las lumbres, pues él por el ministerio de vuestra doctrina ha alumbrado y quietado mi espíritu. Mas con todo lo dicho me queda otra cosa por preguntar, la cual quedará para otra vez que nos veamos.

DIÁLOGO XI

EN EL CUAL SE TRATA DE LOS DOS ESTADOS DE LA IGLESIA CRISTIANA, QUE ES, DEL QUE TUVO EN SUS PRINCIPIOS, Y DEL QUE AGORA TIENE EN EL TIEMPO PRESENTE

Catecúmeno.

OTRAS dos cosas de mucha importancia me quedan, maestro, por preguntar. Bien sabéis que todas las profecías denuncian que después de la venida del Salvador había de florecer en el mundo la sanctidad y justicia, y que se levantarían en él hombres tan sanctos y religiosos, que como profetizó Esaías, todos los que los viesen, los conocerían por tales, y por ellos glorificarían á Dios (1). Esta tan grande santidad no la vemos agora en muy gran parte de la Cristiandad, por lo cual deseo saber cómo se verifica el cumplimiento destas profecías. También deseo preguntaros otra cosa acerca del número de los fieles, porque miradas estas Escrituras de los profetas, parece que más extendido había de estar por el mundo el reino de Cristo de lo que al presente está. Á estas dos cosas querría que me satisficiésedes.

Maestro. La respuesta de la primera de esas dos preguntas podríades haber notado entre las hazañas que había de obrar el Salvador, cuando viniese al mundo: en una de las cuales tratamos de la sanctidad que floreció en aquellos felicísimos tiempos de la primitiva Iglesia, de que están llenas las historias de gravísimos autores. Porque (comenzando de Hierusalén) de la sanctidad que hubo en ella escribe S. Lucas diciendo que todos los fieles tenían un corazón y un ánima en el Señor, y que vendidas todas sus haciendas, ponían el precio de ellas á los pies de los Apóstoles para que ellos lo repartiesen por los pobres (2). Y de los mismos dice S. Pablo que con grande alegría sufrían ser robados y maltratados por la confesión de la fe (3). Y de los

---

(1) Esai. 61. (2) Act. 2. (3) Hebr. 10.

fieles que habían creído de la circuncisión y moraban junto á Alejandría, escribe cosas maravillosas Filón, nobilísimo escriptor entre los judíos. Y de los otros fieles que estaban derramados por toda la tierra de Egipto, hace memoria S. Basilio y S. Augustín hablando con los maniqueos y trayéndolos por testigos de aquella verdad como de cosa tan notoria que los mismos herejes no podían negar. Y la manera de vida que estos sanctos monjes tenían, describe muy particularmente S. Hierónimo en la epístola á la virgen Eustoquio: y no menos elegantemente trata della S. Crisóstomo en muchos lugares de sus Homelías. Mas de la vida de los sanctos que hubo en Grecia, escribe Teodoreto en la Historia Religiosa, el cual fué quinientos y cincuenta años después del nacimiento de nuestro Salvador. Dónde dice que en aquel tiempo había muchos monesterios de vírgenes que moraban juntas de docientas en docientas, y á veces más, y á veces menos, las cuales tenían por cama unas esteras, y su oficio era ocupar siempre las manos en la lana y las lenguas en las alabanzas divinas. Y estos monesterios dice que había no sólo en Grecia, sino también por todo el Oriente, y que dellos estaba llena Palestina, Egipto, Asia, Ponto y Siria, Cilicia y Mesopotamia, y toda Europa. Tampoco Italia (que cae en la Europa) careció de muchos sanctos varones, cuyas vidas escribe Sant Gregorio (que fué después de Teodoreto) en los cuatro libros de sus Diálogos. En lo cual se ve cuánto haya florecido la sanctidad en aquellos dichosos tiempos. Y no menos se entiende esto por la infinidad de mártires sanctísimos que en todas las partes del mundo fueron martirizados por la confesión de la fe. Y lo que es más admirable, cuasi todos estos sanctos eran de linaje de gentiles y idólatras: donde vemos cumplidas las profecías de Esaías, en las cuales dice que en la venida del Mesías los lobos se juntarían con los corderos, y los árboles estériles y silvestres se mudarían en fructuosos, y los páramos y desiertos en tierras de labor, y los sequedales en ríos y fuentes de agua, significando por estas semejanzas esta mudanza de vida, donde los hombres fieros y semejantes en sus costumbres á los demonios vendrían á hacer vida de ángeles.

Después déstos (no desamparando el Salvador su Iglesia) sucedieron las órdenes de los augustinos, cartujos, benitos, bernardos, dominicos y franciscos, y otros tales, en cuyas corónicas ha-

llamos escritas vidas de varones religiosísimos y sanctísimos, que señaladamente florecieron en el principio y fundación destas órdenes. Y no faltan agora en la Cristiandad en todo género de estados, así de legos como de sacerdotes, personas de tanta virtud y religión que nos dan motivos con la pureza de su vida para glorificar á Dios, como Esaías dice. Y no haber agora tanta sanctidad como al principio hubo, es condición de las cosas humanas, que nunca permanecen en un mismo ser. Lo cual vimos también en los hijos de Israel, de quien se escribe que entrados en la tierra de promisión perseveraron fielmente en servicio y conocimiento de Dios, mientra estaba fresca la memoria de las maravillas que en aquella jornada y conquista había obrado por ellos. Mas luego que ésta se perdió, comenzaron á descaer desta pureza de vida, y se fueron á adorar los ídolos.

Y cuanto á la profecía que alegáis de Esaías, que trata de la sanctidad de los fieles, respóndoos que esa profecía y otras semejantes no se han de entender generalmente de todo el número de los fieles (porque nunca en el mundo han de faltar pecados y pecadores) sino solamente de aquéllos que se quisieren aprovechar de la doctrina y remedios y sacramentos que Cristo trajo al mundo para obrar con ellos nuestra sanctificación, y no de aquéllos que por pereza y culpa suya no quieren aprovecharse dellos. Esta inteligencia es conforme al estilo y lenguaje de los profetas. Los cuales (como ya otra vez platicamos) en un mismo capítulo proponen generalmente grandes favores y juntamente con esto grandes amenazas, como parece en el capítulo 63 de Esaías y en muchos otros. Mas aunque estas cosas propongan generalmente hablando con todos, entendemos que los favores hablan con los buenos, mas las amenazas con los incrédulos y malos. Pues desta manera, cuando el profeta dice que los fieles en el tiempo del Mesías serán tales que cuantos los vieren, luego los conocerán y tomarán de su vida motivos para glorificar á Dios, entiéndese de los que se aplicaren á querer aprovecharse de los remedios que él trajo al mundo, y no de los que se echaren á dormir y entregaren á los vicios. Y que esto se haya de entender así, pruébase por el común estilo de filosofar que la naturaleza enseñó á los hombres, los cuales proceden por las cosas claras á las escuras, y por las ciertas á las inciertas. Y pues dejamos atrás probado por evidentísimas profecías y señales que el

Salvador era ya venido, habemos de interpretar esta profecía de tal manera que no nos obligue á negar todo lo que tenemos ya claramente probado y averiguado, declarándola en el sentido que está dicho: y desta manera queda salva y entera la verdad de todas las profecías.

Catec. No sé qué pueda oponer á esa respuesta tan conforme al lenguaje de las sanctas Escrituras, y tan conforme á razón, porque disparate es pensar que todos cuantos recibieren al Mesías, han de ser sanctos y consumados en toda virtud. Porque ésa es preeminencia de la vida eterna que esperamos, mas en ésta, donde estamos cercados de carne y de sangre, y donde somos amasados y concebidos en pecado, aunque haya por virtud de la gracia de Cristo muchos buenos, mas por razón de la naturaleza corrupta no han de faltar malos, pues no faltaron en el cielo, ni en el paraíso, ni en la escuela del Salvador. Mas ya que tan bien habéis satisfecho á la primera de mis preguntas, resta que me respondáis á la segunda, que es, haberse diminuído tanto la fe y el número de los cristianos.

§ I

Maest. Para responder á esa pregunta era necesario un largo tratado en que declarásemos el espantoso aborrecimiento que Dios tiene á los pecados, y la severidad con que los castiga, para que no extrañéis, habiendo tantos pecados, haber permitido aquel rectísimo Juez que se diminuyese tanto el número de los cristianos. Mas porque esto sería cosa infinita, solamente os referiré una de las historias sagradas, por la cual veréis ser los pecados la causa desta diminución. Para lo cual debéis traer á la memoria aquella tan magnífica promesa que hizo Dios al patriarca Abrahán, cuando le quiso sacrificar su hijo Isaac, diciendo: Por mí mismo he jurado (dice el Señor) que por cuanto no perdonaste á tu hijo unigénito por amor de mí, por ese hijo te daré tantos hijos como las estrellas del cielo. Esta misma promesa confirmó Dios sacando este patriarca al campo, y allí le prometió que multiplicaría sus hijos en tanto número como el polvo de la tierra. La cual promesa comenzó él á cumplir en el captiverio de Egipto, porque entrando en él solos setenta nietos y bisnietos deste

patriarca, fueron de tal manera multiplicados en espacio de cuatrocientos años, que sin embargo de mandar Faraón echar los hijos varones de los hebreos en el río, salieron de Egipto seiscientos mil hombres de pelea, sin las mujeres y niños, que serían más. Y á este paso fueron de tal manera creciendo, que en tiempo de David y de Salomón (como dice la Escritura) era tan grande el número deste pueblo como las arenas de la mar, tanto, que en solo el tribu de Judá se hallaron por cuenta quinientos mil hombres de pelea. Veis pues aquí cumplida enteramente la palabra y promesa de Dios. Mas ¿qué se siguió después? Multiplicáronse los pecados del pueblo en tanto grado, que después de haberlos Dios sufrido muchos años, y enviado muchos profetas y castigos para reducirlos á su servicio, sin aprovechar nada, finalmente desamparó los diez tribus que se habían apartado de la casa de David, y entrególos al rey de los asirios, el cual los esparció por todas sus tierras en perpetua subjección y vasallaje. Quedaba el tribu de Judá, donde estaba la ciudad de Hierusalén, y aquel magnificentísimo templo de Salomón, el cual tribu debiera escarmentar en cabeza ajena, mas no lo hizo, sino siguiendo los mismos pecados de los otros diez tribus, pasaron por la pena de ellos, como el mismo Señor les había amenazado por Ecequiel, diciendo (1): Anduviste por el camino de tu hermana (que era la gente de los diez tribus) yo te daré á beber el cáliz que di á ella: y así se cumplió esto, viniendo Nabucodonosor y poniendo cerco sobre la ciudad de Hierusalén, donde el pueblo padeció tan gran hambre, que las madres llegaron á comer las carnes de sus hijos, como lo encarece Hieremías en sus Lamentaciones, diciendo (2): Las manos de las mujeres misericordiosas cocieron sus hijos, y se mantuvieron dellos en la destruición de mi pueblo. Finalmente aquella noble ciudad de Hierusalén fué arrasada, y aquel magnificentísimo templo, celebrado y afamado por todo el mundo (en cuya fábrica traía Salomón más de ciento y cincuenta mil hombres) fué asolado y abrasado junto con el tabernáculo y arca del Testamento, y todas las otras cosas que por la traza y orden de Dios habían sido fabricadas, sin quedar á Dios altar ni templo en todo aquel reino, ni pueblo por quien fuese honrado, porque cuasi todo él fué llevado junto con su rey, captivo á Babilonia, y aquel

(1) Ezech. 23. (2) Thren. 2 & 4.

tan grande pueblo vino en tanta diminución, que cumplidos setenta años de captiverio, cuando Ciro, rey de los persas, libertó al pueblo para que volviese á poblar á Hierusalén y reedificar el templo, no volvieron más que cuarenta y tantos mil hombres, como se escribe en el libro de Esdras. Lo cual todo les había profetizado Moisén, porque habiendo dicho á los hijos de Israel: No puedo yo solo sostener la carga de tan grande pueblo, porque Dios os ha multiplicado como las estrellas del cielo, díjoles después: Si no guardáredes los mandamientos de vuestro Dios, enviaré contra vosotros todas las plagas de Egipto hasta destruiros, y vendréis á ser muy pocos en número los que antes érades como las estrellas del cielo (1). Así lo profetizó, y así se cumplió en este captiverio de Babilonia, y así lo confesaron aquellos tres sanctos mozos que el rey de Babilonia mandó echar en aquel grande horno de fuego, porque no quisieron adorar su estatua. Los cuales, estando en medio de las llamas sin quemarse, hacían oración á Dios, pidiendo la liberación de su pueblo (2), alegando aquel solene juramento y promesa que había hecho á sus padres de multiplicar sus hijos como las estrellas del cielo. Porque Señor (decían ellos) habemos venido en mayor diminución que todas las naciones del mundo, y estamos hoy los hombres más abatidos que hay en la tierra, por nuestros pecados. Y ni hay en este tiempo príncipe, ni profeta, ni sacrificio, ni lugar sagrado donde podamos ofrecer nuestras ofrendas, sino en espíritu de humildad y en ánima contrita seamos, Señor, recebidos de vos piadosamente. Veis aquí claro á cuánta diminución trajeron los pecados á este tan grande pueblo, y (lo que más es) no teniendo Dios en aquel reino más que un templo y un altar, donde era venerado, no hizo caso de quedar sin este lugar, cuando se atravesaron de por medio los pecados. Lo cual encarece en sus Lamentaciones Hieremías, diciendo (3): Desechó el Señor su altar, y maldijo el lugar de su sanctificación. Porque como no escogió la gente por honra del lugar, sino antes el lugar por amor de la gente, por eso destruyó el lugar, cuando la gente no se aprovechaba dél.

---

(1) Deut. 28. (2) Dan. 3. (3) Thren. 2.

§ II

Catec. Muy bien tengo entendida esa historia. Mas ¿de qué sirve eso para la pregunta que yo os hice, de ser tan pequeño el número de los cristianos, siendo tan copiosa la redempción de Cristo, y tan magníficas las promesas que fueron hechas al mundo en su venida?

Maest. Esta historia responde á vuestra pregunta. Porque como Dios sea agora el mismo que era en aquel tiempo (pues en él no hay ni puede haber alteración ni mudanza) hanos agora castigado con semejante castigo. Porque así como antiguamente prometió á aquellos sanctos patriarcas la multiplicación innumerable de sus hijos, y finalmente andando el tiempo la cumplió, mas después de cumplida esta promesa, cuando se multiplicaron los pecados, vino el pueblo en tan gran diminución como habéis oído, así también prometió el Señor por boca de sus profetas la dilatación del reino de Cristo en todas las partes del mundo, y así lo cumplió, porque aun en tiempo de los Apóstoles había corrido la predicación y fe del Evangelio por todo el mundo, como lo afirma S. Pablo diciendo que se había predicado el Evangelio á todas las criaturas que había debajo del cielo, y que en todas ellas había fructificado (1). Y esto es de lo que el profeta Esaías se maravilla cuando dice (2): En los fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo, que es Cristo, el cual por excelencia se llama Justo. Y maravíllase aquí el profeta de ver con cuánta ligereza y en cuán breve espacio había corrido la predicación del Evangelio y gloria de Cristo hasta el cabo del mundo. Y la misma admiración mostró cuando dijo (3): ¿Quién son éstos que vuelan como nubes? Y llama nubes á los predicadores del Evangelio, los cuales á manera de nubes corrían por toda la tierra, regándola con agua del cielo para que diese fructos de vida eterna. Y después de los Apóstoles, cuanto más crecían las persecuciones de los tiranos, tanto crecía cada día el número de los fieles. Porque así como dice la Escritura que cuanto más los egipcios perseguían á los hijos de Israel, tanto más

(1) Colos. 1. (2) Esai. 24. (3) Esai. 60.

Dios los multiplicaba, así también con las persecuciones de los tiranos se multiplicaba el número de los fieles, que por toda la tierra se dilataban. Mas después de docientos y tantos años, cuando muertos los tiranos sucedieron los emperadores cristianos (como fueron Constantino y los Teodosios y otros semejantes) se extendió más el Evangelio por todas las naciones del mundo, hasta que del todo fueron asolados y puestos por tierra los templos y altares del demonio, y los ídolos abrasados y hechos rajas y desterrados del mundo. Dónde se cumplió lo que prometió Dios por Zacarías, diciendo (1): Desterraré los nombres de los ídolos de la tierra, y no habrá más memoria dellos. La cual victoria para solo el Mesías se guardaba.

Mas después que la Iglesia extendió sus ramos por todo el mundo, después que juntamente con el número de los fieles crecieron las riquezas y la prosperidad temporal y los favores de los emperadores, juntamente creció el fausto, la cobdicia y el regalo del cuerpo, la ambición y con ella sus hijas legítimas, que son competencias, odios y envidias, y otras malas mañas. Y así se cumplió en nosotros lo mismo que Moisén profetizó del pueblo de los judíos, diciendo (2): Engrosóse el pueblo amado de Dios, y después de engrosado y enriquecido y dilatado, desamparó á Dios su hacedor, y apartóse de Dios, autor de su salud. Siempre paresce que fué el mundo de una manera, y así, concurriendo en él las mismas causas, comúnmente se siguen los mismos efectos, si no acude Dios con particulares privilegios de su gracia. Y así parece haber acaescido en este negocio, donde la prosperidad fué ocasión de nuestra caída, como lo ha sido cuasi en todas las repúblicas del mundo. Pues multiplicándose con la prosperidad los pecados en tanta abundancia como en las historias antiguas leemos, y como en nuestros miserables tiempos lloramos, ¿qué ha de hacer aquel rectísimo Juez en semejante causa, sino dar la misma sentencia, permitiendo por justísimo juicio que pierdan la preciosísima joya de la fe los que la tuvieron ociosa? Esto nos testifican abiertamente todas las sanctas Escripturas. En el Apocalipsi envía Dios á amenazar á ciertas iglesias que si no hicieren penitencia y se enmendaren de los pecados de que él allí los avisa, que vendrá contra ellos y

(1) Zach. 13. (2) Deut. 32.

moverá el candelero de su lugar (1). Y mudar este candelero es privarlos de la candela y lumbre de la fe, y pasarla á otra parte, que es el mayor azote de cuantos Dios en esta vida puede dar, pues perdida la fe, se cierra la puerta de la salud. En el Evangelio dice el Señor que al que tiene, le dará más, pero al que no tiene, eso que parece tener, le quitarán (2). Quiere decir que al que usa bien y se aprovecha de los dones recibidos, acrescentárselos han, mas al que no tiene, que es á el que no se aprovecha de lo que le han dado, eso que parece tener, le quitarán, que es la fe y la esperanza, que solas quedan en el ánima después de perdida por el pecado la gracia. Y esto nos muestra á la clara aquel siervo perezoso que tenía envuelta la moneda de su señor en un sudario sin granjear con ella, la cual mandó el Señor que le fuese quitada, y dada al que tenía diez monedas recibidas, y había granjeado con ellas (3). Pues ¿qué moneda es ésta, con que se granjean y alcanzan bienes de gracia y gloria, sino la lumbre de la fe, que para esto nos es dada, la cual se acrescienta al que se aprovecha della, y se quita al que no granjea con ella? Y esto mismo nos enseña el Apóstol diciendo que la ira de Dios se declara en el Evangelio contra la impiedad de los hombres que detienen la verdad de Dios en injusticia (4). Quiere decir que siendo la verdad de la fe un tan grande don de Dios, el cual nos enseña el camino real para la vida eterna, no querer hacer lo que ella nos enseña, es como tenerla presa y encarcelada y como atada de pies y manos para que no obre lo que ella (si no fuese impedida) podía obrar. Por lo cual merescen los malos ser privados deste precioso talento, pues no sólo no sirve para su provecho, mas antes les es materia de mayor condenación, pues (como dice el Salvador) el siervo que sabe la voluntad de su Señor y no la pone por obra, será más gravemente castigado que el que no la sabe (5): y el castigo será quitarle la lumbre de que no quiso aprovecharse. Lo cual declara expresamente el mismo Apóstol, diciendo que por cuanto los malos no amaron la verdad para ser salvos por ella, permitirá Dios que sean engañados con diversos errores, para que dejada la verdad de Dios, crean á la mentira del demonio.

Por lo dicho podréis haber entendido la causa de nuestra caí-

(1) Apoc. 2. (2) Luc. 8. (3) Luc. 19. (4) Rom. 1 (5) Luc. 12.

da y también de la vuestra, que no es otra sino pecados y no haber aprovechado como fuera razón con el talento y lumbre de la fe y de los favores y ayudas que con ella se dan para la guarda de los mandamientos divinos. Lo cual (demás de las autoridades susodichas) singularmente nos declara aquella parábola de la viña, de Esaías: la cual viña dice Dios que plantó por su mano, y la cercó de su seto, y edificó en ella una torre y un lagar, y hechas estas diligencias esperó que diese su fructo: mas ella en lugar de uvas dió agracejos, esto es, que en lugar del fructo de las buenas obras dió agracejos de malas. Por lo cual dice el Señor que destruirá la cerca de su viña, y que la desamparará, y así será robada y hollada de todos, y que ni la mandará podar ni cavar, y á las nubes del cielo mandará que no lluevan sobre ella (que es privarla del culto y beneficios de su gracia) y así se cubrirá toda de zarzas y espinas, que son vicios y pecados. El cumplimiento desta profecía vemos á la letra cumplido en la captividad de los diez tribus de Israel, los cuales Dios soltó de su mano y entregó en poder del Rey de los asirios, y así fueron despojados de todos aquellos favores y socorros de gracia que tenían para guarda de los mandamientos divinos, que era el templo, los sacerdotes, los sacrificios, los profetas y la ley, y finalmente fueron privados de todos los otros beneficios que junto con la lumbre de la fe habían recibido.

§ III

Pues pregúntoos yo agora: ¿cuál os parece que destos dos pueblos ha recibido mayores beneficios y ayudas de Dios para bien vivir, el de los judíos antiguamente, ó agora el de los cristianos?

Catec. Eso sabréis vos, maestro, mejor que yo.

Maest. No hay comparación de lo uno á lo otro. Porque aquéllos no tenían más que las sombras, nosotros tenemos la luz, aquéllos las figuras, nosotros la verdad, aquéllos la ley, nosotros el Evangelio, aquéllos la letra que mata, nosotros el espíritu que da vida, aquéllos los sacrificios de los animales, nosotros el sacrificio del verdadero Cordero, que es Cristo, que cada día se

ofresce por nosotros en la Iglesia, aquéllos no tenían más que un solo sacramento, que era el de la circuncisión, nosotros tenemos siete, que tienen y dan gracia al que está dispuesto para recibirla, y entre ellos aquel divinísimo Sacramento del altar, que podemos recibir cuantas veces quisiéremos. Y sobre todo eso tenemos el inefable misterio de la encarnación y pasión del Hijo de Dios, por el cual entendemos la grandeza del amor que Dios tiene á la virtud, y el aborrescimiento al pecado, pues por esto bajó del cielo á la tierra vestido de carne humana, y murió en cruz. Pues ¿á qué no están obligados los cristianos, habiendo sido prevenidos y ayudados con tan admirables favores y socorros para abrazar la virtud y aborrescer el pecado, aunque fuese padesciendo mil muertes?

Agora quiero que ponderéis mucho lo que diré. Si los diez tribus de vuestro pueblo (porque en éstos pongo agora ejemplo) fueron desamparados de Dios y desterrados de la tierra de los cananeos que él les había dado, y entregádolos en poder del Rey de los asirios, y derramádolos por todo el mundo, y esto por no haber querido aprovecharse de la lumbre de la fe y de la ley que habían recibido con los sacrificios y ceremonias della, ¿qué os paresce que merescen muchos de los cristianos que habiendo recibido tanto mayores favores y ayudas para bien vivir que aquéllos, viven como paganos, haciendo Dios á su vientre, y á su dinero, y á su honra vana, y á los deleites de su carne, trocando por un deleite de bestias lo que Dios compró con su sangre? ¿No os paresce que los tales merescen ser despojados de esos grandes beneficios de que no quisieron aprovecharse? Pues por esto os digo, hermano, que no solamente no me espanto de haber permitido aquel justísimo Juez que tanta parte del pueblo cristiano perdiese la fe, mas antes le doy gracias por lo que queda sano, habiendo tanta rotura en las costumbres de muchos. Porque bien sabéis que Dios no se muda con los tiempos (pues mil años en su presencia son como el día de ayer, que ya no es) y pues él desta manera castigó aquel su pueblo escogido, descendiente de aquel tan grande amigo suyo Abrahán, siendo tan flacos los socorros que en aquella ley se daban para la buena vida, ¿qué os parece hará el mismo juez con muchos de los cristianos que se derraman sin freno por todos los vicios, habiendo recibido tan grandes favores y socorros para vencerlos, mayor-

mente siendo verdadera aquella sentencia del Salvador que dice: Á quien dieron mucho, han de pedir cuenta de mucho?

Catec. Quedo, maestro, tan convencido y como atado de pies y manos con esa razón, que ya no me espanto de la grandeza de ese desamparo y castigo de Dios con tantas herejías y tanta diminución del pueblo cristiano, sino de cómo no pasa el castigo adelante, estando tan insensible la mayor parte de los hombres, que ni sienten estos tan terribles castigos, ni se enmiendan por ellos.

Maest. Veis pues aquí, hermano, clarísimamente probado cómo la causa de haber perdido tantas naciones el don de la fe es no haber querido aprovecharse della. Dicen los doctores que la sagrada teología es sciencia especulativa y práctica juntamente, porque nos enseña lo que habemos de creer y lo que habemos de obrar. Pues esto mismo tiene el hábito de la fe, que estas mismas dos cosas nos enseña. Por dónde si no obramos con ella, viene finalmente á perderse, creyendo cosas contrarias á ella. El hierro, si no usáis dél, poco á poco se cubre de orín y se consume, y el caballo que se hizo para correr, si no corre, se manca, estando ocioso en la caballeriza. Y así no es mucho permitir Dios que se pierda la fe, si no usamos della para lo que nos fué dada, que es para regir y ordenar nuestra vida.

Catec. Está probado eso que habéis dicho, demás de la razón, con tan claros testimonios de la Escriptura divina, que no es posible negarlo quien tuviere fe, pues tan claramente testifica el Espíritu Sancto que es castigo de pecados perderse la fe. Y no falta aquí también la razón, á lo menos en algunos hombres que hay tan inclinados á vicios y deleites sensuales y tan habituados á ellos, que les parece cosa imposible vivir sin ellos, porque la perversidad de sus malas inclinaciones, confirmada con la antigua costumbre de pecar, les hace creer esta mentira, y los tiene tan aherrojados y presos en estos vicios, que no hallan camino para salir dellos. Pues estos tales están muy aparejados para perder la fe. Porque como ella les echa acíbar en estos sus deleites con el temor de la cuenta y del juicio divino y de las penas del infierno, si viniere algún hereje que negare la inmortalidad del ánima, ó la Providencia divina, están en peligro de abrazar esta falsedad, por quitar aquella espina de su corazón y dormir más á su placer en sus vicios. Desta manera abrazaron muchos hombres la doctrina del Epicuro, que estas dos cosas negaba,

siendo un hombre bruto que nunca aprendió filosofía. Y con todo esto tuvo tantos discípulos y seguidores desta falsedad, y fué en tanta manera estimado, que traían su figura esculpida en los anillos y en los vasos de plata, y decían que éste solo había alcanzado el conoscimiento de la verdad, y librado el género humano de vanos temores. La razón desto es la grande fuerza que tiene la afición para cegar la razón, por la grande amistad que hay entre la voluntad y el entendimiento. Por dónde cuando la voluntad está grandemente aficionada á una cosa, de la cual le sería muy penoso carecer, luego el entendimiento, por librar á su hermana de aquella pena, halla razones para aprobar y justificar lo que ella desea, aunque sea contrario á la fe, como lo muestran los ejemplos desta miserable edad. Porque la misma ocasión tienen para vivir libremente y pecar los que creen que la fe sola sin obras basta para salvarnos, que los que niegan la Providencia divina y la inmortalidad del ánima. Y por esto á los tales amaneció su lucero, cuando se predicó esta blasfemia en el mundo, que la fe sola bastaba.

Catec. También esa razón convence mi entendimiento como la pasada. Y así la una como la otra vienen á concluir que la muchedumbre de los pecados son causa de permitir Dios que se pierda la candela de la fe.

Maest. Pues eso creeréis más de verdad, si entendiéredes el espantoso aborrescimiento que tiene Dios á los pecados, y el rigor con que los castiga. Para lo cual, si hubiera tiempo, os pudiera alegar á este propósito extraños ejemplos.

Mas no podré dejar de referiros aquí un lugar del profeta Ecequiel, que deseo se escribiese en todas las plazas y cantones, para que viesen los hombres cuán peligroso negocio es desmandarse contra Dios. Denunciando pues este Señor á su pueblo por este profeta el castigo que les estaba aparejado por sus pecados, hablando con el mismo profeta, dice así (1): Tú, hijo del hombre, toma una navaja aguda, y rapa con ella los cabellos de tu cabeza y de tu barba, y tomando una balanza, pesarlos has, dividiéndolos en tres partes iguales. Y una destas partes quemarás con fuego en medio de la ciudad, y la otra cortarás con un cuchillo al derredor della, y la otra parte esparcirás en el aire, y desen-

(1) Ezech. 5.

vainarás una espada contra ellos, y de allí tomarás un pequeño número dellos, y atarlos has en un canto de tu vestidura, y de ahí también tomarás otros pocos, y echarlos has en medio del fuego, y de ahí saldrá fuego contra toda la casa de Israel. Ésta es la parábola. Añade luego el mismo Señor la declaración della, diciendo así: Ésta es la ciudad de Hierusalem, la cual yo puse en medio de las gentes, y ella menospreció mis juicios y mandamientos, haciéndose peor que ellas. Por tanto dice el Señor: Porque sobrepujastes en maldad á los gentiles que están al derredor de vosotros, yo haré juicios en presencia de esas mismas gentes, y haré por tus abominaciones lo que hasta aquí no hice, ni adelante haré. Por tanto, los padres comerán á sus hijos en medio de ti, y los hijos comerán á sus padres, y haré en ti juicios, y derramaré lo que de ti restare por todos los vientos, y no te perdonaré. Vivo yo, dice el Señor, que por cuanto desacatastes mi sancto nombre con todas esas ofensas y abominaciones, yo también te quebrantaré, y no perdonaré ni habré misericordia de ti. La tercera parte de ti morirá de peste, y será consumida con hambre, y la otra parte esparciré por los aires, y desenvainaré mi espada en pos de ellos, y descargaré mi furor sobre ti, y descansará mi indignación contra ti, y consolarme he con tu castigo, y conocerse ha que yo ordené esto con mi celo, cuando descargare toda mi indignación contra ti. Y haré que seas una tierra desierta y un oprobrio entre las gentes que están al derredor de ti, y en presencia de todos los que por ti pasaren. Y serás oprobrio y blasfemia y ejemplo y materia de espanto entre las gentes que moran á par de ti, cuando ejecutare contra ti mis juicios con furor y con indignación y castigos de ira. Yo soy el Señor que así lo he determinado, cuya justicia se verá cuando enviare contra ti saetas pésimas de hambre, que serán mortales, las cuales enviaré para destruirte. Y junto con la hambre enviaré bestias fieras contra vosotros, que os maten, y pestilencia y sangre y cuchillo enviaré contra vosotros. Hasta aquí son palabras de Dios por Ecequiel, las cuales declaran el extraño odio y aborrescimiento que aquella infinita Bondad tiene contra el malo y contra su maldad.

Catec. Atónito quedo, maestro, con esas tan terribles palabras y amenazas de Dios por ese profeta. ¿Qué es esto que oigo? ¿Tal es Dios? ¿Tal su ira? ¿Tal su furor? ¿Tal el rigor de su justicia? ¿Tales sus amenazas? ¿Tal el aborrescimiento que tiene contra el

pecado? ¿Tal la venganza que toma dél? Pues ¿cuál será el hombre que teniendo fe no tiemble oyendo castigo tan nuevo y tan nunca visto, que los padres coman á sus hijos y los hijos á sus padres, con todo lo demás que en esa profecía se refiere?

§ IV

Maest. Pues por aquí entenderéis con cuánta razón dijo el Apóstol que era cosa horrible caer en las manos de Dios. Y lo que testificó David cuando dijo (1): ¿Quién hay, Señor, que conozca el poder de vuestra ira, y que pueda medir y comprehender la grandeza della? Pues ¿qué diréis de aquel tan extraño azote, que fué haber permitido este Señor que las vírgines de Sión fuesen desfloradas por los enemigos, y que de los mozos usasen abominablemente? Porque esto pasa adelante de los males del cuerpo y toca en el ánima, lo cual más es castigo de juez y enemigo que de padre, como el mismo Señor lo testifica por el mismo Hieremías, diciendo (2): Con azote de enemigo te herí, con castigo cruel. Pues habiendo permitido Dios tan grande mal en su pueblo, también permitió que se perdiese la fe en tantas partes del mundo por los mismos pecados.

Catec. ¿Pues no sería razón que volviese Dios por su honra, y no permitiese que fuese tan pequeño el número de los que le creen y adoran con verdadera fe?

Maest. Ya os dije que si en el tiempo antiguo no tuvo este Señor por inconveniente quedar sin pueblo y sin templo y sin altar y sin sacrificios, cuando hubo pecados, ¿qué mucho es venir la fe en tanta diminución, multiplicándose tanto los pecados? Para lo cual fuera necesario recontar los pecados que reinan agora en el mundo. Mas porque esto sería proceso infinito, solamente os diré (y no sin gran dolor) parecerme que muy gran parte de los cristianos viven el día de hoy como si no lo fuesen, ni creyesen que hay Dios, ni juicio, ni paraíso, ni infierno, ni otra vida después désta, sino que todo se acaba con ella. Porque es tanta la soltura de vicios, tantos los excesos en comer, en beber, en trajes, en juegos, en deshonestidades que cada día vemos y lloramos, como

(1) Psalm. 89. (2) Hierem. 30.

los pudiera haber en tierras de gentiles. Pues ya la ambición, las delicias, los regalos del cuerpo y la cobdicia armada de mil engaños y injusticias y opresiones de pobres, que ha de dar nutrimento á estos excesos y demasías, ¿quién la podrá explicar? Pues la providencia y juicio de Dios no duerme, mas antes al paso que andan los males, andan los castigos. Ca todas las calamidades así corporales como espirituales que ha padescido la Iglesia dende que se fundó hasta agora, ¿de dónde procedieron sino de pecados? Y dejados los tiempos antiguos, poned los ojos en los presentes, y veréis cuán azotado está el pueblo cristiano el día de hoy, parte con herejías, y parte con infortunios y calamidades diversas. Comenzad por Hungría, y pasad á Alemania, y de ahí bajad á Flandes, á Inglaterra, á Francia, y veréis los castigos que la indignación divina ha ejecutado en todas estas naciones con herejías tan monstruosas. Ni Castilla ni Portugal (aunque libres de herejías) han carecido de grandes azotes con hambres, con pestilencias, con guerras, con naufragios y muertes de personas insignes, que en nuestros tiempos habemos visto y padescido. Y por que no quedase Italia sin azote, envió este Señor una tan brava pestilencia y mortandad en muchas partes della, como sabéis. Pues ¿qué diré de los catarros que después de todas estas calamidades sobrevinieron y corrieron cuasi por toda Europa con tan extraordinarios accidentes y con tanta mortandad y estrago de tantas gentes, como habréis oído? En lo cual veréis ser Dios una rectitud invariable, que donde halla pecados, corta por todo cuanto se le pone delante, sin tener respecto á destruirse gentes y reinos y provincias, pues ni á todo el universo mundo perdonó en tiempo del diluvio, cuando se multiplicaron los pecados. Por lo cual no os debéis espantar de ver diminuida la fe en el mundo, siendo tantos los pecados dél. Los cuales van en tanto crescimiento, que si no tuviéramos prendas seguras que las puertas del infierno no han de prevalescer contra la Iglesia, hubiera ocasión para temer que este fuego, que ha abrasado tanta parte della, la acabara de consumir.

Catec. Bastantemente, maestro, habéis satisfecho á mi pregunta, confirmando vuestra respuesta con tan graves razones y ejemplos, y lo que más es, con clarísimos testimonios de la divina Escriptura. Por lo cual ni acerca desto ni de todas las demás preguntas que os he propuesto, tengo ya qué preguntar ni qué

dubdar, aunque tengo mucho por qué dar gracias á aquel Padre celestial, que por ministerio de vuestra doctrina ha dado luz á mi entendimiento, y consolado mi ánima, y confirmádome en la fe: la cual, ayudándome él, será mi adalid y mi guía para ir á gozar de la bienaventuranza de su gloria. La cual tiene él prometida á los que siguiendo esta guía tan cierta, caminaren derechamente por la senda de sus sanctos mandamientos. Cuyo nombre sea para siempre bendito, pues yendo yo tan descaminado, me volvió á la carrera de la verdad, y á vos dé el galardón de la uz y doctrina que aquí me habéis dado.

FIN DESTA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE

TABLA

DE LOS

CAPÍTULOS DESTA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE DESTE LIBRO

Págs.

Págs.

FINIS

FRAY LUIS DE GRANADA

AL CRISTIANO LECTOR

Por mucha diligencia que hubo en la impresión deste libro de la Introducción del Símbolo, no se pudieron excusar algunos defectos, por ser ésta la primera impresión, sacada de los originales escritos de mano, y de ruin letra, y ser también la escritura tan grande. Y de algunos tengo yo la culpa, por no dar los originales tan emendados como fuera razón. Y porque algunos destos yerros causarían confusión al lector, me pareció apuntarlos aquí.

Dónde se ha de notar que en cada ¶ el primer número declara la hoja donde está el yerro, y el segundo la coluna, y el tercero el renglón, y tras esto se pone la palabra en que está el yerro, y luego la siguiente es la emienda della. Aquí también advierto que para conocer el reglón que se apunta donde está el yerro, se ha de contar dende el primer renglón de la coluna hacia bajo, hasta llegar al renglón alegado, si no es cuando en el tal número se pone esta palabra, *a fine*, porque en este caso se ha de contar del más bajo renglón de la coluna, subiendo hacia riba (1).

PRIMERA PARTE

¶ 29. 1. 12. abraça, abrasa. 66. 26.
31. 2. 24 exercicios, exércitos. 70. 39.
40. 2. 22. dones, donas. 86. 11.
43. 2. 4. *a fine*, una parte, por una parte. 91. 30.
49. 1. 24. cosa, casa. 100. 25.
50. 1. 9. escarían, secarían. 101. 37.
55. 1. 23. con, en. 110. 5.
56. 2. 10. ponedlos en las aves, poned los ojos en las aves. 112. 10.

---

(1) Los números después de la corrección del yerro indican las páginas y líneas en esta edición.

101. 2. 17. *a fine*, no sólo ha, no sólo no ha. 188. 38.
101. 2. 28. todas tan, todas estas tan. 189. 14.
114. 1. 17. *a fine*, esto muy, esto es muy. 210. 18.
114. 2. 15 conforma, forma. 210. 19.
129. 2. 8. *a fine*, telas, teclas. 237. 4.
161. 2. 11. amanjar, amansar. 291. 30.
164. 1. 13. *a fine*, segunda, primera. 296. 18.
166. 1. 16. *a fine*, castigarlas, *póngase con interrogación*, castigarlas? 299. 33.
175. 2. 5 *a fine*, toda, todas. 316. 22.
181. 1. 10. *a fine*, nos, no. 325. 1.

PARTE SEGUNDA

¶ 21. 1. 22. aldrajas, alhajas. 30. 9.
38. 2. 6. *a fine*, el mismo trae, el mismo los trae. 62. 5.
91. 2. 27. primera, segunda. 153. 33.
103 2. 6. *a fine*, escrita, escrito. 174. 31.
103. 2. 6. *a fine*, Metrafrasto, Metafraste. 174. 31.
124. 2. 7. padecerán, perecerán. 207. 28.
125. 2. 4. *a fine*. adelante, aquí. 209. 16.
155. 2. 24. deste, Deste. 256. 10.
156. 1. 20. *a fine*, dijeron, dijeran. 257. 2.
176. 1. 2. Castista, Castilla. 286. 38.
195. 1. 15. *a fine*, que el, que en el. 315. 37.
203. 1. 3. tercera, cuarta. 328. 17.
203. 1. 18. si. Y yo. Y si yo. 328. 26.
210. 2. 3. *a fine*, primera, segunda. 340. 5.
215. 2. 15. *a fine*, primera, segunda. 348. 31.
217. 2. 14. *a fine*, primera, segunda. 351. 37.
220. 1. 6. el libro siguiente, la primera parte. 355. 10.

TERCERA PARTE

¶ 52. 1. 7. dele, el
71. 2. 2. *a fine*, contenta, contentan. 126. 4.
73. 2. 10. hombre, nombre. 128. 13.
74. 2. 23. gran dolor, grande. 131. 9.
82. 2. 7. *a fine*, cruelísimos, crueles. 146. 8.
90. 1. 12. así, á sí. 158. 25.
90. 2. 13. de, de la. 159. 24.
92. 2. 14. *a fine*, ama, amó. 163. 13.
96. 2. 5. de providencia, de su providencia. 190. 17.
103. 2. 15. *a fine*, abraçado, abrasado. 202. 35.
108. 1. 13. *a fine*, que, y que. 210. 15.
112. 1. 16. *a fine*, con, en. 217. 5.
121. 1. 17. *Discip.*, bórrese. 231. 25.
121. 1. 17. Essa, Esta. 231. 25.

126. 1. 22. *a fine*, humanidad, humildad. 240. 28.
127. 1. 7. *a fine*, Jacob, Job. 242. 24.
130. 1. 4. *a fine*, hable, hablo 247. 18.
131. 2. 18. brevemente, libremente. 249. 16.
140. 1. 23. once, diez. 263. 11.
148. 1. 1. *a fine*, *faltan estas palabras*, lo que puede, *y síguese*, de su poder absoluto. 276. 34.
152. 1. 13. *a fine*, once, diez. 282. 31.

CUARTA PARTE

29. 2. 15. alumbrado, alumbrada. 54 29.
42. 2. 7. *a fine*, que, *bórrese*. 79. 6.
47. 2. 22. refiere, referiré. 87. 3.
47. 2. 13. *a fine*, cosas, casas. 87. 8.
54. 2. 22. *a fine*, cruz, luz. 99. 2.
55. 2. 23. *a fine*, con, contra. 100 25.
72. 1. 3. *a fine*, otear, atear, 129. 29.
73. 2. 9. Aelian, Aelia. 131. 26.
93. 1. 19. describe, escribe. 165. 4.
93. 2. 11. *a fine*, este libro, esta cuarta parte 166. 7.
93. 2. 7. *a fine*, que, y. 166. 10.
95. 2. 24. *a fine*, que, la cual. 169. 8.
104. 1. 2. desta, desta parte. 183. 12.
113. 2. 23. *a fine*, fueron, fueren. 198. 3.
125. 2. 8. *a fine*, en, *bórrese*. 218. 24.
128. 2. 16. contradición, nes, contradición, es 223 22.
132. 2. 20 se, le. 231. 9.
133. 2. 9. de que adelante se trata, de que ya tratamos. 232. 25.
139. 2. 9. casa, cosa. 243. 21.
142. 1. 21. *a fine*, cuarta, tercera 248 5.
147. 2. 3. en, con. 257 27.
155. 2. 21. *a fine*, con, con tan. 271. 7.
155. 2. 8. *a fine*, cuarta, tercera. 271. 15.
166. 1. 1. *a fine*. desse, deseé. 288 12.
175. 2. 9. *a fine*, figura, fuerza. 303. 38.
179. 1. 12. *a fine*, estañarían, estrañarían. 309. 20.
191. 2. 17. *a fine*, te, le. 329. 33.
201. 2. 23. estaran, estarían. 346. 8.
211. 2. 6. *a fine*, mucho?, mucho *sin interrogación*. 363. 2.
212. 2. 4. prudencia, providencia. 363. 36.
214. 1. 17. indignado, *bórrese*. 366. 18.

AVISO

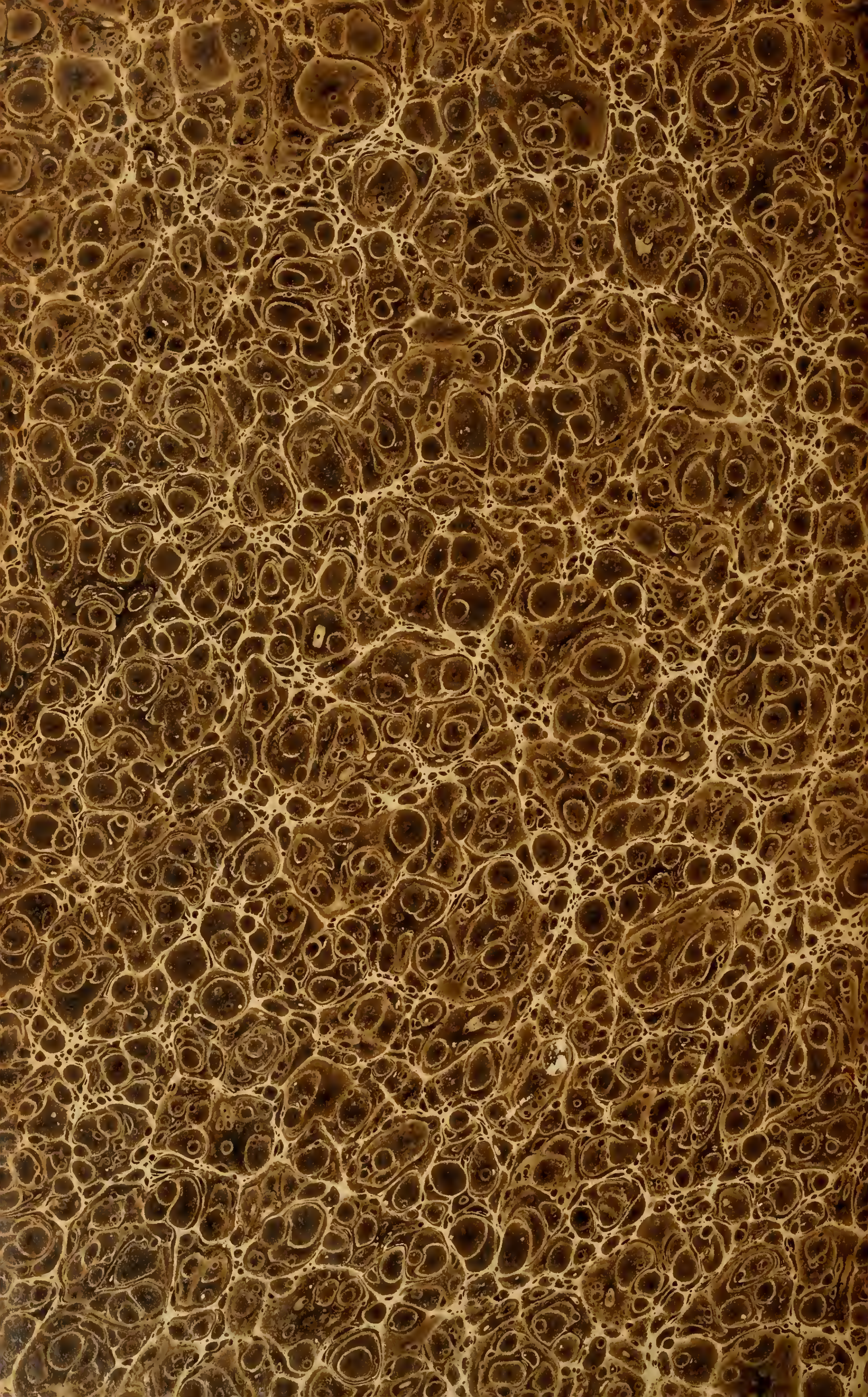
Si otra vez esta escritura se imprimiere, advierto que el Preámbulo que trata de la necesidad de la doctrina, que está al principio de la Segunda Parte, en el cuaderno Aa, se ha de imprimir al fin de la Cuarta Parte, que es al fin de todo el libro, y el nombre de Preámbulo se mude en Aviso.

Item en la Tercera Parte, fol. 54, col. 1 *(pág. 94 de esta edición)* se ha de quitar toda la figura de la piedra de que salió fuego, que comienza: "Esto mismo„ y acábase en la colunna siguiente, donde dice: "de todos nuestros pecados„ porque esta misma figura queda atrás, fol. 40 *(pág. 68 de esta edición).*

Item en la Cuarta Parte, dende el fol. 159 hasta 165 *(de la pág. 277 á la 286 de esta edición)* se deben poner algunos destos § para distinción de la materia y descanso del lector.

N. B. Esta fe de erratas y este aviso están en una hoja suelta impresa, que se halla en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, F inf. tomo 67, fol. 406.

MADRID
EN CASA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
CINCO DE JUNIO
1908




BX
2349
L84
1906
v.8
c.1
ROBA

